

LA VIDA CRISTIANA NORMAL DE LA IGLESIA

Watchman Nee

CONTENIDO

1. Los apóstoles
2. La separación y los movimientos de los apóstoles
3. Los ancianos designados por los apóstoles
4. Las iglesias fundadas por los apóstoles
5. La base de unión y división
6. La obra y las iglesias
7. Entre los obreros
8. El asunto de las finanzas
9. La organización de las iglesias locales

PREFACIO A LA EDICION EN ESPAÑOL

Esta edición en español, la primera en ser publicada por el *Living Stream Ministry*, ha sido traducido del texto íntegro de la edición publicada por el hermano Nee en Inglaterra en 1939 bajo el título *Concerning Our Missions* [Con respecto a nuestras misiones]. En su a esa edición, el hermano Nee anticipó que habría aquellos que considerarían la visión expuesta en estos mensajes como “imposible” o “impráctica”, así es que él respondió: “Lo que está presentado en estas páginas no es mera teoría o enseñanza, sino algo que realmente hemos probado”. Hoy día, cuando miramos atrás, podemos apreciar más plenamente el significado de esa prueba inicial. Realmente, lo que estaba sucediendo allí era mucho más que una prueba. Era plantar una semilla, una semilla de la recuperación de la práctica de la vida normal y bíblica de la iglesia. Tal semilla, plantada por aquellos pocos hermanos fieles en China, ha germinado, se ha desarrollado y ha florecido. Después de más de cuarenta años es maravillosamente evidente que la semilla ha dado fruto “a ciento por uno”. Ha sido sembrada en todo continente y cultura, y hoy día en todas partes del mundo, la vida práctica de la iglesia está siendo experimentada. Ahora podemos declarar con el hermano Nee con igual valentía: “¡Funcionará!”

Irving

Diciembre

de

1989

Sección de Traducción

PREFACIO A LA EDICION INGLESA

Después de la publicación de mi libro en chino, un considerable número de misioneros solicitó una edición en inglés. Estaba renuente a consentir, porque

personalmente preferiría que se tradujeran aquellos libros que representan mejor mi ministerio, en vez de éste que está sujeto a ser mal entendido y a ser una fuente de controversia. Pero pareció estar bastante claro que era la intención del Señor, y confiando en eso procedí con la traducción. El libro como está ahora es una edición muy abreviada y ligeramente revisada de la edición en chino. Ni en la expresión ni en el estilo es tan inglés como lo desearía, pero confío en que en este aspecto pueda contar con la indulgencia de sus lectores. Si todo lo que deseamos es la verdad de Dios, entonces la dificultad de comprender el libro no debe ser una barrera seria a su lectura.

Por causa de la amplitud del tema y de la importancia de las cuestiones que plantea, no he encontrado fácil escribir ni traducir el libro. Ya que algunos de los mismos puntos han tenido que ser tratados en diferentes partes del libro, se encontrará necesario leerlo completamente si se busca una comprensión total. Si, por causa de una dificultad aparentemente insuperable, el libro es puesto a un lado antes de completarse, resultará una posición falsa: mientras que al leerlo completamente, muchas dificultades serán aclaradas, si no todas. Frecuentemente las preguntas que se suscitan en ciertos puntos, se responden más adelante, a veces mucho más adelante. De modo que para hacerle justicia al libro, se le solicita al lector terminar de leerlo antes de emitir un juicio.

No se pretende que el libro esté destinado para cualquiera ni para todos. Es para aquellos que llevan responsabilidad en el servicio del Señor. Pero, más que esto, es para quienes honesta y verdaderamente toman en serio las cosas de Dios, para aquéllos cuyos corazones están abiertos y no tienen la mente cerrada con candado ni tienen prejuicios. El libro puede probar la sinceridad y la honestidad de uno a un grado no pequeño; pero el hambre y el deseo genuinos de conocer el pensamiento completo del Señor sostendrán una lectura cuidadosa hasta el final. Yo comprendo perfectamente las muchas imperfecciones de este libro (esto no es una postura, sino una confesión); pero a pesar de todas ellas, creo que el Señor ha mostrado algo que es de importancia para todo el Cuerpo de Cristo.

Todo el asunto llegará a cautivar al lector y se hará más claro con una contemplación sosegada después de la primera lectura. La puerta no debe cerrarse con un golpe de “¡Imposible!” o, “¡Ideal, pero impráctico!” Con una apertura de corazón, en oración, sin argumento ni discusión, se le debe dar una oportunidad al Espíritu de Verdad, y entonces lo que es de El causará que todas nuestras reacciones naturales se desvanezcan, ¡y conoceremos la verdad, y la verdad nos hará libres!

Permítaseme recordar a mis lectores que no tengo la intención de que el libro sea estudiado en una forma hipotética. Un número bastante grande de mis

colaboradores han sido enviados y están laborando según la manera indicada, y hay un número aún mayor de iglesias que han sido formadas y desarrolladas sobre la base mencionada. (Véase la introducción). Así que lo presentado en estas páginas no es mera teoría o enseñanza, sino algo que realmente hemos probado.

Una de las oraciones que he ofrecido en relación con este libro es que el Señor lo guarde de aquellos que se oponen, quienes lo usarían como un mapa para atacar, y también de aquellos que están de acuerdo, quienes lo usarían como un manual para el servicio. Temo a éstos mucho más que a aquéllos.

W.Nee
Londres
Abril de 1939

INTRODUCCION

IMPORTANTE PARA LA COMPRESION DEL LIBRO

El contenido de las páginas siguientes es la substancia de varias pláticas a mis colaboradores jóvenes durante las conferencias celebradas recientemente en Shangai y Hankow. Cuando fueron dadas las pláticas, no se tenía en mira el presente libro, sino solamente mi audiencia inmediata; y el hecho de que los mensajes estuvieron destinados para la instrucción de mis colegas jóvenes explica su naturaleza intensamente práctica, y la simplicidad del estilo adoptado. En estas dos conferencias nosotros procuramos, en primer lugar, examinar la enseñanza de la Palabra de Dios con respecto a Sus iglesias y a Su obra, y en segundo lugar revisar nuestras misiones anteriores, a la luz de nuestros descubrimientos. (La palabra “nosotros” se usa en todo este libro, como entre colaboradores, porque así fue usada por los apóstoles en el libro de Hechos).

Las pláticas resultaron de valor a mis hermanos más jóvenes, y, como se tomaron notas escritas a mano, los mensajes fueron compartidos con otros. Esto resultó en muchas solicitudes para que las pláticas fuesen puestas en forma de libro. Como a las conferencias asistieron principalmente mis colaboradores más jóvenes, me sentí en libertad para instruirlos y aconsejarlos, y para discutir bastante abiertamente varios asuntos íntimos y más bien delicados. Si las pláticas hubieran sido proyectadas para una audiencia más amplia, o para que fueran publicadas, me hubiera sentido obligado a omitir muchos asuntos que fueron mencionados, y a hablar en un tono enteramente diferente. Naturalmente vacilé cuando se hizo la sugerencia de publicarlas, pero el Señor puso en claro que ésa era Su intención, de modo que no tengo opción salvo consentir. No estaba seguro si era sabio preservar el estilo original de las

pláticas, con sus trazos de consejo “hermano mayor” y su matiz personal distinto; pero como varios amigos testificaron de la ayuda especial recibida a través de las partes más personales, comprendí que el libro perdería su valor más grande si aquellas fuesen eliminadas. Por lo tanto, aunque presento las pláticas revisadas en cierta medida, todavía permanecen, tanto en contenido como en estilo, casi igual que cuando fueron impartidas originalmente.

Confiamos en que los lectores de este libro tendrán en mente que sus mensajes, como se dieron originalmente, no estaban dirigidos a ellos. Fueron destinados exclusivamente para el círculo íntimo de mis asociados más íntimos en la obra, pero por una solicitud compartimos nuestros descubrimientos con el círculo más amplio de todos nuestros hermanos. El libro es algo privado hecho público; algo destinado originalmente para los pocos, extendido ahora a los muchos; así que confiamos en que nuestros lectores perdonarán algo que parezca inapropiado para el público más amplio.

Nos gustaría señalar aquí el lugar de las enseñanzas de este libro en el gran conjunto de la verdad divina, porque aquéllas tienen valor espiritual solamente cuando se mantienen en relación con éste. Durante los dieciocho años pasados, el Señor nos ha guiado a través de diferentes experiencias a fin de que podamos aprender un poco del principio así como del hecho de la cruz y la resurrección, y para aprender algo de la vida en Cristo, el señorío de Jesús, la vida corporativa del Cuerpo, la base del reino de Dios, y Su propósito eterno. Es natural, por lo tanto, que estas cosas hayan sido la carga de nuestro ministerio. Pero el vino de Dios debe tener un odre que lo contenga. En el patrón divino, nada se deja a la decisión del hombre. Dios mismo ha provisto el mejor odre para Su vino, el cual lo contendrá y lo preservará sin pérdida, obstáculo ni distorsión. El nos ha mostrado Su vino, pero también nos ha mostrado Su odre.

Nuestra obra, durante los años pasados, se ha basado en ciertos principios definidos; pero nunca hasta ahora hemos tratado de definirlos o de enseñarlos. Más bien hemos buscado, en el poder del Espíritu, enfatizar aquellas verdades que son muy queridas a nuestros corazones y las cuales, nosotros creemos, tienen relación más directa con la vida espiritual del creyente y el propósito eterno de Dios. Pero la realización práctica de aquellas verdades en el servicio del Señor de ningún modo es insignificante. Sin aquélla, todo está en el dominio de la teoría, y el desarrollo espiritual es imposible. Así que queremos procurar, por la gracia de Dios, no solamente transmitir Su buen vino, sino también el odre que El ha provisto para su preservación. Por lo tanto, las verdades expuestas en este libro deben ser consideradas en relación con aquellas enseñadas durante los dieciocho años de nuestro ministerio, y como la secuencia, no la introducción, a ellas.

Dentro del alcance de estas páginas, ha sido imposible tratar todas las preguntas relativas al tema del libro. Algunas ya las he tratado en otra parte, y otras espero tratar más adelante. El título del libro [Con respecto a nuestras misiones] explica su naturaleza. No es un tratado sobre métodos misioneros, sino un repaso de nuestra obra pasada, a la luz de la voluntad de Dios como la hemos descubierto en Su Palabra. El Señor, en Su gracia, nos había guiado por Su Espíritu en nuestro servicio anterior para El, pero deseábamos entender claramente los fundamentos sobre los cuales debe reposar toda la obra divina. Comprendí que la necesidad primaria de mis hermanos más jóvenes era ser guiados por el Espíritu y recibir revelación de El, pero no pude ignorar su necesidad de una sólida base bíblica para todo su ministerio. Por lo tanto, juntos conversamos libremente de lo que habíamos estado haciendo y cómo lo habíamos estado haciendo, y procuramos comparar nuestra obra y métodos con lo que Dios había puesto delante de nosotros en Su Palabra. Examinamos las razones bíblicas para los medios que empleábamos, y la justificación bíblica para el fin que perseguíamos; y anotamos varias lecciones que habíamos aprendido por la observación así como por la experiencia. No teníamos ninguna intención de criticar las labores de otros, ni siquiera de hacerles alguna sugerencia respecto de cómo debe ser conducida la obra de Dios; sencillamente estábamos procurando aprender de la Palabra de Dios, de la experiencia, y de la observación, cómo conducir la obra en los días que vendrían, de modo que pudiéramos ser obreros aprobados ante Dios.

El libro está escrito desde el punto de vista de un siervo mirando desde la obra hacia las iglesias. No trata con el ministerio específico al cual creemos que el Señor nos ha llamado, sino solamente con los principios generales de la obra; ni trata con ‘la iglesia, la cual es Su Cuerpo’, sino con las iglesias locales y su relación con la obra. El libro no toca los principios de la obra, ni la vida de las iglesias; es solamente un repaso de nuestras misiones, como el título lo sugiere.

Las verdades mencionadas en este libro han sido aprendidas y practicadas gradualmente durante los años pasados. Numerosas correcciones han sido hechas al recibir mayor luz, y si permanecemos humildes, y Dios todavía nos muestra misericordia, creemos que habrá más correcciones en el futuro. El Señor en Su gracia nos ha dado varios asociados en la obra, todos los cuales han sido enviados sobre la base mencionada en este libro, y por sus labores, numerosas iglesias han sido establecidas en diferentes partes de China. Aunque las condiciones son sumamente diferentes en estas muchas iglesias, y los creyentes conectados con ellas difieren grandemente también —en antecedente, educación, posición social y experiencia espiritual— no obstante, hemos encontrado que si, bajo el señorío absoluto de Jesús, llegamos a ver el diseño celestial de la formación y el gobierno de la iglesia, entonces los métodos bíblicos serán tanto prácticos como fructíferos.

Si bien el libro mismo parezca tratar con el lado técnico del cristianismo, recalquemos aquí que no estamos aspirando a la mera exactitud técnica. Es la realidad espiritual lo que estamos buscando. Pero la espiritualidad no es un asunto de teoría; siempre redundante en práctica; y es con la espiritualidad en su realización práctica que trata este libro.

Es extenuante para mí, si no realmente repulsivo, conversar con aquellos que aspiran a la perfecta exactitud exterior, mientras se preocupan poco por lo que es vital y espiritual. Los métodos misioneros, como tales, no me interesan en absoluto. En efecto, es un dolor profundo encontrar hijos de Dios que no saben prácticamente nada de lo detestable de una vida que se vive en la energía natural del hombre, y que saben poco de la experiencia vital de tener a Jesucristo como Cabeza, pero entretanto son escrupulosamente cuidadosos en llegar a la corrección absoluta del método en el servicio de Dios. Muchas veces se nos ha dicho: “Estamos de acuerdo con ustedes en todo”. ¡Ni mucho menos! ¡En realidad no estamos de acuerdo en absoluto! Esperamos que este libro no caiga en las manos de aquellos que desean mejorar su obra por medio de mejorar sus métodos, sin arreglar su relación con el Señor; pero esperamos que tenga un mensaje para los humildes que han aprendido a vivir en el poder del Espíritu y no tienen confianza en la carne.

Es muerte tener un odre sin vino, pero es una pérdida tener vino sin un odre. Debemos tener el odre después que tengamos el vino. Pablo escribió la epístola a los Efesios, pero él también tuvo la capacidad de escribir la epístola a los Corintios; Corintios nos presenta las verdades de Efesios en la expresión práctica. ¡Sí, el escritor de Efesios también fue el escritor de Corintios! ¿Pero por qué es que los hijos de Dios nunca han tenido contenciones serias sobre las verdades de Efesios, sino siempre sobre las verdades de Corintios? Porque la esfera de Efesios está en los lugares celestiales, y sus verdades son puramente espirituales, entonces si hay alguna diversidad de opinión respecto a ellas, a nadie le afecta mucho; pero las enseñanzas de Corintios son prácticas y tocan la esfera terrenal, de este modo, si existe la más mínima diferencia de opinión, se percibe inmediatamente una reacción. ¡Sí, Corintios es muy práctica! ¡Y prueba nuestra obediencia más de lo que lo hace Efesios!

El peligro de aquellos que saben poco acerca de la vida y de la realidad es enfatizar la mera corrección externa; pero aquéllos para quienes la vida y la realidad son un asunto de suprema importancia, la tentación es desechar el modelo divino de las cosas, pensando que es legal y técnico. Ellos creen que tienen lo mayor y que por lo tanto pueden desechar lo menor. Como resultado, cuanto más espiritual es un hombre, más libre se siente para hacer lo que estima conveniente. Considera que él mismo tiene la autoridad de decidir en los asuntos externos, y hasta imagina que pasar por alto los mandamientos de Dios

respecto de ellos es una indicación de que él ha sido libertado de la legalidad y que está andando en la libertad del Espíritu. Pero Dios no ha revelado solamente las verdades que tienen que ver con nuestra vida interior; El también ha revelado las verdades relacionadas con la expresión externa de aquella vida. Dios valora la realidad interior, pero El no ignora su expresión exterior. Dios nos ha dado Efesios, Romanos y Colosenses, pero El también nos ha dado Hechos, las epístolas a Timoteo y las epístolas a los Corintios. Podemos pensar que es suficiente que Dios nos instruya a través de Romanos, Efesios y Colosenses en cuanto a nuestra vida en Cristo, pero El ha considerado necesario instruirnos a través de Hechos, Corintios y Timoteo, en cuanto a cómo hacer Su obra y cómo organizar Su iglesia. Dios no ha dejado nada a la imaginación ni a la voluntad humanas. El hombre teme usar a un siervo que razona poco, pero Dios no quiere usar a uno que razona demasiado; todo lo que El requiere del hombre es simple obediencia. “¿Quién fue su consejero?” preguntó Pablo (Ro. 11:34). El hombre gustosamente ocuparía el puesto, pero Dios no tiene necesidad de consejero. No es de nuestra competencia sugerir cómo pensamos que la obra divina debería ser hecha, sino más bien preguntar en todo: “¿Cuál es la voluntad del Señor?”

Los fariseos limpiaban el exterior del plato, pero dejaban el interior lleno de impureza. Nuestro Señor los reprendió por dar tanta importancia a las cosas externas, e ignorar lo interno; y muchos del pueblo de Dios concluyen de la reprensión del Señor que, siempre que se le dé énfasis al aspecto interior de la verdad espiritual, todo está bien. Pero Dios demanda tanto la pureza interior como la pureza exterior. Tener lo externo sin lo interno es muerte espiritual, pero tener lo interno sin lo externo es solamente vida espiritualizada. Y la espiritualización no es espiritualidad. Nuestro Señor dijo: “Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello” (Mt. 23:23). No importa cuán insignificante parezca algún mandamiento divino, es una expresión de la voluntad de Dios; por lo tanto nunca nos atrevamos a tratarlo livianamente. No podemos descuidar el más pequeño de Sus mandamientos sin sufrir pérdida. La importancia de Sus requisitos puede variar, pero todo lo que es de Dios tiene propósito eterno y valor eterno. Por supuesto, la mera observancia de formas externas de servicio no tiene valor espiritual en absoluto. Todas las verdades espirituales, sea que pertenezcan a la vida interior o exterior, están sujetas a ser legalizadas. Todo lo que es de Dios —sea externo o interno— si está en el Espíritu es vida; si está en la letra es muerte. Así que la pregunta no es si es externo o interno, sino si está en el Espíritu o en la letra. “La letra mata, mas el espíritu vivifica” (2 Co. 3:6).

Nuestro deseo es aceptar y proclamar toda la Palabra de Dios. Anhelamos ser capaces de decir con Pablo: “No he rehuído anunciaros todo el consejo de Dios” (Hch. 20:27). Nosotros buscamos seguir la guía del Espíritu de Dios, pero al

mismo tiempo buscamos poner atención a los ejemplos que se nos muestran en Su Palabra. El guiar del Espíritu es precioso, pero si no hay ejemplo en la Palabra, entonces es fácil substituirlo por nuestros pensamientos falibles y sentimientos infundados, siendo llevados hacia el error sin darnos cuenta. Si uno no está preparado para obedecer la voluntad de Dios en toda dirección, es fácil hacer cosas contrarias a Su Palabra y, aún así, imaginar que uno está siendo guiado por el Espíritu de Dios. Nosotros hacemos hincapié en la necesidad de seguir tanto el guiar del Espíritu como los ejemplos de la Palabra, porque comparando nuestras formas con la Palabra escrita podemos descubrir la fuente de nuestra guía. La guía del Espíritu siempre armonizará con las Escrituras. Dios no puede guiar a un hombre de una forma en Hechos y de otra forma hoy día. En cosas exteriores la guía puede variar, pero en principio siempre es la misma, puesto que la voluntad de Dios es eterna, y por ende, inmutable. Dios es el Dios eterno; El no conoce tiempo, y Su voluntad y todos Sus métodos llevan el sello de eternidad. Siendo esto así, Dios nunca podría actuar de una forma una vez y de otra forma más tarde. Las circunstancias pueden diferir y los casos pueden diferir, pero en principio la voluntad y los métodos de Dios son exactamente los mismos hoy día tal como lo fueron en los días de Hechos.

Dios dijo a los israelitas: “Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres” (Mt. 19:8), pero el Señor Jesús dijo: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mt. 19:6). ¿No hay una discrepancia aquí? ¡No! “Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas desde el principio no ha sido así” (Mt. 19:8, gr.). No es que en el principio era permitido, y que más tarde llegó a prohibirse, y que más tarde aún llegó a ser permitido otra vez, como si Dios fuese un Dios variable. No, el Señor dijo: “Mas desde el principio no ha sido así”, mostrando que la voluntad de Dios nunca se había alterado. Desde el principio en adelante, hasta hoy, es exactamente igual. Aquí hay un principio muy importante. Si deseamos conocer la mente de Dios, debemos mirar Sus mandamientos en Génesis y no mirar Sus concesiones ulteriores, porque cada permiso subsecuente tiene esta explicación: “por la dureza de vuestro corazón”. Es la voluntad directiva de Dios la que deseamos descubrir, no Su voluntad permisiva. Deseamos ver cuál fue el propósito de Dios desde el principio. Deseamos ver las cosas tal como eran cuando procedieron en toda su pureza de la mente de Dios, no lo que ellas han llegado a ser a causa de la dureza de corazón por parte de Su pueblo.

Si queremos comprender la voluntad de Dios respecto de Su iglesia, entonces no debemos investigar cómo El guió a Su pueblo el año pasado, o hace diez años, o cien años atrás, sino que debemos remontarnos al principio, al “génesis” de la iglesia, para ver lo que El dijo e hizo entonces. Es allí donde encontramos la expresión más alta de Su voluntad. Hechos es el “génesis” de la historia de la

iglesia, y la iglesia en los tiempos de Pablo es el “génesis” de la obra del Espíritu. Las condiciones en la iglesia hoy día son sumamente diferentes de lo que fueron entonces, pero estas condiciones actuales nunca podrían ser nuestro ejemplo ni nuestra guía autoritaria. Nosotros debemos volvernos al principio. Solamente lo que Dios en el principio ha expuesto como nuestro ejemplo es la voluntad eterna de Dios. Es la norma divina y nuestro modelo para todo el tiempo.

Una palabra de explicación puede ser necesaria con respecto a los ejemplos que Dios nos ha dado en Su Palabra. El cristianismo está edificado no solamente sobre preceptos, sino también sobre ejemplos. Dios ha revelado Su voluntad, no solamente por medio de dar órdenes, sino también por medio de hacer que se realicen ciertas cosas en Su iglesia, para que en las épocas venideras otros sencillamente pudieran mirar el modelo y conocer así Su voluntad. Dios ha dirigido a Su pueblo no solamente por medio de principios abstractos y reglamentos objetivos, sino también por medio de ejemplos concretos y experiencia subjetiva. Dios usa preceptos para enseñar a Su pueblo, pero uno de Sus métodos principales de instrucción es la historia. Dios nos dice cómo otros conocieron e hicieron Su voluntad, para que nosotros, mirando sus vidas, no solamente conozcamos la voluntad de El, sino que también veamos cómo hacerla. El obró en sus vidas, produciendo en ellos lo que El mismo deseaba, y nos pide que los miremos a ellos, para que sepamos lo que El está buscando.

¿Nosotros, entonces, diremos que puesto que Dios no ha mandado cierta cosa no es necesario que la hagamos? Si hemos visto cómo El trató con los hombres en los días pasados, si hemos visto cómo guió a Su pueblo y edificó Su iglesia, ¿podemos todavía alegar ignorancia de Su voluntad? ¿Es necesario que a un niño se le diga explícitamente cómo hacer cada cosa? ¿Cada detalle debe ser mencionado separadamente de cosas permitidas y no permitidas? ¿No hay muchas cosas que él puede aprender simplemente observando a sus padres o a sus hermanos y hermanas mayores? Nosotros aprendemos más rápidamente por lo que vemos que por lo que oímos, y la impresión en nosotros es más profunda. Es por esto que Dios nos ha dado tanta historia en el Antiguo Testamento, y los Hechos de los Apóstoles en el Nuevo. El sabe que nosotros aprendemos más fácilmente por el ejemplo que por el precepto. Los ejemplos tienen mayor valor que los preceptos, porque los preceptos son abstractos, mientras que los ejemplos son preceptos llevados a la práctica. Mirándolos, no solamente sabemos cuáles son los preceptos de Dios, sino que tenemos una demostración tangible de su realización. Si tratamos de eliminar los ejemplos del cristianismo y dejamos solamente sus preceptos, entonces no nos quedará mucho. Los preceptos tienen su lugar, pero los ejemplos no tienen un lugar menos importante, aunque obviamente la conformidad al modelo divino en las cosas externas es mera formalidad si no hay correspondencia en la vida interior.

En conclusión, permítaseme enfatizar el hecho de que éste no es un libro sobre métodos misioneros. Los métodos no deben ser menospreciados, pero en el servicio de Dios lo que más importa es el hombre, no sus métodos. A menos que el hombre esté correcto, los métodos correctos serán inútiles para él o para su obra. Los métodos carnales son apropiados para los hombres carnales, y los métodos espirituales, para los hombres espirituales. Que los hombres carnales empleen métodos espirituales solamente resultará en confusión y fracaso. Este libro está destinado a aquellos que, habiendo aprendido algo de la cruz, conocen la corrupción de la naturaleza humana, y buscan andar, no según la carne, sino según el Espíritu. Su objetivo es ayudar a aquellos que reconocen el señorío de Cristo en todas las cosas, y procuran servirle en la manera designada por El, y no en la de la elección personal de ellos. En otras palabras, está escrito para aquellos que están en la riqueza de las verdades de Efesios, para que sepan cómo expresar su servicio según las directrices de Corintios. Que ninguno de mis lectores use este libro como una base para arreglos externos en su obra, sin permitir que la cruz trate drásticamente con su vida natural.

En la obra de Dios todo depende de qué tipo de obrero es enviado y de qué tipo de convertido es producido. En cuanto al convertido, es indispensable un nacimiento nuevo y verdadero en el Espíritu Santo, y una relación vital con Dios. En cuanto al obrero, además de la santidad personal y la investidura para el servicio, es esencial que él tenga un conocimiento experimental del significado de comprometerse con Dios, y que tenga fe en Su providencia soberana. De otro modo, no importa cuán bíblicos sean los métodos empleados, el resultado será derrota y vacío.

Al Señor y a Su pueblo encomiendo este libro, con la oración de que lo use para Su gloria, como El lo vea conveniente.

W. Nee
Shangai
Enero de 1938

CAPITULO UNO

LOS APOSTOLES

Dios es un Dios de obras. Nuestro Señor dijo: “Mi Padre hasta ahora trabaja”. Y El tiene un propósito definido y dirige todas Sus obras hacia la realización de este propósito. El es el Dios “que hace todas las cosas según el designio de su voluntad”. Pero Dios no hace todas las cosas directamente por Sí mismo. El trabaja a través de Sus siervos. Entre éstos, los apóstoles son los más importantes. Vayamos a la Palabra de Dios para ver qué enseña en cuanto a los apóstoles.

EL PRIMER APOSTOL

En el cumplimiento del tiempo, Dios envió a Su Hijo al mundo a hacer Su obra. El es conocido como el Cristo de Dios, es decir, “el Ungido”. El término “Hijo” se refiere a Su Persona; el nombre “Cristo” se refiere a Su oficio. El era el Hijo de Dios, pero fue enviado para ser el Cristo de Dios. “Cristo” es el nombre ministerial del Hijo de Dios. Nuestro Señor no vino a la tierra ni fue a la cruz por Su propia iniciativa; El fue ungido y apartado por Dios para la obra. El no se autodesignó, sino fue enviado. Con frecuencia, a lo largo del Evangelio de Juan, le encontramos refiriéndose a Dios, no como “Dios”, ni como “el Padre”, sino como “El que me envió”. El tomó la posición de enviado. Si esto es cierto en el caso del Hijo de Dios, ¿cuánto más se debe aplicar a Sus siervos? Si se esperaba que ni siquiera el Hijo tomara alguna iniciativa en la obra de Dios, ¿acaso es de esperarse que nosotros sí lo hagamos? El primer principio que debemos notar en la obra de Dios es que todos Sus obreros son enviados. Si no hay comisión divina, no puede haber obra divina.

Las Escrituras tienen un nombre especial para un enviado, a saber, un apóstol. El significado de la palabra griega es “el enviado”. El Señor mismo es el primer Apóstol porque El es el primero que fue enviado especialmente por Dios; por tanto, la Palabra se refiere a El como “el Apóstol” (He. 3:1).

LOS DOCE

Mientras nuestro Señor cumplía Su ministerio apostólico en la tierra, El estaba consciente todo el tiempo de que Su vida en la carne estaba limitada. Por lo tanto, aun mientras llevaba a cabo la obra que el Padre le había confiado, El estaba preparando un grupo de hombres para que la continuaran después de Su partida. A estos hombres también se les llamó apóstoles. No eran voluntarios; eran enviados. Por mucho que lo enfatizamos, nunca será demasiado decir que toda la obra divina es por comisión, no por elección propia.

¿De entre quiénes escogió nuestro Señor a estos apóstoles? Ellos fueron escogidos de entre Sus discípulos. Todos aquellos que fueron enviados por el Señor ya eran discípulos. No todos los discípulos son necesariamente apóstoles, pero todos los apóstoles sí son discípulos; no todos los discípulos son escogidos para la obra, pero aquellos que son escogidos, siempre son elegidos de entre los discípulos del Señor. Así que un apóstol debe tener dos llamamientos: en primer lugar debe ser llamado a ser discípulo, y en segundo lugar, debe ser llamado a ser apóstol. Su primer llamamiento es de entre los hijos de este mundo para ser un seguidor del Señor. Su segundo llamamiento es de entre los seguidores del Señor para ser un enviado del Señor.

Aquellos apóstoles que nuestro Señor escogió durante Su ministerio terrenal ocupan un lugar especial en la Escritura y también en el propósito de Dios, porque estuvieron con el Hijo de Dios mientras vivió en la carne. Ellos no fueron llamados simplemente apóstoles; fueron llamados “los doce apóstoles”. Ocupan un lugar especial en la Palabra de Dios y en el plan de Dios. Nuestro Señor dijo a Pedro que un día se sentarían “en tronos juzgando a las doce tribus de Israel” (Lc. 22:30). El Apóstol tiene Su trono, y los doce apóstoles tendrán sus tronos también. Este privilegio no les es otorgado a otros apóstoles. Cuando Judas perdió su oficio y Dios dirigió a los once restantes a que escogieran uno para completar el número, leemos que echaron suertes y que la suerte cayó sobre Matías, “y fue contado con los once apóstoles” (Hch. 1:26). En el capítulo siguiente encontramos al Espíritu Santo inspirando al escritor de Hechos a decir: “Pedro, poniéndose en pie con los once” (Hch. 2:14), lo cual muestra que el Espíritu Santo reconoció a Matías como uno de los doce. Aquí vemos que el número de estos apóstoles era un número fijo; Dios no quería más de doce, ni tendría menos. En el libro de Apocalipsis encontramos que la posición final que ellos ocuparán es, de nuevo, una posición especial: “Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero” (Ap. 21:14). Aun en el nuevo cielo y la nueva tierra los doce gozan de un lugar de privilegio peculiar, que no es asignado a ningún otro obrero de Dios.

LOS APOSTOLES EN LOS TIEMPOS BIBLICOS

El Señor como apóstol era único, y los doce, como apóstoles, también eran singulares; pero ni el Apóstol ni los doce apóstoles podían permanecer en la tierra para siempre. Al partir nuestro Señor, El dejó a los doce para que continuaran Su obra. Ahora que los doce han partido, ¿quiénes están aquí para continuarla?

El Señor se ha ido, pero el Espíritu ha venido. El Espíritu Santo ha llegado para asumir toda la responsabilidad de la obra de Dios en la tierra. El Hijo estaba obrando para el Padre; el Espíritu está obrando para el Hijo. El Hijo vino para realizar la voluntad del Padre; el Espíritu ha venido para realizar la voluntad del Hijo. El Hijo vino para glorificar al Padre; el Espíritu ha venido para glorificar al Hijo. El Padre nombró a Cristo para que fuera el Apóstol; el Hijo, mientras estaba en la tierra, nombró a los doce para que fueran apóstoles. Ahora el Hijo ha regresado al Padre, y el Espíritu está en la tierra designando hombres para que sean apóstoles. Los apóstoles nombrados por el Espíritu Santo no pueden sumarse a las filas de los que fueron nombrados por el Hijo; con todo y eso, son apóstoles. Es posible ver claramente que los apóstoles mencionados en Efesios 4 no son los doce originales, porque aquéllos fueron nombrados cuando el Señor todavía estaba en la tierra, mientras que el nombramiento de éstos al apostolado data después de la ascensión del Señor; ellos eran los dones que el Señor Jesús

dio a Su iglesia después de Su glorificación. Los doce apóstoles de entonces eran los seguidores personales del Señor Jesús, pero los apóstoles de ahora son ministros para la edificación del Cuerpo de Cristo. Debemos diferenciar claramente entre los apóstoles que fueron testigos de la resurrección de Cristo (Hch. 1:22, 26), y los apóstoles que son ministros para la edificación del Cuerpo de Cristo, porque el Cuerpo de Cristo no existía antes de la cruz. Sin duda, más tarde los doce recibieron la comisión de Efesios; pero los doce, como tales, eran muy distintos de los apóstoles mencionados en Efesios. Es evidente, por tanto, que Dios tiene otros apóstoles además de los doce originales.

Inmediatamente después del derramamiento del Espíritu, vemos a los doce apóstoles continuando la obra. Hasta el capítulo doce de Hechos se les ve como los obreros principales; pero al comienzo del capítulo trece vemos al Espíritu Santo empezando a manifestarse como el Agente de Cristo y el Señor de la iglesia. En ese capítulo se nos dice que en Antioquía, cuando ciertos profetas y maestros estaban ministrando al Señor y ayunando, el Espíritu Santo dijo: “Apartadme *ya* a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hch. 13:2, gr.). “Ya” es el tiempo en que el Espíritu empieza a enviar hombres. En ese momento dos nuevos obreros fueron comisionados por el Espíritu Santo.

Después de que el Espíritu envió a estos dos, ¿cómo se les designaba? Cuando Bernabé y Pablo estaban trabajando en Iconio, “la gente de la ciudad estaba dividida: unos estaban con los judíos, y otros con los apóstoles” (Hch. 14:4). Los dos que fueron enviados en el capítulo trece son llamados apóstoles en el capítulo catorce, donde la designación “los apóstoles” (v. 14) es utilizada con referencia a “Bernabé y Pablo”, lo que prueba concluyentemente que los dos hombres comisionados por el Espíritu Santo también eran apóstoles. Ellos no estaban entre los doce; con eso y todo, eran apóstoles.

Entonces, ¿quiénes son apóstoles? Los apóstoles son los obreros de Dios, enviados por el Espíritu Santo para efectuar la obra a la cual El los ha llamado. La responsabilidad de la obra está en sus manos. Hablando en términos más amplios, todos los creyentes son responsables de la obra de Dios, pero los apóstoles son un grupo de personas apartadas especialmente para la obra. En un sentido particular, la responsabilidad de la obra recae sobre ellos.

Ahora podemos ver la enseñanza de las Escrituras en cuanto a los apóstoles. Dios designó a Su Hijo para que fuera el Apóstol; Cristo designó a Sus discípulos para que fueran los doce apóstoles; y el Espíritu Santo nombró a un grupo de hombres (además de los doce) para que fueran los apóstoles edificadores del Cuerpo. El primer Apóstol es único; hay solamente uno. Los doce apóstoles también pertenecen a un grupo único en su género; no hay más que doce. Pero hay otra categoría de apóstoles, escogidos por el Espíritu Santo, y mientras

prosiga la edificación de la iglesia y continúe la presencia del Espíritu Santo en la tierra, la selección y el envío de esta categoría de apóstoles continuará también.

En la Palabra de Dios encontramos a muchos otros apóstoles además de Bernabé y Pablo. Hay muchos que pertenecen a esta nueva categoría, quienes han sido escogidos y enviados por el Espíritu de Dios. En 1 Corintios 4:9 leemos: “Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros”. ¿A quiénes se refieren las palabras “nosotros los apóstoles”? El pronombre “nosotros” implica que había, por lo menos, otro apóstol además del escritor. Si estudiamos el contexto, notamos que Apolos estaba con Pablo cuando él escribió (v. 6), y además que Sóstenes fue un coescritor de la epístola. Así que parece claro que “nosotros” aquí se refiere a Apolos o a Sóstenes, o a ambos. Entonces, es lógico concluir que uno de los dos, o ambos, deben de haber sido apóstoles.

Romanos 16:7 dice: “Saludad a Andrónico y a Junias, mis parientes y mis compañeros de prisiones, los cuales son muy estimados entre los apóstoles”. La cláusula “los cuales son muy estimados entre los apóstoles” no quiere decir que fueron tenidos como notables por los apóstoles, sino más bien que entre los apóstoles ellos eran notables. Aquí tenemos no solamente otros dos apóstoles, sino otros dos apóstoles notables.

Primera Tesalonicenses 2:6 dice: “Podíamos seros carga como apóstoles de Cristo”. “Podíamos” aquí se refiere claramente a los escritores de la carta a Tesalónica, es decir, a Pablo, Silvano y Timoteo (1:1), lo que indica que los dos jóvenes colaboradores de Pablo también eran apóstoles.

Primera Corintios 15:5-7 dice: “Apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez...Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles”. Además de los doce apóstoles había un grupo conocido como “todos los apóstoles”. Es obvio, entonces, que además de los doce había otros apóstoles.

Pablo nunca afirmó ser el último apóstol y que después de él no habría otros. Leamos cuidadosamente lo que dijo: “Y al último de todos...me apareció a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol” (1 Co. 15:8-9). Notemos cómo usó Pablo las palabras “último” y “más pequeño”. El no dijo que era el último apóstol; dijo solamente que era el apóstol más pequeño. Si hubiera sido el último, no habría posibilidad de que hubiera otros posteriores a él, pero él sólo era el más pequeño.

En el libro de Apocalipsis se dice de la iglesia en Efeso: “Has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos” (2:2). Parece

claro de este versículo que las iglesias primitivas esperaban tener otros apóstoles además de los doce originales, porque cuando se escribió el libro de Apocalipsis, Juan era el único sobreviviente de los doce, y para ese entonces, incluso Pablo ya había sido hecho mártir. Si habrían de ser sólo doce apóstoles, y Juan era el único que quedaba, entonces nadie hubiera sido lo suficientemente necio para tratar de hacerse pasar por apóstol, y nadie hubiera sido tan tonto como para dejarse engañar, y ¿por qué hubiera existido la necesidad de probarlos? Si Juan hubiera sido el único apóstol, entonces la prueba habría sido verdaderamente sencilla! ¡Cualquiera que no fuese Juan, no era apóstol!

EL SIGNIFICADO DEL APOSTOLADO

Puesto que el significado de la palabra “apóstol” es “el enviado”, el significado del apostolado está bien claro, es decir, el oficio del enviado. Los apóstoles no son primordialmente hombres que tienen dones especiales; son hombres que tienen una comisión especial. Todo aquel que es enviado por Dios es un apóstol. Muchos de los que son llamados por Dios no son tan dotados como Pablo, pero si han recibido una comisión de parte de Dios, son en verdad tan apóstoles como lo era él. Los apóstoles fueron hombres dotados, pero su apostolado no se basaba en sus dones, sino en su comisión. Desde luego, Dios no enviará a uno que no esté equipado, pero el equipo no constituye el apostolado. Si Dios quisiera enviar a un hombre totalmente desprovisto de equipo, ese hombre sería tan apóstol como uno completamente equipado, puesto que el apostolado no se basa en la capacidad humana sino en la comisión divina. Es inútil que alguna persona tome el oficio de apóstol sencillamente porque cree que tiene los dones o capacidad necesarios. Se requiere más que un simple don o habilidad para constituir a los hombres apóstoles; se requiere nada menos que a Dios mismo, Su voluntad y Su llamamiento. Ningún hombre puede alcanzar el apostolado por cualidades naturales o de otra índole; Dios tiene que hacerle apóstol si alguna vez ha de serlo. Si un hombre llega a ser de algún valor espiritual o no, y si su obra sirve a un fin espiritual o no, depende del envío de Dios. Ser “un hombre enviado por Dios” debe ser la característica principal de nuestra entrada a Su servicio y de todos nuestros movimientos subsecuentes.

Vayamos a las Escrituras. En Lucas 11:49 leemos: “Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán”. Desde Génesis hasta Malaquías no encontramos a ninguno que fuera explícitamente llamado apóstol; sin embargo, los hombres aquí mencionados como apóstoles vivieron en el período de tiempo entre Abel y Zacarías (v. 51). Así que, queda claro que aun en los tiempos del Antiguo Testamento Dios tuvo Sus apóstoles.

Nuestro Señor dijo: “El siervo no es mayor que su señor, ni el apóstol [griego] es mayor que el que le envió” (Jn. 13:16). Aquí tenemos una definición de la

palabra “apóstol”. Implica ser enviado, eso es todo, y en eso consiste todo. Por muy buenas que sean las intenciones humanas, nunca pueden tomar el lugar de la comisión divina. Hoy en día aquellos que han sido enviados por el Señor a predicar el evangelio y a establecer iglesias se llaman a sí mismos misioneros, no apóstoles; pero la palabra “misionero” significa exactamente la misma cosa que “apóstol”, es decir, “el enviado”. Es la forma latina del equivalente griego, *apóstolos*. Puesto que el significado de las dos palabras es precisamente el mismo, no veo la razón por la cual los verdaderos enviados de hoy prefieren llamarse misioneros en vez de apóstoles.

LOS APOSTOLES Y EL MINISTERIO

“Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:7-13).

Hay muchos ministerios relacionados con el servicio de Dios, pero El ha escogido a varios hombres para un ministerio especial, esto es, el ministerio de la Palabra para la edificación del Cuerpo de Cristo. Puesto que ese ministerio es distinto de los otros, nos referimos a él como “el ministerio”. Este ministerio ha sido confiado a un grupo de personas de las cuales los apóstoles son los principales. No es un ministerio de un solo hombre, ni tampoco de “todos los hombres”, sino que es un ministerio basado en los dones del Espíritu Santo y en un conocimiento práctico del Señor.

Los apóstoles, profetas, evangelistas y pastores y maestros son los dones que nuestro Señor ha dado a Su iglesia para que sirvan en el ministerio. Hablando con propiedad, los pastores y maestros son un solo don, no dos, porque la enseñanza y el pastoreo están íntimamente ligados. En la lista de dones, los apóstoles, los profetas y los evangelistas son mencionados separadamente, mientras que los pastores y maestros figuran juntos. Además, los primeros tres están precedidos por las palabras “unos” y “otros”, mientras que “otros” está anexa a pastores y maestros juntamente, así: “unos apóstoles”, “otros profetas”, “otros evangelistas”, y “otros pastores y maestros”, no “otros pastores y otros maestros”. El hecho de que las palabras “unos” y “otros” sean utilizadas

solamente cuatro veces en total en esta lista indica que únicamente hay cuatro tipos de personas en cuestión. Los pastores y maestros son dos en uno.

El pastoreo y la enseñanza pueden ser considerados como un solo ministerio, porque aquellos que enseñan también tienen que pastorear, y los que pastorean también deben enseñar. Los dos tipos de trabajo están relacionados. Más aún, en el Nuevo Testamento no se encuentra en ninguna otra parte la palabra “pastor” aplicada a persona alguna, pero el vocablo “maestro” es utilizado en otras cuatro ocasiones. En otras partes en el Nuevo Testamento encontramos referencia a un apóstol (por ejemplo, Pablo), y a un profeta (por ejemplo, Agabo), y a un evangelista (por ejemplo, Felipe), y a un maestro (por ejemplo, Manaén), pero en ninguna parte en la Palabra de Dios encontramos que se mencione a alguien como pastor. Esto confirma el hecho de que los pastores y los maestros son una sola categoría de hombres.

Los maestros son hombres que han recibido el don de enseñar. Este no es un don milagroso, sino un don de gracia, lo cual explica el hecho de su omisión en la lista de dones milagrosos en 1 Corintios 12:8-10, y su inclusión en la lista de los dones de gracia en Romanos 12. Es un don de gracia lo que capacita a sus poseedores para entender las enseñanzas de la Palabra de Dios y para discernir los propósitos de El, y así los provee de lo necesario para instruir a Su pueblo en asuntos doctrinales. En la iglesia en Antioquía había varias personas así equipadas, incluyendo a Pablo. Es por la operación de Dios que tales hombres están “puestos en la iglesia”, y su posición está próxima a los profetas. Un maestro es un individuo que ha recibido el don de enseñanza de parte de Dios, y ha sido dado por el Señor a Su iglesia para edificación de ésta. La tarea de un maestro es interpretar para otros las verdades que le han sido reveladas, guiar al pueblo de Dios al entendimiento de la Palabra, y alentarles a buscar y recibir por sí mismos revelación divina mediante las Escrituras. Su esfera de trabajo se lleva a cabo principalmente entre los hijos de Dios, aunque a veces también enseñan a los que no son salvos (1 Ti. 4:11; 6:2; 2 Ti. 2:2; Hch. 4:2-18; 5:21, 25, 28, 42). Su obra es más de interpretación que de revelación, mientras que la obra de los profetas es más de revelación que de interpretación. Ellos procuran guiar a los creyentes al entendimiento de la verdad divina, y a los incrédulos al entendimiento del evangelio.

Los evangelistas también son un don que nuestro Señor ha dado a Su iglesia, pero no sabemos exactamente cuáles sean sus dones personales. La Palabra de Dios no habla de don evangelístico alguno, pero sí se refiere a Felipe como evangelista (Hch. 21:8), y Pablo en una ocasión alentó a Timoteo a hacer la obra de evangelista y a que cumpliera su ministerio (2 Ti. 4:5). Aparte de esos tres casos, el sustantivo “evangelista” no se encuentra en las Escrituras, aunque a menudo encontramos el verbo que se deriva de la misma raíz.

En la Palabra de Dios el lugar de los profetas está definido con mayor claridad que el de los maestros y el de los evangelistas. La profecía es mencionada entre los dones de gracia (Ro. 12:6), y entre los dones milagrosos la encontramos de nuevo (1 Co. 12:10). Dios ha puesto profetas en la iglesia universal (1 Co. 12:28), pero también ha dado profetas para el ministerio (Ef. 4:11). Existe tanto el don de profecía como el oficio de profeta. La profecía es al mismo tiempo un don milagroso y un don de gracia. El profeta es un hombre puesto por Dios en Su iglesia para ocupar el oficio de profeta y también es un hombre dado por el Señor a Su iglesia para el ministerio.

De las cuatro clases de hombres dotados que el Señor ha concedido a Su iglesia para su edificación, los apóstoles eran muy diferentes de las otras tres. La posición especial ocupada por los apóstoles es obvia a cualquier lector del Nuevo Testamento. Ellos fueron comisionados especialmente por Dios para fundar iglesias por medio de la predicación del evangelio, para traer revelación de parte de Dios a Su pueblo, para tomar decisiones en asuntos relacionados con doctrina y gobierno, y para edificar a los santos y distribuir los donativos. Tanto espiritual como geográficamente su esfera de acción era extensa. Que su posición era superior a la de los profetas y a la de los maestros está claro según la Palabra: “A unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles” (1 Co. 12:28).

Los apóstoles pertenecen al ministerio, pero son muy distintos de los profetas, evangelistas y maestros, porque a diferencia de estos tres, sus dones no son lo que determina su oficio; es decir, ellos no son constituidos apóstoles por haber recibido un don apostólico.

Es importante notar que el apostolado es un oficio, no un don. Un oficio es lo que uno recibe como resultado de una comisión; un don es lo que uno recibe con base en la gracia. “Yo fui constituido...apóstol” (1 Ti. 2:7). “Yo fui constituido... apóstol” (2 Ti. 1:11). Vemos aquí que los apóstoles son comisionados. El ser un apóstol no depende de haber recibido un don apostólico sino de haber recibido una comisión apostólica. Un apóstol tiene un llamamiento especial y una comisión especial. En esto se distingue de las otras tres clases de ministros, aunque haya recibido el don de profecía y sea así tanto profeta como apóstol. Su don personal le constituye profeta, pero es la comisión, no el don, lo que le constituye apóstol. Los otros ministros pertenecen al ministerio en virtud de sus dones; un apóstol pertenece al ministerio en virtud de su envío. Lo que capacita a los otros ministros es la posesión de dones; lo que capacita a un apóstol es la posesión de dones más un llamamiento y comisión especiales.

Un apóstol puede ser profeta o maestro. Si ejercita su don de profecía o de enseñanza en la iglesia local, lo hace en calidad de profeta o maestro, pero cuando ejercita sus dones en varios lugares, lo hace en calidad de apóstol. El apostolado implica el ser enviado por Dios para ejercitar los dones del ministerio en diferentes lugares. En cuanto a su oficio, no importa el don personal que tenga el apóstol, pero sí es indispensable que sea enviado por Dios. Un apóstol puede ejercitar sus dones espirituales en cualquier lugar, pero no puede ejercitar sus dones apostólicos, porque un apóstol es tal por oficio, no por don.

Sin embargo, los apóstoles tienen dones personales para su ministerio. “Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hch. 13:1-2). Estos cinco hombres tenían los dones de profecía y de enseñanza, un don milagroso y uno de gracia. De esa compañía de cinco, dos fueron enviados por el Espíritu a otras partes, y quedaron tres en Antioquía. Como ya hemos visto, de ahí en adelante los dos enviados fueron llamados apóstoles. Ellos no recibieron ningún don apostólico, sino que recibieron una comisión apostólica. Sus dones era lo que les capacitaba para ser profetas y maestros, pero su comisión era lo que les capacitaba para ser apóstoles. Los tres que permanecieron en Antioquía todavía eran profetas y maestros, mas no apóstoles, sencillamente porque no habían sido enviados por el Espíritu. Los dos fueron hechos apóstoles, no porque hubieran recibido algún don además del don de profecía y enseñanza, sino porque habían recibido un oficio adicional como resultado de su comisión. Los dones de los cinco eran iguales, pero dos de ellos recibieron una comisión divina además de sus dones, y eso les capacitó para el ministerio apostólico.

Entonces, ¿por qué dice la Palabra de Dios: “El mismo constituyó a unos apóstoles”? La cuestión aquí no es que el apostolado sea un don proporcionado a un apóstol, sino que es un don concedido a la iglesia; no es un don espiritual dado a un hombre, sino un hombre dotado dado a la iglesia. Efesios 4:11 no dice que el Señor dio un don apostólico a persona alguna, sino que dio hombres como apóstoles a Su iglesia. Los hombres han recibido dones de parte del Espíritu que les han capacitado para ser profetas y maestros, pero ningún hombre ha recibido jamás un don espiritual que le haya capacitado para ser apóstol. Los apóstoles son una categoría de personas que nuestro Señor ha dado como un don a Su iglesia para edificación de ésta.

Los dones a que se refiere este pasaje no son los dones dados a los hombres personalmente, sino aquellos dados por el Señor a Su iglesia. Los dones

mencionados aquí son los obreros dotados, los cuales el Señor de la iglesia confiere a Su iglesia para la edificación de ella. La Cabeza da a la iglesia, la cual es Su Cuerpo, determinados hombres para servir al Cuerpo y edificarlo. Debemos distinguir entre los dones dados por el Espíritu a los individuos y aquéllos otorgados por el Señor a Su iglesia. Los primeros son dados a los creyentes individualmente, los postreros son dados a los creyentes corporativamente. Los primeros son cosas y los postreros son personas. Los dones dados por el Espíritu a los individuos son su equipo para servir al Señor al profetizar, enseñar, hablar en lenguas y sanar a los enfermos; los dones dados por el Señor a Su iglesia como Cuerpo, son las personas que poseen los dones del Espíritu.

“Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas” (1 Co. 12:8-10). Este pasaje nos proporciona una lista de todos los dones que el Espíritu Santo dió a los hombres, pero no incluye don apostólico alguno. “Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas” (1 Co. 12:28). El primer pasaje enumera los dones dados a los individuos; el segundo enumera los dones dados a la iglesia. En el primero no hay mención de ningún don apostólico; en el segundo encontramos que los apóstoles encabezan la lista de los dones que Dios ha dado a la iglesia. No es que Dios haya dado a Su iglesia el don del apostolado, sino que El le ha dado a ella hombres que son apóstoles; y El no le ha dado los dones de profecía y de enseñanza a Su iglesia, sino que El le ha dado a ella algunos hombres como profetas y algunos como maestros. Dios ha puesto diferentes clases de obreros en Su iglesia para su edificación, y una de éstas es los apóstoles. Ellos no representan cierta clase de don; representan cierta clase de personas.

La diferencia entre los apóstoles y los profetas y maestros es que los últimos dos representan dones dados por el Espíritu a individuos, y al mismo tiempo, dones dados por el Señor a Su iglesia; mientras que los apóstoles son hombres dados por el Señor a Su iglesia, pero no representan ningún don especial o personal del Espíritu.

“Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros” (1 Co. 12:28). ¿Qué iglesia es ésta? Es la que comprende a todos los hijos de Dios; por lo tanto, es la iglesia universal. En esta iglesia Dios ha puesto “primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros”. En 1 Corintios 14:23 leemos que “toda la iglesia se reúne en un solo lugar”. ¿Qué

iglesia es ésta? Obviamente, es la iglesia local, porque la iglesia universal no puede reunirse en una sola localidad. Es en esta iglesia local donde los hermanos ejercitaban sus dones espirituales. Uno tenía salmo, otro doctrina, otro revelación, otro lengua, y otro interpretación (14:26), pero el más importante de todos éstos era el don de profecía (14:1). En el capítulo doce los apóstoles tenían primacía sobre los otros ministros, pero en el capítulo catorce son los profetas los que tienen primacía. En la iglesia universal los apóstoles son los primeros, pero en la iglesia local los profetas son los primeros. ¿Cómo es que los profetas tienen el primer lugar en la iglesia local, ya que en la iglesia universal ocupan solamente el segundo? Se debe a que en la iglesia universal la cuestión no es de dones del Espíritu dados a personas, sino de ministros que Dios ha dado como dones a la iglesia, y de éstos, los apóstoles tienen el primer lugar; pero en la iglesia local la cuestión es de dones personales del Espíritu, y de éstos, la profecía es principal, porque es el más importante. Recordemos que el apostolado no es un don personal.

LA ESFERA DE SU OBRA

La esfera de la obra de un apóstol es muy distinta a la de las otras tres clases de especiales. Que los profetas y los maestros ejercitan sus dones en la iglesia local se desprende de la declaración: “Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros”. Uno puede encontrar profetas y maestros en la iglesia local, pero no apóstoles, porque ellos han sido llamados a ministrar en diversos lugares, mientras que el ministerio de los profetas y los maestros está circunscrito a una localidad (1 Co. 14:26, 29).

En cuanto a los evangelistas, no conocemos su esfera especial, puesto que se habla muy poco de ellos en la Palabra de Dios, pero la historia de Felipe, el evangelista, arroja alguna luz sobre esta clase de ministros. Felipe dejó su propia localidad y predicó en Samaria, pero aunque allí hizo un buen trabajo, el Espíritu no cayó sobre ninguno de sus conversos. No fue sino hasta que los apóstoles llegaron de Jerusalén y les impusieron las manos que el Espíritu fue derramado. Esto parece indicar que la predicación local del evangelio es la obra de un evangelista, pero la predicación universal del evangelio es tarea de un apóstol. Esto no significa que el trabajo de un evangelista necesariamente esté restringido a un lugar, pero sí quiere decir que ésa es su esfera normal. De la misma manera, el profeta Agabo profetizó en otro lugar, pero su esfera especial de trabajo era su propia localidad.

LA EVIDENCIA DEL APOSTOLADO

¿Hay algún indicio de que uno realmente está comisionado por Dios para ser apóstol? En 1 Corintios 9:1-2, Pablo trata con nuestra pregunta al escribir a los santos en Corinto, y en su argumento es obvio que el apostolado tiene sus

credenciales. “El sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor”, escribe, como si dijera: “Si Dios no me hubiera enviado a Corinto, entonces vosotros no seríais salvos hoy, y no habría iglesia en vuestra ciudad”. Si Dios ha llamado a un hombre para que sea apóstol, esto será manifiesto en el fruto de sus labores. En dondequiera que se encuentre la comisión de Dios, allí está la autoridad de Dios; en dondequiera que se encuentre la autoridad de Dios, allí está el poder de Dios, y en dondequiera que se encuentre el poder de Dios, allí se encuentran frutos espirituales. El fruto de nuestras labores prueba la validez de nuestra comisión. Y, sin embargo, debe notarse que el pensamiento de Pablo no es que el apostolado implique numerosos conversos, sino que representa valores espirituales para el Señor, porque El nunca podría enviar a alguien con un propósito menor. El Señor busca valores espirituales, y el objeto del apostolado es obtenerlos. En este caso los corintios representan estos valores. Pero, acaso no ha dicho Pablo aquí: “¿No he visto a Jesús nuestro Señor?” Entonces, ¿solamente aquellos que han visto al Señor Jesús en Sus manifestaciones de resurrección son los que están capacitados para ser apóstoles? Sigamos cuidadosamente la trama del argumento de Pablo. En el versículo 1 hace cuatro preguntas: (1) “¿No soy libre?” (2) “¿No soy apóstol?” (3) “¿No he visto a Jesús nuestro Señor?” (4) “¿No sois vosotros mi obra en el Señor?” Se suponía una respuesta afirmativa a las cuatro preguntas, porque el caso de Pablo exigía tal respuesta. Nótese que Pablo, al continuar su argumento en el segundo versículo, abandona dos de sus preguntas, y sigue con las otras dos. El abandona la primera y la tercera, y toma la segunda y la cuarta, juntándolas. Con el fin de continuar su argumento, deja a un lado “¿No soy libre?” y “¿No he visto a Jesús nuestro Señor?”, y contesta a las preguntas “¿No soy yo un apóstol?” y “¿No sois vosotros mi obra en el Señor?” Ciertamente, Pablo estaba tratando de demostrar la autenticidad de su comisión por la bendición que había acompañado sus labores, no por haber sido libre ni por haber visto al Señor.

De las cuatro preguntas formuladas por Pablo, tres se refieren a su persona y una a su obra. Estas tres están en el mismo plano, y son completamente independientes la una de la otra. Pablo no estaba argumentando que porque él era libre y porque él era apóstol, por eso había visto al Señor. Ni estaba razonando que por causa de ser apóstol y porque había visto al Señor, por eso era libre. Tampoco estaba tratando de demostrar que porque era libre y había visto al Señor, por eso era apóstol. Los hechos son que era libre, era apóstol, y había visto al Señor. Estos hechos no tienen una conexión esencial el uno con el otro, y es absurdo relacionarlos. Sería igualmente razonable argüir que el apostolado de Pablo estribaba en su libertad como argüir que estaba fundado en el hecho de haber visto al Señor. Si no buscaba probar su apostolado por el hecho de que era libre, tampoco intentaba probarlo por haber visto al Señor. El apostolado no está basado en el hecho de haber visto al Señor en Sus manifestaciones de resurrección.

Entonces, ¿cuál es el significado de 1 Corintios 15:5-9? “Apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez...Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos...me apareció a mí”. El objeto de este pasaje no es el de producir evidencia del apostolado, sino evidencia de la resurrección del Señor. Pablo está enumerando las diferentes personas a quienes se apareció el Señor; no está enseñando qué efecto causó Su aparición entre estas personas. Cefas y Jacobo vieron al Señor, pero ellos eran Cefas y Jacobo después de que vieron al Señor, así como eran Cefas y Jacobo antes; ellos no se convirtieron en Cefas y Jacobo por haberle visto. Lo mismo se aplica a los doce apóstoles y a los quinientos hermanos. El ver al Señor no los constituyó apóstoles. Ellos eran doce apóstoles antes de ver al Señor, y eran doce apóstoles después de haber visto al Señor. El mismo argumento se aplica en el caso de Pablo. Los hechos eran que él había visto al Señor, y que era el más pequeño de los apóstoles; pero no fue el hecho de haber visto al Señor lo que le constituyó en el más pequeño de los apóstoles. Los quinientos hermanos no eran apóstoles antes de ver al Señor, ni lo fueron después. Haber visto al Señor en Sus manifestaciones de resurrección no los constituyó apóstoles. Simplemente eran hermanos antes, y sencillamente eran hermanos después. En ninguna parte enseña la Palabra de Dios que ver al Señor es el requisito para el apostolado.

Sin embargo, el apostolado tiene sus credenciales. En 2 Corintios 12:11-12, Pablo escribe: “En nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles...Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros”. Había abundante evidencia de la autenticidad de la comisión apostólica de Pablo; además las señales de un apóstol nunca faltarán donde hay realmente un llamamiento apostólico. Del pasaje citado arriba inferimos que la evidencia del apostolado está en un poder dual: espiritual y milagroso. La paciencia es la prueba más grande del poder espiritual, y es una de las señales de un apóstol. Es la habilidad de resistir resueltamente bajo una presión continua lo que prueba la realidad de un llamamiento apostólico. Un verdadero apóstol necesita ser “fortalecido con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo” (Col. 1:11-12). Sí, se necesita nada menos que “toda fortaleza, conforme a la potencia de su gloria” para producir “toda paciencia y longanimidad; con gozo.” Pero la veracidad del apostolado de Pablo quedaba no solamente atestiguada por su inmutable paciencia bajo una presión intensa y prolongada, sino que también se evidenciaba por el poder milagroso que él poseía. El poder milagroso para cambiar las situaciones en el mundo físico es una manifestación necesaria de nuestro conocimiento de Dios en la esfera espiritual, y esto se aplica, no a tierras paganas únicamente, sino a todas las regiones. Declarar ser enviados del Dios omnipotente, y sin embargo, estar impotentes ante situaciones que desafían Su poder, es una triste contradicción.

No todos los que pueden obrar milagros son apóstoles, porque los dones de sanidad y de operación de milagros son dados a miembros del Cuerpo (1 Co. 12:28) que no tienen comisión especial, pero poder milagroso lo mismo que poder espiritual es parte del equipo de todos los que tienen una verdadera comisión apostólica.

MUJERES APOSTOLES

¿Tienen las mujeres algún lugar en las filas de los apóstoles? Las Escrituras indican que sí lo tienen. No había mujeres entre los Doce enviados por el Señor, pero una mujer es mencionada entre el número de los apóstoles enviados por el Espíritu después de la ascensión del Señor. Romanos 16:7 habla de dos apóstoles notables, Andrónico y Junias, y autoridades fidedignas concuerdan en que “Junias” es el nombre de una mujer. Así que aquí tenemos a una hermana que es apóstol y como si fuera poco, una apóstol notable.

CAPITULO DOS

LA SEPARACION Y LOS MOVIMIENTOS DE LOS APOSTOLES

ANTIOQUIA—LA IGLESIA MODELO

La iglesia en Antioquía es la iglesia modelo mostrada en la Palabra de Dios porque fue la primera en ser constituida después de la fundación de la iglesia relacionada con los judíos y de la iglesia relacionada con los gentiles. En el capítulo dos de Hechos vemos la iglesia relacionada con los judíos establecida en Jerusalén, y en el capítulo diez vemos la iglesia relacionada con los gentiles establecida en la casa de Cornelio. Fue justamente después del establecimiento de estas iglesias que la iglesia en Antioquía fue fundada. En su etapa de transición la iglesia en Jerusalén no estaba completamente libre del judaísmo, pero la iglesia en Antioquía desde el mismo comienzo estaba absolutamente clara en cuanto a la base fundamental de la iglesia y se mantuvo firmemente sobre tal base. No es insignificante que “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía” (Hch. 11:26). Fue allí donde las características peculiares del cristiano y de la iglesia cristiana fueron manifestadas claramente por primera vez, y por esta razón puede ser considerada la iglesia modelo para esta dispensación. Sus profetas y maestros eran profetas modelo y maestros modelo, y los apóstoles que envió fueron apóstoles modelos. No solamente los hombres enviados son ejemplo para nosotros, sino que también la forma de su envío es nuestro ejemplo. Puesto que el primer envío de los apóstoles por el Espíritu Santo del cual se hace mención fue desde Antioquía, bien haremos en mirar cuidadosamente los detalles de tal envío.

Desde que se completó el Nuevo Testamento el Espíritu Santo ha llamado a muchos de los hijos de Dios a servirle por todo el mundo, pero, hablando con propiedad, ninguno de ellos puede ser considerado como nuestro ejemplo. Siempre debemos considerar la primera acción del Espíritu Santo en cualquier dirección determinada a fin de descubrir Su modelo de acción para nosotros en esa dirección particular. Así que para ver cuál ejemplo debe seguir hoy la iglesia al enviar apóstoles, examinemos cuidadosamente el primer envío de obreros del cual se hace mención desde la primera iglesia establecida puramente sobre el terreno de la iglesia.

EL LLAMAMIENTO DEL ESPIRITU SANTO

En los primeros dos versículos de Hechos 13 leemos: “Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Notemos unos cuantos datos aquí. Había una iglesia local en Antioquía, había ciertos profetas y maestros quienes eran ministros en esa iglesia, y fue de entre ellos que el Espíritu Santo separó a dos para otra esfera de servicio. Bernabé y Saulo eran dos ministros del Señor ya ocupados en el ministerio cuando llegó el llamamiento del Espíritu. El Espíritu Santo envía a otras partes solamente a aquellos que ya están equipados para la obra y que están llevando responsabilidad en donde están, no a aquellos que entierran sus talentos y no se ocupan de las necesidades locales mientras sueñan en algún día futuro cuando les llegue el llamamiento a un servicio especial. Bernabé y Saulo tomaban la carga de la situación local cuando el Espíritu puso sobre ellos la carga de otros lugares. Sus manos estaban llenas de la obra local cuando El les envió a trabajar más lejos. Notemos primeramente que el Espíritu Santo escoge apóstoles de entre los profetas y maestros.

“Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Estos profetas y maestros ministraban con todo el corazón al Señor, tanto que cuando la ocasión lo demandaba pasaban por alto hasta las legítimas demandas de su cuerpo físico y ayunaban. Lo que ocupaba los pensamientos de esos profetas y maestros en Antioquía era el ministerio al Señor, no el trabajo para El. Su dedicación era para el Señor mismo, no para Su servicio. Nadie puede verdaderamente trabajar para el Señor si no ha aprendido primeramente a ministrarle a El. Fue mientras Bernabé y Saulo le ministraban al Señor que se oyó la voz del Espíritu llamándolos a un servicio especial.

Fue al llamamiento divino al que respondieron, no a la voz de la necesidad humana. No habían oído informes acerca de caníbales ni de salvajes en busca de cabezas humanas; sus compasiones no habían sido movidas por cuentos lúgubres de matrimonios de niños, ni de vendajes de los pies, ni de fumadores de opio. No habían oído ninguna voz salvo la voz del Espíritu; no habían visto ninguna demanda excepto la demanda de Cristo. No se había hecho apelación alguna a su heroísmo natural o a su amor a las aventuras. Ellos conocían un solo ruego, el ruego de su Señor. Fue el Señorío de Cristo el que reclamó su servicio, y fue solamente en la autoridad de El que ellos salieron. Su llamamiento fue un llamamiento espiritual. En él no entró ningún factor natural. Fue el Espíritu Santo quien dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Toda obra espiritual debe empezar con el llamamiento del Espíritu. Toda obra divina debe ser iniciada divinamente. El plan concebido para la obra puede ser magnífico, la razón adecuada, la necesidad urgente, y el hombre escogido para realizarla puede ser sumamente apropiado; pero si el Espíritu Santo no ha dicho: “Apartadme a ese hombre para la obra a que lo he llamado”, él nunca podrá ser un apóstol. Puede ser profeta o maestro, pero no es apóstol. Desde los tiempos antiguos todos los verdaderos apóstoles eran separados por el Espíritu Santo para la obra a la cual El les llamaba y hoy en día es igualmente cierto que todos los verdaderos apóstoles deben ser apartados por El para la obra. Dios desea el servicio de Sus hijos, pero El hace concriptos; no desea voluntarios. La obra es Suya, y El es el único que puede originarla legítimamente. La intención humana, por muy buena que sea, nunca puede tomar el lugar de la iniciativa divina. Los deseos fervorosos por la salvación de los pecadores o por la edificación de los santos nunca calificarán a un hombre para la obra de Dios. Un requisito, y solamente uno, es necesario: Dios debe enviarlo.

Fue el Espíritu Santo quien dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. Solamente el llamamiento divino puede habilitar para el oficio apostólico. En los gobiernos terrenales no puede haber servicio donde no se haya comisionado, y lo mismo es válido en el gobierno de Dios. La tragedia en la obra cristiana hoy es que muchos obreros sencillamente han ido, no han sido enviados. Es la comisión divina lo que constituye el llamamiento a la obra divina. El deseo personal, las persuasiones amistosas, el consejo de personas mayores que uno, y la urgencia de la oportunidad, todos éstos son factores en el plano natural, y nunca pueden tomar el lugar de un llamamiento espiritual. Eso es algo que debe ser grabado en el espíritu humano por el Espíritu de Dios.

Cuando Bernabé y Saulo fueron enviados, el Espíritu primeramente los llamó, y luego los hermanos confirmaron el llamamiento. Los hermanos pueden decir que usted tiene un llamamiento, y las circunstancias parecerán indicarlo, pero la pregunta es, ¿ha oído usted mismo el llamamiento? Si es usted el que ha de ir,

entonces usted es el que tiene que oír primero la voz del Espíritu. No nos atrevemos a desatender la opinión de los hermanos, pero su opinión no es sustituto alguno de un llamamiento personal de Dios. Aun si ellos están seguros de que tenemos un llamamiento, y en esa misma seguridad un grupo del pueblo de Dios nos envía alegremente a la obra, si no tenemos nosotros mismos una palabra clara de Dios en nuestro corazón, sobre la base del nuevo pacto, entonces vamos como mensajeros de hombres y no como apóstoles de Dios.

Si Dios desea el servicio de algún hijo Suyo, El mismo lo llamará a servirle, y El mismo lo enviará. El primer requisito en la obra divina es un llamamiento divino. Todo depende de esto. Un llamamiento divino le da a Dios Su lugar legítimo, porque lo reconoce a El como quien originó la obra. Donde no hay llamamiento de Dios, la obra emprendida no es de origen divino, y no tiene valor espiritual. La obra divina debe ser comenzada divinamente. Un obrero puede ser llamado directamente por el Espíritu, o indirectamente mediante la lectura de la Palabra, por medio de la predicación, o por las circunstancias; pero cualquiera que sea el medio que Dios utilice para hacer que Su voluntad sea dada a conocer al hombre, Su voz debe ser la que se escucha a través de todas las otras voces; El debe ser el que hable, sin importar el instrumento utilizado para hacer el llamamiento. Nunca debemos ser independientes de los otros miembros del Cuerpo, pero tampoco debemos olvidar que recibimos todas nuestras órdenes de la Cabeza; así que debemos tener cuidado en preservar nuestra independencia espiritual aun mientras cultivamos un espíritu de dependencia mutua entre los miembros. Es erróneo rechazar la opinión de otros obreros bajo el pretexto de hacer la voluntad de Dios, pero a la vez es incorrecto aceptar sus opiniones como un sustituto para las instrucciones directas del Espíritu de Dios.

SEPARACION DE OBREROS

Efectivamente, fue el Espíritu Santo quien llamó a Bernabé y a Saulo, pero El dijo a los otros profetas y maestros lo mismo que a ellos: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. El Espíritu Santo habló directamente a los apóstoles, pero también habló indirectamente por medio de los profetas y maestros. Lo que se dijo en privado a los dos fue confirmado públicamente mediante los otros tres. Todos los apóstoles deben tener una revelación personal de la voluntad de Dios, pero hacer que esto sea la única base para su salida no es suficiente. Por un lado, la opinión de otros, por muy espirituales y experimentados que sean, nunca puede ser un sustituto de un llamamiento directo de Dios. Por otro, un llamamiento personal, por muy definido que sea, requiere la confirmación de los miembros representativos del Cuerpo de Cristo en la localidad de la cual salen los obreros.

Observemos que el Espíritu Santo no le dijo a la iglesia en Antioquía: “Apartadme a Bernabé y a Saulo”. Fue a los profetas y maestros a los que habló. Que Dios diera a conocer Su voluntad a toda la asamblea no hubiera sido muy práctico. Algunos de sus miembros eran maduros espiritualmente, pero otros apenas eran niños en Cristo. Algunos estaban dedicados de todo corazón al Señor, pero es muy dudoso que todos los miembros buscaran al Señor con tanta unicidad de propósito que pudieran diferenciar claramente entre la voluntad de Dios y las ideas de ellos mismos. Por lo tanto, Dios le habló a un grupo representativo en la iglesia, a hombres de experiencia espiritual que estaban totalmente dedicados a lo que a Dios le interesa.

Y éste fue el resultado: “Habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron” (Hch. 13:3). La separación de los apóstoles por los profetas y maestros siguió al llamamiento que del Espíritu vino a ellos. El llamamiento fue personal, la separación fue corporativa, y la una no estaba completa sin la otra. Un llamamiento directo de parte de Dios, y una confirmación de ese llamamiento por los profetas y maestros al apartar a aquellos llamados, es la previsión de Dios contra obreros independientes en Su servicio.

El llamamiento de un apóstol es el Espíritu Santo hablando directamente al que ha sido llamado. La separación de un apóstol es el Espíritu Santo hablando indirectamente por medio de los colaboradores de aquel que ha sido llamado. Es el Espíritu Santo quien toma la iniciativa tanto en el llamamiento como en la separación de los obreros. Por lo tanto, si los hermanos representantes de cualquier asamblea apartan a hombres para el servicio del Señor, deben preguntarse a sí mismos: “¿Estamos haciendo esto por nuestra propia iniciativa o como representantes del Espíritu de Dios?” Si actúan sin una certeza absoluta de que están actuando de parte del Espíritu Santo, entonces la separación del obrero no tiene valor espiritual. Deben poder decir de cada obrero que envían: “Fue enviado por el Espíritu Santo, no por el hombre”. Ninguna separación de obreros debe hacerse de prisa ni con ligereza. Fue por esta razón que el ayuno y la oración precedieron al envío de Bernabé y Saulo.

Cuando Bernabé y Saulo fueron apartados para la obra, hubo oración y ayuno e imposición de manos. La oración y el ayuno no se hicieron meramente en vista de la necesidad inmediata de un discernimiento claro en cuanto a la voluntad de Dios, sino también en vista de la necesidad que vendría cuando de hecho los apóstoles se hubieran ido. Y la imposición de manos no fue hecha a modo de ordenación, pues Bernabé y Saulo ya habían sido ordenados por el Espíritu Santo. Aquí, como en el Antiguo Testamento, la imposición de manos era una expresión de la unidad perfecta de las dos partes representadas. Era como si los tres que enviaban a los dos enviados les dijeran: “Cuando vosotros dos, miembros del Cuerpo de Cristo, vayáis, todos los otros miembros van con

vosotros. La ida de vosotros es la nuestra y la obra de vosotros es la nuestra”. La imposición de manos era un testimonio de la unidad del Cuerpo de Cristo. Significaba que los que se quedaban eran uno con los que se iban, y que estaban en pleno acuerdo con ellos; y que al irse, los que se quedaban en la base se comprometían a seguirlos continuamente con interés lleno de oración y comprensión llena de amor.

En lo que concierne a todos los enviados, deben poner atención a estos dos aspectos de su separación para el servicio de Dios. Por un lado, debe haber un llamamiento directo de parte de Dios y un reconocimiento personal de ese llamamiento. Por otro, debe haber una confirmación de aquel llamamiento por los miembros representantes del Cuerpo de Cristo. Y en cuanto a todos los responsables del envío de otros, por un lado deben estar en posición de recibir la revelación del Espíritu y de discernir la mente del Señor; por otro, deben poder participar solidariamente en la experiencia de aquellos a quienes ellos, como miembros que representan al Cuerpo de Cristo, envían en el Nombre del Señor. El principio que gobernó el envío de los primeros apóstoles todavía gobierna el envío de todos los apóstoles que verdaderamente son designados por el Espíritu para la obra de Dios.

LA EXPRESION DEL CUERPO

¿Sobre qué base apartaron estos profetas y maestros a algunos hombres para que fueran apóstoles, y a quiénes representaban estos profetas y maestros? ¿Por qué ellos, y no toda la iglesia, separaron a esos obreros? ¿Cuál es el significado de tal separación, y cuál es el requisito necesario de parte de aquellos que asumen responsabilidad en el asunto?

La primera cosa que debemos comprender es que Dios ha incorporado a todos Sus hijos en un solo Cuerpo. El no reconoce ninguna división de Su pueblo en varias “iglesias” y misiones. El ha planeado que todos los que son de El vivan una vida corporativa, la vida de un cuerpo entre cuyos muchos miembros hay consideración mutua, amor mutuo, y entendimiento mutuo. Además El tiene el propósito de que no sólo la vida, sino también el ministerio de Sus hijos se base en el principio del Cuerpo, de modo que sea un asunto de asistencia mutua, edificación mutua, y servicio mutuo, es decir, para que sea la actividad de los muchos miembros de un cuerpo. Hay dos aspectos del Cuerpo de Cristo: la vida y el ministerio. La primera mitad de Efesios 4 habla del Cuerpo con relación a su ministerio; la segunda mitad habla del Cuerpo con relación a su vida. “De quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (v. 16). Aquí es la obra la que está bajo consideración. Pero en el versículo 25 lo considerado es claramente la vida:

“Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”. En el capítulo doce de Romanos vemos cómo los miembros deben preocuparse los unos por los otros, así que, de nuevo, el pensamiento es la manifestación de la vida única. Pero en el capítulo doce de 1 Corintios vemos cómo los miembros deben servir el uno al otro, así que el pensamiento en ese pasaje es la manifestación del ministerio único.

Cuando hablamos del único Cuerpo, enfatizamos la unidad de la vida de todos los hijos de Dios. Cuando hablamos de sus muchos miembros, enfatizamos la diversidad de las funciones en esa unidad. La característica de lo anterior es vida; la característica de lo posterior es trabajo. En un cuerpo físico los miembros difieren unos de otros; con todo, funcionan como uno porque comparten una sola vida y tienen la edificación de todo el cuerpo como su única meta.

Debido a que el Cuerpo de Cristo tiene estos dos aspectos distintos —la vida y el ministerio— tiene en consecuencia dos diferentes manifestaciones externas. La iglesia en una localidad es usada para expresar la vida del Cuerpo, y los dones en la iglesia son usados para expresar el ministerio de sus miembros. En otras palabras, cada iglesia local debe mantenerse sobre el fundamento del Cuerpo, considerándose a sí misma una expresión de la unidad de la vida del Cuerpo, y de ningún modo debe admitir división, puesto que existe como la manifestación de una vida indivisible. Los diferentes ministros de la iglesia deben asimismo mantenerse sobre la base del Cuerpo, considerándose a sí mismos una expresión de la unidad de sus diversos ministerios. La comunión y la cooperación perfectas deben caracterizar todas sus actividades, porque aunque sus funciones sean variadas, sus ministerios en verdad son uno. Ninguna iglesia local debe dividirse en diferentes sectas, ni debe afiliarse con otras iglesias bajo una denominación, apartándose así de la base del Cuerpo, y ningún grupo de ministros debe unirse para formar una unidad separada, manteniéndose sobre otra base que la del Cuerpo. Toda la obra debe ser ejecutada por ellos como miembros del Cuerpo, y no como miembros de una organización que existe aparte de éste. Un obrero puede emplear sus dones como funcionario de una organización, pero al hacerlo, él se aparta del principio fundamental del Cuerpo.

Una lectura superficial de Efesios 4:11-12 podría llevarnos a concluir que los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros funcionaban fuera del Cuerpo, porque fueron dados por el Señor a Su iglesia para edificación de ésta (v. 12). Pero el versículo 16 aclara que no están fuera del Cuerpo para edificarlo; ellos buscan edificarlo desde el interior. Ellos mismos son parte del Cuerpo, y es sólo al tomar su lugar correspondiente en él, como miembros ministrantes, que todo el Cuerpo es edificado.

Que las iglesias son la expresión local del Cuerpo de Cristo es un hecho establecido, de manera que no necesitamos ahondar en eso ahora; sin embargo, se requiere alguna explicación sobre los ministros dotados a quienes Dios ha puesto en la iglesia como la expresión del ministerio del Cuerpo. En 1 Corintios 12 Pablo claramente trata la cuestión del servicio cristiano. El compara los obreros a diferentes miembros de un cuerpo y muestra que cada miembro tiene su utilidad específica, y que todos sirven al cuerpo como pertenecientes a él y no distintos de él. En el versículo 27 escribe: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”; y en el siguiente versículo dice: “Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas”. Un estudio de estos dos versículos aclara que los ministros dotados que se mencionan en el versículo 28 son los miembros mencionados en el versículo 27, y que la iglesia que se menciona en el versículo 28 es el Cuerpo mencionado en el versículo 27; por lo tanto, lo que los ministros son para la iglesia, es lo que los miembros son para el Cuerpo. Ellos ocupan su posición en el Cuerpo por causa de sus funciones (el “oído” y el “olfato” del versículo 17). Los ministros dotados son los miembros del Cuerpo que funcionan, y todas sus operaciones las llevan a cabo como miembros. Ellos son para la iglesia lo que las manos, los pies, la boca, y la cabeza son para el cuerpo físico. Los siervos de Dios no ministran a la iglesia como si estuvieran aparte de ella, sino como sus miembros. Ellos están en el Cuerpo, sirviéndole por el uso de las facultades que ellos, como miembros, poseen. Una iglesia en cualquier localidad es una expresión de la vida única del Cuerpo, mientras que sus ministros son la expresión de la diferencia y a la vez de la unidad de su ministerio.

El capítulo doce de 1 Corintios trata el tema del Cuerpo de Cristo, no en el aspecto de su vida sino en el aspecto de su obra. Todo el capítulo se ocupa del asunto del ministerio, y en él se habla de aquel ministerio como el funcionamiento de los diferentes miembros, de lo cual es evidente que en el pensamiento de Dios todo el ministerio se basa en el principio del Cuerpo. El ministerio es la expresión práctica del Cuerpo, una expresión de la diversidad en unidad de sus varios miembros. Por lo tanto, vemos que cuando se expresa el aspecto de vida del Cuerpo de Cristo, allí se tiene una iglesia local; y cuando se expresa el aspecto de la obra, allí se tiene una manifestación de los dones que Dios ha dado a Su iglesia.

Al leer 1 Corintios 12:28, uno no puede dejar de sorprenderse por la notable diferencia entre la descripción de los primeros tres dones y los cinco restantes. Pablo, bajo la inspiración del Espíritu, toma especial cuidado al enumerarlos: “primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros”. Los primeros tres están numerados específicamente, pero no el resto; y son marcadamente

distintos en su naturaleza así como en su numeración. Ellos son hombres; el resto son cosas. Los tres dones del Señor a Su iglesia mencionados primeramente —apóstoles, profetas y maestros— son distintos de los demás. Ellos son ministros de la Palabra de Dios, y su función, la de edificar el Cuerpo de Cristo, es la función más importante en la iglesia. Ellos son los representantes del ministerio del Cuerpo.

La única crónica de las Escrituras en cuanto al envío de apóstoles se encuentra en Hechos 13, y allí vemos que son los profetas y los maestros quienes los apartan para su ministerio. Las Escrituras no proporcionan precedente para la separación y el envío de hombres por uno o más individuos, ni por una misión u organización; aun el envío de obreros por una iglesia local es una cosa desconocida en la Palabra de Dios. El único ejemplo que se nos da es la separación y el envío de apóstoles por los profetas y maestros.

¿Cuál es el significado de esto? En Antioquía los profetas y maestros fueron escogidos por Dios para apartar a Bernabé y a Saulo para Su servicio, porque ellos eran los miembros ministrantes de la iglesia, y esta separación de los apóstoles era cuestión de ministerio más que de vida. Si se hubiera relacionado con la vida, y no específicamente con el servicio, entonces hubiera sido asunto de toda la iglesia local, y no simplemente de sus miembros ministrantes. Pero nótese que, aunque Bernabé y Saulo no fueron apartados para la obra por toda la iglesia, ellos fueron enviados no como representantes de unos cuantos miembros escogidos sino como representantes de todo el Cuerpo. El ser apartados por los profetas y maestros denotaba que ellos no salieron en forma individualista, ni sobre la base de organización alguna, sino sobre el fundamento del ministerio del Cuerpo. El énfasis, como hemos visto, estaba en el ministerio, no en la vida, pero era un ministerio representativo de toda la iglesia, no de una sección de ella en particular. Esto es claramente expresado por la imposición de manos.

Como hemos visto, la imposición de manos habla de la unidad (Lv. 1:4), y la única unidad conocida entre los hijos de Dios es la unidad del Cuerpo de Cristo; así que, los profetas y maestros al imponer las manos sobre los apóstoles, se mantenían definitivamente sobre el fundamento del Cuerpo, actuando como sus miembros representativos. Su acción identificaba a toda la iglesia con los apóstoles, e identificaba a los apóstoles con toda la iglesia. Estos profetas y maestros no se mantuvieron sobre una base individual para enviar a los apóstoles como sus representantes personales, ni se apoyaron ellos sobre la base de alguna compañía selecta para enviarlos como representantes de esa compañía en particular; sino que se mantuvieron en el principio del Cuerpo, como sus miembros ministrantes, y apartaron a estos dos para la obra del evangelio. Por su parte los dos, siendo así apartados, salieron, no para

representar a ningún individuo en particular ni a ninguna organización en especial, sino para representar al Cuerpo de Cristo, y solamente al Cuerpo de Cristo. Toda obra que es verdaderamente bíblica y verdaderamente espiritual tiene que proceder del Cuerpo y debe ministrarse al Cuerpo. El Cuerpo debe ser la base sobre la cual el obrero se mantiene, y solamente ésta debe ser la esfera en la cual él obra.

En dos ocasiones distintas Pablo recibió imposición de manos; primeramente cuando creyó en el Señor (Hch. 9:17), luego en la ocasión en consideración, cuando fue enviado de Antioquía. Aquélla expresó su identificación con la vida del Cuerpo; ésta, su identificación con el ministerio del Cuerpo. Aquélla lo declaró miembro del Cuerpo por haber recibido la vida de la Cabeza; ésta lo declaró miembro ministrante, que obraba no como individuo aislado, sino en relación con los otros miembros, como una parte del gran total.

Al enviar de Antioquía a Bernabé y a Saulo, los profetas y maestros no representaban una “iglesia” o misión; representaban el ministerio del Cuerpo. Ellos no eran la iglesia entera; solamente eran un grupo de siervos de Dios. Ellos no llevaban ningún nombre especial, no estaban regidos por ninguna organización especial, y no estaban sujetos a reglas establecidas. Sencillamente, ellos se sometieron al control del Espíritu y apartaron a aquellos a quienes El había apartado para la obra a la cual El los había llamado. Ellos mismos no eran el Cuerpo, pero se mantenían sobre el fundamento del Cuerpo, bajo la autoridad de la Cabeza. Bajo esa autoridad, y sobre esa base, ellos apartaron hombres para ser apóstoles; y bajo esa misma autoridad, y sobre el mismo principio, otros pueden hacer lo mismo. La separación de apóstoles sobre este principio significará que los hombres enviados podrán variar, aquellos que los envían podrán ser diferentes, y la hora y el sitio de su envío podrán ser distintos también; pero, puesto que todo está bajo la dirección de la única Cabeza, y sobre la base del único Cuerpo, aún así no habrá división. Si Antioquía envía hombres sobre la base del Cuerpo, y Jerusalén manda hombres sobre la base del Cuerpo, todavía habrá unidad interna a pesar de toda la diversidad externa. Cuán maravilloso sería si no hubiera representantes de diversos cuerpos terrenales, sino únicamente representantes del Cuerpo, el Cuerpo de Cristo. Si millares de iglesias locales, con miles de profetas y maestros, enviara cada una millares de obreros diferentes, habría una diversidad externa enorme, pero con todo, aún podría haber una perfecta unidad interna si todos fueran enviados bajo la dirección de la única Cabeza y sobre el fundamento del único Cuerpo.

Que Cristo es la Cabeza de la iglesia es un hecho reconocido, pero ese hecho necesita recalcarse en cuanto al ministerio así como en cuanto a la vida de la iglesia. El ministerio cristiano es el ministerio de toda la iglesia, no simplemente de una sección de ella. Debemos asegurarnos de que nuestra obra no esté sobre

una base menor que el Cuerpo de Cristo. De otra manera perdemos a Cristo como Cabeza, porque Cristo no es la Cabeza de ningún sistema, misión, u organización; El es la Cabeza de la iglesia. Si pertenecemos a cualquier organización humana, entonces la autoridad divina de la Cabeza cesa de ser expresada en nuestra obra.

En las Escrituras no encontramos rastro alguno de que organizaciones hechas por el hombre envíen hombres a predicar el evangelio. Solamente encontramos representantes del ministerio de la iglesia, bajo la guía del Espíritu y sobre el principio del Cuerpo, enviando a aquellos a quienes el Espíritu ya ha apartado para la obra. Si aquellas personas responsables del envío de los obreros mandaran a éstos, no como sus propios representantes o como representantes de alguna organización sino solamente como representantes del Cuerpo de Cristo, y si aquéllos enviados no se basaran en ninguna “iglesia” o misión en particular, sino únicamente sobre el principio fundamental de la iglesia, entonces no importaría de dónde vinieran los obreros o a qué lugares fuesen, siempre sería posible tener cooperación y unidad, y se evitaría mucha confusión en la obra.

SUS MOVIMIENTOS

Después que los apóstoles fueron llamados por el Espíritu y fueron apartados para la obra por los miembros representantes del Cuerpo, ¿qué hicieron ellos? Necesitamos recordar que aquellos que los separaron, solamente expresaron identificación y acuerdo por medio de la imposición de manos; no tenían autoridad para controlar a los apóstoles. Aquellos profetas y maestros en la base de la obra no asumieron ninguna responsabilidad oficial en relación con sus movimientos, sus métodos de trabajo, ni el suministro de sus necesidades financieras. En ninguna parte de las Escrituras encontramos que los apóstoles estén bajo el control de algún individuo o de algún grupo organizado. Ellos no tenían reglamentos a los cuales tenían que ceñirse ni superior alguno que obedecer. El Espíritu Santo los llamó y ellos siguieron Su dirección y guía; sólo El era su director.

En los capítulos trece y catorce de Hechos encontramos el primer registro bíblico de los movimientos misioneros. Aunque hoy en día los lugares que visitamos y las condiciones que encontramos sean sumamente diferentes de aquéllos del relato en las Escrituras, sin embargo, en principio la experiencia de los primeros apóstoles bien puede servir como ejemplo para nosotros. Veamos por un momento estos dos capítulos.

“Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre. Y llegados a Salamina, anunciaban la palabra de Dios

en las sinagogas de los judíos. Tenían también a Juan de ayudante. Y habiendo atravesado toda la isla hasta Pafos, hallaron a cierto mago” (13:4-6). Desde el mismo comienzo, un movimiento constante caracterizó a esos enviados. Un verdadero apóstol es uno que viaja, no uno que se establece en un solo lugar.

“Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia; pero Juan, apartándose de ellos, volvió a Jerusalén. Ellos, pasando de Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia; y entraron en la sinagoga un día de reposo y se sentaron” (13:13-14). (La Antioquía mencionada aquí no es la misma Antioquía de la cual salieron Bernabé y Saulo en su primer viaje misionero). Los apóstoles estaban constantemente de jira, proclamando la Palabra de Dios por dondequiera que iban, pero nada se nos dice del resultado de su trabajo hasta que llegaron a Antioquía de Pisidia. De aquí en adelante hay un desarrollo definido de la obra.

“Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios” (13:43). Este es el resultado de un corto período de testimonio en Antioquía de Pisidia: muchos de los judíos y religiosos prosélitos creyeron. Una semana más tarde casi toda la ciudad se reunió para oír la Palabra (v. 44), pero esta respuesta entusiasta por parte del pueblo provocó a celo a los judíos, y ellos se opusieron a los apóstoles (v. 45). En este punto los apóstoles se volvieron a los gentiles (v. 46), “y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (v. 48). El sábado anterior cierta cantidad de judíos había recibido la Palabra de vida. Este sábado cierta cantidad de gentiles creyó en el Señor. Así que no mucho después de la llegada de los apóstoles a Antioquía de Pisidia encontramos allí una iglesia.

Pero los apóstoles no argumentaron: “Ahora tenemos aquí un grupo de creyentes. Debemos quedarnos un tiempo para pastorearlos”. Ellos fundaron una iglesia local en Antioquía de Pisidia, pero no se quedaron para edificarla. Continuaron su viaje, predicando la palabra del Señor “por toda aquella provincia” (v. 49). El objetivo de ellos no era una ciudad, sino “toda aquella provincia”. La costumbre moderna de establecerse en un lugar a pastorear un rebaño especial no tiene precedente en la Escritura.

Vino después la persecución (v. 50). Los opositores del mensaje del evangelio expulsaron a los apóstoles de sus costas, y ellos contestaron sacudiendo el polvo de sus pies (v. 51). ¡Muchos misioneros actuales no tienen ningún polvo que sacudir de sus pies! Pero aquellos que no se empolvan, carecen de la característica de un apóstol. Los primeros apóstoles nunca se establecían en hogares cómodos, ni se detenían mucho tiempo para pastorear las iglesias que fundaban. Ellos estaban constantemente viajando. Ser un apóstol significa ser

un enviado, es decir, estar siempre saliendo. Un apóstol sedentario es una contradicción de términos. Un verdadero apóstol es aquel que en tiempo de persecución siempre tendrá polvo que sacudir de sus pies.

¿Qué efecto tuvo sobre la iglesia naciente esta partida temprana de los apóstoles? Había allí un grupo de nuevos creyentes, apenas niñitos en Cristo, y sus padres en la fe los desamparaban en su infancia. Argumentaron acaso: “¿Por qué se amedrentaron los apóstoles ante la persecución y nos dejaron sólo a hacerle frente a la oposición?” ¿Acaso les rogaron a los apóstoles que se quedaran un tiempo y cuidaran de su bienestar espiritual? ¿Acaso razonaron ellos: “Si vosotros nos dejáis ahora, seremos como ovejas sin pastor. Si ambos no os podéis quedar, con seguridad por lo menos uno puede permanecer y cuidarnos. La persecución es tan intensa que nunca la pasaremos sin vuestra ayuda”. Cuán asombroso es el relato de las Escrituras: “Y los discípulos estaban llenos de gozo, y del Espíritu Santo” (v. 52).

No había lamentación entre los discípulos cuando los apóstoles se fueron, sino gran gozo. Los discípulos estaban alegres porque conocían al Señor; y bien podían regocijarse, porque la partida de los apóstoles significaba una oportunidad para que otros escucharan el evangelio. Lo que fue pérdida para ellos fue ganancia para Iconio. Aquellos creyentes no eran como los creyentes de hoy, esperando que un pastor se radique para instruirlos, resolver sus problemas, y protegerlos de aflicción. Y aquellos apóstoles no eran como los apóstoles de hoy; ellos eran pioneros, no pobladores. Ellos no esperaban hasta que los creyentes alcanzaran madurez antes de dejarlos. Se atrevían a abandonarlos en plena infancia, porque creían en el poder de la vida de Dios dentro de ellos.

Pero aquellos discípulos no estaban llenos únicamente de gozo; estaban llenos del Espíritu Santo. Los apóstoles podían irse, pero el Espíritu permanecía. Si los apóstoles hubieran permanecido para pastorearlos, no hubiera importado si estuvieran llenos del Espíritu o no. Si hubieran tenido un pastor que les proporcionara luz en cuanto a todos sus problemas, hubieran sentido poca necesidad de la instrucción del Espíritu; y hubieran sentido poca necesidad del poder del Espíritu si hubieran tenido en medio de ellos a uno que tuviese toda la responsabilidad del lado espiritual de la obra mientras ellos atendían el lado secular. En las Escrituras no hay el menor indicio de que los apóstoles deben arraigarse para pastorear a aquellos a quienes ellos han conducido al Señor. Hay pastores en las Escrituras, pero ellos sencillamente son hermanos que Dios ha levantado entre los santos locales para cuidar de sus compañeros en la fe. Una de las razones por la cual tantos conversos hoy en día no están llenos del Espíritu, es que los apóstoles se domicilian en el lugar para pastorearlos y toman sobre sí la responsabilidad que pertenece al Espíritu Santo.

Alabemos a Dios porque los apóstoles prosiguieron a Iconio, por cuanto “creyó una gran multitud de judíos, y asimismo de griegos” (14:1). En un corto tiempo “la gente de la ciudad estaba dividida: unos estaban con los judíos, y otros con los apóstoles” (v. 4). Los salvos obviamente eran una gran multitud puesto que su salida de entre los inconversos afectó tan profundamente al lugar que causó una división en la ciudad. Poco después de que los apóstoles salieron de Antioquía de Pisidia, se estableció una iglesia en Iconio, y aquí, como en el lugar anterior, la oposición fue intensa. Los apóstoles bien podrían haber argumentado que el dejar una gran multitud de recién nacidos en Cristo expuestos a una feroz persecución era cruel, y además, una política equivocada. Pero los apóstoles fueron fieles a su llamamiento apostólico, y partieron hacia “Listra y Derbe, ciudades de Licaonia.” (v. 6) ¿Y qué hicieron cuando llegaron a Listra? Como en los demás lugares, aquí también “predicaban el evangelio” (v. 7), y como en los demás sitios, aquí también hubo oposición y persecución (v. 19). Es difícil calcular el número de creyentes en Listra, pero, juzgando por la observación de que los discípulos rodearon a Pablo (v. 20), debe de haber sido por lo menos media docena, y quizás veintenas o hasta centenares. ¡De manera que ahora hay una iglesia en Listra!

¿Acaso se queda Pablo a pastorearlos un tiempo, o los atiende hasta que siquiera se haya apaciguado la ferocidad de la oposición? ¡No! “Al día siguiente, salió con Bernabé para Derbe” (v. 20). Y nuevamente allí la buena nueva es proclamada y se hacen muchos discípulos (v. 21). ¡Así que otra iglesia es formada! Y con la fundación de una iglesia en Derbe se cierra la primera jira misionera de los apóstoles.

Repasando estos dos capítulos, notamos que un principio fundamental gobierna los movimientos de los apóstoles. Ellos viajan de lugar en lugar, de acuerdo con la dirección del Espíritu, predicando el evangelio y fundando iglesias. En ningún lado los encontramos arraigándose en algún sitio para pastorear e instruir a los conversos, o para tomar alguna responsabilidad local en las iglesias que fundan. En los días de paz los apóstoles estaban de viaje, y lo mismo acontecía en los días de persecución. “¡Id!” fue la palabra del Señor, e “¡Ir!” fue la consigna de los apóstoles. La característica sobresaliente de un enviado es que siempre está en camino.

A SU REGRESO

Pero surge la pregunta: ¿Cómo fueron pastoreados e instruidos estos nuevos conversos? ¿Cómo fueron establecidas las iglesias recién fundadas? Al estudiar la Palabra encontramos que la jira misionera de los apóstoles consistió en un viaje de ida y otro de regreso. En su viaje de ida su interés primordial era fundar iglesias. En su viaje de retorno su ocupación principal era edificarlas.

“Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (14:21-22). Aquí vemos que Pablo y Bernabé regresan para hacer obra de construcción en las iglesias ya fundadas; pero como antes, en su viaje de ida, así ahora, en el de regreso, nunca se arraigan en un solo lugar.

Está claro entonces que los apóstoles no se movían de lugar en lugar simplemente fundando iglesias; también hacían obra definida de construcción. El simple hecho de fundar iglesias sin establecerlas sería como dejar a los niños recién nacidos a sus propios recursos. El punto a notar aquí es que, mientras que la instrucción de los nuevos conversos y la edificación de las iglesias era una parte vital de la obra de los apóstoles, ellos no lo hacían arraigándose en un lugar, sino más bien visitando los lugares donde habían estado antes. Ni en la obra inicial de la predicación del evangelio, ni en su obra subsecuente de establecer las iglesias, se radicaban los apóstoles permanentemente en un solo lugar.

Antes de irse de un sitio en donde había sido fundada una iglesia y se había realizado alguna obra de construcción, nombraban ancianos para que tomaran la responsabilidad allí (14:23). Esta es una de las partes más importantes de la obra de un apóstol. (Este asunto será considerado más a fondo en un capítulo posterior).

Así trabajaron los primeros apóstoles, y la bendición del Señor reposaba sobre sus labores. Bien haremos si seguimos sus pasos, pero debemos comprender claramente que, aun cuando adoptemos métodos apostólicos, a menos que tengamos una consagración apostólica, una fe apostólica, y poder apostólico, no veremos los resultados apostólicos. No nos atrevemos a menospreciar el valor de los métodos apostólicos —son absolutamente esenciales si vamos a tener frutos apostólicos— pero no debemos pasar por alto la necesidad de la espiritualidad apostólica, y no debemos temer la persecución que recae sobre los apóstoles.

DE REGRESO A ANTIOQUIA

“De allí navegaron a Antioquía, desde donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían cumplido. Y habiendo llegado, y reunido a la iglesia, refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles” (14:26-27). A su regreso a Antioquía los apóstoles “refirieron cuán grandes cosas había hecho Dios con ellos”. Fue desde Antioquía que salieron Pablo y Bernabé, de manera que era

justo que a su retorno dieran cuenta de cómo los había tratado el Señor, a aquellos de entre los cuales habían partido. Dar informes de la obra a aquellos que verdaderamente llevan la carga con nosotros es autorizado por la Palabra de Dios. No es solamente permisible, sino necesario, que los hijos de Dios en la base de la obra sean informados de los hechos de Dios en el campo de la obra; pero bien haremos al asegurarnos de que nuestros informes no tengan carácter de propaganda.

En la cuestión de informes, debemos evitar, por una parte, toda reticencia fingida así como reservas y exclusividades personales; por otra, debemos evitar cuidadosamente la intervención de cualquier interés personal. En todos los informes de la obra nuestra meta debe ser glorificar a Dios y traer enriquecimiento espiritual a todos que los comparten. Utilizar informes como medio de propaganda, con las miras a una ganancia material, es de una vileza extremada, y es indigno de todo cristiano. Cuando el motivo es el de glorificar a Dios y beneficiar a Sus hijos, pero al mismo tiempo dar a conocer las necesidades de la obra con la intención de recibir ayuda material, todavía dista mucho de ser aceptable al Señor, y es indigno de Sus siervos. Nuestra meta debe ser únicamente que Dios sea glorificado y Sus hijos bendecidos. Si hubiera esta pureza perfecta de motivo en nuestros informes, ¡cuán diferente lenguaje tendrían muchos de ellos!

Cada vez que escribamos o hablemos de nuestra obra hagámonos estas preguntas: (1) ¿Estoy dando informes con el fin de obtener publicidad para mí y mi obra? (2) ¿Estoy dando informes con el doble propósito de glorificar al Señor y anunciar la obra? (3) ¿Estoy dando informes con esta sola meta, que Dios sea glorificado y Sus hijos bendecidos? ¡Que el Señor nos dé gracia para informar con motivos no mezclados y con perfecta pureza de corazón!

CAPITULO TRES

LOS ANCIANOS NOMBRADOS POR LOS APOSTOLES

La palabra “ancianos” es una designación de origen antiguotestamentario. Encontramos que se hace referencia en el Antiguo Testamento a los ancianos de Israel y también a los ancianos de diferentes ciudades. En los Evangelios encontramos nuevamente el término, pero todavía en relación con los israelitas. Aun los ancianos mencionados en la primera parte de Hechos son del orden del Antiguo Testamento (4:5, 8, 23; 6:12).

¿Cuándo fueron instituidos los ancianos en la iglesia por vez primera? Hechos 11:30 se refiere a ellos en relación con la iglesia en Jerusalén, y ésta es la primera mención de ancianos en relación con alguna iglesia; pero, aunque se

menciona su existencia, nada se dice de su origen. No es sino hasta Hechos 14:23, cuando leemos de Pablo y Bernabé que regresaban de su primer viaje misionero, que descubrimos quiénes son, cómo fueron nombrados, y por quién. “Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor”.

EL NOMBRAMIENTO

Hemos visto que los apóstoles mismos no podían quedarse con los nuevos creyentes para pastorearlos y tomar la responsabilidad de la obra localmente. Entonces, ¿cómo se cuidaba de los nuevos conversos y cómo se efectuaba la obra? Los apóstoles no pidieron que se enviara hombres desde Antioquía para pastorear los rebaños, ni se quedó uno de ellos para llevar la carga de las iglesias locales. Lo que hicieron fue sencillamente esto: “Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído” (v. 23). Dondequiera que fundaron una iglesia en su viaje de ida, nombraron ancianos en su viaje de regreso. Ellos no esperaron hasta que se alcanzara una norma arbitraria antes de nombrar ancianos en una iglesia, sino que “en cada iglesia” escogieron a algunos de los miembros más maduros para cuidar de sus compañeros en la fe.

El procedimiento apostólico era muy sencillo. Los apóstoles visitaban un lugar, fundaban una iglesia, dejaban aquella iglesia por un tiempo, y luego regresaban para establecerla. En el intervalo, ciertos desarrollos naturalmente ocurrirían. Al salir los apóstoles, algunos de los creyentes confesos saldrían también. Otros continuarían asistiendo a las reuniones, y se evidenciaría que eran verdaderamente del Señor pero sin lograr ningún progreso apreciable. Otros además proseguirían con ahínco en el conocimiento del Señor y mostrarían consideración verdadera en cuanto a los intereses del Señor. Aquellos que tenían más vida espiritual que otros, espontáneamente vendrían al frente y tomarían responsabilidad por sus hermanos más débiles. Era porque se había evidenciado que ellos eran ancianos que los apóstoles les nombraron para ocupar el oficio de ancianos, y era su deber pastorear e instruir a los otros creyentes, así como dirigir y controlar los asuntos prácticos de la iglesia.

Los apóstoles no fijaron residencia en ningún lugar ni asumieron la responsabilidad de la iglesia local, sino que en cada iglesia que fundaron escogieron de entre los creyentes locales personas fieles a quienes se les pudiera confiar tal responsabilidad. Cuando habían escogido ancianos en cada iglesia, los encomendaban al Señor con oración y ayuno, de la misma manera que, con oración y ayuno, ellos mismos habían sido encomendados al Señor por los profetas y maestros cuando fueron enviados para su ministerio apostólico. Si esta entrega de los ancianos al Señor ha de tener valor espiritual, y no ha de ser

una simple ceremonia oficial, se necesitará un conocimiento vital del Señor por parte de los apóstoles. Es fácil llegar a estar tan ocupado con los problemas y necesidades de la situación, que uno por instinto toma la carga sobre sí mismo, aunque reconozca la verdad de que el Señor es responsable de Su iglesia. No debemos conocer en una mera forma intelectual a Cristo como Cabeza de Su iglesia, si es que hemos de dejar que toda su administración pase de nuestras manos desde el mismo principio. Solamente una absoluta desconfianza en sí mismos, y una confianza viva en Dios, podían capacitar a los primeros apóstoles a poner los asuntos de cada iglesia local en manos de hombres locales que apenas recientemente habían llegado a conocer al Señor. Todos aquellos que están ocupados en la obra apostólica y están tratando de seguir el ejemplo que los primeros apóstoles nos dieron de dejar el manejo de las iglesias a los ancianos locales, deben estar equipados espiritualmente para la tarea, porque si las cosas salen de las manos humanas y no son entregadas en fe a las manos divinas, el resultado será un desastre. ¡Cómo necesitamos una fe viva y un conocimiento vivo del Dios vivo!

La palabra de Dios aclara el punto de que el cuidado de una iglesia no es tarea de los apóstoles, sino de los ancianos. Aunque Pablo se detuvo en Corinto por más de un año, en Roma por dos, y en Efeso por tres años, con todo, en ninguno de esos lugares asumió él la responsabilidad por la obra de la iglesia local. En las Escrituras leemos acerca de los ancianos de Efeso pero nunca de los apóstoles de Efeso. No encontramos mención alguna de los apóstoles de Filipos, pero sí encontramos referencia a los obispos de Filipos. Los apóstoles son responsables de su propio ministerio, pero no de las iglesias que son el fruto de su ministerio. Todo el fruto de la obra de los apóstoles tenía que ser entregado al cuidado de los ancianos locales.

En el plan de Dios se han proporcionado los medios para la edificación de las iglesias locales, y en ese plan los pastores tienen un lugar, pero nunca fue la idea de Dios que los apóstoles asumieran el papel de pastores. Su propósito era que los apóstoles fueran responsables de la obra en diferentes lugares, mientras que los ancianos tendrían la responsabilidad en un lugar. La característica de un apóstol es ir; la característica de un anciano es permanecer. No es necesario que los ancianos renuncien a sus profesiones ordinarias y se entreguen exclusivamente a sus deberes relacionados con la iglesia. Sencillamente son hombres locales que siguen sus ocupaciones cotidianas y al mismo tiempo tienen responsabilidades especiales en la iglesia. Si llegan a aumentar los asuntos locales, pueden dedicarse por completo a la obra espiritual, pero la característica de un anciano no es que sea “un obrero cristiano a tiempo completo”. Simplemente, como hermano local, tiene responsabilidad en la iglesia local. La localidad determina el límite de una iglesia y es por esa razón que los ancianos siempre son escogidos de entre los creyentes más maduros en

el lugar y no son trasladados de otros lugares. Así se preserva el carácter local de las iglesias de Dios, y por consecuencia, también su gobierno independiente y su unidad espiritual.

En conformidad con la concepción general, uno pensaría que sería necesario que pasara un período considerable de tiempo entre la fundación de una iglesia y el nombramiento de ancianos, pero eso no está de acuerdo con el modelo divino. La primera jira misionera de los apóstoles se llevó a cabo en menos de dos años, y durante ese tiempo los apóstoles predicaron el evangelio, condujeron pecadores al Señor, formaron iglesias y nombraron ancianos dondequiera que se había formado una iglesia. Los ancianos fueron escogidos en el viaje de regreso de los apóstoles, no en su primera visita a ningún lugar; pero el intervalo entre ambas visitas nunca fue largo; cuando mucho fue cuestión de meses. En su viaje de regreso los apóstoles naturalmente encontrarían que algunos lugares habían progresado más favorablemente que otros, pero no razonaron que por causa del estado pobre de alguna iglesia ellos harían una excepción y no nombrarían ancianos. Nombraron ancianos en cada iglesia. Algunos podrían preguntar: “Si todos los miembros de una iglesia están en una pobre condición espiritual, ¿cómo es posible nombrar ancianos de entre ellos?” El problema de muchos tal vez sería resuelto si consideran la implicación del vocablo “anciano”. La existencia de un anciano supone la existencia de uno menor o más joven. La palabra “anciano” es relativa, no absoluta. Entre un grupo de hombres de setenta y nueve años de edad se necesita a un hombre de ochenta para que sea su anciano, pero sólo se necesita a un niño de ocho años para que sea “anciano” de un grupo de niños de siete años. Aun entre los que carecen de madurez espiritual debe de haber aquellos que, en comparación con los otros, tienen más madurez y tienen potencial espiritual, que es el único requisito para ser anciano de ellos.

Una iglesia puede estar muy lejos de ser ideal, pero no por eso podemos privarla de su estado de iglesia. Nuestra responsabilidad es ministrarle a ella y así tratar de acercarla más al ideal. Igualmente, aun las personas comparativamente más avanzadas en una localidad quizá no lleguen al ideal de ancianos, pero no por eso podemos privarlos de su estado de ancianos. Comparados con los ancianos en otros lugares ellos pueden parecer muy inmaduros, pero si ellos están más avanzados que los otros creyentes de la misma localidad, entonces, en su propia iglesia, son ancianos. Debemos recordar que conforme a las Escrituras el oficio de anciano está limitado a una localidad. El ser anciano en Nanking no capacita a una persona para que sea anciano en Shanghai; pero, aun cuando su estado espiritual diste mucho de lo que debiera ser, siempre que esté más avanzado que sus compañeros en la fe en la misma iglesia, está capacitado para ser un anciano allí. Sólo se puede tener ancianos ejemplares donde se encuentra una iglesia ejemplar. Donde hay una iglesia inmadura, los ancianos naturalmente serán

inmaduros; donde hay una iglesia madura también serán maduros los ancianos. Los ancianos modelo del capítulo tres de 1 Timoteo y del primer capítulo de Tito han de encontrarse en las iglesias modelo.

El nombramiento de hermanos comparativamente espirituales para ser ancianos es un principio establecido en la Palabra de Dios, aunque va en contra del concepto moderno. Pero aunque reconocemos este principio, no debemos intentar aplicarlo en ninguna forma legal. Eso significaría la muerte. No debemos forzar nada, sino que debemos estar continuamente dispuestos a seguir la dirección del Espíritu. El indicará el momento oportuno para el nombramiento de ancianos en cualquier iglesia. Si no hubiera dirección del Espíritu Santo, y las circunstancias no permitieran un nombramiento inmediato de ancianos en la segunda visita de los apóstoles, entonces se podría dejar a un Tito para que más tarde se encargara de su nombramiento. Este es el primer asunto tratado en el libro de Tito, y es de suma importancia. Pablo le da órdenes a Tito para que establezca ancianos en cada ciudad en Creta (Tit. 1:5).

En el nombramiento de ancianos, los apóstoles no siguieron sus preferencias personales: nombraron solamente a aquellos que ya habían sido escogidos por Dios. Por eso Pablo podía decir a los ancianos de Efeso: “El Espíritu Santo os ha puesto por obispos” (Hch. 20:28). Los apóstoles no tomaron la iniciativa en el asunto. Ellos simplemente establecieron como ancianos a aquellos a quienes el Espíritu Santo ya había hecho sobreveedores en la iglesia. En una organización hecha por hombre, el nombramiento de un individuo a un oficio lo autoriza a ocuparlo; pero no es así en la iglesia de Dios. Allí todo está sobre una base espiritual, y es exclusivamente el nombramiento divino lo que capacita a un hombre para ocupar un oficio. Si el Espíritu Santo no hace a los hombres obispos, entonces nunca podrá hacerlo ningún nombramiento apostólico. En la iglesia de Dios todo está bajo la soberanía del Espíritu; el hombre queda eliminado. Los ancianos no son hombres que se creen capaces de controlar los asuntos de la iglesia, ni hombres a quienes los apóstoles consideren apropiados, sino hombres a quienes el Espíritu Santo ha puesto para ser sobreveedores en la iglesia. A aquellos que el Espíritu escoge para ser pastores del rebaño, a ellos también les da la gracia y los dones para capacitarlos para llevar la dirección espiritual. Es su llamamiento espiritual y su equipo espiritual, no su nombramiento oficial, lo que les constituye ancianos. En un sentido espiritual ya son ancianos antes de tener la posición oficialmente, y es porque son en realidad ancianos que son públicamente nombrados para ser ancianos. En la iglesia primitiva era el Espíritu Santo quien primeramente señalaba Su elección de ancianos; luego los apóstoles confirmaban el escogimiento al nombrarlos para el oficio.

APOSTOLES Y ANCIANOS

Los ancianos eran hombres locales nombrados para cuidar de los asuntos de la iglesia local. Su jurisdicción estaba limitada por la localidad. Un anciano en Efeso no era anciano en Esmirna, y un anciano en Esmirna no era anciano en Efeso. En las Escrituras no hay apóstoles locales, ni tampoco ancianos extra-locales; todos los ancianos son locales, y todos los apóstoles son extra-locales. En ningún punto habla la Palabra de Dios de que los apóstoles atendían los negocios de una iglesia local, y en ningún lado nos dice que los ancianos estaban manejando los asuntos de varias iglesias locales. Los apóstoles eran los ministros de todas las iglesias, pero no controlaban ninguna. Los ancianos estaban limitados a una iglesia y ellos controlaban los negocios en ella. El deber de los apóstoles era fundar iglesias. Una vez que era establecida una iglesia, toda la responsabilidad era entregada a los ancianos locales, y desde aquel día los apóstoles no ejercían control alguno en sus asuntos. Toda la administración estaba en manos de los ancianos, y, si lo creían correcto, hasta se podían rehusar a que un apóstol entrara en su iglesia. Si tal cosa ocurriera, el apóstol no tendría autoridad para insistir en ser recibido, puesto que toda la autoridad local ya había pasado de sus manos a las manos de los ancianos.

¿Cómo trató Pablo con el creyente fornicario en Corinto? El no notificó a la iglesia que hubiera excomulgado al hombre. Lo más que podía hacer era instruir a sus miembros con relación a la gravedad de la situación y tratar de amonestarlos para que quitaran al hombre perverso de en medio de ellos (1 Co. 5:13). Si la iglesia estaba espiritualmente sana, ellos le pondrían atención a Pablo; pero si hacían caso omiso de sus exhortaciones, aunque ellos estarían errados espiritualmente, no lo estarían legalmente. En el caso de que ellos menospreciaran su consejo, Pablo sólo podría afirmar su autoridad espiritual en la situación. En el nombre del Señor Jesús él podría hacer que “el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne” (v. 5). No tenía él autoridad oficial alguna para disciplinarle, pero tenía autoridad espiritual para enfrentar el caso. Tenía su “vara” espiritual.

Los asuntos de la iglesia local son totalmente independientes de los apóstoles. Una vez que los ancianos han sido nombrados, todo control pasa a las manos de ellos, y aunque todavía pueda un apóstol instruir y persuadir, nunca puede intervenir. Mas esto no le impedía a Pablo hablar con autoridad a los corintios. Aun un lector casual ha de notar cuán autoritarias son sus declaraciones en ambas epístolas. Era completamente de su competencia juzgar en cuanto a las cuestiones doctrinales y morales, y al hacerlo Pablo era muy enfático; pero la ejecución de tales juicios no era de su competencia; era completamente un asunto de la iglesia local.

Un apóstol puede enfrentarse a los desórdenes en una iglesia siempre que se busque su consejo y ayuda, como fue en el caso de Pablo y la iglesia en Corinto.

Fue debido a sus preguntas que él podía decirles: “Las demás cosas las pondré en orden cuando yo fuere” (1 Co. 11:34). Pero el punto a notar aquí es que las demás cosas que Pablo se proponía poner en orden a su llegada a Corinto, serían atendidas de la misma forma que las tratadas en su epístola, y éstas habían sido tratadas doctrinalmente. De la misma manera que en su epístola él los había instruido en relación con ciertos asuntos, a su arribo los instruiría sobre los asuntos restantes; pero serían los mismos corintios, y no Pablo, quienes tendrían que enfrentarse con la situación.

Puesto que Pedro y Juan eran apóstoles, ¿cómo sucedió que ellos eran ancianos de la iglesia en Jerusalén? (1 P. 5:1; 2 Jn. 1; 3 Jn. 1). Ellos eran ancianos lo mismo que apóstoles porque no sólo eran responsables de la obra en diferentes lugares, sino que también eran responsables de la iglesia en su propio lugar. Cuando salían, ministraban en calidad de apóstoles, teniendo la responsabilidad de la obra en otras partes. Cuando regresaban a casa, ejecutaban las tareas de ancianos, teniendo la responsabilidad de la iglesia local. (Sólo los apóstoles que no viajan mucho pueden ser ancianos de la iglesia en su propia localidad). Cuando Pedro y Juan estaban fuera de su propia iglesia, eran apóstoles, y cuando regresaban, eran ancianos. No era sobre la base de que eran apóstoles que eran ancianos en Jerusalén; eran ancianos allí sólo sobre el fundamento de que ellos eran hombres locales de mayor madurez espiritual que sus hermanos.

No hay precedente en las Escrituras para que un apóstol visitante se arraigue como anciano en alguna iglesia que visite; pero si las circunstancias le permiten estar en casa frecuentemente, él podría ser un anciano en su propia localidad, basado en que es un hermano local. Si el carácter local de las iglesias de Dios ha de ser preservado, entonces, el carácter extra-local de los apóstoles también tiene que ser preservado.

Pablo fue enviado de Antioquía y fundó una iglesia en Efeso. Sabemos que él no ocupó el oficio de anciano en ninguna iglesia, pero le hubiera sido posible ser anciano en Antioquía, no en Efeso. El estuvo tres años en Efeso, pero allí laboró en calidad de apóstol, no de anciano: es decir, no asumió responsabilidad alguna ni ejerció autoridad alguna en cuestiones locales, sino que, sencillamente, se entregó a su ministerio apostólico. Observemos cuidadosamente el hecho de que no hay ancianos en la iglesia universal ni hay apóstoles en la iglesia local.

SUS RESPONSABILIDADES

La responsabilidad de todo hombre salvo es servir al Señor de acuerdo con su capacidad y en su propia esfera. Dios no nombró a los ancianos para que llevaran a cabo la obra en lugar de sus hermanos. Después del nombramiento de

los ancianos, igual que antes, todavía es el deber y el privilegio de los hermanos servir al Señor. Los ancianos también son llamados obispos (Hch. 20:28; Tit. 1:5, 7). El vocablo “anciano” se refiere a su persona; el término “obispo”, a su tarea. Obispo significa sobreveedor, y un sobreveedor no es uno que trabaja en lugar de otros, sino uno que supervisa a otros mientras ellos laboran. La intención de Dios era que cada cristiano fuera un “obrero cristiano”, y El nombró a algunos para que se encargaran de la supervisión de la obra a fin de que ésta se ejecutara eficientemente. Nunca fue Su intención que la mayoría de los creyentes se dedicaran exclusivamente a asuntos seculares y dejaran los negocios de la iglesia en manos de un grupo de especialistas espirituales. Este punto no puede enfatizarse suficientemente. Los ancianos no son un grupo de hombres contratados para realizar la obra de la iglesia a nombre de sus miembros; ellos únicamente son los que vigilan los asuntos. Es su tarea alentar a los retraídos y restringir a los más atrevidos, nunca haciendo el trabajo en lugar de ellos, sino simplemente dirigiéndolos en la ejecución del mismo.

La responsabilidad de un anciano se relaciona con los asuntos temporales y los espirituales. Ellos son nombrados para “gobernar”, y también para “instruir” y “pastorear”. “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Ti. 5:17). “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey” (1 P. 5:2-3).

La Palabra de Dios usa el término “gobernar” con respecto a las responsabilidades de un anciano. El ordenamiento del gobierno de la iglesia, la administración de los asuntos prácticos, y el cuidado de las cosas materiales, están bajo su control. Pero debemos recordar que una iglesia bíblica no consiste en un grupo activo y un grupo pasivo de hermanos, el primero controlando al segundo, y el segundo simplemente sometándose a dicho control, o el primero llevando toda la carga mientras que el segundo se sienta con toda comodidad a gozar de los beneficios del trabajo del primero. “Que los miembros todos se preocupen los unos por los otros” es el propósito de Dios para Su iglesia (1 Co. 12:25). Toda iglesia que sea conforme al corazón mismo de Dios tiene en toda su vida y actividad el sello: “los unos por los otros”. La mutualidad es su característica sobresaliente. Si los ancianos pierden de vista esto, entonces su gobierno de la iglesia pronto cambiará al señorío sobre la iglesia. Aun mientras los ancianos ejerzan control en los asuntos de la iglesia, deben recordar que son solamente co-miembros con los otros creyentes; sólo Cristo es la Cabeza. Ellos no fueron nombrados para ser señores de sus hermanos, sino ejemplos. ¿Qué es un ejemplo? Es un modelo que otros pueden seguir. Puesto que ellos debían ser un modelo para los hermanos, entonces es obvio que no era la intención de Dios

que ellos hicieran todo el trabajo y los hermanos ninguno, ni tampoco que los hermanos hicieran el trabajo mientras que ellos simplemente estuvieran al lado y mandaran. Que los ancianos fueran un ejemplo para los hermanos, implicaba que los hermanos trabajaban y que los ancianos también trabajaban. Además, implicaba que los ancianos laboraban con diligencia y cuidado especial, para que los hermanos tuvieran un buen ejemplo a seguir. Ellos eran sobreveedores, pero no eran señores de sus hermanos estando aparte y mandando; y es cierto que dirigían la obra, pero lo hacían más por ejemplo que por mandato. Tal es el concepto bíblico del gobierno de los ancianos.

Pero su responsabilidad no se refiere solamente al lado material de los asuntos de la iglesia. Si Dios los ha equipado de dones espirituales, entonces ellos también deberían tener responsabilidad espiritual. Pablo escribió a Timoteo: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Ti. 5:17). Es responsabilidad de todos los ancianos controlar los asuntos de la iglesia, pero aquellos que tienen dones especiales (como profecía o enseñanza) están libres para ejercitarlos para la edificación espiritual de la iglesia. Pablo escribió a Tito que un anciano debe poder “exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (Tit. 1:9). La predicación y la enseñanza en la iglesia local no es tarea de los apóstoles, sino de los hermanos locales que están en el ministerio, especialmente si son ancianos. Como ya hemos visto, la administración de una iglesia es un asunto de responsabilidad local; así también la enseñanza y la predicación.

Del lado espiritual de la obra, los ancianos ayudan a edificar la iglesia, no solamente por medio de enseñar y predicar sino por la obra pastoral. Apacentar al rebaño es especialmente la tarea de los ancianos. Pablo dijo a los ancianos de Efeso: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor” (Hch. 20:28). Y Pedro escribió en el mismo tono a los ancianos entre los santos de la dispersión: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros” (1 P. 5:2). El concepto actual de “pastores” está muy lejos del pensamiento de Dios. El pensamiento de Dios era que hombres escogidos de entre los hermanos locales pastorearan el rebaño, no que hombres provenientes de otras partes predicaran el evangelio, fundaran iglesias, y luego se establecieran allí para cuidar de esas iglesias. Un entendimiento claro de las responsabilidades respectivas de los apóstoles y ancianos despejaría muchas de las dificultades que existen en la iglesia hoy en día.

LA PLURALIDAD DE LOS ANCIANOS

Este trabajo que hemos visto de gobernar, enseñar y apacentar la grey, es el deber especial de los ancianos, y no depende de un solo hombre en ningún lugar. Tener pastores en una iglesia es bíblico pero el presente sistema pastoral no es bíblico en absoluto, es una invención del hombre.

En las Escrituras vemos que siempre hay más de un anciano u obispo en una iglesia local. No es la voluntad de Dios que un creyente sea apartado de todos los otros para ocupar un lugar de preeminencia especial, mientras que los otros se sujeten pasivamente a su voluntad. Si la administración de toda la iglesia recae sobre un solo hombre, cuán fácil es que él se envanezca, estimándose sobremanera y reprimiendo a los otros hermanos (3 Jn.). Dios ha ordenado que varios ancianos compartan juntamente la obra de la iglesia, a fin de que no pueda una sola persona manejar las cosas a su propio capricho, tratando a la iglesia como su propia posesión especial y dejando impresa su personalidad sobre toda la vida y obra de esa iglesia. El poner la responsabilidad en manos de varios hermanos en vez de en manos de un individuo es la manera de Dios de salvaguardar Su iglesia contra los males que resultan de la dominación de una fuerte personalidad. El propósito de Dios es que varios hermanos juntamente tomen la responsabilidad en la iglesia, de modo que, aun en el control de los asuntos de la misma, ellos tengan que depender el uno del otro y someterse el uno al otro. Así que, en experiencia, ellos descubrirán el significado de llevar la cruz, y tendrán la oportunidad de darle expresión práctica a la verdad del Cuerpo de Cristo. Al honrarse el uno al otro y al encomendarse el uno al otro a la dirección del Espíritu, no ocupando nadie el lugar de la Cabeza, sino cada quien teniendo a los otros como co-miembros, el elemento de mutualidad, que es la característica peculiar de la iglesia, será preservado.

CAPITULO CUATRO

LAS IGLESIAS FUNDADAS POR LOS APOSTOLES

LA IGLESIA Y LAS IGLESIAS

La Palabra de Dios nos enseña que la iglesia es una. Entonces, ¿por qué fundaron los apóstoles iglesias separadas en cada uno de los lugares que visitaron? Si la iglesia es el Cuerpo de Cristo, no puede ser sino una. ¿Cómo es, pues, que hablamos de iglesias?

La palabra “iglesia” significa “los llamados afuera”. El término es utilizado dos veces en los Evangelios, una vez en Mateo 16:18 y la otra en Mateo 18:17, y lo encontramos frecuentemente en los Hechos y las epístolas. En los Evangelios la palabra es usada en dos ocasiones por nuestro Señor, pero en cada una de ellas es empleada en un sentido un poco distinto.

“Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18). ¿Qué iglesia es ésta? Pedro confesó que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, y nuestro Señor declaró que El edificaría Su iglesia sobre la confesión de que, en relación con Su Persona, El es el Hijo de Dios, y que, en relación con Su obra, El es el Cristo de Dios. Esta iglesia incluye a todos los salvos, sin referencia a tiempo o espacio; es decir, a todos los que, en el propósito de Dios, son redimidos por virtud de la sangre derramada del Señor Jesús, y son nacidos de nuevo por la operación de Su Espíritu. Esta es la iglesia universal, la iglesia de Dios, el Cuerpo de Cristo.

“Y si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia” (Mt. 18:17). El vocablo “iglesia” es utilizado aquí en un sentido muy diferente al uso dado en Mateo 16:18. Claramente vemos que la esfera de la iglesia a la que aquí se hace referencia no es tan amplia como la esfera de la iglesia mencionada en el pasaje anterior. La iglesia allí es una iglesia que nada sabe de tiempo o espacio, pero la iglesia aquí obviamente está limitada tanto en tiempo como en espacio, porque es una que puede escucharlo a uno. La iglesia mencionada en el capítulo dieciséis incluye a todos los hijos de Dios en toda localidad, mientras que la iglesia mencionada en el capítulo dieciocho incluye solamente a los hijos de Dios que viven en una localidad; y es debido a que está limitada a un solo lugar que es posible que uno cuente sus dificultades a los creyentes que la componen. Obviamente la iglesia aquí es local, no universal, porque nadie puede hablar al mismo tiempo a todos los hijos de Dios en todas partes del universo. Solamente es posible hablar al mismo tiempo a los creyentes que viven en un solo lugar.

Tenemos ante nosotros, claramente, dos aspectos diferentes de la iglesia, a saber, la iglesia y las iglesias, la iglesia universal y las iglesias locales. La iglesia es invisible; las iglesias son visibles. La iglesia no tiene organización; las iglesias están organizadas. La iglesia es espiritual; las iglesias son espirituales y a la vez físicas. La iglesia es puramente un organismo; las iglesias son un organismo, y a la vez, están organizadas, lo cual se ve por el hecho de que los ancianos y los diáconos tienen oficios dentro de ellas. (Sería bueno que, durante toda la lectura de este libro el lector distinguiera claramente entre la iglesia y la iglesia).

Todas las dificultades de la iglesia surgen en relación con las iglesias locales, no con la iglesia universal. Esta es invisible y espiritual y, por tanto, está fuera del alcance del hombre, mientras que aquéllas son visibles y organizadas y, por lo mismo, todavía están expuestas a ser tocadas por manos humanas. La iglesia celestial está tan lejos del mundo que puede permanecer sin ser afectada por él, pero las iglesias terrenales están tan cerca de nosotros, que si allí se suscitan problemas los sentimos agudamente. La iglesia invisible no prueba nuestra obediencia hacia Dios, pero las iglesias visibles sí nos prueban severamente al

enfrentarnos con asuntos en el nivel intensamente práctico de nuestra vida terrenal.

LA BASE DE LAS IGLESIAS

En la Palabra de Dios encontramos “la iglesia de Dios” (1 Co. 10:32), en singular, pero encontramos que la misma Palabra se refiere a “las iglesias de Dios” en plural (1 Ts. 2:14). ¿Cómo fue que esta unidad se convirtió en pluralidad? ¿Cómo se ha hecho muchas la iglesia que es esencialmente una? La iglesia de Dios ha sido dividida en las iglesias de Dios sobre el terreno único de la diferencia de localidad. (La palabra “dividida” es empleada aquí en el sentido más puro). La localidad es la única base bíblica para la división de la iglesia en iglesias.

Las siete iglesias en Asia que se mencionan en el libro de Apocalipsis eran: la iglesia en Efeso, la iglesia en Esmirna, la iglesia en Pérgamo, la iglesia en Tiatira, la iglesia en Sardis, la iglesia en Filadelfia y la iglesia en Laodicea. Eran siete iglesias, no una. Cada una era distinta de las otras con base en la diferencia de localidad. Era solamente debido a que los creyentes no residían en un solo sitio que no pertenecían a una sola iglesia. Había siete iglesias diferentes, sencillamente porque los creyentes vivían en siete diferentes sitios. Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea claramente son nombres de lugares. No solamente las siete iglesias en Asia fueron fundadas sobre la base de localidad, sino que todas las iglesias mencionadas en las Escrituras fueron fundadas sobre la misma base. En ninguna parte en la Palabra de Dios podemos encontrar nombre alguno ligado a una iglesia salvo el nombre de un lugar; por ejemplo: la iglesia en Jerusalén, la iglesia en Listra, la iglesia en Derbe, la iglesia en Colosas, la iglesia en Troas, la iglesia en Tesalónica, la iglesia en Antioquía. Que en las Escrituras ningún otro nombre sino el nombre de una localidad está ligado a una iglesia, y la división de la iglesia en iglesias es efectuada únicamente sobre el terreno de la diferencia de localidad es un hecho que no puede enfatizarse lo suficiente.

Espiritualmente la iglesia de Dios es una, por tanto no puede ser dividida, pero físicamente sus miembros están dispersos por todo el mundo, y por lo tanto no es posible que vivan en un solo lugar. (La aversión de ciertos autores al uso de la palabra “miembro” en conexión con la palabra “iglesia” es nada más que un asunto de términos y no de hechos). Con todo, es esencial que haya una reunión física de los creyentes. No es suficiente que ellos estén presentes “en el espíritu”; también deben estar presentes “en la carne.” Ahora, una iglesia está compuesta de todos “los llamados afuera, reunidos” en un solo lugar para adoración, oración, comunión y ministerio. Reunirse así es absolutamente indispensable para la vida de la iglesia. Sin reunirse, puede haber creyentes dispersos en la

región, pero en realidad no hay iglesia. La iglesia existe porque sus miembros existen, y no requiere que ellos se reúnan de un modo físico; pero es esencial para la existencia misma de una iglesia que sus miembros se reúnan de una manera física. Es en este sentido que se usa la palabra “iglesia” en 1 Corintios 14. La frase “en la iglesia” (vs. 19, 23, 38) significa “en las reuniones de la iglesia”. Una iglesia es una iglesia reunida. Estos creyentes no están separados de otros creyentes en ningún aspecto sino en el de los lugares donde viven. Mientras continúen en la carne estarán limitados por el espacio, y esta limitación física, que naturalmente hace imposible que el pueblo de Dios se reúna en un solo lugar, es la única base autorizada por Dios para la formación de iglesias separadas. Los cristianos pertenecen a diferentes iglesias por la única razón de que viven en diferentes lugares. Esa división es meramente externa. En realidad la iglesia como Cuerpo de Cristo no puede ser dividida; por tanto, aun cuando la Palabra de Dios se refiere a las diferentes asambleas de Su pueblo, los sitios varían, pero todavía es “la iglesia” en cada uno de estos lugares, tales como, “la iglesia en Efeso”, “la iglesia en Esmirna”, “la iglesia en Pérgamo”.

En el Nuevo Testamento hay un método y solamente uno para dividir la iglesia en iglesias, y ese método ordenado por Dios es la división sobre la base de localidad. Todos los demás métodos son fabricados por el hombre, no dados por Dios. Que el Espíritu de Dios grave profundamente esta verdad en nuestros corazones, que la única razón para la división de los hijos de Dios entre diferentes iglesias se debe a los diferentes lugares donde ellos viven.

¿Qué es una iglesia neotestamentaria? No es un edificio, un salón para predicar el evangelio, un centro de predicación, una misión, una obra, una organización, un sistema, una denominación, ni una secta. La gente puede aplicar el término “iglesia” a cualquiera de las entidades que acabamos de mencionar; sin embargo, no son iglesias. Una iglesia neotestamentaria es la reunión para adoración, oración, comunión, y edificación mutua, de todo el pueblo de Dios en una localidad dada, basada en el hecho de que son cristianos en la misma localidad. La iglesia es el Cuerpo de Cristo; una iglesia es el Cuerpo de Cristo en miniatura. Todos los creyentes que están en una localidad forman la iglesia en esa localidad, y de una manera pequeña, deben manifestar lo que la iglesia debe manifestar. Ellos son el Cuerpo de Cristo en esa localidad, así que tienen que aprender cómo estar bajo el Señor como Cabeza y cómo manifestar unidad entre todos los miembros, vigilando cuidadosamente que no haya cismas ni divisiones.

LOS LIMITES DE UNA LOCALIDAD

Hemos visto que todas las iglesias en las Escrituras son iglesias locales, pero, naturalmente, surge la pregunta: Conforme a las Escrituras, ¿qué es una

localidad? Si notamos qué lugares son mencionados en la Palabra de Dios en relación con la fundación de las iglesias, entonces podremos determinar la extensión que debe tener un lugar para justificar que sea tomado como unidad para la formación de una iglesia. En las Escrituras las localidades que determinan los límites de una iglesia no son ni países, ni provincias ni distritos. En ninguna parte leemos de una iglesia nacional, o de una iglesia provincial, o de una iglesia distrital. Leemos de la iglesia en Efeso, la iglesia en Roma, la iglesia en Jerusalén, la iglesia en Corinto, la iglesia en Filipos y la iglesia en Iconio. Ahora, ¿qué clase de lugares eran Efeso, Roma, Jerusalén, Corinto, Filipos e Iconio? No son naciones, ni provincias ni distritos, sino simplemente lugares de tamaño conveniente para que la gente viva junta con cierta medida de seguridad y sociabilidad. En lenguaje moderno las llamaríamos ciudades. Que las ciudades eran los límites de las iglesias en los días apostólicos es evidente por el hecho de que, por una parte Pablo y Bernabé constituyeron “ancianos en cada iglesia” (Hch. 14:23), y por otra, Pablo ordenó a Tito que “estableciese ancianos en cada ciudad” (Tit. 1:5).

En la Palabra de Dios no vemos iglesia alguna que se extienda más allá del área de una ciudad, ni encontramos una iglesia que no cubra el área completa. Una ciudad es la unidad bíblica de localidad. De los libros de Génesis y Josué aprendemos que las ciudades en tiempos pasados eran los lugares donde se agrupaba la gente para vivir; también eran la unidad más pequeña de la administración civil, y cada una poseía un nombre independiente. Cualquier lugar puede ser una unidad para la fundación de una iglesia si es un sitio en donde las personas se agrupan para vivir, un lugar con un nombre independiente, y un lugar que es la unidad política más pequeña. Un sitio así es una ciudad en el sentido bíblico, y es el límite de una iglesia local. Las ciudades grandes, como Roma y Jerusalén, son unidades solamente, y a su vez ciudades pequeñas como Iconio y Troas también son unidades. Aparte de tales lugares donde la gente tiene una vida de comunidad, no hay otra unidad bíblica de las iglesias de Dios.

Naturalmente se suscitarán preguntas en relación con ciudades grandes como Londres. ¿Se considerarían como una unidad de localidad o como más de una? Está claro que Londres no es una ciudad en el sentido bíblico del término y, por tanto, no puede considerarse como una unidad. Aun personas que viven en Londres hablan de ir “a la ciudad” o “al centro”, lo cual revela el hecho de que en su pensamiento, Londres y “la ciudad” no son sinónimos. Las autoridades políticas y postales, lo mismo que el hombre común, consideran a Londres como más de una unidad. Ellos la dividen respectivamente en municipios y distritos postales. Lo que ellos tienen por una unidad administrativa, lo podemos considerar nosotros como unidad eclesiástica.

Tocante a los parajes campestres que técnicamente no podrían llamarse ciudades, también pueden considerarse como unidades de localidad. Se dice de nuestro Señor, mientras estuvo en la tierra, que El pasaba por ciudades y aldeas (Lc. 13:22), de lo que se desprende que los parajes campestres, lo mismo que los pueblos pequeños, son considerados como unidades separadas.

Esta división de las iglesias, según la localidad, es una demostración de la maravillosa sabiduría de Dios. Si Dios hubiera ordenado que la iglesia fuera dividida en iglesias, teniendo al país como límite, entonces en el caso de que un país fuera derrotado e incorporado por otro país, la iglesia entonces tendría que cambiar su esfera. Si una provincia marcara el límite de una iglesia, la esfera de las iglesias cambiaría a menudo a causa de los frecuentes cambios del límite provincial. Lo mismo se aplica a un distrito. La más estable de todas las unidades políticas es una aldea, pueblo, o ciudad. Los gobiernos, dinastías y países pueden cambiar, pero rara vez las ciudades son afectadas por algún cambio político. Hay ciudades que han pasado de un país a otro y han conservado su nombre original, y existen ciudades hoy que han retenido el mismo nombre por siglos. Así que vemos la sabiduría divina en decretar que una localidad determinase el límite de una iglesia.

Puesto que los límites de una localidad señalan los límites de una iglesia, entonces ninguna iglesia puede ser más estrecha que una localidad, y ninguna más amplia. La Palabra de Dios reconoce únicamente a dos iglesias, la iglesia universal y la iglesia local; no hay una tercera iglesia cuya esfera sea más estrecha que la local, o bien, más amplia que la local y aún así más estrecha que la iglesia universal. Una iglesia local no admite ninguna posible división, y no admite ningún posible ensanchamiento. Uno no puede reducir su esfera dividiéndola en varias iglesias menores, ni puede uno ampliar su esfera vinculando varias iglesias locales. Cualquier iglesia menor que una iglesia local no es una iglesia bíblica, y cualquier iglesia mayor que una iglesia local, y sin embargo más pequeña que la iglesia universal, tampoco es una iglesia bíblica.

NO MAS PEQUEÑA QUE UNA LOCALIDAD

Leemos en 1 Corintios 1:2 de la “iglesia de Dios que está en Corinto”. Corinto era una unidad básica de localidad y la iglesia en Corinto era una iglesia de unidad básica. Cuando entró la discordia y sus miembros estaban a punto de fragmentar la iglesia en cuatro facciones diferentes, Pablo les escribió reprendiéndolos: “Cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo...¿No sois carnales?” (1 Co. 1:12; 3:4). Si estas personas hubieran formado cuatro grupos diferentes, hubieran sido sectas, no iglesias, porque Corinto era una ciudad, y esa es la unidad más pequeña que amerita la formación de una iglesia. La iglesia de Dios en Corinto no podía

cubrir una área menor que toda la ciudad ni podía incluir un número de cristianos menor que el de todos los cristianos que vivían allí. Esta es la definición de la iglesia en Corinto que da Pablo: “a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos” (1:2). Formar una iglesia en una área menor que la unidad de localidad es formarla sobre una base más pequeña que la unidad bíblica y se sobreentiende que no puede ser una iglesia bíblica. Cualquier grupo de creyentes que sea más pequeño que el de todos los creyentes en un lugar, no está calificado para ser una iglesia separada. La medida básica de la iglesia debe corresponder con la unidad de la localidad. Una iglesia debe cubrir la misma área que la localidad en la que se halla. Si una iglesia es más pequeña que la localidad, entonces no es una iglesia bíblica; es una secta.

Decir: “Yo soy de Pablo”, o “yo soy de Cefas” es obviamente sectario, pero decir “yo soy de Cristo” es sectario también, aunque menos obvio. La confesión, “soy de Cristo” es buena como tal pero no es una base adecuada para formar una iglesia separada, puesto que excluye a algunos de los hijos de Dios en una localidad determinada, al incluir solamente a cierto grupo que dice “yo soy de Cristo”. Que todo creyente pertenece a Cristo es un hecho, sea que se declare o no; y diferenciar entre aquellos que lo proclaman y aquellos que no, es condenado por Dios como carnal. Es el hecho lo que importa, no la declaración del hecho. La esfera de una iglesia en cualquier lugar no incluye sólo a aquellos que dicen “yo soy de Cristo”, sino a todos los que en ese lugar *son* de Cristo. Se extiende por toda el área de la localidad e incluye a todos los cristianos de la localidad.

Tomar la posición de que uno pertenece exclusivamente a Cristo es perfectamente correcto, pero hacer división entre cristianos que asumen esa postura y cristianos que no, es completamente incorrecto. Llamar sectarios a aquellos que dicen “yo soy de Pablo” o “yo soy de Cefas”, y sentirnos superiores espiritualmente al separarnos de ellos y tener comunión solamente con aquellos que dicen “yo soy de Cristo”, nos hace culpables del mismo pecado que condenamos en otros. Si hacemos el no-sectarismo la base de nuestra comunión, entonces estamos dividiendo la iglesia sobre un terreno que no es el ordenado por Dios, y así formamos otra secta. El terreno bíblico para una iglesia es una localidad, no el no-sectarismo. Cualquier comunión que no sea tan amplia como la localidad es sectaria. Todos los cristianos que viven en el mismo lugar que yo, están en la misma iglesia que yo, y no me atrevo a excluir a ninguno. Reconozco como mi hermano, y como un miembro juntamente conmigo de mi iglesia, a todo hijo de Dios que vive en mi localidad.

En Jerusalén había un gran número de creyentes. Leemos de una multitud que se convirtió al Señor; sin embargo, son mencionados todos ellos como la iglesia en Jerusalén, no las iglesias en Jerusalén. Jerusalén era un solo lugar; por tanto

podía tomarse únicamente como una sola unidad para la fundación de una sola iglesia. Uno no puede dividir la iglesia a menos que divida el lugar. Si solamente hay una localidad, solamente puede haber una iglesia. En Corinto sólo estaba la iglesia en Corinto; en Hankow, existe solamente la iglesia en Hankow. No leemos de iglesias en Jerusalén, ni de iglesias en Corinto. Cada una de éstas se contaba como un solo lugar, así que era lícito tener sólo una iglesia en cada lugar. Mientras que Jerusalén, Efeso y Corinto permanezcan como unidades de localidad, así permanecerán como unidades de iglesia. Si una localidad es indivisible, entonces la iglesia formada en esa localidad es indivisible.

NO MAS GRANDE QUE UNA LOCALIDAD

Acabamos de ver que los límites de una iglesia no pueden ser más estrechos que la localidad a la que pertenece. Por otro lado, sus límites no pueden ser más amplios que la localidad. En la Palabra de Dios nunca leemos de la iglesia en Macedonia, la iglesia en Galacia, la iglesia en Judea, o la iglesia en Galilea. ¿Por qué? Porque Macedonia y Galilea son provincias, y Judea y Galacia son distritos. Una provincia no es una unidad bíblica de localidad, y tampoco lo es un distrito. Ambos incluyen varias unidades; por lo tanto, incluyen varias iglesias separadas y no constituyen una iglesia. Una iglesia provincial o una iglesia distrital no es una iglesia conforme a las Escrituras, puesto que no se divide según el terreno de localidad, sino que combina un número de localidades. Es debido a que todas las iglesias bíblicas son iglesias locales que no hay mención de iglesias estatales, iglesias provinciales, ni iglesias distritales en la Palabra de Dios.

“Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria” (Hch. 9:31). El Espíritu Santo no hablaba aquí de la iglesia sino de las iglesias. Por el hecho de que había varias localidades, también había varias iglesias. No era el plan de Dios unir las iglesias de diferentes sitios en una sola, sino tener una iglesia separada en cada lugar. Había tantas iglesias como lugares.

“Y pasó por Siria y Cilicia, confirmando a las iglesias” (Hch. 15:41). Otra vez la referencia no es a una sola iglesia, porque Siria y Cilicia eran distritos vastos, cada uno de los cuales abarcaba un gran número de localidades diferentes. En los círculos políticos se permite unir muchos diferentes lugares como un distrito y llamarlo Siria o Cilicia, pero Dios no une a los creyentes de varios lugares diferentes y los llama la iglesia en Siria o la iglesia en Cilicia. Puede haber uniones o fusiones en el mundo comercial o político, pero Dios no aprueba agrupamiento alguno entre las iglesias. Cada sitio separado necesita tener una iglesia separada.

“Todas las iglesias de los gentiles” (Ro. 16:4). Las iglesias de Dios no fueron formadas según delineamientos nacionales sino sobre los de la localidad, así que no se menciona la iglesia de los gentiles, sino las iglesias de los gentiles.

“Las iglesias de Asia os saludan” (1 Co. 16:19). “Las iglesias de Macedonia” (2 Co. 8:1). “Las iglesias de Galacia” (Gá. 1:2). “Y no era conocido de vista a las iglesias de Judea, que eran en Cristo” (Gá. 1:22). Asia, Macedonia, Galacia y Judea eran regiones que abarcaban más de una unidad de localidad; por tanto, la Palabra de Dios se refiere a las iglesias en estas regiones. Una iglesia conforme al pensamiento divino es siempre una iglesia en una localidad; cualquier otra clase de iglesia es un producto de la mente humana.

Dios no autoriza división de la iglesia dentro de ninguna localidad, y El no aprueba una combinación denominacional de las iglesias en varias localidades. En las Escrituras siempre hay una iglesia en un sitio; nunca varias iglesias en un solo lugar ni una sola iglesia en varios lugares. Dios no reconoce ninguna comunión de Sus hijos que esté sobre una base más pequeña o más grande que la de una localidad.

Nanking es una ciudad, así como Suchow. Debido a que cada una es una unidad separada, entonces cada una tiene una iglesia separada. Los dos lugares están en el mismo país, y hasta en la misma provincia, pero, puesto que son dos ciudades separadas, deben formar dos iglesias separadas. Políticamente, Glasgow y Nanking no pertenecen a la misma provincia; ni siquiera a la misma nación; con todo, la relación entre Nanking y Suchow es exactamente la misma que entre Nanking y Glasgow. Nanking y Suchow son unidades tan verdaderamente separadas como Nanking y Glasgow. En la división de las iglesias no surge la cuestión de país o provincia; todo es asunto de ciudades. Dos ciudades de la misma nación o de la misma provincia no tienen una relación más cercana que dos ciudades de diferentes países o de diferentes provincias. La intención de Dios es que una iglesia en una localidad cualquiera debe ser una unidad, y en sus relaciones de la una con la otra las diferentes iglesias deben conservar su carácter local.

Cuando el pueblo de Dios en todo el mundo vea realmente el carácter local de las iglesias, entonces apreciará su unidad en Cristo más que nunca. Las iglesias de Dios son locales, intensamente locales. Si algún factor entra a destruir ese carácter local, entonces dejan de ser iglesias bíblicas.

LA INDEPENDENCIA DE LAS IGLESIAS

Nunca fue el propósito de Dios que varias iglesias en diferentes sitios fueran reunidas bajo alguna denominación u organización, sino más bien que cada una

fuera independiente de las otras. Sus responsabilidades debían ser independientes y asimismo sus gobiernos. Cuando nuestro Señor envió mensajes a Sus hijos en Asia, El no se dirigió a ellos como “la iglesia en Asia”, sino como “las siete iglesias que están en Asia”. Su reprensión a Efeso no podía aplicarse a Esmirna, porque Esmirna era independiente de Efeso. La confusión en Pérgamo no podía atribuirse a Filadelfia, porque Filadelfia era independiente de Pérgamo. El orgullo de Laodicea no podía imputarse a Sardis, porque Sardis era independiente de Laodicea. Cada iglesia se apoyaba sobre sus propios méritos y llevaba su propia responsabilidad. Ya que los hijos de Dios vivían en siete diferentes ciudades, ellos consecuentemente pertenecían a siete diferentes iglesias. Y puesto que una era independiente de la otra, cada una tenía su propio elogio o exhortación o reprensión especiales.

Y no solamente había estas siete iglesias en la tierra, había siete candeleros que las representaban en el cielo. En el Antiguo Testamento había un solo candelero con siete diferentes brazos pero en el Nuevo Testamento había siete candeleros distintos. Si la representación en el Nuevo Testamento hubiera sido igual que en el Antiguo, entonces los creyentes en las siete iglesias de Asia habrían podido unirse para formar una sola iglesia; pero hay ahora siete candeleros separados, cada uno en su propia base, así que el Señor puede andar “en medio de los siete candeleros” (Ap. 2:1). Por tanto, aunque todas las iglesias están sujetas a la autoridad de la única Cabeza y expresan la vida del único Cuerpo, (porque todas son de oro) de todos modos, no están unidas por ninguna organización externa, sino que cada una descansa sobre su propia base, llevando su propia responsabilidad, y manteniendo su independencia local.

ENTRE LAS IGLESIAS

Esto no implica que las diferentes iglesias locales no tengan nada que ver la una con la otra, y que cada una sencillamente pueda hacer lo que le plazca sin tomar en consideración a las otras, porque el terreno de la iglesia es el terreno del Cuerpo. Aunque hay unidades de iglesia en la administración externa, con todo, su vida interior es una, y el Señor ha hecho que sus miembros sean miembros de un solo Cuerpo. No hay una organización externa que los reúna en una agrupación grande, pero hay un fuerte lazo interno que los une en el Señor. Tienen una unidad de vida que no sabe de los confines de una localidad, y que guía a las iglesias separadas a la acción uniforme, a pesar de la ausencia de toda organización externa. En organización las iglesias son totalmente independientes una de otra, pero en vida son uno, y consecuentemente, interdependientes. Si una iglesia recibe revelación, las otras deberían aprovechar el beneficio de esto. Si una está en dificultad, las otras deberían acudir a socorrerla. Pero, mientras que las iglesias ministran unas a otras, deben conservar siempre su independencia de gobierno y responsabilidad.

Por un lado, cada iglesia está directamente bajo la autoridad del Señor y responde sólo a El; por otro, cada una debe escuchar no sólo el hablar directo de El, sino Su hablar por medio de las demás. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”, es el mandato de nuestro Señor a todas (Ap. 2 y 3). En la introducción de Sus cartas a las siete iglesias encontramos a nuestro Señor dirigiéndose al ángel de cada iglesia, pero en su conclusión encontramos que Su mensaje a una iglesia en particular también era un mensaje a todas las iglesias. De esto se deduce claramente que lo que una iglesia debe hacer, todas las iglesias deben hacerlo. La responsabilidad de las iglesias es individual, pero sus acciones deben ser uniformes. Esta balanza de verdad debe ser conservada cuidadosamente.

Encontramos la misma enseñanza en las epístolas. “Por esto mismo os he enviado a Timoteo...el cual os recordará mi proceder en Cristo, de la manera que enseñé en todas partes y en todas las iglesias” (1 Co. 4:17). Se pide a los corintios que atesoren en sus corazones lo que Pablo ha enseñado “en todas partes y en todas las iglesias”. No hay una clase de instrucción para Corinto, y otra clase de instrucción para otro lugar. Lo que los apóstoles han estado enseñando a algunas de las iglesias, también debe ser considerado por los creyentes de otras iglesias. Y eso se aplica a los mandamientos lo mismo que a temas doctrinales. “Pero cada uno como el Señor le repartió...así haga; esto ordeno en todas las iglesias” (1 Co. 7:17). El Señor nunca podría dar un mandamiento a una iglesia que en alguna forma contradijera Sus órdenes a otra iglesia. Sus exigencias para un grupo de Sus hijos eran Sus exigencias para todos Sus hijos. “Con todo eso, si alguno quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni las iglesias de Dios” (1 Co. 11:16). La iglesia en Corinto se inclinaba a seguir sus propias tendencias individualistas. Todas las otras iglesias proseguían juntamente con el Señor. Sólo Corinto no llevaba el paso; así que Pablo procuraba alinearla con las otras. ¡Qué lamentable! Hoy, no solamente una iglesia se ha apartado del camino de Dios, sino la mayoría de las que se llaman iglesias. Es una tragedia que hoy la exhortación a seguir todas “las iglesias” nos llevaría no hacia la voluntad de Dios sino hacia fuera de ella.

“En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia” (1 Co. 16:1). Esencialmente, Pablo está diciendo: “Aunque vosotros sois independientes de las otras iglesias, con todo, no debéis desatender el ejemplo de ellas”. Una disposición para ayudar la una a la otra y para aprender la una de la otra debería marcar las relaciones entre las diversas iglesias. Las iglesias que tienen menos experiencia deberían estar dispuestas a aprender lo que las iglesias más maduras han aprendido del Señor. “Porque vosotros, hermanos, vinisteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea”, escribía Pablo a los tesalonicenses (1 Ts. 2:14).

La iglesia en Tesalónica era más joven que las iglesias en Judea; por tanto, era propio que aprendieran de ellas.

Hay un hermoso equilibrio en la enseñanza de la Palabra de Dios acerca de la relación entre las diferentes iglesias. Por un lado, son totalmente independientes una de otra en asuntos relacionados con la responsabilidad, el gobierno y la organización. Por otro lado, deben aprender una de la otra y proseguir al mismo paso una con otra. Pero en todas las cosas es indispensable tener tanto la dirección del Espíritu Santo como el modelo en la santa Palabra de Dios.

LA CORTE MAS ALTA

Puesto que hay una relación espiritual entre las diferentes iglesias locales, ninguna iglesia debe apartarse siguiendo una tendencia individualista y así, aprovechándose de su independencia, decidir cosas conforme a lo que le plazca. Antes bien, cada una debe cultivar una relación con las otras iglesias, buscando su solidaridad y trabajando con su bienestar espiritual en consideración. Por otra parte, puesto que cada una es totalmente independiente de la otra, la decisión de una iglesia en una localidad es completamente definitiva. No hay una corte más alta de apelación; la corte local es la corte suprema. No hay organización a cuyo control tenga que someterse, ni hay organización alguna sobre la cual ejerza control. No tiene superiores ni subordinados. Si alguna persona es recibida o rechazada por una iglesia local, su sentencia en el asunto debe tomarse como absolutamente decisiva. Aun si la decisión fuera errónea, lo único que se puede hacer es apelar para la reconsideración del caso. La iglesia local es la más alta autoridad eclesiástica. Si otras iglesias objetan sus decisiones, todo lo que ellas pueden hacer es recurrir a la persuasión y a la exhortación. No hay ningún curso alternativo porque la relación que existe entre las iglesias es enteramente espiritual y no oficial.

Si un hermano que ha sido disciplinado en Nanking se traslada a Suchow, y allí prueba su inocencia del cargo del cual fue acusado, entonces Suchow tiene plena autoridad para recibirlo, a pesar de la sentencia de Nanking. Suchow es responsable de sus acciones ante Dios, no ante Nanking. Suchow es una iglesia independiente, y, por tanto, tiene plena autoridad para obrar como crea mejor. Pero, debido a que hay una relación espiritual con Nanking, sería mejor que al hermano en cuestión no se le recibiera antes de que se le notificara a Nanking del error de su decisión. Si la relación de Nanking con el Señor está bien, entonces atenderá a lo que Suchow tenga que decir. Pero si rehusa hacerlo, Suchow no tiene ningún derecho de tener algo en contra de Nanking, porque Nanking como iglesia local es responsable directa y únicamente ante el Señor y tiene plena autoridad para recibir y actuar con independencia de Suchow. Si las

iglesias son espirituales, no habrá ninguna dificultad en sus relaciones unas con otras. Pero si no lo son, y surgen dificultades, no debemos procurar resolverlas interfiriendo en modo alguno con su independencia, porque ha sido ordenado por el Dios de toda sabiduría.

Ninguna iglesia es superior a otra en organización, ni es mayor en autoridad. Muchos cristianos consideran a Jerusalén como la iglesia madre que posee la autoridad suprema, pero tal concepto tiene su origen en la mente humana, no en la Palabra divina. Cada iglesia es gobernada localmente y es responsable directamente ante Dios, no ante ninguna otra iglesia u organización. Una iglesia local es la institución cristiana más alta en la tierra. Ninguna hay sobre ella a la que se pueda hacer apelación. Una iglesia local es la menor unidad bíblica, pero también es la mayor organización bíblica. Las Escrituras no autorizan ninguna centralización en Roma que pueda darle autoridad alguna sobre otras iglesias locales. Esta es la salvaguarda de Dios contra cualquier usurpación de los derechos de Su Hijo. Cristo es la Cabeza de la iglesia, y no hay otra cabeza, ni en el cielo ni en la tierra.

Debe haber una relación espiritual entre las iglesias si se ha de preservar el testimonio del Cuerpo, pero a la vez debe haber una independencia absoluta de gobierno si se ha de mantener el testimonio de la Cabeza. Cada iglesia está bajo el control inmediato de Cristo y es directamente responsable sólo ante El.

Entonces, ¿por qué, cuando surgió una pregunta relacionada con la circuncisión, fueron Pablo y Bernabé a Jerusalén a ver a los apóstoles y ancianos allí? Porque aquellos que eran responsables por la enseñanza errónea en Antioquía, habían venido de Jerusalén. Jerusalén fue el lugar donde se originó este problema; por lo tanto, fue a Jerusalén a donde los apóstoles se dirigieron para resolverlo. Si un muchacho fuera descubierto en una travesura, reportaríamos sus malas acciones a su padre. Al ir a Jerusalén, Pablo y Bernabé llevaban el caso ante aquellos que tenían el control de los hermanos que habían causado el disturbio, y una vez que llevaron el asunto a la fuente responsable, se efectuó un arreglo rápido. Los ancianos en cuestión no eran los ancianos en Jerusalén, sino los ancianos de Jerusalén; y los apóstoles no eran los apóstoles de Jerusalén, sino los apóstoles en Jerusalén. Aquéllos eran los representantes de la iglesia; éstos, los representantes de la obra. Pablo y Bernabé refirieron el asunto a los apóstoles y ancianos, porque los apóstoles habían sido responsables por la enseñanza en las iglesias, y los ancianos por cualquier decisión dada sobre los asuntos locales. Cuando los apóstoles tanto como los ancianos rechazaron la responsabilidad con respecto a la enseñanza propagada por los hermanos alborotadores que habían salido de Jerusalén, Pablo y Bernabé pudieron enseñar a las diferentes iglesias en sus visitas subsecuentes a los diferentes lugares “las ordenanzas que habían acordado los apóstoles y los ancianos que

estaban en Jerusalén” (Hch. 16:4). No debemos inferir por esto que los ancianos de Jerusalén tenían alguna autoridad sobre otras iglesias, sino simplemente que ellos, tanto como los apóstoles, rechazaron la enseñanza de aquellos que salieron de entre ellos. Además, en Jerusalén algunos de los apóstoles ocupaban el doble oficio de anciano y apóstol.

COMO CONSERVAR EL CARACTER LOCAL DE LAS IGLESIAS

Puesto que las iglesias de Dios son locales, debemos tener cuidado en conservar su carácter local, su esfera local, y sus límites locales. Una vez que una iglesia pierde éstos, deja de ser una iglesia bíblica. Dos cosas requieren atención especial si ha de salvaguardarse el carácter local de una iglesia.

En primer lugar, ningún apóstol debe ejercer control en calidad oficial alguna sobre una iglesia. Eso es contrario al orden de Dios, y destruye su carácter local al poner el sello de un ministro extra-local sobre ella. Ningún apóstol tiene autoridad para establecer una iglesia privada en ningún lugar. La iglesia pertenece a la localidad, no al obrero. Cuando la gente es salva por mediación de algún hombre, ellos pertenecen a la iglesia del lugar en donde viven, no al hombre a través del cual fueron salvos, ni a la organización que él representa. Si una o más iglesias son fundadas por determinado apóstol y ese apóstol ejerce autoridad sobre ellas como si pertenecieran a él o a su sociedad en un sentido especial, entonces esas iglesias se convierten en sectas, porque no se separan de otros cristianos (que hayan sido salvos por medio de otros apóstoles) sobre el terreno de la diferencia de la localidad, sino sobre el terreno de la diferencia de los medios de su salvación. Así los apóstoles se convierten en jefes de diferentes denominaciones, y su esfera resulta ser la esfera de sus denominaciones respectivas, mientras que las iglesias sobre las cuales ejercen control se convierten en sectas, cada una llevando la característica especial de su líder, en vez de la característica de una iglesia local.

La epístola a los Corintios arroja luz sobre este tema. Había división entre los creyentes en Corinto sencillamente porque ellos no comprendían el carácter local de la iglesia e intentaban hacer a diferentes apóstoles —Pablo, Apolos y Cefas— el terreno de su comunión. Si hubieran entendido la base ordenada divinamente para la división de la iglesia, nunca hubieran podido decir: “Yo soy de Pablo” o “yo soy de Apolos”, o “yo de Cefas” porque, a pesar de su amor especial hacia ciertos líderes, ellos hubieran comprendido que no pertenecían a ninguno de ellos sino a la iglesia en la localidad en donde vivían.

Ningún obrero puede ejercer control sobre una iglesia ni darle su nombre a ella, o el nombre de la sociedad que él representa. La desaprobación divina siempre estará sobre “la iglesia de Pablo” o “la iglesia de Apolos” o “la iglesia de Cefas.”

En la historia de la iglesia ha sucedido con frecuencia, cuando Dios ha dado una luz o una experiencia especiales a algún individuo, que esa persona ha acentuado la verdad especial revelada o experimentada, y ha reunido en torno suyo gente que ha apreciado su enseñanza, con el resultado de que el líder, o la verdad que ha hecho resaltar, se ha convertido en el terreno de la comunión. Así se han multiplicado las sectas. Si el pueblo de Dios pudiera solamente ver que el objeto de todo ministerio es la fundación de iglesias locales y no el agrupamiento de cristianos alrededor de alguna persona, verdad o experiencia particulares, ni bajo alguna organización particular, entonces la formación de sectas se evitaría. Nosotros que servimos al Señor debemos estar dispuestos a soltar nuestros lazos sobre todos aquellos a quienes hemos ministrado, y permitir que todos los frutos de nuestro ministerio pasen a las iglesias locales gobernadas totalmente por hombres locales. Debemos ser escrupulosamente cuidadosos en no permitir que el colorido de nuestra personalidad destruya el carácter local de la iglesia, y siempre debemos servir a la iglesia, nunca controlarla. Un apóstol es siervo de todos y amo de nadie. Ninguna iglesia pertenece al obrero; pertenece a la localidad. Si los hombres utilizados por Dios durante toda la historia de la iglesia, hubieran visto claramente que todas las iglesias de Dios pertenecen a sus respectivas localidades y no al obrero u organización utilizados en su fundación, no tendríamos hoy tantas diferentes denominaciones.

Otra cosa es esencial para la conservación del carácter local de la iglesia: su esfera no debe ampliarse más que la esfera de la localidad. El método actual de vincular grupos de creyentes de diferentes lugares que mantienen los mismos conceptos doctrinales, e incorporarlos en una iglesia, no tiene fundamento bíblico. Lo mismo sucede con la costumbre de considerar a una misión como centro, uniendo a todos los salvos o auxiliados por ellos para constituir una "iglesia" de esa misión. Tales "iglesias" en realidad son sectas, porque están circunscritas por los límites de un credo particular o una misión especial, no por los límites de la localidad ni dentro de ella.

La razón por la cual Dios no aprueba el establecimiento de iglesias que combinen grupos de creyentes de diferentes lugares, es que así se destruye la base ordenada divinamente para la formación de iglesias. Cualquier "iglesia" formada con una misión como su centro está destinada a ser otra cosa que una iglesia local, porque dondequiera que hay un centro hay también una esfera, y si el centro de la iglesia es una misión, entonces obviamente su esfera no es la esfera bíblica de localidad sino la esfera de la misión. Claramente carece de la característica de una iglesia y sólo puede ser considerada como una secta. En el propósito de Dios, Jesucristo es el centro de todas las iglesias, y la localidad es la esfera de ellas.

Siempre que un líder especial, o una doctrina específica, o alguna experiencia, credo u organización, llega a ser un centro para reunir a los creyentes de diferentes lugares, entonces, debido a que el centro de tal federación eclesiástica no es Cristo, se entiende que su esfera no será la esfera local. Y en dondequiera que la esfera de localidad divinamente designada es desplazada por una esfera de invención humana, no puede reposar la aprobación divina. Los creyentes dentro de tal esfera tal vez amen verdaderamente al Señor, pero tienen otro centro aparte de El, y es natural que el segundo centro se convierta en el que controla. Es contrario a la naturaleza humana hacer hincapié en lo que tenemos en común con otros; siempre ponemos énfasis a lo nuestro en particular. Cristo es el centro común de todas las iglesias, pero cualquier grupo de creyentes que tenga un líder, una doctrina, una experiencia, un credo o una organización como centro de comunión, encontrará que *ese* centro se convierte en *el* centro, y es aquel centro por el cual determinan quiénes pertenecen a ellos y quiénes no. El centro siempre determina la esfera, y un segundo centro creará una esfera que divide los que se adhieran a ese centro de los que no.

Cualquier cosa que llegue a ser un centro para unir a los creyentes de diferentes lugares, creará una esfera que incluye a todos los creyentes que se adhieran a ese centro y excluirá a todos los que no lo hagan. Esta línea divisoria destruirá el límite de localidad señalado por Dios y, en consecuencia, destruirá la naturaleza misma de las iglesias de Dios. Así que los hijos de Dios deben cuidarse de tener otro centro de unión aparte de Cristo, porque cualquier unión extra-local de creyentes alrededor de un centro que no sea el Señor amplía la esfera de comunión más allá de la esfera de localidad perdiéndose así la característica específica de las iglesias de Dios. ¡No hay otras iglesias en las Escrituras sino las iglesias locales!

LOS BENEFICIOS DE LA INDEPENDENCIA

El método divino de hacer la localidad la línea divisoria entre las diferentes iglesias tiene varias ventajas obvias:

(1) Si cada iglesia es gobernada localmente y toda autoridad está en las manos de los ancianos locales, no hay cabida para que un falso profeta hábil y ambicioso, despliegue su ingenio organizativo al incorporar los diferentes grupos de creyentes en una sola federación vasta, y luego satisfacer su ambición al constituirse a sí mismo como su cabeza. Roma nunca podría desplegar el poderío que tiene hoy si las iglesias de Dios hubieran conservado su terreno local. Donde las iglesias no están afiliadas y donde la autoridad local está en las manos de los ancianos locales, un papa es una imposibilidad. Donde hay únicamente iglesias locales no puede haber una iglesia Romana. Es la federación de diferentes compañías de creyentes lo que ha introducido males en la iglesia

de Dios, tal como el entremeterse en la política. Hay poder en una “iglesia” confederada, pero es poder carnal, no espiritual. La intención de Dios para Su iglesia es que en la tierra ella sea como un grano de mostaza, llena de vitalidad y, sin embargo, casi imperceptible. Es la confederación lo que ha llevado a la iglesia de hoy al estado de Tiatira. El fracaso del protestantismo es que ha substituido a la iglesia de Roma por iglesias organizadas —estatales y disidentes— en lugar de regresar a las iglesias locales ordenadas divinamente.

(2) Más aún, si las iglesias retienen su carácter local, la diseminación de la herejía y del error se evitarán, porque si una iglesia es local, la herejía y el error serán locales también. Roma es una ilustración magnífica del lado inverso de esta verdad. El predominio del error romano se debe a la confederación romana. La esfera de las iglesias confederadas es vasta; consecuentemente, el error está muy difundido. Es un asunto relativamente sencillo aislar un error en una iglesia local; pero aislar el error en una gran confederación de iglesias es una tarea completamente distinta.

(3) La ventaja más grande de tener a la localidad como límite de las iglesias es que excluye toda posibilidad de que existan sectas. Usted puede tener sus doctrinas especiales y yo las mías, pero mientras nos dediquemos a mantener el carácter bíblico de las iglesias haciendo a la localidad la única línea divisoria entre ellas, será imposible para nosotros establecer alguna iglesia para la propagación de nuestras creencias particulares. Mientras una iglesia conserve su carácter local, estará protegida contra el denominacionalismo, pero tan pronto como lo pierde, estará virando en la dirección del sectarismo. Un creyente es sectario cuando pertenece a alguna persona o a alguna cosa aparte del Señor y la localidad. Sectas y denominaciones pueden ser establecidas sólo cuando el carácter local de la iglesia ha sido destruido.

En la sabiduría de Dios El ha decretado que todas Sus iglesias sean locales. Este es el método divino para salvaguardarlas contra las sectas. Obviamente, este método sólo puede proteger a la iglesia contra el sectarismo en expresión. Todavía es posible que exista un espíritu sectario en una iglesia no-sectaria, y solamente el Espíritu de Dios puede enfrentarlo. Que aprendamos a andar conforme al Espíritu y no conforme a la carne, para que, tanto en la expresión externa como en la condición interna, las iglesias de Dios puedan agradarle a El.

CAPITULO CINCO

LA BASE DE UNION Y DIVISION

LA FORMACION DE IGLESIAS LOCALES

En el capítulo anterior observamos que la palabra “iglesia” fue mencionada solamente dos veces en los Evangelios; se usa con frecuencia en Hechos, pero en este libro nunca se nos dice de un modo claro cómo se formaba una iglesia. El capítulo dos del libro de Hechos habla de la salvación de aproximadamente tres mil hombres y el cuarto capítulo, de otros cinco mil; pero nada se dice de cómo estos creyentes llegaban a formar una iglesia. Sin una sola palabra de explicación, el capítulo siguiente se refiere a ellos como la iglesia: “Y vino gran temor sobre toda la iglesia” (5:11). Aquí las Escrituras llaman a los hijos de Dios “la iglesia”, sin siquiera mencionar cómo llegó a existir la iglesia. En Hechos 8:1, inmediatamente después de la muerte de Esteban, la palabra “iglesia” se emplea otra vez, y la relación en este caso es más clara que antes. “En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén”. En este pasaje es obvio que los creyentes en Jerusalén son la iglesia en Jerusalén. Así sabemos ya lo que es la iglesia. Se compone de todos los salvos en una localidad dada.

Más tarde, en el transcurso del primer viaje misionero de los apóstoles, mucha gente fue salva en distintos lugares por medio de la predicación del evangelio. No se menciona cómo ellos llegaban a formar iglesias, pero en Hechos 14:23 se dice de Pablo y Bernabé que “constituyeron ancianos en cada iglesia”. Los grupos de creyentes en estos diferentes lugares son llamados iglesias, sin ninguna explicación de cómo llegaron a ser iglesias. Ellos eran grupos de creyentes, por eso simplemente eran iglesias. Cuando varias personas en algún lugar eran salvas, espontáneamente llegaban a ser la iglesia en ese lugar. Sin introducción ni explicación alguna, la Palabra de Dios nos presenta tal grupo de creyentes como una iglesia. El método bíblico de fundar una iglesia es simplemente la predicación del evangelio, ninguna otra cosa es necesaria ni permitida. Si la gente oye el evangelio y recibe al Señor como su Salvador, entonces ellos son una iglesia; no hay necesidad de más procedimientos para llegar a ser una iglesia.

Si en un lugar alguien cree en el Señor, se da por sentado que él es un constituyente de la iglesia en ese lugar; no hay ningún otro paso necesario para hacerlo un constituyente. No se requiere de él un ingreso subsecuente. Si él pertenece al Señor, ya pertenece a la iglesia en esa localidad; y puesto que él ya pertenece a la iglesia, este hecho no puede estar sujeto a ninguna condición. Si antes de reconocer a un creyente como miembro de la iglesia insistimos en que se incorpore a nosotros o en que renuncie a su conexión con otro lugar, entonces “nuestra iglesia” definitivamente no es una de las iglesias de Dios. Si imponemos alguna condición a la afiliación de un creyente en la localidad, adoptamos de inmediato una posición que no es bíblica, porque su calidad de miembro de la iglesia local sólo está condicionada a que sea un creyente que reside en esa localidad. Todos los salvos que pertenecen al lugar donde vivimos, pertenecen a la misma iglesia que nosotros. Al decir iglesia, me refiero a una

iglesia bíblica, y no a una organización hecha por el hombre. Una iglesia local es una iglesia que incluye a todos los hijos de Dios que vivan en una localidad determinada.

Notemos bien que nuestra base para recibir a alguien en la iglesia es el hecho de que el Señor ya lo recibió. “Recibid al débil en la fe...porque Dios le ha recibido” (Ro. 14:1, 3). “Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió” (15:7). Recibir a alguien es meramente reconocer que el Señor ya lo ha recibido. El hecho de que lo recibamos no lo hace miembro de la iglesia; más bien, lo recibimos debido a que él ya es un miembro. Si él pertenece al Señor, está en la iglesia. Si no pertenece al Señor, no está en la iglesia. Si pedimos algo más que su aceptación por parte del Señor antes de admitirlo a la comunión, entonces no somos una iglesia en absoluto, sino sólo una secta.

DENTRO Y FUERA DEL CIRCULO

En cualquier lugar donde el evangelio ha sido proclamado y la gente ha creído en el Señor, ellos son la iglesia en aquel lugar, y son nuestros hermanos. En los días de los apóstoles la cuestión de pertenecer o no pertenecer a una iglesia era sencilla en extremo. Pero las cosas no son tan sencillas en nuestros días, debido a que el asunto se ha complicado por causa de las muchas autodenominadas iglesias que excluyen a aquellos que deberían estar en la iglesia e incluyen a aquellos que deberían estar fuera. ¿Qué clase de persona puede ser considerada correctamente como miembro de la iglesia? ¿Cuál es el requerimiento mínimo en el cual podemos insistir para la admisión a la comunión de la iglesia? A menos que los requisitos para hacerse miembro de la iglesia estén claramente definidos, siempre habrá el riesgo de excluir de la iglesia a los que de verdad pertenecen a ella e incluir a los que no.

Antes de proceder a descubrir quién realmente pertenece a una iglesia local y quién no, primeramente averigüemos quién pertenece a la iglesia universal y quién no, puesto que la condición para hacerse miembro de una iglesia es esencialmente la misma para la iglesia. Cuando sepamos qué clase de personas pertenecen a la iglesia, entonces sabremos también qué clase de personas pertenecen a una iglesia.

¿Cómo podemos saber quién es un cristiano y quién no? “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Ro. 8:9). De acuerdo con la Palabra de Dios, toda persona en cuyo corazón habita Cristo por Su Espíritu es un verdadero cristiano. Los cristianos pueden ser distintos unos de otros en mil maneras, pero en este asunto fundamental no hay diferencia entre ellos: todos y cada uno tienen el Espíritu de Cristo morando dentro de ellos. Si queremos saber quién pertenece al Señor, sólo tenemos que determinar si tiene el Espíritu de Cristo o

no. Quienquiera que tenga el Espíritu de Cristo, está dentro del círculo de la iglesia, y quienquiera que no tenga el Espíritu de Cristo está fuera del círculo. El que participa del Espíritu de Dios forma parte integral de la iglesia de Dios; cualquiera que no participe del Espíritu de Dios no tiene parte en la iglesia. En la iglesia universal es así; en la iglesia local también es así. “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Co. 13:5). Hay una línea subjetiva de demarcación entre la iglesia y el mundo; todos los que están dentro de esa línea son salvos, y todos los que están fuera de ella, están perdidos. Esta línea de demarcación es el Espíritu de Cristo que mora en nosotros.

LA UNIDAD DEL ESPÍRITU

La iglesia de Dios incluye un gran número de creyentes, que han vivido en diferentes épocas y que están esparcidos por diferentes lugares por toda la tierra. ¿Cómo es que todos han sido unidos en una sola iglesia universal? Con tales diferencias de edad, posición social, educación, origen, puntos de vista y temperamento, ¿cómo pudo toda esta gente convertirse en una sola iglesia? ¿Cuál es el secreto de la unidad de los santos? ¿Cómo ha causado la fe cristiana que esta gente, con todas sus diferencias, sea en verdad una unidad? No es por medio de tener una gran convención y ponerse de acuerdo en ser uno que los cristianos se unen. La unidad cristiana no es producto humano; su origen es puramente divino. Esta poderosa y misteriosa unidad es sembrada en los corazones de todos los creyentes en el momento que reciben al Señor. Es “la unidad del Espíritu” (Ef. 4:3).

El Espíritu que mora en el corazón de cada creyente es un solo Espíritu; por tanto, El hace que todos aquellos en quienes El habita sean uno, así como El mismo es uno. Los cristianos pueden ser distintos unos de otros en formas innumerables, pero todos los cristianos de todas las épocas, con sus incontables disimilitudes, tienen esta única paridad fundamental: el Espíritu de Dios mora en cada uno de ellos. Este es el secreto de la unidad de los creyentes y éste es el secreto de su separación del mundo. La razón por la cual existe la unidad cristiana y por la cual existe la separación cristiana es una sola.

Es esta unidad inherente lo que hace uno a todos los creyentes, y es esta unidad inherente lo que explica la imposibilidad de división entre los creyentes, salvo por razones geográficas. Aquellos que no tienen esto son extraños; quienes lo tienen son nuestros hermanos. Si usted tiene el Espíritu de Cristo y yo tengo el Espíritu de Cristo, entonces ambos pertenecemos a la misma iglesia. No hay necesidad de ser unidos; estamos unidos por el único Espíritu que reside en nosotros dos. Pablo rogó a todos los creyentes que fueran solícitos “en guardar

la unidad del Espíritu” (Ef. 4:3); él no nos exhortó a tener la unidad, sino simplemente a guardarla. Ya la tenemos, porque es obvio que no podemos conservar lo que no tenemos. Dios nunca nos dijo que nos hiciéramos uno con otros creyentes; ya somos uno. Así que no necesitamos crear la unidad; sólo necesitamos mantenerla.

Nosotros no podemos producir esta unidad, puesto que por el Espíritu somos uno en Cristo, y no podemos quebrantarla, porque es un hecho eterno en Cristo; pero sí podemos destruir los efectos de ella, de manera que su expresión en la iglesia se pierda. ¡Qué lamentable! No sólo hemos fallado en guardar esta preciosa unidad, sino que de hecho hemos destruido sus frutos, a tal grado que hay poca evidencia externa de unidad entre los hijos de Dios.

¿Cómo hemos de determinar quiénes son nuestros hermanos y co-miembros en la iglesia de Dios? No por medio de averiguar si tienen los mismos criterios doctrinales que nosotros, ni por medio de enterarnos si han tenido las mismas experiencias espirituales; ni por medio de inquirir si sus costumbres, manera de vivir, ocupaciones y preferencias corresponden con las nuestras. Simplemente preguntamos: “¿Mora en ellos el Espíritu de Dios o no?” No podemos insistir en unidad de opiniones ni en unidad de experiencia ni en ninguna otra unidad entre los creyentes, sino en la unidad del Espíritu. Esta unidad sí puede existir y siempre debe existir entre los hijos de Dios. Todos aquellos que tienen esta unidad están en la iglesia.

¿No les ha ocurrido a veces en sus viajes, al conocer a un extranjero en un barco o en un tren, que después de un corto tiempo de conversación ha encontrado que de su corazón brota un amor puro para con él? Aquel brote espontáneo de amor fue causado por el mismo Espíritu que mora en ambos corazones. Tal unidad interna y espiritual trasciende toda diferencia racial, social y nacional.

¿Cómo podemos saber si una persona tiene o no esta unidad del Espíritu? En el versículo que sigue inmediatamente a la exhortación de Pablo de guardar la unidad del Espíritu, él explica lo que tienen en común quienes poseen esta unidad. No podemos esperar que los creyentes sean iguales en todo, pero hay siete cosas que todos los verdaderos creyentes comparten, y por la existencia o ausencia de éstas podemos saber si una persona tiene la unidad del Espíritu o no. Muchas otras cosas son de gran importancia, pero estas siete son vitales. Son indispensables para la comunión espiritual y son al mismo tiempo el mínimo y el máximo de requisitos que se puede exigir a cualquier persona que profese ser un co-creyente.

SIETE FACTORES DE LA UNIDAD ESPIRITUAL

“Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Ef. 4:4-6). Una persona se constituye en miembro de la iglesia con base en que ya posee la unidad del Espíritu, y este hecho dará por resultado que sea uno con todos los creyentes en los siete puntos anteriormente mencionados. Ellos son los siete elementos de la unidad del Espíritu, que es la herencia común de todos los hijos de Dios. Al trazar una línea de demarcación entre aquellos que pertenecen a la iglesia y aquellos que no, no debemos exigir más que estos siete puntos para no excluir a ninguno que pertenezca a la familia de Dios; y no nos atrevemos a pedir nada menos, para no incluir a ninguno que no pertenezca a la familia divina. Todos aquellos en quienes se encuentren estos siete puntos pertenecen a la iglesia; quienes carecen de alguno de ellos no pertenecen a la iglesia.

(1) UN CUERPO. La cuestión de la unidad comienza con el asunto de ser miembro del Cuerpo de Cristo. La esfera de nuestra comunión es la esfera del Cuerpo. Aquellos que están fuera de esa esfera no tienen relación espiritual con nosotros, pero quienes están dentro de esa esfera están todos en comunión con nosotros. No podemos hacer selección de comunión en el Cuerpo, aceptando a unos miembros y rechazando a otros. Todos somos parte de un solo Cuerpo, y nada puede separarnos de él, ni unos de otros. Cualquiera que haya recibido a Cristo pertenece al Cuerpo, y él y nosotros somos uno. Si no queremos extender la comunión a alguien, debemos primeramente asegurarnos de que no pertenece al Cuerpo; si pertenece, no tenemos ninguna razón para rechazarlo (excepto por razones disciplinarias como se expone claramente en la Palabra de Dios).

(2) UN ESPIRITU. Si alguno busca comunión con nosotros, por más que pueda discrepar de nosotros en experiencia o en visión, siempre que tenga el mismo Espíritu que nosotros, tiene derecho a ser recibido como hermano. Si él ha recibido el Espíritu de Cristo, y nosotros hemos recibido el Espíritu de Cristo, entonces somos uno en el Señor, y nada debe dividirnos.

(3) UNA ESPERANZA. Esta esperanza, que es común a todos los hijos de Dios, no es una esperanza general, sino la esperanza de nuestro llamamiento, es decir, la esperanza de nuestro llamamiento como cristianos. ¿Cuál es nuestra esperanza como cristianos? Esperamos estar con el Señor por siempre en la gloria. No hay una sola alma que pertenezca verdaderamente al Señor, en cuyo corazón no anide esta esperanza, porque tener a Cristo en nosotros es tener “la esperanza de gloria” en nosotros (Col. 1:27). Si alguien afirma ser del Señor, mas no tiene esperanza del cielo ni de gloria, su declaración es simplemente vacía. Todos los que comparten esta esperanza son uno, y puesto que tenemos esta esperanza de estar juntos en la gloria por toda la eternidad, ¿cómo podemos ser

divididos ahora en el tiempo? Si hemos de compartir el mismo futuro, ¿no deberíamos acaso compartir con gusto el mismo presente?

(4) UN SEÑOR. Hay un solo Señor, el Señor Jesús, y todos los que reconocen que Dios ha hecho a Jesús de Nazaret Señor y Cristo, son uno en El. Si alguno confiesa que Jesús es el Señor, entonces su Señor es nuestro Señor, y puesto que servimos al mismo Señor, nada en absoluto puede separarnos.

(5) UNA FE. La fe de la que aquí se habla es *la* fe, no nuestras creencias en relación con la interpretación de las Escrituras, sino la fe por medio de la cual hemos sido salvos, que es la posesión común de todos los creyentes; es decir, la fe de que Jesús es el Hijo de Dios (quien murió por la salvación de los pecadores y ahora vive para dar vida a los muertos). Todo aquel que carece de esta fe vital no pertenece al Señor, pero los que sí la poseen son del Señor. Los hijos de Dios pueden seguir muchas distintas corrientes de interpretación bíblica, pero en relación a esta fe fundamental ellos son uno. Aquellos quienes carecen de esta fe no tienen parte en la familia de Dios, pero a los que la poseen, los reconocemos como nuestros hermanos en el Señor.

(6) UN BAUTISMO. ¿Es por inmersión o por aspersion? ¿Es unitario o triuno? Hay varias formas de bautismo aceptadas por los hijos de Dios, por tanto, si permitimos que la forma del bautismo sea la línea divisoria entre quienes pertenecen a la iglesia y quienes no, excluiríamos de nuestra comunión a muchos verdaderos cristianos. Hay hijos de Dios, que incluso creen que no es necesario un bautismo material, pero puesto que son hijos de Dios, no nos atrevemos por esa causa a excluirlos de nuestra comunión. ¿Cuál, entonces, es el significado del único bautismo mencionado en este pasaje? Pablo esclarece el asunto en su primera carta a los Corintios. “¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?” (1:13). El énfasis no recae en la forma del bautismo, sino en el nombre en el cual somos bautizados. La cuestión primordial no es si uno es rociado o sumergido, sumergido una o tres veces, bautizado literalmente o en forma espiritual; lo importante es esto: ¿En qué nombre ha sido usted bautizado? Si ha sido bautizado en el nombre del Señor esto lo capacita para ser un miembro en la iglesia. Si alguien es bautizado en el nombre del Señor, yo le recibo con gusto como a hermano, cualquiera que sea el modo de su bautismo. Pero esto no implica que no sea importante si somos rociados o sumergidos, o si nuestro bautismo es espiritual o literal. La Palabra de Dios enseña que el bautismo es literal, y que es por inmersión, pero lo importante aquí es que la forma del bautismo no es la base de nuestra comunión, sino el nombre en el cual somos bautizados. Todos los que son bautizados en el nombre del Señor son uno en El.

(7) UN DIOS. ¿Creemos en el mismo Dios personal y sobrenatural, y creemos que El es nuestro Padre? Si es así, entonces pertenecemos a una sola familia, y no hay razón adecuada para estar divididos.

Los siete puntos mencionados anteriormente son los siete factores de esa divina unidad que es la posesión de todos los miembros de la familia divina, y constituyen la única prueba de la confesión cristiana. Ellos son la posesión de todo cristiano verdadero, sin importar el lugar ni la época a los cuales pertenezca. Como un lazo de siete cuerdas la unidad del Espíritu une a todos los creyentes del mundo entero; y por muy distintas que sean sus caracteres o circunstancias, si tienen estas siete expresiones de una unidad interna, nada en absoluto los puede separar.

Si imponemos alguna condición para tener comunión, además de estas siete — que no son sino el resultado de la única vida espiritual— entonces somos culpables de sectarismo, porque estamos haciendo una división entre aquellos que evidentemente son hijos de Dios. Si aplicamos cualquier prueba fuera de estas siete, como el bautismo por inmersión, o ciertas interpretaciones acerca de la profecía, o una corriente especial de enseñanza sobre la santidad, o una experiencia pentecostal, o el renunciar a una iglesia denominacional, entonces estamos imponiendo otras condiciones que las estipuladas en la Palabra de Dios. Todos los que tienen estos siete puntos en común con nosotros son nuestros hermanos, cualquiera que sea su experiencia espiritual, sus puntos de vista doctrinales, o sus afiliaciones con las autodenominadas iglesias. Nuestra unidad no se basa en nuestra apreciación de la verdad acerca de nuestra unidad, ni en nuestro éxodo de lo que se opondría a nuestra unidad, sino en el hecho mismo de nuestra unidad, que es hecho real en nuestra experiencia por el Espíritu de Cristo, que mora en nosotros.

IGLESIAS LOCALES

Lo que es verdad de la iglesia universal, también es verdad de una iglesia local. La iglesia universal incluye a todos aquellos que tienen la unidad del Espíritu. La iglesia local incluye a todos aquellos que, en una localidad dada, tienen la unidad del Espíritu. La iglesia de Dios y las iglesias de Dios no se diferencian en naturaleza, sino sólo en alcance. Aquélla se compone de todos aquellos en el universo entero en quienes mora el Espíritu de Dios; ésta consiste de todos aquellos en una localidad en quienes mora el Espíritu.

Cualquiera que desee pertenecer a una iglesia en cierta localidad debe satisfacer dos requisitos: debe ser un hijo de Dios y debe vivir en esa misma localidad. Ser miembro de la iglesia de Dios se estipula sólo por el hecho de ser hijo de Dios,

pero ser miembro de una iglesia de Dios se estipula en primer lugar por el hecho de ser hijo de Dios y en segundo lugar por el hecho de vivir en cierta localidad.

En naturaleza, la iglesia es indivisible como Dios mismo es indivisible. Por tanto, la división de la iglesia en iglesias no es una división en naturaleza, vida, ni esencia, sino solamente en gobierno, organización y administración. Debido a que la iglesia terrenal se compone de un gran número de individuos, es indispensable una cierta medida de organización. Es físicamente imposible que todo el pueblo de Dios, disperso por todo el mundo, viva y se reúna en un solo lugar; y es por esa única razón que la iglesia de Dios está dividida en iglesias.

Debemos comprender claramente que la naturaleza de todas las iglesias locales es la misma en todo el mundo. No es el caso que los constituyentes de una iglesia local sean de una clase y los constituyentes de otra iglesia local sean de otra. En su naturaleza no hay diferencia alguna. La única diferencia está en las localidades que determinan sus respectivos límites. La iglesia es indivisible; así que en naturaleza las iglesias también son indivisibles. Sólo en la esfera externa existe la posibilidad de dividir las iglesias. Las limitaciones físicas hacen que las divisiones geográficas sean inevitables, pero la unidad espiritual de los creyentes sobrepasa toda barrera de espacio.

La localidad es la base divinamente designada para la división de la iglesia, porque es la única división inevitable. Entre los creyentes del mundo entero, todas las barreras se pueden evitar menos ésta. En tanto que los creyentes permanezcan en la carne, no pueden existir separados de los lugares donde residen; así que las iglesias que son constituidas de tales creyentes están necesariamente limitadas por el lugar donde moran. Las distinciones geográficas son naturales, no arbitrarias, y es simplemente debido a que las limitaciones físicas de los hijos de Dios hacen que las divisiones geográficas sean inevitables, que Dios ha ordenado que Su iglesia se divida en iglesias sobre la base de la localidad. Esta división es bíblica y todas las demás divisiones son carnales. Cualquier otra división de los hijos de Dios además de la geográfica, implica no simplemente una división de esfera, sino una división de naturaleza. La división local es la única división que no afecta la vida de la iglesia.

La mayoría de los creyentes de hoy están tan extremadamente ciegos con respecto a la base bíblica de una iglesia que si uno pregunta a otro: “¿A cuál iglesia pertenece usted?” Lo primero en que piensa quien es interrogado es la corriente específica de enseñanza que él aprueba, o el grupo de personas con el cual tiene comunión especial, o cómo se diferencia de otros su grupo de cristianos, o quizás el nombre que lleve aquel grupo especial, o la forma de organización que han adoptado; en síntesis, pensará cualquier otra cosa que el lugar en el cual vive. Pocos contestarían con: “Pertenezco a la iglesia en Efeso”, o

“Pertenezco a la iglesia en Shangai”, o “Pertenezco a la iglesia en Los Angeles”. Es el hecho de que estamos en Cristo lo que nos separa del mundo, y el hecho de estar en cierta localidad, lo que nos separa de otros creyentes. Es sólo porque residimos en un lugar diferente que pertenecemos a una iglesia diferente. La única razón por la cual no pertenezco a la misma iglesia que otros creyentes es que no vivo en el mismo lugar geográfico que ellos. Si deseo estar en la misma iglesia, entonces debo cambiar mi domicilio al mismo lugar. Si, por otro lado, deseo estar en una iglesia diferente de la de aquellos en mi localidad, entonces la única solución a mi problema es mudarme a una localidad diferente. Lo único que justifica la división entre creyentes es la diferencia de localidad.

SIETE BASES DE DIVISION PROHIBIDAS

Por el lado positivo, acabamos de ver la base ordenada por Dios conforme a la cual Su iglesia se divide. Ahora por el lado negativo, veremos sobre qué base la iglesia no debe dividirse.

(1) **LIDERES ESPIRITUALES.** “Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo” (1 Co. 1:12). Aquí Pablo señala la carnalidad de los creyentes corintios al intentar dividir la iglesia de Dios en Corinto, la cual, por el ordenamiento divino, era indivisible, siendo ya la más pequeña unidad bíblica sobre la que cualquier iglesia podía ser establecida. Ellos procuraron dividir la iglesia sobre la base de unos pocos líderes que habían sido usados en medio de ellos especialmente por Dios. Cefas era un celoso ministro del evangelio, Pablo era un hombre que había sufrido mucho por amor de su Señor, y Apolos era uno a quien Dios ciertamente usaba en Su servicio; pero aunque los tres habían sido indiscutiblemente reconocidos por Dios en Corinto, Dios no podía permitir nunca que la iglesia allí los hiciera base de división. El ordenó que Su iglesia fuese dividida sobre la base de localidades, no de personas. Era correcto tener una iglesia en Corinto y una iglesia en Efeso, y era legítimo tener diversas iglesias en Galacia y varias en Macedonia, puesto que la diferencia de localidad justificaba la división en estas varias iglesias. Y también era bueno que los creyentes estimaran a aquellos líderes que Dios había usado entre ellos, pero hubiera sido totalmente erróneo dividir las iglesias según los líderes respectivos de los cuales habían recibido ayuda.

Pablo, Cefas y Apolos eran siervos fieles de Dios que no dejaban que ningún espíritu partidista los separara; eran sus seguidores los culpables de la separación. El culto a los héroes es una tendencia de la naturaleza humana que se deleita en mostrar preferencia por aquellos que atraen sus gustos. A causa de que muchos de los hijos de Dios saben poco o nada del poder de la cruz para contender con la carne, esta tendencia de rendir culto a un hombre se ha

expresado frecuentemente en la iglesia de Dios, y ha causado en consecuencia muchos estragos. Está en conformidad con la voluntad de Dios que aprendamos de los hombres espirituales y que saquemos provecho de su dirección, pero es del todo contrario a Su voluntad que dividamos la iglesia según los hombres que admiramos. La única base bíblica para la formación de una iglesia es la diferencia de localidad, no la diferencia de líderes.

(2) INSTRUMENTOS DE SALVACION. Los líderes espirituales no son razón adecuada para dividir la iglesia, y tampoco lo son los instrumentos usados por Dios en nuestra salvación. Algunos de los creyentes corintios se proclamaron ser “de Cefas”, otros “de Pablo” y otros “de Apolos”. Ellos atribuían que el principio de su historia espiritual se remontaba a estos hombres, y por esto pensaban ellos que pertenecían a tales hombres. Es natural y común que las personas que han sido salvas por medio de un obrero o de una sociedad consideren que pertenecen a tal obrero o sociedad. Es asimismo natural y común que un individuo o una misión por cuyos medios la gente ha sido salva, considere que los que han sido salvos le pertenecen. Es natural, pero no espiritual. Es común, pero aun así, contrario a la voluntad de Dios. ¡Qué lástima! Muchos siervos de Dios todavía no se han dado cuenta de que son siervos de la iglesia local, y no amos de una “iglesia” privada. Las iglesias se dividen sobre la base geográfica, no sobre la base de los instrumentos de nuestra salvación.

(3) ANTISECTARISMO. Algunos cristianos piensan que son lo suficientemente perspicaces como para decir: “Yo soy de Cefas”, “yo soy de Pablo”, o “yo soy de Apolos”. Ellos dicen: “Yo soy de Cristo.” Tales cristianos menosprecian a los otros como sectarios, y sobre esa base comienzan otra comunidad. Su actitud es: “Usted es sectario; yo soy antisectario. Ustedes rinden culto a los héroes; nosotros adoramos sólo al Señor”.

Pero la Palabra de Dios no condena solamente a quienes dicen: “Yo soy de Cefas”, “yo soy de Pablo”, o “yo soy de Apolos”. Igualmente, con la misma determinación y claridad, denuncia a quienes dicen: “Yo soy de Cristo”. No es un error considerar que uno pertenece solamente a Cristo. Es correcto y aun esencial. Ni está errado repudiar todo cisma entre los hijos de Dios; es muy recomendable. Dios no condena esta clase de cristianos por ninguna de estas dos cosas; los condena por el mismo pecado que ellos condenan en otros: su sectarismo. Como protesta contra la división entre los hijos de Dios, muchos creyentes procuran dividir a aquellos que no dividen de quienes sí dividen; y inunca se les ocurre que ellos mismos son divisivos! Su base de división puede ser más plausible que la de otros que se dividen a causa de las diferencias doctrinales o preferencias personales por ciertos líderes, pero el hecho sigue siendo que ellos están dividiendo a los hijos de Dios. Aun cuando repudian los cismas en otros, ellos mismos son cismáticos.

Cuando usted dice: “Yo soy de Cristo”, ¿da usted a entender que otros no lo son? Es perfectamente legítimo que usted diga: “Yo soy de Cristo”, si su frase indica simplemente a quién pertenece usted; pero si indica: “Yo no soy sectario; yo tengo una posición muy diferente a la de ustedes los sectarios”, entonces establece una diferencia entre usted y los otros cristianos. El pensamiento mismo de hacer distinción entre los hijos de Dios tiene su origen en la naturaleza carnal del hombre, y es sectario. Si vemos a otros creyentes como sectarios y nos consideramos a nosotros como no sectarios, inmediatamente estamos haciendo diferencias entre el pueblo de Dios, manifestando así un espíritu divisivo aun en el mismo hecho de condenar la división. No importa el medio por el cual hacemos distinción entre los miembros de la familia de Dios —aun si es con el pretexto de Cristo mismo— somos culpables de cisma en el Cuerpo.

Entonces, ¿qué es lo correcto? Toda exclusividad es un error. Toda inclusividad (de los verdaderos hijos de Dios) es correcta. Las denominaciones no son bíblicas y no debemos tomar parte en ellas, pero si adoptamos una actitud de crítica y pensamos: “Ellos son denominacionalistas; yo no soy denominacionista, ellos pertenecen a sectas, yo pertenezco sólo a Cristo”, tal diferenciación es definitivamente sectaria.

Sí, alabo a Dios porque soy de Cristo, pero mi comunión no es simplemente con aquellos que dicen: “Yo soy de Cristo”, sino con todos los que de hecho son de Cristo. Lo que es de suma importancia no es la confesión, sino el hecho. Aunque dicen los otros creyentes que son de Pablo, de Cefas y de Apolos, aun así el hecho es que son de Cristo. No me preocupa mucho lo que ellos dicen, pero sí me importa mucho lo que ellos son. Yo no pregunto si son denominacionalistas o no, sectarios o no. Yo sólo pregunto: “¿Son ellos de Cristo?” Si son de Cristo, entonces son mis hermanos.

Nuestra posición personal debería ser no-denominacionista, pero la base de nuestra comunión no es el no-denominacionalismo. Nosotros mismos deberíamos ser no-sectarios, pero no nos atrevemos a insistir en el no-sectarismo como una condición de comunión. Nuestra única base de comunión es Cristo. Nuestra comunión debe ser con todos los creyentes de la localidad, no meramente con todos los creyentes no-sectarios en esa localidad. Ellos pueden hacer diferencias denominacionales, pero nosotros no debemos imponer requisitos no denominacionales. No nos atrevemos a diferenciarnos de ellos por el simple hecho de que hagan diferencia entre ellos y los demás. Ellos son hijos de Dios, y no dejan de serlo sólo por el hecho de diferenciar entre ellos mismos y otros hijos de Dios. Su denominacionalismo o sectarismo resultará en limitaciones severas impuestas al Señor en cuanto a Su propósito e intención para con ellos, y esto significará que nunca irán más allá de cierta medida de

crecimiento y plenitud espirituales. Es posible que haya bendición, pero plenitud del propósito divino, nunca.

Todos los creyentes que viven en la misma localidad pertenecen a la misma iglesia. Este es un principio inmutable. No nos atrevemos a alterar la frase: “todos los creyentes en una localidad”, por: “todos los creyentes no-denominacionales en una localidad”. Si hacemos que el no-denominacionalismo o el no-sectarismo sea el límite de nuestra iglesia en vez de la localidad, entonces perdemos nuestra posición como la iglesia en cierta localidad y nos convertimos en una secta. No queremos una iglesia denominacional, y tampoco queremos una iglesia interdenominacional, ni siquiera una iglesia no-denominacional, sino simplemente una iglesia local. La diferencia entre una iglesia local y una iglesia no-denominacional es tan grande como la diferencia entre los cielos y la tierra. Una iglesia local es no-denominacional, sin embargo, una iglesia no-denominacional es denominacional. “La iglesia en Corinto” es bíblica pero “la iglesia de aquellos que dicen ‘Yo soy de Cristo’ en Corinto” no es bíblica. Nuestra obra es positiva y constructiva, no negativa ni destructiva. Queremos establecer iglesias, no destruir las denominaciones. La naturaleza humana tiende a irse a los extremos; es muy fácil que nosotros mismos seamos no-denominacionalistas y que lo demandemos de parte de otros; o en el otro extremo, que toleremos el denominacionalismo en otros, y poco a poco lleguemos a ser denominacionalistas. Nosotros debemos ser no-denominacionalistas, pero no debemos exigir el no-denominacionalismo en otros cristianos como base para nuestra comunión.

Por tanto, si llegamos a un lugar donde no se conoce a Cristo, debemos predicar el evangelio, ganar almas para el Señor y fundar una iglesia local. Si llegamos a un lugar donde ya hay cristianos, pero esos creyentes se separan a sí mismos en “iglesias” denominacionales, basados en diferentes factores, nuestra tarea es la misma que en el otro lugar: debemos predicar el evangelio, conducir los hombres al Señor, y hacer de ellos una iglesia sobre la base bíblica de localidad. Durante todo este proceso, debemos mantener una actitud de inclusividad, no de exclusividad, hacia los creyentes que están en las diferentes sectas, porque ellos, como nosotros, son hijos de Dios, y viven en la misma localidad; por tanto, pertenecen a la misma iglesia que nosotros. En cuanto a nosotros, no podemos unirnos a ninguna secta ni permanecer en alguna, porque nuestro vínculo con la iglesia sólo puede ser sobre el principio de localidad; pero en cuanto a otros, no debemos hacer que el salirse de una secta sea la condición de comunión con aquellos creyentes que están en una. Esto hará que la base de nuestra iglesia sea el no-denominacionalismo en vez de la localidad. Entendamos claramente este punto: una iglesia no-denominacional no es una iglesia local. Hay una gran diferencia entre las dos. Una iglesia local es no-denominacional, es positiva y es

inclusiva; en cambio, una iglesia no-denominacional no es una iglesia local, es negativa y es exclusiva.

Entendamos claramente nuestra posición. No estamos tratando de establecer iglesias no-denominacionales sino iglesias locales. Procuramos hacer un trabajo positivo. Si los creyentes pueden ser llevados a comprender lo que es una iglesia local —la expresión del Cuerpo de Cristo en una localidad— ciertamente no permanecerán en ninguna secta. Por otra parte, es posible que vean todos los perjuicios del sectarismo y lo abandonen, sin saber aun lo que es una iglesia local. A aquellos entre quienes Dios se ha placido en usarnos debemos ayudarles a entender claramente la verdad con referencia a las iglesias locales y a no hacer hincapié en el asunto de las denominaciones. Ellos deben darse cuenta de que siempre que usen el término “nosotros” con relación a los hijos de Dios, deben incluir a todos los hijos de Dios, no simplemente a aquellos que se reúnen con ellos. Si cuando decimos “nuestros hermanos” no incluimos a todos los hijos de Dios, sino sólo a los que se reúnen continuamente con nosotros, entonces somos cismáticos.

No justifico el sectarismo y no creo que debamos pertenecer a ninguna secta, pero no nos corresponde a nosotros hacer que la gente salga de las sectas. Si llevar la gente a un conocimiento real del Señor y del poder de Su cruz llega a ser nuestro principal objetivo, entonces ellos se entregarán alegremente a El y aprenderán a andar en el Espíritu, repudiando las cosas de la carne. Encontraremos que no habrá necesidad de dar énfasis a la cuestión de las denominaciones, porque el Espíritu mismo los alumbrará. Si un creyente no ha aprendido el camino de la cruz ni a andar en el Espíritu, ¿qué provecho habría en que saliera de una secta?

(4) DIFERENCIAS DOCTRINALES. En el griego la palabra traducida “herejías” en Gálatas 5:20 no necesariamente conlleva la idea de error, sino de división con base en la doctrina. El Nuevo Testamento Interlineal lo traduce como “sectas”, mientras Darby en su Nueva Traducción en inglés lo pone como “escuelas de opinión”. El pensamiento completo aquí no se relaciona con la diferencia entre la verdad y el error, sino con la división basada en la doctrina. Mis enseñanzas pueden ser correctas o estar equivocadas, pero si las hago causa de división, entonces soy culpable de la “herejía” aquí mencionada.

Dios prohíbe cualquier división basada en asuntos doctrinales. Algunos creen que el arrebatamiento será antes de la gran tribulación; otros, que será después de la gran tribulación. Algunos creen que todos los santos entrarán al reino, otros que sólo una porción de ellos entrará. Algunos creen que el bautismo es por inmersión; otros, que es por aspersion. Unos creen que las manifestaciones sobrenaturales son un acompañamiento necesario al bautismo del Espíritu

Santo, mientras que otros no. Ninguno de estos pareceres doctrinales constituye una base bíblica para separar a los hijos de Dios. Aunque algunos pueden estar en lo cierto y otros equivocados, Dios no autoriza ninguna división por causa de diferencias relativas a tales creencias. (Por supuesto, no estamos hablando aquí de los cimientos de la fe, las doctrinas esenciales acerca de las Personas divinas, la fe en Cristo, la Expiación, etc., sino de asuntos secundarios). Si un grupo de creyentes se ha separado de una iglesia local debido a su celo por cierta enseñanza que es conforme a la Palabra de Dios, la nueva “iglesia” que ellos establecen tal vez tendrá más enseñanza bíblica, pero nunca podrá ser una iglesia bíblica. Introducir un error a la iglesia es carnal, pero dividir una iglesia por causa de un error, también puede ser carnal. Es la carnalidad lo que muchas veces destruye la unidad de la iglesia en un lugar.

Si deseamos mantener una posición bíblica, entonces debemos asegurarnos que las iglesias que fundemos en varios lugares sólo representen localidades, no doctrinas. Si nuestra “iglesia” no está separada de otros hijos de Dios únicamente sobre el terreno de localidad, sino que es partidaria de la propagación de cierta doctrina en particular, entonces indudablemente somos una secta, no importa cuán verdadera sea nuestra enseñanza de la Palabra de Dios. El propósito de Dios es que una iglesia debe representar a los hijos de Dios que viven en una localidad, y no alguna verdad específica allí. Una iglesia de Dios en algún sitio abarca a todos los hijos de Dios que están en ese lugar, no únicamente a quienes tienen los mismos pareceres doctrinales.

Si llegamos a un lugar donde una iglesia ya ha sido establecida claramente sobre la base de localidad, y descubrimos que sus miembros mantienen opiniones que no consideramos bíblicas, o si consideran ellos que nuestras opiniones no son bíblicas, si rechazamos reconocerlos como la iglesia de Dios en aquella localidad y nos abstenemos de tener comunión con ellos, nosotros somos divisivos. La cuestión no es si ellos están de acuerdo con nuestra presentación de la verdad, sino si se mantienen sobre el claro terreno de la iglesia.

Si determinamos en nuestros corazones preservar el carácter local de las iglesias de Dios, no podemos dejar de encontrar problemas en nuestra obra. A menos que la cruz opere poderosamente, cuán incontables posibilidades de fricción habrá si incluimos en una iglesia a todos los creyentes en la localidad con todos sus pareceres variados. Cómo le gustaría a la carne incluir solamente a quienes tienen las mismas opiniones que nosotros y excluir a todos aquellos cuyas opiniones difieren de las nuestras. Tener constante e íntima asociación con la gente cuya interpretación de las Escrituras no se ajuste con la nuestra, es difícil para la carne, pero bueno para el espíritu. Dios no usa la división para resolver el problema; El usa la cruz. El desea que nos sometamos a la cruz, para que, por medio de las mismas dificultades de la situación, la mansedumbre, la paciencia

y el amor de Cristo puedan ser profundamente forjados en nuestras vidas. Bajo las circunstancias, si no conocemos la cruz, probablemente discutiremos, perderemos nuestra paciencia, y finalmente tomaremos nuestro propio camino. Podemos tener puntos de vista correctos, pero Dios nos está dando la oportunidad de mostrar una actitud correcta. Podemos creer acertadamente, pero Dios nos está probando para ver si amamos acertadamente. Es fácil tener una mente con mucha enseñanza bíblica almacenada y al mismo tiempo poseer un corazón desprovisto de amor verdadero. Aquellos que no están de acuerdo con nosotros serán un medio en la mano de Dios para probar si tenemos experiencia espiritual o sólo conocimiento bíblico, para probar si las verdades que proclamamos son cuestión de vida en nosotros o mera teoría.

Romanos 14 nos enseña cómo tratar con quienes tienen opiniones distintas a las nuestras. ¿Qué haríamos si en nuestra iglesia hubiera vegetarianos y sabatistas? Indudablemente, consideraríamos casi intolerable que en la misma iglesia algunos de los creyentes guardaran el día del Señor y otros el sábado, y que unos comieran carne libremente, mientras que otros fueran vegetarianos estrictos. Esa era exactamente la situación que Pablo estaba afrontando. Notemos sus conclusiones. “Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones” (v. 1). “¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme” (v. 4). “Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros; sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano” (v. 13). ¡Oh que haya tolerancia cristiana! ¡Que haya grandeza de corazón! ¡Qué lastima! Muchos de los hijos de Dios son tan celosos de sus queridas doctrinas que inmediatamente clasifican como herejes, y tratan como tales, a todos aquellos cuya interpretación de las Escrituras difiere de la de ellos. Dios quiere que andemos en amor hacia todos los que sostienen puntos de vista contrarios a los puntos de vista que nos son queridos (v. 15).

Esto no significa que todos los miembros de una iglesia puedan tener cualquier punto de vista que les plazca, lo que significa es que la solución al problema de las diferencias doctrinales no estriba en formar partidos separados en consonancia con los diferentes puntos de vista que sostienen, sino en andar en amor hacia aquellos cuyo parecer difiere del nuestro. Por medio de enseñar con paciencia tal vez todavía podamos ayudar a todos con el fin de que lleguen a “la unidad de la fe” (Ef. 4:13). Mientras esperamos pacientemente en el Señor, quizás El les conceda la gracia a otros para que cambien sus puntos de vista, o tal vez El nos dé la gracia de ver que no somos tan buenos maestros como pensábamos. Nada prueba tanto la espiritualidad de un maestro como la oposición a su enseñanza.

Los maestros deben aprender humildad, y asimismo todos los otros creyentes. Cuando éstos reconozcan su posición en el Cuerpo, sabrán que no es dado a todos determinar asuntos de doctrina. Deben aprender a sujetarse a aquellos que han sido provistos por Dios para el ministerio específico de enseñar a Su pueblo. Dones y experiencias espirituales son necesarios para la enseñanza espiritual; consecuentemente, no todos pueden enseñar.

“Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:2-4). Cuando las iglesias hayan tomado a pecho lo que escribió Pablo a la iglesia en Filipos, entonces será totalmente posible tener una sola iglesia en una localidad sin fricción alguna entre sus muchos miembros.

(5) DIFERENCIAS RACIALES. “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dió a beber de un mismo Espíritu” (1 Co. 12:13). Los judíos han tenido siempre el más fuerte prejuicio racial de todos los pueblos. Ellos consideraban a las otras naciones como inmundas, y les estaba prohibido aun comer con ellas. Pero en su carta a los corintios, Pablo puso muy en claro que en la iglesia tanto el judío como el gentil son uno. Todas las distinciones en Adán han sido eliminadas en Cristo. Una “iglesia” racial no tiene ningún reconocimiento en la Palabra de Dios. Ser miembro de una iglesia está determinado por el lugar de residencia, no por la raza.

Actualmente, en las grandes ciudades cosmopolitas del mundo hay iglesias para los blancos e iglesias para los negros, iglesias para los europeos e iglesias para los asiáticos. Estas han surgido por la falta de entender que los límites de una iglesia son una ciudad. Dios no permite que exista ninguna división entre Sus hijos basada en la diferencia de color, costumbres, o manera de vivir. No importa la raza a la que pertenezcan, si ellos residen en la misma localidad, pertenecen a la misma iglesia. Dios ha puesto creyentes de diferentes razas en una sola localidad para que, trascendiendo todas las diferencias externas, ellos, en una sola iglesia, exhiban la vida misma y el Espíritu mismo de Su Hijo. Todo lo que nos viene por naturaleza es vencido por la gracia. Todo lo que era nuestro en Adán ha sido excluido en Cristo. El meollo del asunto es éste: ¿son todas las diferencias carnales eliminadas en Cristo o hay todavía lugar para la carne en la iglesia? ¿Son nuestros recursos en Cristo suficientes para vencer toda barrera natural? Recordemos que la iglesia en una localidad dada incluye a todos los creyentes que viven allí y excluye a quienes viven en otra parte.

(6) DIFERENCIAS NACIONALES. Los judíos y los gentiles representan tanto distinciones nacionales como raciales, pero en la iglesia de Dios no hay judío ni griego. En ella no hay distinción racial, ni tampoco distinción nacional. Todos los creyentes que viven en un solo lugar, no importa cuál sea su nacionalidad, pertenecen a la única iglesia. En el campo natural hay una diferencia entre chinos, franceses, ingleses y estadounidenses, pero en el campo espiritual no la hay. Si un creyente chino vive en Nanking, pertenece a la iglesia en Nanking. Si un creyente francés vive en Nanking, él también pertenece a la iglesia en Nanking. Lo mismo es válido para los británicos, los estadounidenses, y todas las otras nacionalidades, siempre que hayan nacido de nuevo. La Palabra de Dios reconoce la iglesia en Roma, la iglesia en Efeso, y la iglesia en Tesalónica, pero no reconoce la iglesia judía ni la iglesia china ni la iglesia anglicana. La razón por la cual los nombres de las ciudades aparecen en las Escrituras en conexión con las iglesias de Dios es que la diferencia del lugar del domicilio es la única diferencia reconocida por Dios entre Sus hijos. Su vida es una esencialmente, y por eso, indivisible; pero el lugar en el cual esa vida se vive, ineludiblemente variará en tanto que moren en la carne.

Dado que todas las iglesias son locales, si un creyente, cualquiera que sea su nacionalidad, se muda de un lugar a otro, inmediatamente viene a ser miembro de la iglesia en ese lugar y no tiene lazos con la iglesia de su lugar de residencia anterior. Uno no puede vivir en un lugar y ser miembro de una iglesia en otro lugar. No hay extraterritorialidad en cuanto a las iglesias de Dios. Tan pronto se excede el límite de la ciudad, se excede el límite de la iglesia. Si un hermano chino se muda de Nanking a Hankow, viene a ser miembro de la iglesia en Hankow. De igual manera, un hermano británico que venga de Londres a Hankow, inmediatamente es miembro de la iglesia en Hankow. Un cambio de residencia necesariamente implica un cambio de iglesia, mientras que el origen nacional no tiene importancia en cuanto a ser miembro de la iglesia.

Nuestros colaboradores que se han ido de China a las Islas del Mar Meridional deben tener cuidado de no formar allá una iglesia China de Ultramar. Es posible tener una Cámara de Comercio China de Ultramar, o un Colegio Chino de Ultramar, o un Club Chino de Ultramar. Todo lo que usted quiera puede ser Chino de Ultramar, pero no una iglesia. ¡Una iglesia es siempre local! Si uno va a cualquier ciudad en un país extranjero, entonces se sobrentiende que pertenece a la iglesia en esa ciudad. Las iglesias de Dios no tienen nada de chino.

Cuán glorioso sería si los salvos en cada ciudad pasaran por alto toda diferencia natural y sólo consideraran su unidad espiritual. “Somos los que creen en Cristo en tal o cual lugar” es la confesión más excelente que podría decir un grupo de cristianos. El hecho de que Cristo esté en usted o no, determina si usted

pertenece a la iglesia; el lugar donde usted vive determina a cual iglesia específica pertenece. La pregunta propuesta por Dios al mundo es: “¿Pertenece a Cristo?” La pregunta propuesta por Dios a los creyentes es: “¿Dónde viven?” La cuestión formulada no es nacionalidad sino localidad. Las iglesias de Dios se edifican sobre el principio fundamental de la ciudad, no sobre un fundamento nacional.

El concepto común de una iglesia autóctona, mientras que en algunos aspectos es muy correcto, está fundamentalmente equivocado en el punto más esencial. Puesto que el método divino de dividir la iglesia es conforme a la localidad, no a la nacionalidad, entonces toda diferenciación entre países cristianos y paganos va en contra del pensamiento de Dios. La iglesia de Dios no conoce judío ni griego; así que no conoce nativo ni extranjero, países paganos ni países cristianos. Las Escrituras hacen diferencia entre ciudades, no entre países cristianos y paganos. Si hemos de estar en completo acuerdo con la mente de Dios, no deberíamos hacer diferencia alguna entre la iglesia china y la extranjera, entre los obreros chinos y los extranjeros, o entre los fondos chinos y los extranjeros.

La idea de la iglesia autóctona es que los nativos de un país debían gobernarse a sí mismos, sostenerse a sí mismos, y propagarse por sí mismos, mientras que la intención de Dios es que los creyentes en una ciudad —sean naturales o extranjeros— deberían gobernarse a sí mismos, sostenerse a sí mismos, y propagarse por sí mismos. Tome, por ejemplo, a Pekín. La teoría de la iglesia autóctona hace distinción entre chinos y extranjeros en Pekín, mientras que la Palabra de Dios hace distinción entre los creyentes que están en Pekín —sean chinos o extranjeros— y los creyentes en otras ciudades. Es por eso que en la Escritura leemos de las iglesias de los gentiles, pero nunca de la iglesia de los gentiles. El intento de formar de todos los creyentes chinos una sola iglesia muestra una falta de entendimiento con relación a la base divina sobre la cual se forman las iglesias.

Por un lado, en las Escrituras no existe una iglesia de los gentiles, por otro, leemos de “la iglesia de los tesalonicenses”. Es significativo que ésta es la única expresión en su género en el Nuevo Testamento. La Palabra no habla de la iglesia de los griegos (una raza o nación), sino de la iglesia de los tesalonicenses (una ciudad). No hay tal cosa en el pensamiento de Dios que se llame la iglesia de los chinos, pero sí la iglesia de los pekineses. Las Escrituras no reconocen en absoluto a la iglesia de los franceses, pero si reconoce a la iglesia de los parisienses. Un entendimiento claro con respecto a la base divina de la formación de la iglesia —de acuerdo con la diferencia de ciudades y no de países— nos salvará de la idea errónea acerca de la iglesia autóctona. En ninguna localidad debe haber distinción alguna entre cristianos chinos y

extranjeros, entre obreros chinos y extranjeros o entre dinero chino y extranjero.

(7) **DISTINCIONES SOCIALES.** En los días de Pablo, desde un punto de vista social, mediaba un gran abismo entre un hombre libre y un esclavo; sin embargo, ellos adoraban hombro con hombro en la misma iglesia. En nuestros días, si un peón de rickshaw y el presidente de nuestra República pertenecen ambos a Cristo y viven en el mismo lugar, entonces pertenecen a la misma iglesia. Puede haber una misión para peones de rickshaw¹, [Carrito de dos ruedas halado por un hombre.] pero no puede haber jamás una iglesia para peones de rickshaw. Las distinciones sociales no son base adecuada para formar una iglesia separada. En la iglesia de Dios no hay “siervo ni libre”.

En las Escrituras se mencionan por lo menos siete cosas definidas que Dios ha prohibido usar como razones para dividir Su iglesia. De hecho, estos siete puntos son solamente típicos de todas las otras razones que la mente humana puede concebir para dividir a la iglesia de Dios. Los dos milenios de la historia de la iglesia son un triste relato de las invenciones humanas que tenían como fin destruir la unidad de la iglesia.

VENCEDORES

La esfera de la iglesia es local, y la iglesia local bajo ningún pretexto debe dividirse. Naturalmente surge la pregunta: Si la vida espiritual de una iglesia local (no denominacional) es muy baja, ¿no pueden acaso algunos de los miembros más espirituales reunirse y formar otra asamblea? La respuesta de la Palabra de Dios es enfáticamente: ¡No! La Palabra de Dios sólo autoriza el establecimiento de iglesias sobre la base de localidad. Ni siquiera la falta de espiritualidad es razón adecuada para dividir la iglesia. Si los métodos locales, el gobierno y la organización están lejos de lo ideal, ni siquiera eso constituye razón para la división. Ni aun la enseñanza equivocada (con excepción de 2 Juan 9) es una base sobre la cual los que tienen más conocimiento puedan formar una iglesia separada. Debemos tomar a pecho que la diferencia de localidad es la única base válida para dividir la iglesia de Dios. Ninguna otra base es bíblica.

Los que vivimos en la misma localidad no tenemos otra opción que pertenecer a la misma iglesia. Esto es algo de lo cual no se puede escapar. Si estoy inconforme con la iglesia local, la única cosa que puedo hacer es cambiar de localidad; entonces, automáticamente, cambio de iglesia. Podemos salir de una denominación, pero nunca podemos salir de una iglesia. Salir de una secta es justificable, pero salir de una iglesia, aunque sea por falta de espiritualidad, doctrina errónea, o mala organización, no es justificable en lo absoluto. Si usted

sale de la iglesia local y forma una asamblea separada, puede ser que tenga mayor espiritualidad, enseñanza más pura, y mejor gobierno; pero no tiene usted la iglesia, sólo tiene una secta.

En el segundo y tercer capítulos de Apocalipsis, vemos siete distintas iglesias en siete localidades diferentes. Sólo dos no fueron amonestadas sino, más bien, alabadas por el Señor. Las otras cinco fueron definitivamente censuradas. Espiritualmente, esas cinco iglesias estaban en un estado lamentable. Eran iglesias débiles y derrotadas, pero a pesar de todo eso, eran iglesias, no sectas. Espiritualmente estaban equivocadas, pero posicionalmente estaban correctas; por tanto, Dios sólo les mandó a los que estaban allí que fueran vencedores. El Señor no dijo una sola palabra acerca de dejar la iglesia. Una iglesia local es una iglesia que no se puede dejar; hay que permanecer en ella. Si usted es más espiritual que los otros miembros, entonces debe usar su influencia espiritual y su autoridad en la oración para reavivar esa iglesia. Si la iglesia no responde, usted tiene sólo dos alternativas: permanecer allí guardándose sin mancha, o cambiar su domicilio. Pero esto no se aplica a una secta. Es inútil procurar, por medio de una aplicación equivocada de estos dos capítulos, mantener en una secta a los creyentes enseñados por el Espíritu; porque las siete iglesias mencionadas son iglesias locales, no “iglesias” sectarias. Por muy débiles que estuvieran, aún se mantenían sobre la base bíblica del Cuerpo en la localidad. La Palabra de Dios nunca ha autorizado a nadie a salir de una iglesia. Todos los grupos de creyentes que toman como base para su comunión otro fundamento que el de la localidad son sectas, aun cuando se llamen a sí mismos iglesias. Está bien salir de una secta, pero jamás es correcto salir de una iglesia local. Si usted sale de una iglesia local, lo hace sin la autoridad del Señor, y se hace culpable del pecado de un cisma en el Cuerpo.

Qué tragedia es cuando unos pocos miembros espirituales dejan una iglesia local y forman otra asamblea sólo porque los otros miembros son débiles e inmaduros. Esos miembros más fuertes deben permanecer en esa iglesia como vencedores, procurando ayudar a sus hermanos y hermanas más débiles y reclamando la situación allí para el Señor. Oh, qué tendencia tenemos a menospreciar a los creyentes que consideramos inferiores a nosotros, y cómo nos gozamos en asociarnos con aquellos cuya comunión congenia especialmente con nosotros. El orgullo del corazón y un goce egoísta en cosas espirituales nos hacen pasar por alto el hecho de que una iglesia en un lugar dado debe consistir de todos los hijos de Dios en ese lugar; debido a esto reducimos la comunión cristiana y hacemos selección entre los hijos de Dios. Esto es sectarismo, y es una aflicción de corazón para el Señor.

CAPITULO SEIS

LA OBRA Y LAS IGLESIAS

LOS APOSTOLES Y LAS IGLESIAS

Con respecto a la iglesia universal, Dios primeramente la produjo y después puso apóstoles que le ministraran a ella (1 Co. 12:28), pero con respecto a las iglesias locales, el orden fue completamente diferente. El nombramiento de apóstoles precedió la fundación de las iglesias locales. Nuestro Señor primeramente comisionó a los doce apóstoles, y después llegó a existir la iglesia en Jerusalén. El Espíritu Santo primero llamó a dos apóstoles —Pablo y Bernabé— a la obra, y después surgieron varias iglesias en diferentes lugares. Así que está claro que el ministerio apostólico precede la existencia de las iglesias locales, y por lo tanto es obvio que la obra de los apóstoles no pertenece a las iglesias locales.

Como ya hemos observado, el Espíritu Santo dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”. El servicio que siguió al apartamiento de los apóstoles, y que generalmente llamamos sus viajes misioneros, el Espíritu Santo lo nombró: “la obra”. “La obra” era el objeto del llamamiento del Espíritu, y todo lo que fue realizado por Pablo y sus asociados en los días y años subsecuentes, todo por lo que ellos eran responsables, estaba incluido en el término: “la obra”. (Este término es utilizado en un sentido específico en el presente libro, y se relaciona con todo lo que está incluido en los esfuerzos misioneros de los apóstoles).

Puesto que las iglesias son el resultado de la obra, seguramente no pueden en manera alguna incluirla. Si hemos de entender la mente de Dios con relación a Su obra, entonces debemos diferenciar claramente entre la obra y las iglesias. Estas dos son completamente distintas en las Escrituras, y debemos evitar confundirlas; de otra manera cometeremos errores serios y se estorbará la realización de los propósitos de Dios. La palabra “iglesias” aparece con frecuencia en las Escrituras, así que ha sido fácil llegar a un entendimiento claro de su significado y contenido, pero el vocablo “obra” no es utilizado frecuentemente en la acepción específica en la que se emplea aquí, con el resultado de que le hemos hecho poco caso. Pero el Espíritu ha usado la expresión en una forma inclusiva para tratar todo lo relacionado con el propósito del llamamiento apostólico. Quedémonos entonces con el término que el Espíritu ha decidido emplear.

Se ha repetido muchas veces, pero indiquémoslo otra vez, que las iglesias son locales, y que nada fuera de la localidad debe interferir con ellas, ni deben ellas interferir con ninguna cosa más allá de esa esfera. Los asuntos de la iglesia deben ser administrados por hombres locales quienes han sido nombrados ancianos a causa de su madurez espiritual comparativa. Puesto que la obra de

los apóstoles es la de predicar el evangelio y fundar iglesias, no la de asumir responsabilidades en las iglesias ya fundadas, su cargo no es un puesto en la iglesia. Si ellos van a trabajar en un lugar donde no existe una iglesia, entonces deben procurar fundar una por medio de la proclamación del evangelio; pero si ya existe una, entonces su obra debe ser distinta de ella. En la voluntad de Dios la iglesia y la obra siguen dos trayectorias distintas.

La obra pertenece a los apóstoles, mientras que las iglesias pertenecen a los creyentes locales. Los apóstoles son responsables de la obra en cierto lugar, y la iglesia es responsable de todos los hijos de Dios allí. En cuanto a la comunión de la iglesia, los apóstoles se consideran a sí mismos como hermanos de todos los creyentes en la ciudad, pero en cuanto a la obra, se consideran a sí mismos como su personal, y mantienen una distinción entre ellos y la iglesia. Como miembros del Cuerpo los apóstoles se reúnen para edificación mutua con todos los demás miembros en la localidad; pero como miembros ministrantes del Cuerpo, su ministerio específico los constituye un grupo de obreros distinto de la iglesia. Es erróneo que los apóstoles interfieran con los asuntos de la iglesia, pero es igualmente erróneo que la iglesia intervenga en los asuntos de la obra. Los apóstoles administran la obra; los ancianos administran la iglesia. Es lógico pues, que debemos entender claramente nuestro llamamiento. ¿Nos ha llamado Dios para ser ancianos o para ser apóstoles? Si ancianos, entonces nuestra responsabilidad está limitada a los asuntos locales; si apóstoles, entonces nuestra responsabilidad es extra-local. Si ancianos, entonces nuestra esfera es la iglesia; si apóstoles, entonces nuestra esfera se halla más allá de la iglesia, en la obra.

La razón por la cual Dios llamó a los apóstoles, y les encomendó la obra a ellos, es que El deseaba conservar el carácter local de la iglesia. Si alguna iglesia ejerce control sobre la obra en otra localidad, de inmediato se convierte en extra-local, y así pierde su característica específica como iglesia. La responsabilidad de la obra en diferentes lugares es encomendada a los apóstoles, cuya esfera se extiende más allá de la localidad. La responsabilidad de la iglesia es encomendada a los ancianos, cuya esfera está restringida a la localidad. Un anciano efesio es un anciano en Efeso, pero cesa de ser un anciano cuando va a Filipos. El oficio de anciano está limitado a la localidad. Cuando Pablo estaba en Mileto, deseaba ver a los miembros representantes de la iglesia en Efeso, así que envió por los ancianos de Efeso. Pero no se le envió llamamiento al apóstol de Efeso, por la sencilla razón de que no lo había. Los apóstoles pertenecen a diferentes lugares, no a un solo sitio, mientras que la esfera de los ancianos es estrictamente local, por lo cual ellos no tienen responsabilidad oficial más allá de la localidad en que viven. Siempre que la iglesia trata de controlar la obra, pierde su carácter local. Siempre que un apóstol intenta controlar una iglesia,

pierde su carácter extra-local. Ha surgido mucha confusión porque se ha perdido de vista la línea divina de demarcación entre las iglesias y la obra.

RESPONSABILIDAD ESPIRITUAL Y OFICIAL

De la misma manera que los apóstoles tienen responsabilidad espiritual pero no oficial en cuanto a la iglesia, así los ancianos, y toda la iglesia, tienen responsabilidad espiritual pero no oficial respecto a la obra. Es de encomiarse que una iglesia local procure ayudar en la obra; pero no tiene ninguna obligación oficial de hacerlo. Si los miembros de la iglesia son espirituales, no pueden evitar considerar la obra de Dios como su obra; en tal caso, considerarán que es un gozo ayudar en cualquier modo. Reconocerán que mientras la responsabilidad oficial de la obra recae sobre los apóstoles, la responsabilidad espiritual es compartida por todos los hijos de Dios, y en consecuencia por ellos también. Hay una gran diferencia entre la responsabilidad espiritual y la oficial. En la cuestión de responsabilidad oficial hay ciertos deberes prescritos, y uno está equivocado si falla en cumplirlos. Pero en el asunto de responsabilidad espiritual no hay obligaciones legales. Por tanto, cualquier negligencia de responsabilidad no se registra como una falla oficial, pero sí marca un bajo nivel espiritual. Desde un punto de vista oficial, la responsabilidad de la obra recae sobre los apóstoles. Si carecen de la ayuda necesaria, no pueden ellos demandarla; pero si la iglesia es espiritual, sus miembros verán el significado del Cuerpo y ayudarán de buena gana en la obra y darán hacia la obra. Si la iglesia falla en la responsabilidad espiritual, los apóstoles podrán tener dificultades que no deberían tener, y la iglesia sufrirá espiritualmente. Por otra parte, la responsabilidad de la iglesia recae oficialmente sobre los ancianos; por tanto, los apóstoles no deberían tomar sobre sí el hacer algo directamente allí. Ellos pueden y deben ayudar a la iglesia por medio de sus consejos y exhortaciones. Si los creyentes locales son espirituales, ellos de buena voluntad recibirán dicha ayuda, pero si no son espirituales, y en consecuencia, rechazan la ayuda propuesta por los apóstoles, su falta es espiritual y no oficial, y los apóstoles no tienen opción alguna sino dejarlos a sus propios recursos. La iglesia no está incluida en la esfera de la obra, por lo tanto está fuera de la esfera de su autoridad. De nuevo repetimos, las iglesias son locales, intensamente locales; la obra es extra-local, y siempre extra-local.

REPRESENTANTES DEL MINISTERIO DEL CUERPO: INDIVIDUOS, NO IGLESIAS

Hay una razón divina definitiva del hecho de que la obra es encomendada a apóstoles individuales y no a las iglesias locales. Pero antes de entrar en ese aspecto, examinemos la diferencia fundamental entre las actividades de una iglesia como un cuerpo y las actividades de un hermano como individuo. Puede

ser correcto que un hermano (o varios hermanos) establezca un negocio, pero estaría muy mal que una iglesia lo hiciera. Sería perfectamente aceptable que uno o varios hermanos abrieran un restaurante o un hotel, pero en ninguna forma sería eso propio de una iglesia. Lo que puede ser perfectamente permisible en el caso de hermanos como individuos, no lo es necesariamente en el caso de una iglesia como una compañía. La tarea de las iglesias consiste en el cuidado mutuo de sus respectivos miembros, tales como la celebración de reuniones para partir el pan, para el ejercicio de dones espirituales, para el estudio de la Palabra, para la oración, para la comunión y para la predicación del evangelio. La obra está más allá de la esfera de cualquier iglesia como organismo corporativo; la obra es la responsabilidad de individuos, aunque no de individuos como tales.

No hay precedente bíblico para que una iglesia se encargue de obras, tales como hospitales o escuelas, ni aun para cosas sobre un plano espiritual más definido, como misiones en el extranjero. Está perfectamente bien que uno o más miembros de una iglesia administren un hospital o una escuela, o que sean responsables del trabajo misionero; pero no que una iglesia en conjunto lo haga. Una iglesia existe con el propósito de proveer ayuda mutua en un lugar dado, no con el propósito de llevar la responsabilidad de la obra en sitios diferentes. En conformidad con la Palabra de Dios, toda la obra es la ocupación personal de hermanos individuales que han sido llamados y comisionados por Dios, como miembros del Cuerpo, y no es la preocupación de ninguna iglesia como un cuerpo. La responsabilidad de la obra siempre es llevada por uno o más individuos.

El punto importante a notar es que el Cuerpo de Cristo en su aspecto ministerial no está representado por iglesias locales sino por individuos que son los dones que Dios ha dado a Su iglesia. La iglesia local no ha sido escogida por Dios para que represente al Cuerpo en cuanto al ministerio. Cuando Dios quiere que algunos representantes del Cuerpo expresen su ministerio, El escoge a ciertos individuos, miembros que funcionan, para que representen a ese Cuerpo. Todo el asunto queda aclarado en la última parte de 1 Corintios 12.

Nunca ha sido la intención de Dios que Su obra se efectúe sobre otra base que no sea la del Cuerpo, porque en realidad es el funcionamiento natural del Cuerpo de Cristo. Es la actividad, bajo la dirección de la Cabeza, de aquellos miembros que poseen facultades especiales. Ya hemos señalado que la iglesia local representa al Cuerpo en el aspecto de vida, y los miembros que funcionan representan al Cuerpo en el aspecto de ministerio. La iglesia local está llamada a manifestar más la vida del Cuerpo, que su servicio, mientras que los apóstoles, los profetas y los maestros, como tales, están llamados a manifestar más el servicio del Cuerpo que la vida de éste. Esa es la razón por la cual Dios no

encomendó la obra a ninguna iglesia local en conjunto, sino a individuos. Pero son éstos, no aquélla, quienes representan el Cuerpo, si éstos son miembros del Cuerpo que funcionan.

Por lo tanto, hallamos que los dos apóstoles que salieron de Antioquía no fueron enviados a la obra por toda la iglesia sino por varios ministros en la iglesia, porque en cuanto al servicio y la obra son éstos, no aquélla, quienes representan al Cuerpo. Así que la obra es la responsabilidad de individuos que son llamados y comisionados por Dios, y no la responsabilidad de toda la iglesia.

Pero entiéndase claramente que por individuos, no queremos decir individuos como tales, sino como miembros que funcionan y representan al Cuerpo. Dios nunca ha autorizado que alguien siga una línea individualista en Su obra. La contratación libre, sin la debida coordinación con otros miembros del Cuerpo, nunca ha sido una manera divina de obrar. Esto no puede enfatizarse lo suficiente; y tampoco puede hacerse el suficiente hincapié en el hecho de que en Su obra Dios utiliza a los individuos, no a las iglesias locales, para representar al Cuerpo. Por tanto, mientras que la obra es la responsabilidad de individuos, no es la tarea de un individuo cualquiera que se le ocurra ocuparse en ella, sino únicamente de aquellos que son llamados y enviados por Dios, y son equipados con dones espirituales para la tarea. Solamente aquellos que representan el ministerio del Cuerpo pueden llevar la responsabilidad oficial de la obra. La obra es emprendida por individuos, pero sólo por aquellos que representan al Cuerpo en su aspecto ministerial, porque ellos, no la iglesia en su totalidad, son responsables de la obra. No son individuos como individuos los que emprenden la obra, sino individuos como representantes del Cuerpo de Cristo.

Si nuestra obra es la de un apóstol, debe distinguirse claramente de la iglesia local. Puede ser que a algunas personas les parezca sin importancia que se haga distinción entre la obra y la iglesia. Tal vez piensen que no tiene consecuencia alguna que la responsabilidad de la obra esté en manos de miembros individuales, no de toda la iglesia, y que los apóstoles sean responsables solamente de la obra, no de la iglesia; pero el principio es un principio bíblico, y su ejecución es de gran importancia y tiene efectos tremendos, como veremos dentro de poco.

“SU PROPIA VIVIENDA ALQUILADA”

La iglesia en Roma es una buena ilustración de lo anterior. Antes de que Pablo visitara a Roma, había escrito a la iglesia allí expresando un deseo intenso de verlos (Ro. 1:10, 11). Por su carta es obvio que una iglesia había sido establecida en esa ciudad antes de su llegada. Cuando de hecho llegó a Roma, la iglesia allí no le entregó la responsabilidad local a él, ni dijeron (como una iglesia hoy

probablemente lo haría): “Ahora que está un apóstol entre nosotros, él debe asumir la responsabilidad y ser nuestro pastor”. En vez de eso, encontramos esta crónica asombrosa en la Palabra: “Pablo permaneció dos años enteros en *su propia vivienda alquilada*, y recibía a todos los que a él venían, predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (Hch. 28:30-31, gr.). ¿Por qué vivió Pablo en “su propia vivienda alquilada” y predicó y enseñó desde allí y no desde la iglesia ya existente? Tal vez algunos sugieran que a causa de que él era prisionero no le hubieran dejado reunirse en la iglesia; pero habría poca diferencia entre reunirse en la iglesia y en la casa. Si le habían dado permiso para alquilar una casa y predicar y enseñar allí, ¿por qué le habrían denegado permiso para predicar y enseñar en conexión con la iglesia? Además debemos recordar que la Palabra no declara la razón por la cual Pablo alquiló una casa y predicó y enseñó allí; solamente menciona el hecho. El hecho es que sí alquiló una casa y sí predicó y enseñó allí, y ese hecho es suficiente para nosotros. Es suficiente para guiarnos. Además, Dios aclara que no tenía ninguna necesidad de hacerlo. No se le presionó en ninguna forma, pues él actuaba “abiertamente y sin impedimento”.

Entonces, ¿cuál es el significado de la vivienda alquilada? Debemos recordar el ahorro divino de palabras en las Escrituras, y debemos comprender que ni el suceso ni la narración fueron accidentales. No hay lugar para ocurrencias casuales o crónicas sin importancia en la Palabra de Dios. Todo lo que está allí ha sido escrito para nuestra enseñanza, y hasta una expresión aparentemente casual puede encerrar una lección preciosa. Más aún, este libro es el libro de los Hechos de los Apóstoles, quienes se movieron bajo la dirección directa del Espíritu Santo, así que la crónica en cuestión es también uno de los hechos de los apóstoles y, por lo tanto, no es un suceso accidental sino un hecho bajo la dirección del Espíritu Santo. Aquí en dos frases cortas tenemos un principio importante, a saber: la obra apostólica y la iglesia local son muy distintas. Una iglesia ya había sido establecida en Roma; así que los miembros debían de haber tenido por lo menos un lugar de reunión, pero ellos no le solicitaron a Pablo que se tomara control de la iglesia local ni hicieron que su sitio de reunión fuera el centro de la obra de Pablo. Pablo tenía su obra en su propia vivienda alquilada, completamente apartada de la iglesia y apartada de su lugar de reunión, y él no se encargó de la responsabilidad de los asuntos de la iglesia local.

Todo apóstol debe aprender a vivir en “su propia vivienda alquilada”, y trabajar con ella como su centro, dejando la responsabilidad de la iglesia local a los hermanos locales. (Nótese que esto no significa que un apóstol no irá a una iglesia local a ministrar. Véase más adelante, págs. 219-220.) La obra de Dios pertenece a los obreros, pero la iglesia de Dios pertenece a la localidad. Una obra en un cierto lugar es sólo temporal, mas una iglesia en un cierto lugar es siempre permanente. La obra es movable; la iglesia es sedentaria. Cuando Dios

indica que un apóstol debe mudarse, su obra se va con él, pero la iglesia permanece. Cuando Pablo pensó en salir de Corinto, el Señor le mostró que tenía más ministerio para él en la ciudad, así que Pablo se quedó durante dieciocho meses, no permanentemente. Cuando Pablo salió de Corinto su obra se fue con él, pero la iglesia en Corinto continuó, aunque los frutos de su trabajo quedaron en la iglesia. Una iglesia no debe ser afectada por los movimientos de los obreros. Ya sean que estén presentes o ausentes, la iglesia debería avanzar firmemente. Cada uno de los obreros de Dios debe tener una línea de demarcación definida entre su obra y la iglesia en el lugar de sus labores.

La obra de los apóstoles y la obra de la iglesia local se desarrollan paralelamente; no convergen. Cuando los apóstoles están trabajando en cualquier lugar, su obra se realiza lado a lado con la obra de la iglesia. Las dos nunca coinciden, tampoco puede una sustituir a la otra. Al irse de un lugar, un apóstol debería entregar todo el fruto de su labor a la iglesia local. No es la voluntad de Dios que la obra de un apóstol tome el lugar de la obra de la iglesia, tampoco que sea en alguna manera identificada con ella.

El principio de que Pablo viviera en su propia casa alquilada muestra claramente que la obra de la iglesia no es afectada por la presencia o ausencia de un apóstol. Después de que Pablo llegó a Roma, la obra de la iglesia siguió como antes, aparte de él. Puesto que no dependía de él para su origen ni para su continuación, tampoco sería afectada por su partida. La obra es la obra, y la iglesia es la iglesia, y estas dos líneas nunca convergen, sino que siguen su curso paralelamente.

Supongamos que vamos a Kweiyang a trabajar; ¿cuál debe ser nuestra manera de proceder? Al llegar a Kweiyang vivimos en una posada, o alquilamos un cuarto, y comenzamos a predicar el evangelio. ¿Qué haremos cuando los hombres sean salvos? Debemos alentarlos a que lean la Palabra, a que oren, a que ofrenden, a que testifiquen y a que se reúnan para comunión y ministerio. Uno de los errores trágicos de los últimos cien años de misiones extranjeras en China (¡Que Dios tenga misericordia de mí si digo algo impropiedades!) es que, después de que un obrero conducía a los hombres a Cristo, él preparaba un local y los invitaba a que fueran allí para las reuniones, en lugar de estimularlos a que se reunieran por sí mismos. Se han hecho esfuerzos para animar a los nuevos creyentes a que lean la Palabra por sí mismos, a que oren por sí mismos, a que testifiquen por sí mismos, pero nunca a que se reúnan por sí mismos. A los obreros nunca se les ocurre leer, orar, y testificar por ellos, pero no ven ningún daño en preparar las reuniones por ellos. Necesitamos mostrar a los nuevos convertidos que tales deberes como el leer, el orar, el testificar, el ofrendar, y el reunirse, son el requisito mínimo para los cristianos. Deberíamos enseñarles a que tengan sus propias reuniones, en sus propios lugares de reunión.

Digámosles: “Así como nosotros no podemos leer la Palabra, ni orar ni testificar por ustedes, así tampoco podemos tomar la responsabilidad de prepararles un centro de reunión para ustedes o dirigir sus reuniones. Deben buscar un local adecuado y llevar a cabo sus propias reuniones. Sus reuniones son su responsabilidad, y el reunirse ustedes con regularidad es uno de sus mayores deberes y privilegios”.

Muchos obreros consideran que sus reuniones y las reuniones de la iglesia son la misma cosa, pero no lo son (Véase el capítulo nueve). Así que tan pronto como unos pocos creyentes sean salvos debemos instruirlos a que tomen la responsabilidad completa de su propia lectura, oración y testimonio, y también de las reuniones públicas de la iglesia.

Con respecto a nosotros mismos, mientras que seguimos trabajando y mantenemos nuestra obra separada de la obra de la iglesia, debemos ir y tener comunión con los creyentes en sus diversas reuniones locales. Debemos ir y partir el pan con ellos, unirnos a ellos en el ejercicio de los dones espirituales, y participar en sus reuniones de oración. Cuando no hay iglesia en el lugar al cual Dios nos ha enviado, somos sólo obreros allí; pero, tan pronto como haya una iglesia local, somos hermanos y obreros a la vez. En nuestra calidad de obreros no podemos asumir ninguna responsabilidad en la iglesia local, pero en nuestra calidad de hermanos locales podemos reunirnos con todos los miembros de la iglesia como sus co-miembros.

Tan pronto como haya una iglesia local en el lugar en que laboramos, automáticamente nos convertimos en miembros. Este es el punto principal a observar en la relación entre la iglesia y la obra: el obrero debe dejar a los creyentes que principien y dirijan sus propias reuniones en su propio lugar de reunión, y luego él debe ir a ellos y tomar parte en las reuniones de ellos, y no pedirles que vengan a él y participen en las reuniones de él. De otro modo, nos convertiremos en pobladores en algún lugar y cambiaremos nuestro oficio de apóstol a pastor; y cuando al fin nos vayamos, necesitaremos encontrar un sucesor para que continúe con la obra de la iglesia. Si mantenemos la iglesia y la obra paralelas y no permitimos que las dos líneas converjan, encontraremos que no se necesitará ningún ajuste en la iglesia cuando nos vayamos, porque ella no habrá perdido a un “pastor”, sino solamente a un hermano. A menos que diferenciamos claramente en nuestras mentes entre la iglesia y la obra, mezclaremos la obra con la iglesia y la iglesia con la obra; habrá confusión en ambas direcciones, y el crecimiento de la iglesia tanto como de la obra será detenido.

“Autogobierno, autosostenimiento y autopropagación” ha sido el lema de muchos obreros por años. La necesidad de tratar con estos asuntos ha surgido

por la confusión entre la iglesia y la obra. En una misión, cuando son salvas las personas, los misioneros preparan un local para ellos, hacen arreglos para reuniones de oración y clases bíblicas, y algunos de ellos llegan hasta el extremo de manejar los asuntos materiales y espirituales de la iglesia. ¡La misión hace el trabajo de la iglesia local! Por lo tanto, no es sorprendente que con el transcurso del tiempo se presenten problemas relacionados con el autogobierno, el autosostenimiento y la autopropagación. Normalmente, tales problemas nunca habrían surgido si desde el comienzo se hubiera permanecido fiel a los principios que se nos han mostrado en la Palabra de Dios.

Cualquier persona que tenga el suficiente deseo de ser un cristiano debe ser enseñado desde el principio cuáles son las implicaciones. Los creyentes deben orar ellos mismos, estudiar la Palabra ellos mismos, y reunirse ellos mismos, no simplemente ir a un lugar de reunión preparado por otros y sentarse a escuchar a otros predicar. Ir a los patios o al salón de la misión a escuchar la Palabra no es reunirse de manera bíblica, porque lo que se lleva a cabo está en manos de un misionero o de su misión, no en manos de la iglesia local. Es una mezcla de la obra y la iglesia. Si desde el comienzo los cristianos aprendieran a reunirse conforme a las Escrituras, muchos problemas se evitarían.

LOS RESULTADOS DE LA OBRA

Cuando un siervo de Dios llega a un lugar nuevo, su primera tarea debe ser fundar una iglesia local, a menos que ya haya una en existencia, en cuyo caso su única preocupación debe ser ayudar a la iglesia. La única meta de la obra en un lugar dado es la edificación de la iglesia allí. Todo el fruto del trabajo de un obrero debe destinarse al crecimiento de la iglesia. La obra en un lugar dado existe para la iglesia solamente, no para sí misma. La meta del apóstol es edificar la iglesia, no edificar su obra ni edificar el grupo que lo haya enviado.

¿En qué estriba el fracaso de las misiones hoy en día? Ellos retienen los resultados de su obra en sus propias manos. En otras palabras, han tomado a sus convertidos como miembros de su misión o de su iglesia-misión en lugar de edificarlos en las iglesias locales, o entregarlos a ellas. El resultado es que la misión sigue extendiéndose y se convierte en una organización imponente, pero casi no se encuentran iglesias locales. Y puesto que no hay iglesias locales, la misión tiene que enviar obreros a diferentes lugares como “pastores” de los varios grupos de cristianos. Así que la iglesia no es iglesia y la obra no es obra, sino que ambos son una mezcla de las dos. No parece haber autorización bíblica para formar grupos de obreros en misiones; sin embargo, considerar una misión como un grupo apostólico no es totalmente antibíblico, pero aumentar las misiones sus propias organizaciones en vez de establecer las iglesias locales, sí es categóricamente antibíblico.

DOS LINEAS DE TRABAJO

Un apóstol debería ir y laborar en un lugar dado si la iglesia local lo invita, o si él mismo ha recibido una revelación del Señor para trabajar allí. En este caso, si hay una iglesia en la localidad, puede escribirle, avisándole de su llegada, así como Pablo notificó a las iglesias en Corinto y en Roma. Estas son las dos líneas que controlan la obra de un apóstol: necesita tener, o bien, una revelación directa de la voluntad de Dios o una revelación indirecta por medio de la invitación de una iglesia.

A dondequiera que vaya un apóstol, debe aprender a llevar su propia responsabilidad, teniendo su propia casa alquilada. Puede ser correcto que trabaje en un lugar, viviendo como huésped de la iglesia local, pero no sería correcto importunarles aprovechándose su hospitalidad por un período largo. Si un obrero espera quedarse algún tiempo en un lugar, entonces debe tener su propio centro de trabajo, y no sólo debe llevar sus propias responsabilidades personales, sino también todas las responsabilidades inherentes a la obra. Una iglesia local debe asumir toda la responsabilidad de su propia obra, y así debe hacerlo el obrero por la suya. La iglesia como tal no debe tomar parte en ningún expendio financiero con respecto a la obra; sólo el obrero es responsable por todos los gastos incurridos, y debe aprender desde el principio mismo de su ministerio a depender del Señor para la suministración a sus necesidades. Desde luego, si la iglesia es espiritual, sus miembros reconocerán su responsabilidad espiritual y estarán dispuestos a ayudar en forma material para que la obra de Dios pueda proseguir, pero el obrero no debe dar nada por sentado, y debe asumir toda la carga financiera para que sea manifiesto que la iglesia y la obra son totalmente distintas.

Cuando un apóstol llega a un lugar donde ya existe una iglesia local, nunca debe olvidar que él no tiene ninguna autoridad eclesiástica. Si él deseara trabajar en un lugar en donde la iglesia local no desea que esté, todo lo que él puede hacer es irse a otra parte. La iglesia tiene plena autoridad para recibir o rechazar a un obrero. Aunque el obrero de que se trata haya sido usado por Dios para fundar la misma iglesia que lo desecha, no por eso puede reclamar autoridad alguna en la iglesia.

Si él sabe, sin lugar a dudas, que Dios lo ha llevado a laborar en ese sitio, mas la iglesia local se rehusa a recibirlo, aunque ellos persistan en su actitud, él debe obedecer el mandato de Dios e ir y trabajar allí a pesar de ellos. Pero no debe reunir creyentes a su derredor, ni formar una iglesia aparte por ningún motivo. Sólo puede haber una iglesia en un lugar. Si él forma un grupo de creyentes aparte, donde ya existe una iglesia local, estará formando una secta y no iglesia. Las iglesias son fundadas con base en la localidad, no con base en si recibe o no

a un cierto apóstol. Aun si la iglesia local rehusara recibirlo, y su obra tuviera que efectuarse sin el apoyo y cooperación de ella, o quizá incluso a pesar de su oposición, aún así todos los resultados de sus labores deben ser para el beneficio de esa iglesia. A pesar de su actitud hacia el apóstol como persona, todos los frutos de sus labores deben ser contribuidos a esa iglesia. La meta exclusiva de toda obra para Dios es el crecimiento y la edificación de las iglesias locales. Si le dan la bienvenida al obrero, el resultado de su trabajo será para ellas; si lo rechazan, será para ellas de todas maneras.

Necesitamos experiencias espirituales más profundas y luz espiritual más clara si hemos de ser obreros aceptables a Dios y a Su iglesia. Si deseamos vencer las dificultades, tenemos que aprender a vencer por la espiritualidad, no por la autoridad oficial. Si somos espirituales, nos sometemos a la autoridad de las iglesias locales. Es la falta de sumisión de parte de los siervos de Dios la responsable por la formación de numerosas sectas. Muchas de las llamadas iglesias han sido establecidas porque los obreros han sido rechazados por las iglesias y han congregado grupos de personas alrededor de ellos, los cuales los han apoyado a ellos y a las doctrinas que enseñaron. Tal procedimiento es sectario.

Si en verdad somos dirigidos por Dios, ciertamente podemos confiar en que Dios nos abrirá las puertas. Si una iglesia nos recibe, alabemos al Señor; si no, esperemos confiadamente en que El quite el cerrojo de las puertas cerradas. Muchos siervos de Dios confían en que El les abrirá las verdades espirituales, pero no pueden confiar en que El abra las puertas para la recepción de esas verdades. Tienen fe para creer que Dios les dará la luz, pero no tienen fe para creer que El también les dará las llaves para abrir los corazones humanos para que reciban la luz que El ha dado. Así que recurren a métodos carnales y la consecuencia es que se produce mucha división entre los hijos de Dios. Si Dios mismo no quita los obstáculos en nuestras circunstancias, entonces debemos permanecer quietos en donde estamos, y no recurrir a medios naturales, los que con toda seguridad causarán estragos en la iglesia de Dios.

LOS MINISTERIOS ESPECIFICOS DE LA PALABRA

Todos los siervos de Dios están ocupados en el ministerio de la edificación del Cuerpo de Cristo, pero eso no implica que, al estar todos en el ministerio de la Palabra, todos los ministerios son iguales. Cada uno tiene una línea distinta de ministerio. Una y otra vez Dios ha levantado un nuevo testigo, o grupo de testigos, dándoles nueva luz de Su Palabra, para que ellos den un testimonio especial de El en la época y circunstancias específicas en que ellos viven. Todo ministerio así es nuevo y específico y es de gran valor para la iglesia; pero debemos tener en cuenta que si Dios entrega un ministerio específico

relacionado con determinadas verdades a un hombre, éste no debe hacer su ministerio especial o su verdad específica la base para una nueva “iglesia”. Ningún siervo de Dios debe abrigar la ambición de que su verdad sea aceptada como *la* verdad. Si las puertas están cerradas a ella, que espere con paciencia en Dios quien la dio hasta que El abra puertas para su recepción. Ninguna “iglesia” separada debe ser formada para llevar un testimonio separado. La obra de Dios no consciente el establecimiento de una iglesia para la propagación de una escuela de enseñanza en particular. Conoce únicamente un tipo de iglesia, la iglesia local; no una iglesia sectaria, sino una iglesia neotestamentaria.

Consideremos seriamente que nuestra obra es para nuestro ministerio y nuestro ministerio es para las iglesias. Ninguna iglesia debe estar bajo un ministerio específico, pero todos los ministerios deben estar bajo la iglesia. Qué estrago se ha hecho en la iglesia porque muchos de sus ministros han tratado de traer las iglesias bajo su ministerio, más bien que servir a las iglesias por su ministerio. Tan pronto como las iglesias sean sometidas a algún ministerio, cesan de ser locales y se hacen sectarias.

Cuando Dios ha levantado un ministerio específico para resolver una necesidad específica en Su iglesia, ¿cuál debería ser la actitud del ministro? Siempre que una nueva verdad es proclamada, tendrá nuevos seguidores. El obrero a quien Dios ha dado nueva luz sobre Su verdad debe alentar a todos los que reciben esa verdad a engrosar las filas de la iglesia local, no a que se agrupen alrededor de él. De otra manera se hará que las iglesias sirvan al ministerio, no el ministerio a las iglesias, y las “iglesias” establecidas serán “iglesias” ministeriales, no locales. La esfera de una iglesia no es la esfera de algún ministerio, sino la esfera de la localidad. Siempre que se hace al ministerio la razón para la formación de una iglesia, allí tendrán el principio de una nueva denominación. Del estudio de la historia de la iglesia podemos ver que casi todos los ministerios nuevos han dado origen a partidarios nuevos y los partidarios nuevos han resultado en organizaciones nuevas. Es de esta manera “iglesias” ministeriales se han establecido y las denominaciones se han multiplicado.

Si el Señor demora Su venida y Sus siervos permanecen fieles a El, ciertamente El levantará nuevos ministerios en la Palabra. El dará a conocer verdades específicas para satisfacer las necesidades específicas de Sus hijos. Algunos oyentes pondrán en duda las verdades, otros las desecharán, y otros las condenarán, mientras que habrá quienes respondan con gozo. ¿Cuál debe ser la actitud de los siervos de Dios? Ellos deben estar plenamente persuadidos en su propia mente de que solamente puede haber una iglesia en un lugar, y que toda verdad es para el enriquecimiento de esa iglesia. Si la iglesia recibe las verdades que proclaman los ministros de Dios, que alaben al Señor; si no, que le alaben igualmente. No se debe abrigar ningún pensamiento de formar una “iglesia”

separada compuesta de los creyentes que apoyen las doctrinas especiales enfatizadas. Si en la iglesia local varias personas reciben las enseñanzas de esos ministros, entonces dichas personas deben continuar allí. Ninguna obra divisiva debe llevarse a cabo en la iglesia local. Quienes reciben la verdad pueden utilizar su enseñanza espiritual y su poder espiritual para ayudar a sus co-miembros, pero ellos no deben usar ningún método divisivo para apoyar la verdad que han abrazado. Si tenemos siempre en cuenta que las iglesias de Dios son formadas solamente sobre la base de la localidad, se evitará mucha división entre los hijos de Dios.

Si Dios nos confía un ministerio especial y nos lleva a un lugar donde no existe una iglesia, nuestro primer deber es establecer una en la localidad, y luego contribuir con nuestro ministerio a ella. Podemos establecer iglesias locales y contribuir con nuestro ministerio a tales iglesias, pero no nos atrevemos establecer iglesias ministeriales.

Permítaseme mostrar la relación entre varios ministerios y varias iglesias locales. Un hombre es un florista, otro un tendero. La forma más obvia para el extendimiento de sus negocios es el establecer sucursales en varios distritos. El florista abre sucursales para vender flores, y el tendero abre sucursales para vender comestibles. Esto es exactamente el caso de los diferentes ministros que tratan de establecer “iglesias” conforme a sus ministerios. El plan de Dios para Su iglesia está en una línea completamente diferente. No es que el tendero y el florista procuren cada uno abrir tantas sucursales como les sea posible a fin de vender sus productos respectivos, sino que el tendero o el florista, al llegar a cualquier lugar, abra un almacén de departamentos, y habiéndolo establecido debidamente, contribuye con sus artículos a él, y otros artesanos que lleguen después contribuirán con sus mercancías al mismo almacén. Un almacén no se especializa en una sola línea de artículos, sino que tiene existencias variadas. La intención de Dios no es que nosotros abramos sucursales de la florería o sucursales de la tienda de comestibles, o tiendas que se especialicen en otros artículos, sino que abramos almacenes. Su plan es que Sus siervos establezcan sólo una iglesia local, y luego contribuyan con sus diferentes ministerios a esa iglesia. La iglesia no está controlada por un solo ministerio, sino que es servida por todos los ministerios. Si algún grupo del pueblo de Dios está abierto a recibir sólo una verdad, entonces es una secta.

Como apóstoles nuestra primera preocupación al llegar a un lugar en donde no hay iglesia es fundar una allí. Tan pronto como haya sido formada, debemos procurar servirle con cualquier ministerio que el Señor nos haya encomendado, y luego dejarla. Nos atrevemos a ejercer nuestro ministerio con fidelidad, pero, habiéndolo hecho, nos atrevemos a dejar la iglesia abierta a otros ministerios. Esta debería ser la actitud de todos los obreros de Dios. Nunca debemos abrigar

la esperanza de que nuestra enseñanza sea la única aceptada por una iglesia. No debe haber ningún pensamiento de dominar una iglesia por nuestra personalidad o por nuestro ministerio; el campo debe quedar libre para todos los siervos de Dios. No hay necesidad de construir un muro de protección alrededor de nuestro rebaño particular para guardarlos contra las enseñanzas de otros. Si así lo hacemos, estamos trabajando conforme a las ideas papistas. Bien podemos confiarle a Dios que proteja nuestro ministerio, y debemos recordar que, para el perfeccionamiento de los santos, son necesarios los diversos ministerios de todos los siervos fieles de Dios. La responsabilidad local recae sobre los ancianos; ellos deben vigilar los intereses del rebaño en la cuestión de ministerios.

INSTITUCIONES DE FE

De lo anterior no se debe inferir que Dios no tiene otros obreros aparte de los apóstoles y los varios ministros de la Palabra. Aquellos que laboran en el ministerio de la Palabra son sólo una sección de los siervos de Dios. La obra no es el único trabajo. Dios tiene muchos siervos que están tomando la carga de diversas obras de fe, tales como escuelas, orfanatos y hospitales. Vistos de una manera superficial, su trabajo no parece tan espiritual como la obra de los apóstoles o ministros a la que acabamos de referirnos, pero en realidad sí lo es. Aunque tales obreros de fe no salen como los apóstoles ni enseñan la Palabra como los ministros especiales, con todo, son utilizados tan definitivamente como los otros para fortalecer la iglesia de Dios.

El orfanato de George Müller es un caso típico de una obra de fe. Ha dado como resultado la salvación de muchas almas. Surge la pregunta: “¿A dónde deben ir los frutos de una obra así?” No a una “iglesia” de orfanato, sino a la iglesia local. Una obra como ésta no es una unidad suficientemente grande como para formar una iglesia. Es la ciudad y no la institución la que es una unidad eclesiástica. No importa cuán próspera sea una obra de fe, y no importa cuántas almas sean salvadas por medio de ella, ninguna iglesia puede ser formada sobre tal base; porque si hay varios obreros en una ciudad ocupados en distintos tipos de obra, entonces habría tantas iglesias como tales instituciones. El confín de una iglesia es una ciudad, no alguna institución en una ciudad.

Hace varios años estuve en Tsinan. Algunos hermanos en la Universidad de Cheloo me preguntaron si yo creía que ya era tiempo que ellos comenzaran reuniones para el partimiento del pan. Les pregunté: “¿Representan ustedes a la Universidad de Cheloo o a la ciudad de Tsinan?” Ellos contestaron: “Cheloo.” “Entonces no creo que sea correcto”, contesté. Desde luego, ellos querían saber por qué, de modo que les expliqué: “La Palabra de Dios autoriza la formación de una iglesia en Tsinan, pero no en Cheloo. La esfera de Cheloo es demasiado

reducida para justificar la existencia de una iglesia separada. La unidad normal bíblica para la formación de una iglesia es una ciudad, no una universidad”.

Los frutos que resultan de diversas instituciones de fe no deben ser retenidos por dichas instituciones. Todos deben ser entregados a la iglesia local. Los obreros no deben argumentar que, ya que ellos han sido los medios de salvación para ciertas almas, tienen un derecho especial sobre esas almas y una responsabilidad especial para ellas, y en consecuencia les eviten unirse con los demás creyentes en la localidad. Aunque se tenga oraciones regularmente, predicación y una variedad de reuniones en relación con una institución cristiana, éstas nunca pueden servir como un sustituto para la comunión de la iglesia, y ninguna institución así, no importa cuán espiritual sea, puede ser considerada como una iglesia, puesto que no está fundada sobre la base señalada divinamente de localidad. Todos los cristianos ocupados en tareas de esta índole deben diferenciar claramente entre la iglesia y la obra, y deben darse cuenta de que cualquier esfera más reducida que una localidad no justifica la formación de una iglesia separada. No deben enorgullecerse del éxito de su obra y creer que bien serviría como una iglesia, sino que humildemente deben unirse en comunión con todos los otros miembros del Cuerpo de Cristo en el lugar en donde viven.

Todos los variados ministerios dados por Dios tienen una sola meta: el establecimiento de iglesias locales. En el pensamiento de Dios solamente existe un solo grupo de personas, y todos Sus designios de gracia se centran en ese único grupo: Su iglesia. La obra no es una meta en sí, es sólo un medio para conseguir un fin. Si juzgamos nuestra obra como un fin, entonces nuestro propósito discrepa del de Dios, porque el objetivo de Dios es la Iglesia. Lo que consideramos como fin en sí mismo es sólo el medio hacia el objetivo de Dios.

Hay tres cosas que debemos tener claramente en cuenta. (1) La obra es la preocupación especial de los obreros, no de las iglesias, y la esfera de cualquier obra no es suficientemente amplia para justificar que se le tome como una iglesia. (2) Todos los obreros deben ser suficientemente humildes para conservar su calidad de hermanos en la iglesia local. En la esfera de su obra ellos tienen la posición de siervos de Dios, pero en la esfera de la iglesia solamente son hermanos. En la iglesia sólo hay hijos de Dios, por lo tanto, ninguno de sus miembros es un obrero; todos son hermanos. (3) La meta de toda obra es el establecimiento de iglesias locales. Si hacemos que nuestra obra sea, en el pueblo de Dios, la base de una unidad separada, entonces estaremos edificando una secta, no una iglesia.

CAPITULO SIETE

ENTRE LOS OBREROS

Las iglesias en las Escrituras son intensamente locales. Nunca encontramos allí ninguna federación de iglesias; todas son unidades independientes. Es otro el caso en relación con los obreros. Entre ellos encontramos una cierta medida de asociación; vemos un grupo pequeño aquí, y allá otro, enlazados para la obra. Pablo y los que estaban con él —por ejemplo, Lucas, Silas, Timoteo, Tito y Apolos— formaban un grupo. Pedro, Jacobo, Juan y aquellos que estaban con ellos, formaban otro. Un grupo salió de Antioquía, otro de Jerusalén. Pablo hace referencia a los que estaban con él (Hch. 20:34), lo cual indica que, aunque cuando los obreros no habían sido organizados en diferentes misiones, aún así, tenían a sus propios asociados especiales en la obra. Aun al principio, cuando nuestro Señor escogió a los doce, El los envió de dos en dos. Todos eran colaboradores, pero cada uno tenía su colaborador especial. Tal agrupamiento de obreros fue ordenado y mandado por el Señor.

Estos grupos apostólicos no fueron formados sobre corrientes partidarias o doctrinales; fueron formados bajo la soberanía del Espíritu, quien ordenó las circunstancias de los diferentes obreros en cierta manera para que ellos se enlazaran en la obra. El caso no era que ellos estaban divididos, de hecho, de los otros obreros, sino que simplemente en el ordenamiento de sus caminos por el Espíritu, ellos no habían sido guiados a tener una asociación especial con los demás. Fue el Espíritu Santo, no los hombres, quien dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo”. Todo dependía de la soberanía del Espíritu. Los grupos apostólicos estaban sujetos a la voluntad y al ordenamiento del Señor. Como hemos visto, los doce fueron divididos de dos en dos, pero no se dejó a su discreción personal el escoger a sus compañeros; fue el Señor quien los juntó y los envió. Cada uno tenía un colaborador especial, pero ese colaborador era señalado por el Señor, no escogido por ellos. No era debido a afinidad natural que ellos se asociaban específicamente con algunos, ni era debido a diferencia en doctrina o en práctica que ellos no se asociaban específicamente con otros. El factor decisivo era siempre lo que el Señor dispusiera.

Reconocemos que el Señor es la Cabeza de la iglesia, y que los apóstoles fueron la primera orden puesta por el Señor en la iglesia (1 Co. 12:28). Aunque ellos fueron asociados en grupos, teniendo a sus colaboradores específicos nombrados por el Señor, con todo, no tenían ningún nombre, sistema ni organización especial. Ellos no hicieron que un grupo más pequeño que el Cuerpo fuera la base de su obra: todo se basaba en el principio del Cuerpo. Por tanto, aun cuando por causa de la diferencia de localidad y de la disposición providencial de sus caminos ellos formaban diferentes grupos, aún así, no tenían organización alguna fuera del Cuerpo; su obra siempre era una expresión

del ministerio del Cuerpo. Estaban constituidos en grupos separados, pero cada grupo tomaba como base el Cuerpo, expresando el ministerio del Cuerpo.

El Señor es la Cabeza del Cuerpo y no la Cabeza de una organización; por tanto, siempre que trabajemos para una sociedad, una misión, o una institución, y no sólo para el Cuerpo, perdemos la dirección del Señor como nuestra Cabeza. Tenemos que ver claramente que la obra es la obra del Cuerpo de Cristo y que, aunque el Señor dividió Sus obreros en diferentes grupos (no diferentes organizaciones), la obra de ellos se basaba siempre en el Cuerpo. Además, debemos reconocer que cada obrero individual y cada grupo representa al ministerio del Cuerpo de Cristo, ya que cada oficio que se tenga, se tiene en el Cuerpo y es para el avance de la obra de Dios. Entonces, y sólo entonces, podremos tener un solo ministerio: la edificación del Cuerpo de Cristo. Si reconociéramos claramente la unidad del Cuerpo, ¡qué resultados benditos veríamos! Dondequiera que el principio de la unidad del Cuerpo opere, toda posibilidad de rivalidad queda eliminada. No importa si yo menguo y usted crece; no habrá celos de parte mía, ni orgullo de parte suya. Una vez que veamos que toda la obra y todos sus frutos son para el crecimiento del Cuerpo de Cristo, entonces ningún hombre será contado como suyo y ningún hombre como mío; no importará entonces si es usado usted o yo. Toda contienda carnal entre los obreros de Dios terminará una vez que se vea claramente el Cuerpo como principio de la obra. Pero para vivir y obrar en el Cuerpo se requieren tratos drásticos con la carne, y esto a su vez exige un conocimiento profundo de la cruz de Cristo.

Los apóstoles primitivos nunca trabajaban independientemente; ellos laboraban juntos. En la narración del día de Pentecostés leemos: “Pedro, poniéndose en pie con los once” (Hch. 2:14). Junto a la Puerta que se llamaba la Hermosa vemos a Pedro y a Juan llevando a cabo la obra juntos, y de nuevo ellos fueron los dos que visitaron Samaria. Cuando Pedro fue a la casa de Cornelio, otros seis hermanos lo acompañaron. Cuando los apóstoles salían, siempre lo hacían en grupos, o por lo menos de dos en dos, nunca solos. Su obra no era individual, sino corporativa. En cuanto a los que estaban con Pablo en Antioquía y en otros lugares, es desafortunado que tanto énfasis se le haya dado a Pablo como individuo, con el resultado de que sus colaboradores pasan casi desapercibidos. Vemos que en Troas, Lucas se unió a su compañía, y era de un mismo sentir con Pablo, al considerar que se debería responder al llamado de auxilio de Macedonia. Luego, cuando regresaron de Macedonia, trajeron con ellos como colaboradores a Sópater, Aristarco, Segundo, Gayo, Timoteo, Tíquico y Trófimo. Después encontramos que se les unen Apolos, Priscila y Aquila. Aún más tarde encontramos a Pablo enviando a Timoteo a Corinto y alentando a Apolos y a Tito que fueran allá, y un poco tiempo después vemos que Epafrodito se les une como colaborador. Y da gusto leer al principio de las epístolas de Pablo palabras

como éstas: “Pablo...y el hermano Sóstenes”, “Pablo...y el hermano Timoteo”, “Pablo, Silvano y Timoteo”.

Así que, por una parte no vemos en las Escrituras rastro alguno de misiones organizadas, ni, por otra, vemos a obrero alguno saliendo conforme a una corriente individual, cada quien siendo una ley a sí mismo. Están formados en grupos, pero tales grupos tienen una base espiritual, no se basan en organización. Las Escrituras no dan ninguna autorización para una misión organizada, tampoco autorizan el trabajo independiente; lo uno está tan lejos del pensamiento de Dios como lo otro. Por lo tanto, aunque debemos guardarnos de las trampas de las organizaciones hechas por el hombre, también nos debemos guardar contra el peligro de ser demasiado individualistas. No debemos organizarnos para ser una misión y así llegar a ser cismáticos; al mismo tiempo debemos tener asociados en la obra, con los cuales podemos cooperar sobre una base espiritual, y así mantener el testimonio del Cuerpo.

Necesitamos enfatizar este hecho, que los apóstoles laboraban en asociación con otros, pero sus compañías no estaban organizadas. Su relación unos con otros era solamente espiritual. Amaban y servían al mismo Señor, tenían un llamamiento y una comisión y eran de una mente. El Señor los unía; por tanto, ellos eran colaboradores. Algunos estuvieron juntos desde el principio, otros ingresaron en fecha posterior. Ellos eran una sola compañía, y sin embargo, no tenían organización, y no había distribución de oficios ni posiciones. Aquellos que se les unían no venían en respuesta a algún anuncio de “Se necesita personal”, tampoco venían porque hubieran estado equipados por un curso especial de entrenamiento. En sus viajes, el Señor ordenó las circunstancias en tal forma que se encontraran. El los acercó unos a otros, y siendo de una mente y un espíritu, unidos por el Señor, ellos espontáneamente se hicieron colaboradores. Para unirse a tal compañía no había necesidad de aprobar un examen primero, ni de cumplir algunas condiciones especiales, ni de pasar por ciertos ritos o formas. El Señor fue quien determinó todo. El ordenó, el hombre sólo consintió. En tales grupos ninguno tenía posición ni cargo especial; no había director ni presidente ni superintendente. Cualquier ministerio que el Señor les hubiera dado constituía su oficio. Ellos no recibían nombramiento alguno de la asociación. La relación que existía entre sus miembros era puramente espiritual, no oficial. Fueron constituidos colaboradores, no por una organización humana, sino por un vínculo espiritual.

AUTORIDAD ESPIRITUAL

Antes de considerar la cuestión de la autoridad espiritual, leamos unos cuantos pasajes de las Escrituras que hablan de la relación entre los obreros, puesto que arrojan bastante luz sobre nuestro tema. “Timoteo...Quiso Pablo que éste fuese

con él” (Hch. 16:1-3) “Cuando vió [Pablo] la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el evangelio” (Hch. 16:10). “Y los que se habían encargado de conducir a Pablo, le llevaron a Atenas; y habiendo recibido orden para Silas y Timoteo, de que viniesen a él lo más pronto que pudiesen, salieron” (Hch. 17:15). “[Pablo] tomó la decisión de volver por Macedonia. Y le acompañaron” (Hch. 20:3-4). “Nosotros, adelantándonos a embarcarnos, navegamos a Asón para recoger allí a Pablo, ya que así lo había determinado” (Hch. 20:13). “Y si llega Timoteo, mirad que esté con vosotros con tranquilidad...encaminadle en paz, para que venga a mí...Acerca del hermano Apolos, mucho le rogué que fuese a vosotros” (1 Co. 16:10-12). “Exhortamos a Tito” (2 Co. 8:6). “Tito...recibió la exhortación...Y enviamos juntamente con él al hermano” (2 Co. 8:16-18). “Enviamos también con ellos a nuestro hermano” (2 Co. 8:22). “Tíquico, hermano amado...el cual envié a vosotros” (Ef. 6:21-22). “Mas tuve por necesario enviaros a Epáfrodito” (Fil. 2:25). “Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico” (Col. 4:7). “Os saluda Lucas el médico amado, y Demas” (Col. 4:14). “Decid a Arquipo: Mira que cumplas el ministerio” (Col. 4:17). “Acordamos...y enviamos a Timoteo” (1 Ts. 3:1-2). “Procura venir pronto a verme...Toma a Marcos, y tráele contigo...A Tíquico lo envié a Efeso” (2 Ti. 4:9-12). “A Trófimo dejé en Mileto enfermo. Procura venir antes del invierno” (2 Ti. 4:20-21). “Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé” (Tit. 1:5). “Cuando envíe a ti a Artemas o a Tíquico, apresúrate a venir a mí en Nicópolis, porque allí he determinado pasar el invierno. A Zenas intérprete de la ley, y a Apolos, encáminalas con solicitud, de modo que nada les falte” (Tit. 3:12-13).

Los pasajes de la Escritura citados arriba nos muestran que, entre los obreros de Dios, nuestra dependencia de El no nos hace independientes unos de otros. Vimos que Pablo dejó a Tito en Creta para que terminara la obra que él mismo había dejado inconclusa, y que después él envió a Artemas y a Tíquico para que reemplazaran a Tito cuando le dio instrucciones a éste para que fuera a Nicópolis. En varias ocasiones él nombró a Timoteo y a Tíquico para que hicieran un trabajo determinado, y leemos que él persuadió a Tito y a Apolos a que permanecieran en Corinto. Observamos que estos obreros no solamente aprendieron a trabajar por equipos, sino que los que tuvieran menos experiencia aprendieron a someterse a la dirección de los más espirituales. Los obreros de Dios deben aprender a ser dejados, enviados, y persuadidos.

Es importante reconocer la diferencia entre autoridad oficial y espiritual. En una organización toda autoridad es oficial, no espiritual. En una buena organización aquel que tiene un puesto tiene autoridad tanto oficial como espiritual; en una mala organización la autoridad que se ejerce es solamente oficial. Pero en cualquier organización, ya sea que aquel que tiene un cargo

tenga o no autoridad espiritual, la autoridad que tiene en la organización realmente es sólo oficial. ¿Cuál es el significado de la autoridad oficial? Significa que una persona ejerce autoridad basada en que ocupa un oficio. Se ejerce la autoridad sólo debido al oficio que él ocupa. Entretanto que el funcionario mantiene su puesto, puede ejercitar su autoridad; en cuanto renuncie a su posición cesa su autoridad. Tal autoridad es completamente objetiva; no es inherente al hombre en sí. Está relacionada, no con la persona, sino simplemente con su posición. Si él tiene el puesto de superintendente, se sobreentiende que él supervisa asuntos, sin importar si está capacitado espiritualmente para hacerlo o no. Si él tiene el puesto de director, entonces automáticamente dirige, aun si la falta de espiritualidad, de hecho, lo descalificara de ejercer control sobre otras vidas. La vida de una organización es posición; es la posición la que determina la autoridad.

Pero en un grupo de obreros constituido divinamente, no hay organización alguna. Se ejerce autoridad entre ellos, pero dicha autoridad es espiritual, no oficial. Es una autoridad basada en espiritualidad, una autoridad que resulta de un conocimiento profundo del Señor, y de una comunión íntima con El. La vida espiritual es la fuente de tal autoridad. La razón por la cual Pablo podía dirigir a otros no era su posición superior sino su mayor espiritualidad. Si hubiera perdido su espiritualidad, hubiera perdido su autoridad. En una organización aquellos que son espirituales no necesariamente tienen algún puesto, y aquellos que tienen algún puesto no necesariamente son espirituales; pero en las Escrituras es diferente. Allí, son los que conocen al Señor quienes dirigen los asuntos. Aquellos que son espirituales son los que dirigen a otros, y si esos otros son espirituales, reconocerán la autoridad espiritual y se someterán a ella. En una organización los trabajadores están obligados a obedecer, pero en una asociación espiritual no, y desde un punto de vista oficial, de nada se les puede tachar si no obedecen. En una asociación espiritual no hay coerción; la dirección y la sumisión igualmente están sobre la base de espiritualidad.

Aparte de la cuestión de autoridad espiritual también existe la cuestión de los diferentes ministerios. Todos los siervos del Señor están en el ministerio, y cada uno tiene su propio ministerio especial. En una organización los puestos son repartidos por el hombre, pero en la obra espiritual los ministerios son designados por el Señor. Debido a la diferencia en ministerio, por un lado debemos obedecer al Señor, y por otro, debemos obedecer a los hermanos. Dicha obediencia no se basa en su posición superior, sino en que su ministerio difiere del nuestro, sin embargo, ambos están íntimamente ligados. Si la cabeza está moviendo las puntas de mis dedos, los músculos de mis brazos no pueden tomar una actitud independiente y rehusar moverse con ellos. El principio de estar en un Cuerpo necesita que los miembros íntimamente relacionados se muevan uno con otro. Al movernos con los otros miembros no estamos en

realidad obedeciéndoles; estamos obedeciendo a la Cabeza. En muchos casos podemos reclamar una conducción directa de la Cabeza, pero en otras tantas cosas, la Cabeza mueve a otros, y nosotros simplemente nos movemos con ellos. Su movimiento es razón suficiente para seguirlos. Es muy importante reconocer esta interrelación de los varios ministerios en el Cuerpo de Cristo. Tenemos que conocer nuestro ministerio y reconocer el ministerio de los demás, para que nos podamos mover como uno, obedeciendo a aquellos que tienen un ministerio mayor. Puesto que nuestro ministerio está entrelazado en tal manera, no nos atrevemos a tomar una actitud individual o independiente.

Todas las posiciones ocupadas por los ministros de Dios son espirituales, no oficiales. ¡Ay! Los hombres han visto sólo la mitad de la verdad, así que tratan de organizar la obra y designan a un director para supervisar el servicio de otros, pero su dirección se basa en su posición en la organización, no en su posición en el ministerio. Pablo podía dirigir a otros por causa de que el ministerio encomendado a él por el Señor lo colocaba en un lugar de autoridad sobre ellos; y a su vez Tito, Timoteo y Tíquico podían someterse a ser dirigidos, por razón de que el ministerio encomendado a ellos por el Señor los ponía en una posición bajo la autoridad de Pablo. Por desgracia, la dirección de hoy no se basa en profundidad de espiritualidad ni en grandeza de ministerio.

Timoteo era un hombre de Dios. El vivía cerca al Señor, obedeciéndole y sirviéndole fielmente; sin embargo, muchas veces él fue enviado aquí y allá por Pablo. El no replicó: ¿Cree usted que no soy capaz de trabajar por mí mismo? ¿Cree usted que no sé cómo predicar el evangelio y cómo establecer iglesias? ¿Cree usted que no sé cómo hacer las cosas? Aunque Timoteo sabía mucho, estaba dispuesto a obedecer a Pablo. En la obra espiritual hay tal cosa como ser dirigido por otros; existe la posición de un Pablo y también la posición de un Timoteo, pero éstas son posiciones espirituales, no oficiales.

Hoy debemos aprender, por una parte, a mantener una relación correcta con nuestros colaboradores y, por otra, a ser guiados por el Espíritu Santo. Debemos mantener ambas relaciones, y también mantener el equilibrio entre ambas. En la primera y segunda epístolas a Timoteo, hay muchos pasajes que muestran cómo deben cooperar los colaboradores y cómo debe someterse un obrero más joven a uno mayor. Un Timoteo joven debe obedecer los mandatos del Espíritu Santo, pero también debe recibir las instrucciones de un Pablo maduro. Timoteo fue enviado por Pablo, Timoteo fue dejado por Pablo en Efeso, y Timoteo obedeció a Pablo en el Señor. He aquí un ejemplo para los siervos jóvenes de Dios. Es de suma importancia en Su obra aprender cómo ser dirigidos por el Espíritu y, al mismo tiempo, cómo cooperar con nuestros colaboradores. La responsabilidad no debe caer totalmente sobre Timoteo, y tampoco debe recaer exclusivamente sobre Pablo. En la obra Timoteo debe aprender a adaptarse a

Pablo, y Pablo también debe aprender a adaptarse a Timoteo. No sólo el más joven debe aprender a someterse a la instrucción del mayor, sino que el mayor debe aprender cómo instruir al más joven. El que está en una posición para dejar algunos en alguna parte, o enviarlos o persuadirlos, tiene que aprender a no seguir los dictámenes de su propia naturaleza, obrando conforme a su inclinación o deseo personal, porque en ese caso dificultaría las cosas para aquellos bajo su autoridad. Pablo tiene que dirigir a Timoteo en tal manera que a éste no se le haga difícil obedecer tanto al Espíritu Santo como al apóstol.

Los siervos de Dios deben laborar juntamente en grupos, pero hay una clase de colaboración que se debe evitar, a saber, la colaboración en una organización hecha por hombres, que restringe a sus miembros en tal forma que ellos realmente no puedan responder a la dirección del Espíritu. Cuando los obreros están enteramente sujetos a la dirección de los hombres, entonces su trabajo no es el resultado de una carga espiritual puesta sobre ellos por Dios, sino simplemente la ejecución de una labor en respuesta a los dictados de los que tienen puestos más elevados que ellos. El problema actual es que los hombres están tomando el lugar del Espíritu Santo, y la voluntad de los hombres en puestos oficiales está tomando el lugar de la voluntad de Dios. Los obreros no tienen conocimiento directo de la voluntad divina, sino que simplemente hacen la voluntad de aquellos en autoridad sobre ellos, sin tomar ninguna carga personal de parte del Señor por Su obra.

Hay otros que a su vez conocen la mente de Dios, tienen un llamamiento de El, y dependen totalmente de El para que les provea en todas sus necesidades; pero aunque ellos saben qué es ser guiados por El individualmente, ellos piensan que pueden seguir su propio camino y hacer su propia obra independientemente de otros.

La enseñanza de la Palabra de Dios es que, por una parte, las organizaciones humanas no deben controlar a los siervos de Dios; por otra parte, Sus siervos deben aprender a someterse a una autoridad espiritual que esté basada en la diferencia de ministerio. No hay cooperación organizada; sin embargo, hay una comunión espiritual y una unidad espiritual. Tanto el individualismo como la organización humana están ambos fuera de armonía con la voluntad de Dios. Debemos procurar conocer Su voluntad, no independientemente, sino juntamente con los otros miembros ministrantes del Cuerpo. El llamamiento de Pablo y Bernabé se basó en este principio. No fue sólo un caso de dos profetas y maestros, sino de cinco, que esperaban en Dios para conocer Su voluntad. Hechos 13 nos da un buen ejemplo de una compañía que laboraba, en la cual todos los obreros estaban mutuamente relacionados y la dirección de uno era confirmada por los otros.

LA ESFERA DE LA OBRA

La esfera de la obra, a diferencia de la esfera de la iglesia local, es muy amplia. Algunos de los obreros son enviados a Efeso, otros van a Pablo en Nicópolis, otros continúan en Corinto, otros son dejados en Mileto, otros permanecen en Creta, algunos regresan a Tesalónica, y otros prosiguen a Galacia. ¡Así es la obra! Vemos aquí no los movimientos de la iglesia local, sino de la obra, porque los movimientos de la iglesia local siempre están limitados a una localidad. Efeso solamente dirige los asuntos de Efeso, y Roma los asuntos de Roma. La iglesia se limita a asuntos en su propia localidad. No hay necesidad de que la iglesia en Efeso mande un hombre a Corinto ni de que la iglesia en Corinto deje un hombre en Roma. La iglesia de que se habla aquí es local, la obra extra-local. Efeso, Corinto y Roma, son todas la preocupación de los obreros. La iglesia sólo maneja los asuntos en una localidad determinada, pero los obreros de Dios consideran como su “parroquia” la esfera que el Señor les ha delimitado.

NINGUN CONTROL CENTRALIZADO, SINO COMUNION

En la Escritura los obreros fueron formados en grupos, pero eso no implica que todos los apóstoles se hayan agrupado en una asociación y que hayan puesto todas las cosas bajo un control centralizado. Aunque Pablo tenía “aquellos con él”, y Pedro sus asociados, ellos consistían solamente en algunos de los apóstoles, no en todos los apóstoles. La Palabra de Dios no muestra que todos los apóstoles deban unirse en una sola compañía. Es perfectamente correcto que veintenas de hombres, o aun centenares, que han recibido el mismo encargo de Dios, se unan en el mismo trabajo; pero en las Escrituras no encontramos centralización alguna de autoridad para controlar a todos los apóstoles. Hay una compañía de apóstoles, pero no es lo suficientemente grande para incluir a todos los apóstoles. Eso es al estilo de Roma, no conforme a la Biblia.

Las facciones a que se hace referencia en Filipenses 1:15-17; 2 Corintios 11:12, 13, 22-23 y Gálatas 4:17 indican que la obra en los primeros días no estaba centralizada. Si hubiera estado centralizada, esos grupos no hubieran podido permanecer en pie, porque podrían haber sido combatidos eficazmente. Las Escrituras muestran que en la obra divina no hay organización universal ni control centralizado, lo cual explica el hecho de que el apóstol no tenía autoridad para tratar con esos grupos de personas que estaban causando tanta dificultad en las iglesias.

La explicación es ésta: Dios no desea que el poder de la organización tome el lugar del poder del Espíritu Santo. Aunque no hay control centralizado, siempre que todos los obreros sigan la dirección del Espíritu, todo marchará sin problemas y satisfactoriamente, y existirá la coordinación de un cuerpo. Cuando el pueblo cesa de obedecer al Espíritu y trabaja en el poder de la carne, entonces

lo mejor es que la obra simplemente se deje desmoronar. Una buena organización a menudo sirve como un pobre sustituto del poder del Espíritu Santo, al mantener unida una obra aun después de que se ha ido toda su vitalidad. Cuando la vida se ha ido de la obra y el andamiaje de la organización todavía la sostiene, se evita su colapso; pero esa es una ganancia dudosa, porque una espléndida organización exterior puede estar cegando a los siervos de Dios a una profunda necesidad interior. Dios preferiría mejor que Su obra fuera descontinuada a que siguiera con esa falsificación de potencia espiritual. Cuando la gloria de Dios se había ido del templo, El mismo lo abandonó a una ruina total. Dios desea que la condición exterior y la interior correspondan, para que en caso de que la muerte invada la obra, Sus obreros puedan advertir de inmediato la necesidad que tienen y en humildad de corazón busquen el rostro del Señor.

Tener control centralizado trae muchos males; facilita que los siervos de Dios desatiendan la dirección del Espíritu, y muy pronto se desarrolla en un sistema papal, convirtiéndose en una gran potencia mundana. En las Escrituras es un hecho que los siervos de Dios son asociados en compañías, pero no en una sola compañía.

Sin embargo, eso no quiere decir que cada compañía simplemente pueda seguir independientemente, sin tener ninguna relación o comunión con las otras compañías. El principio de la unidad del Cuerpo es vigente aquí, igual que en todas las otras relaciones entre los hijos de Dios. En la Escritura no solamente vemos el principio de la “imposición de las manos”, sino también el de dar “la diestra” (Gá. 2:9). Aquél habla de identificación, éste de comunión. En Antioquía fueron impuestas las manos sobre Pablo y Bernabé; en Jerusalén no hubo imposición de manos, sino la diestra de comunión dada a ellos por Jacobo, Cefas y Juan. En Antioquía la esfera que se tenía en mira era una compañía apostólica, y el punto recalcado era identificación; por consiguiente, se les impusieron las manos. Pero en Jerusalén la esfera que se tenía en mira era la relación entre las diferentes compañías apostólicas y el punto recalcado era comunión, así que se les dio la diestra.

Muchos son llamados a laborar para el Señor, pero su esfera de servicio no es la misma, así que sus asociados no pueden ser los mismos. Pero las diversas compañías deben todas estar identificadas con el Cuerpo, sometándose al Señor como Cabeza, y teniendo comunión entre sí. No se impone las manos en la relación entre Antioquía y Jerusalén, sino que se da la diestra de comunión. Así que la Palabra de Dios no autoriza la formación de una compañía central; pero tampoco autoriza la formación de varias compañías, esparcidas, aisladas y sin interrelación. No hay un lugar central para la imposición de manos, ni existe solamente la imposición de manos y nada más en ninguno de los varios grupos;

pero entre ellos hay también el dar la diestra de comunión el uno al otro. Cada compañía debe reconocer lo que Dios está haciendo con las otras compañías y debe extender la comunión a ellas, reconociendo que también ellos son ministros en el Cuerpo. Según la disposición de Dios ellos pueden trabajar en diferentes compañías, pero todos deben funcionar como un Cuerpo. Ofrecer la diestra de comunión implica un reconocimiento de que otras personas están en el Cuerpo, y de que estamos en comunión con ellos, trabajando juntos en forma interrelacionada, como conviene a miembros activos del mismo Cuerpo. “Como vieron que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión...y reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión” (Gá. 2:7-9). Las organizaciones inconexas, esparcidas, trastornadas y en discordia unas con otras en la cristiandad, que no reconocen el principio del Cuerpo y no se someten a Cristo como Cabeza y a Su soberanía, nunca encajan en la mente del Señor.

COOPERACION ENTRE LOS OBREROS

Naturalmente surge la pregunta, ¿cómo deben cooperar los obreros y las sociedades relacionadas con la obra? A una compañía Dios le da una clase de ministerio, y a otra, un tipo de ministerio completamente distinto. ¿Cómo deben trabajar juntamente los diversos grupos? Pedro y sus asociados, y Pablo y aquéllos con él, fueron nombrados a diferentes esferas, pero en el evento de que sus obras coincidieran en parte, ¿cómo deben actuar? Puesto que no hay una centralización de obra, y al mismo tiempo hay varios grupos de obreros, ¿cómo deben cooperar estos grupos diferentes? Debemos notar dos puntos fundamentales con respecto a la obra:

(1) La primera responsabilidad de cada obrero —no importa cuál sea su ministerio o su obra especial— siempre que llegue a un lugar en donde no haya una iglesia local, es la de establecer una en la localidad. (Lo que se aplica al obrero individual se aplica también a cualquier grupo de obreros).

(2) Si llega a un lugar en donde ya existe una iglesia local, entonces toda su enseñanza y toda su experiencia deben ser aportadas a esa iglesia, para que sea fortalecida y edificada, y no debe hacerse ningún intento para adherir esa iglesia a sí mismo o a la sociedad que él representa.

Si un obrero va a un lugar en donde no hay iglesia y funda una para la propagación de su doctrina particular, entonces no podemos cooperar con él porque está edificando una secta, no una iglesia. Por otra parte, si un obrero va a un sitio en donde ya hay una iglesia local, y en vez de contribuir con su

enseñanza y experiencia a la edificación de ella, trata de convertirla en una iglesia sucursal de la sociedad a la cual pertenece, entonces tampoco nos es posible cooperar, porque él está edificando una denominación. La base de comunión en la iglesia es la posesión común de vida en Cristo y el vivir en la misma localidad. La base de la cooperación en la obra es la meta común de la fundación y edificación de iglesias locales. Las afiliaciones denominacionales no nos impiden reconocer a alguna persona como perteneciente al Cuerpo, pero la meta de la extensión denominacional ciertamente nos impedirá cualquier colaboración en el servicio de Dios. El daño más grande que un obrero puede causar es que, en lugar de establecer y edificar las iglesias locales, adhiera a su sociedad los creyentes que él encuentra en un lugar o forme aquellos que han venido al Señor por sus esfuerzos en una sucursal de su denominación particular. Ambos procedimientos son condenados por la Palabra de Dios.

Pablo fue de Antioquía a Corinto y allí predicó el evangelio. La gente creyó y fue salva, y pronto hubo un grupo de santos en Corinto. ¿En qué clase de iglesia los formó Pablo? En la iglesia en Corinto. Pablo no estableció una iglesia antioquina en Corinto. El no formó en Corinto una sucursal de la iglesia en Antioquía, sino que simplemente estableció una iglesia en Corinto. Posteriormente Pedro llegó a Corinto y predicó el evangelio, con el resultado de que otro grupo de personas creyó. ¿Acaso dijo Pedro: “Pablo vino de Antioquía, pero yo he venido de Jerusalén, así que yo tengo que fundar otra iglesia. Yo estableceré una iglesia jerusalénica en Corinto, o formaré aquí en Corinto una sucursal de la iglesia en Jerusalén”? No, él aportó todos los que él había conducido al Señor a la iglesia local ya existente en Corinto. Después, Apolos llegó. De nuevo se salvaron personas, y de nuevo todos los salvos fueron añadidos a la iglesia local. Así que en Corinto había sólo una iglesia de Dios; no había denominaciones cismáticas. Si Pablo hubiera establecido el precedente de formar una iglesia en Corinto para extender la esfera de la iglesia de donde salió, llamándola la iglesia antioquina en Corinto, entonces al llegar Pedro a Corinto él habría podido argüir: “Está bien que Pablo fundara una iglesia antioquina en Corinto puesto que él vino de Antioquía, pero yo no tengo nada que ver con Antioquía; mi iglesia está en Jerusalén, así que tengo que establecer una iglesia jerusalénica aquí”. Apolos, al llegar a Corinto, a su vez habría seguido el ejemplo y habría establecido otra iglesia como sucursal de aquella de la cual él salió. Si cada obrero tratara de formar una sucursal de la iglesia que él representa, entonces las sectas y las denominaciones serían inevitables. Si la meta de un obrero en cualquier lugar no es establecer una iglesia local allí, sino extender la iglesia de la cual él salió, entonces no está estableciendo una iglesia de Dios en esa localidad, sino solamente su propia sociedad. Bajo tales circunstancias no hay ninguna posibilidad de cooperación.

Las condiciones han cambiado grandemente desde los días de los primeros apóstoles. El cristianismo ha perdido su pureza original, y todo lo relacionado con él está en un estado falso y confuso. A pesar de eso, nuestro trabajo actual todavía es el mismo que en los días de los apóstoles primitivos: el fundar y edificar iglesias locales, las expresiones locales del Cuerpo de Cristo. Así que, si nos encontramos en un lugar en donde no hay iglesia, deberíamos buscar el rostro del Señor pidiendo que nos capacite para ganar almas para El y formarlas en una iglesia local. Si estamos en un lugar en donde hay misiones o iglesias afirmadas sobre bases sectarias o denominacionales, pero no hay ninguna iglesia afirmada sobre el principio fundamental del Cuerpo y de la localidad, entonces nuestro deber es exactamente el mismo, es decir, fundar y edificar una iglesia local. Muchos persistirán en sus costumbres antiguas, así que el número de personas que estén afirmadas sobre la base clara de la iglesia puede ser mucho menor que el número total de cristianos en la localidad. Pero la extensión de la base sobre la que están afirmados es tan amplia como la que debe tener la iglesia, de manera que todavía es nuestro deber mantener esa base. Solamente podemos cooperar con aquellos que están edificando el Cuerpo de Cristo expresado en las iglesias locales, y no con aquellos que están edificando otras cosas. Conexiones denominacionales no nos obstaculizan la comunión en el Señor, pero extensiones denominacionales sí nos impiden la cooperación en la obra de Dios.

En esto se encuentra el principio más importante en la obra de Dios: un obrero no debe procurar establecer una sucursal de la iglesia de la cual ha salido, sino establecer una iglesia en la localidad a la cual llega. El no hace que la iglesia en el lugar al cual va sea una extensión de la iglesia en el lugar de donde viene, sino que establece una iglesia en esa localidad. A dondequiera que vaya establece una iglesia en ese lugar. El no extiende la iglesia de su lugar de origen, sino que establece la iglesia en el lugar que lo acoge. Puesto que en las Escrituras todas las iglesias son locales, Jerusalén y Antioquía no pueden tener iglesias sucursales. No podemos extender una iglesia local a otra localidad, sólo podemos formar una iglesia nueva en esa localidad. La iglesia que los apóstoles establecieron en Efeso es la iglesia en Efeso. La iglesia que ellos establecieron en Filipos es la iglesia en Filipos. Las iglesias que ellos establecieron en otros lugares son las iglesias de esos diversos lugares. No hay precedente en las Escrituras para establecer iglesias que no sean iglesias locales. Es perfectamente legítimo extender la iglesia de Dios, pero es completamente erróneo extender una iglesia local de Dios. ¿Cuál es el sitio en el que yo deseo trabajar? Es la iglesia en ese sitio la que debo procurar establecer.

Ahora, hay dos clases de obreros, a saber, aquellos que se afirman en terreno bíblico y los que se afirman en terreno denominacional o de su misión. Pero aun en cuanto a los que se afirman en terreno denominacional o de su misión, el

principio de cooperación es exactamente el mismo: la única meta de fundar y edificar la iglesia local.

La obra de evangelización tiene como fin primordial la salvación de los pecadores, pero su resultado espontáneo es una iglesia en donde se realiza dicha obra. El objetivo inmediato es la salvación de los hombres, pero el resultado final es la formación de iglesias. El peligro que el misionero afronta es el de formar aquellos a quienes él ha conducido al Señor en una sucursal de la sociedad que él representa. Puesto que los obreros representan diferentes sociedades, ellos naturalmente forman diferentes sucursales de sus respectivas sociedades, y la consecuencia es una gran confusión en la obra y las iglesias de Dios. La meta inmediata de los diversos obreros sin duda es la misma, —¿qué predicador no espera que muchas almas sean ganadas para el Señor?— pero hay una falta de claridad y definición con relación al resultado final. Algunos obreros, alabado sea Dios, tienen como meta establecer iglesias locales, otros, ¡qué lástima! tienen como objetivo extender su propia denominación o formar iglesias de misión.

Este es un punto en el cual mis compañeros de labores y yo no podemos estar completamente de acuerdo con muchos de los hijos de Dios. De lo más profundo de nuestros corazones damos gracias a Dios que en el siglo pasado El envió a China tantos de Sus siervos fieles, para que aquellos que estaban asentados en tinieblas pudieran escuchar el evangelio y creer en el Señor. Su abnegación, su diligencia y su piedad han sido verdaderamente un ejemplo para nosotros. Muchas veces, al ver las caras de los misioneros que sufrían por causa del evangelio, hemos sido conmovidos a orar: “Señor, haznos vivir como ellos”. ¡Que Dios los bendiga y les dé su galardón! Reconocemos que somos completamente indignos de tener participación alguna en la obra de Dios, pero por la gracia de Dios somos lo que somos, y puesto que Dios en Su gracia nos ha llamado a Su servicio, no podemos sino buscar serle fieles. No tenemos nada que criticar, y mucho que admirar, en cuanto a la obra evangelística de nuestros hermanos misioneros; sin embargo, no podemos sino poner en duda sus métodos al tratar con los frutos de dicha obra. Porque en los últimos cien años no ha resultado en la edificación de iglesias locales sino en la formación de iglesias de misión, o de iglesias sucursales de las diversas denominaciones que los misioneros representaban. A nuestro parecer esto es contrario a la Palabra de Dios. No hay en la Escritura mención alguna de la edificación de denominaciones; allí solamente hallamos iglesias locales. ¡Que Dios me perdone si estoy equivocado!

IGLESIAS LOCALES E IGLESIAS DE MISION

Permítaseme mencionar un incidente personal. Hace algún tiempo conocí a cierto misionero en Shanghai quien me preguntó si no sería posible que yo cooperara con su misión. No sabiendo exactamente qué contestar, no me comprometí. Posteriormente me lo volví a encontrar en otra parte del país, y nuevamente repitió su pregunta y deseaba saber si yo tenía algo en contra de su Misión. Yo le contesté: “No me atrevo a criticar su Misión, aún cuando no creo que encaje en el pensamiento pleno de Dios. Creo que la voluntad de Dios era establecerla para que los siervos de Dios en tierras occidentales pudieran venir a China a predicar el evangelio. No tengo nada que decir acerca de la Misión como grupo, porque las Escrituras hablan de compañías de obreros; y si usted cree que debe estar organizada, que debe tener funcionarios, y que debe llevar un nombre específico, debe responder a Dios y no a los hombres por eso. ¿Quién soy yo para criticar a los siervos del Señor? Pero aunque no critico, no puedo tampoco copiar, porque Dios no ha revelado eso como Su voluntad y camino para mí. Tocante a la Misión como misión, no tengo nada que decir, pero tengo serias dudas con respecto a las iglesias formadas por la Misión. Para explicarlo, permítame decirle que usted representa a la Misión ‘X’. Ahora, ¿los salvados por intermedio suyo forman la Iglesia ‘X’ o forman la iglesia de la localidad específica en que viven? Puede ser perfectamente correcto que misioneros pertenezcan a la Misión ‘X’, pero está totalmente equivocado que ellos hagan que los frutos de la Misión lleguen a ser la Iglesia ‘X’. La Palabra de Dios no ha prohibido expresamente la formación de una Misión ‘X’, pero claramente desautoriza la fundación de iglesias que no sean locales”.

Entonces mencioné los ejemplos apostólicos, señalando que ellos siempre procuraban fundar o edificar iglesias en la localidad donde laboraban con el fruto de dichas labores. Ellos nunca usaron esos frutos para formar sucursales de los grupos en que trabajaban; de otra manera la iglesia de Dios hubiera sido desgarrada por numerosas facciones desde su mismo comienzo.

Entonces tomé como ejemplo la obra en T—. “Allí en T—”, dije, “Dios le ha usado para ganar muchas almas. Si la gente salvada por intermedio suyo son la iglesia en T—, entonces si vengo a T— ciertamente me juntaré con ellos, sin importarme su estado espiritual, ni su forma de organización; de otro modo, yo sería culpable de sectarismo. Pero si usted edifica una Iglesia ‘X’ en T— con los salvados allí, entonces no está edificando la iglesia de Dios en T—, y a tal ‘iglesia’ siento mucho decir que no puedo unirme. Me veré obligado a obrar separadamente en T— a menos que haya una iglesia allí, afirmada en el terreno bíblico de localidad.

“Si todos tenemos como meta establecer iglesias locales entonces hay toda posibilidad de cooperación. Es permisible establecer una Misión ‘X’, pero no es bíblico establecer una Iglesia ‘X’. Supongamos que su Misión ‘X’, al llegar a T—,

establece una Iglesia 'X'; después otras misiones diferentes llegan a T—, cada una estableciendo una 'iglesia' de misión separada. Eso sería igual a que Pablo estableciera una iglesia antioquina en Corinto y a que Pedro al llegar poco tiempo después estableciera una iglesia jerusalénica allí. Sobre tal base, la cooperación es imposible, porque estaríamos desatendiendo el patrón que Dios nos ha mostrado claramente en Su Palabra, el establecimiento de iglesias locales.”

“Si llegamos a un lugar a fundar una iglesia, ésta entonces tendrá que ser local, intensamente local, sin ninguna cosa extraña que le quite en lo más mínimo su carácter local. Si usted llega a T—, con la única mira de establecer la iglesia en T—, y yo llego a T—, con la única mira de establecer la iglesia en T—, entonces la cooperación no será problema. Aun si ciento un misioneros, representando a ciento una Misiones, llegan a T— con ésta como su única meta, el establecimiento de la iglesia en T—, entonces no habrá posibilidad de sectarismo, y la cooperación será un asunto espontáneo. Si el objetivo de la Misión 'X' es sólo predicar el evangelio, entonces tenemos la posibilidad de trabajar juntos, pero si hay una meta doble con, a saber, la predicación del evangelio y la extensión de la Misión, entonces la cooperación no es posible. Si un obrero procura por una parte predicar el evangelio, y por otra parte extender su propia sociedad, es imposible que trabajemos juntos”. Que una persona se haya propuesto establecer iglesias locales o no, determina si podremos cooperar con él. No importa a cuál misión pertenezca un hombre, si él llega a un sitio, no procurando establecer su propia “iglesia”, sino una iglesia en la localidad, entonces estamos perfectamente dispuestos a trabajar con él. Aunque no somos una Misión, estamos totalmente dispuestos a cooperar con cualquier Misión si ellos no tienen ningún objetivo particular, sino solamente el fin que Dios ha mostrado como Su voluntad acerca de Su obra.

Que Dios nos conceda gracia para ver que todas Sus iglesias son iglesias locales.

CAPITULO OCHO

EL ASUNTO DE LAS FINANZAS

Es un hecho notable que, aun cuando el libro de Hechos proporciona muchos detalles minuciosos concernientes a la obra de un apóstol, no se trata en absoluto el mismo asunto que, desde un punto de vista humano, tiene una importancia suprema en la realización de cualquier obra. No se da ninguna información acerca de cómo se proveía para las necesidades de la obra o para las necesidades personales de los obreros. ¡Esto es verdaderamente asombroso! Lo que los hombres consideran de importancia máxima, los apóstoles lo tenían como de mínima importancia. En los primeros días de la iglesia, los enviados de Dios salían constreñidos por el amor divino. Sus labores no eran meramente su

profesión, y su fe en Dios no era intelectual sino espiritual, no era solamente teórica, sino intensamente práctica. El amor y la fidelidad de Dios eran realidades para ellos, y siendo así, no surgía ninguna duda en sus mentes acerca del suministro para sus necesidades temporales. Hoy en día como en aquel entonces el asunto de las finanzas no ofrecerá ningún problema a los que tienen una fe viva en Dios y un amor verdadero para con El.

Este asunto de finanzas tiene puntos muy importantes, así que vamos a dedicarle un poco de tiempo. En la gracia Dios es el mayor poder, pero en el mundo las riquezas es el mayor. Si los siervos de Dios no resuelven claramente la cuestión de las finanzas, entonces ellos dejarán un gran número de otros puntos que quedan también sin resolver. Una vez que está resuelto el problema financiero, es asombroso ver cuántos otros problemas automáticamente se resuelven juntamente. La actitud de los obreros cristianos hacia los asuntos financieros será una muy buena indicación si han sido comisionados por Dios o no. Si la obra es de Dios, será espiritual; y si la obra es espiritual, la forma de aprovisionamiento será espiritual. Si el abastecimiento no está en un nivel espiritual, entonces la obra misma rápidamente se desviará hacia el nivel de los negocios seculares. Si la espiritualidad no caracteriza el lado financiero de la obra, entonces la espiritualidad de sus otros departamentos es simplemente teórica. No hay ningún rasgo de la obra que toque aspectos prácticos tan realmente como lo hace su financiamiento. Uno puede ser teórico en cualquier otro departamento, pero no en éste.

LA IMPORTANCIA DE LA VIDA DE FE

Todo obrero, no importa el ministerio que tenga, debe ejercitar fe para satisfacer todas sus necesidades personales y todas las necesidades de su obra. En la Palabra de Dios no leemos de ningún obrero que pida ni que reciba salario por sus servicios. Pablo no hizo ningún contrato con la iglesia en Efeso ni con ninguna otra iglesia para recibir una cierta remuneración por un periodo determinado de servicio. Que los siervos de Dios esperen de fuentes humanas el suministro para sus necesidades no tiene precedente en las Escrituras. Sí, leemos allí de un Balaam que procuró hacer un negocio de su don de profecía, pero es denunciado en términos muy claros. También leemos de un Giezi que intentó obtener ganancia de la gracia de Dios, pero fue herido de lepra por su pecado. Ningún siervo de Dios debe confiar en una agencia humana, ya sea un individuo o una sociedad, para la satisfacción de sus necesidades temporales. Si ellas pueden ser satisfechas por la labor de sus propias manos o por ingresos particulares, muy bien. De otra manera, él debería directamente depender de Dios exclusivamente para la provisión de sus necesidades, como lo hicieron los apóstoles primitivos. Los doce apóstoles enviados por el Señor no tenían sueldo fijo, ni tampoco lo tenían los apóstoles enviados por el Espíritu; ellos

simplemente confiaban en el Señor para que satisficiera todas sus necesidades. Los apóstoles de hoy en día, igual que aquéllos de antaño, no deben considerar a ningún hombre como el patrón para quien trabajan, sino que deben confiar en Aquél que les ha enviado para tomar la responsabilidad de todo lo que implique hacer Su voluntad, tanto en los asuntos temporales como en los espirituales.

Si un hombre puede confiar en Dios, que vaya y labore para El; si no, que se quede en casa, porque le falta el primer requisito para la obra. Existe la idea predominante de que si un obrero tiene un salario fijo, estará más desocupado para la obra, y en consecuencia la hará mejor; pero, de hecho, en la obra espiritual hay necesidad de ingresos inestables, porque esto hace necesario una comunión íntima con Dios, una revelación constante y clara de Su voluntad, y un sostenimiento divino directo. En los negocios mundanales todo lo que necesita un trabajador como equipo es voluntad y talento; pero el celo humano y las dotes naturales no son equipo para el servicio espiritual. Una dependencia total de Dios es necesaria si la obra ha de estar de acuerdo con Su voluntad; por tanto, Dios desea que Sus obreros recurran solamente a El para sus provisiones financieras a fin de que ellos no tengan otra alternativa que andar en íntima comunión con El y aprendan a confiar en El continuamente. Un ingreso fijo no cultiva la confianza en Dios ni la comunión con El; pero la dependencia total de El para la provisión de las necesidades de uno, sí lo hace. Cuanto más inestable sea la subsistencia de un obrero, más se aferrará él a Dios; y, cuanto más se cultive una actitud de confiada dependencia de Dios, tanto más espiritual será la obra. Así queda claro que la naturaleza de la obra y la fuente de su abastecimiento están estrechamente vinculadas. Si un obrero recibe del hombre un salario determinado, la obra producida nunca puede ser puramente divina.

La fe es un factor importantísimo en el servicio de Dios, porque sin ella no puede haber una obra verdaderamente espiritual; pero nuestra fe requiere entrenamiento y fortalecimiento, y las necesidades materiales son un medio utilizado en la mano de Dios hacia ese fin. Podemos afirmar que tenemos fe en Dios en una gran variedad de cosas intangibles, y podemos engañarnos a nosotros mismos al grado de creer que realmente confiamos en El cuando en realidad no confiamos en El en absoluto, sencillamente porque no hay nada concreto que demuestre nuestra desconfianza. Pero cuando se trata de necesidades financieras, el asunto es tan práctico que la realidad de nuestra fe se prueba de inmediato. Si no podemos confiar en que Dios suplirá nuestras necesidades temporales, entonces no podemos confiar en que El suplirá nuestras necesidades espirituales; pero si realmente comprobamos Su confiabilidad en la esfera sumamente práctica de las necesidades materiales, seremos capaces de confiar en El cuando surjan dificultades espirituales, ya sea en cuanto a la obra o a nuestras vidas personales. Qué contradicción proclamar a otros que Dios es el Dios vivo, mientras que nosotros mismos no nos

atrevernos a confiar en El en cuanto al suministro para nuestras necesidades materiales.

Además, el que tiene la bolsa tiene la autoridad. Si somos sustentados por los hombres, nuestra obra estará controlada por los hombres. Es de esperarse que si recibimos un salario de determinada fuente, tengamos que dar cuenta de nuestros hechos a esa fuente. Siempre que nuestra confianza está en los hombres, nuestro trabajo no puede dejar de ser afectado por los hombres. Es un concepto seriamente erróneo imaginar que podemos tomar dinero de los hombres para llevar a cabo la obra de Dios. Si somos sustentados por hombres, entonces debemos procurar complacer a los hombres, y a menudo es imposible complacer a los hombres y a Dios simultáneamente.

En Su propia obra Dios debe tener la dirección exclusiva. Esa es la razón por la cual El desea que nosotros no dependamos de ninguna fuente humana para nuestro aprovisionamiento financiero. Muchos de nosotros hemos experimentado que una y otra vez Dios nos ha controlado a través de los asuntos monetarios. Cuando hemos estado en el centro de Su voluntad, el abastecimiento ha sido seguro, pero tan pronto como hemos perdido contacto vital con El, tal provisión se ha vuelto incierta. A veces hemos creído que Dios desea que hagamos alguna cosa determinada, pero El nos ha mostrado que no era Su voluntad al suspender el suministro financiero. Así que hemos estado bajo la dirección constante del Señor, y tal dirección es muy preciosa. Si dejamos de depender de El, ¿cómo podría desarrollarse nuestra confianza?

La primera pregunta que debe enfrentar todo aquel que cree ser verdaderamente llamado por Dios, es la cuestión financiera. Si él no puede confiar solamente en el Señor en cuanto al abastecimiento para sus necesidades diarias, entonces no está calificado para comprometerse en la obra del Señor, porque si no es independiente de los hombres en asuntos financieros, tampoco puede la obra ser independiente de los hombres. Si él no puede confiar en Dios para el suministro de los fondos necesarios, ¿podrá confiar en El en todos los problemas y dificultades de la obra? Si dependemos completamente de Dios para nuestro abastecimiento, entonces rendimos cuentas de nuestra obra exclusivamente a El, y en ese caso la obra no necesita estar bajo la dirección humana. Permítanme aconsejar a todos los que no están preparados para el camino de la fe, que continúen en sus ocupaciones seculares y no se comprometan en el servicio espiritual. Cada obrero de Dios debe tener la capacidad de confiar en El.

Si tenemos verdadera fe en Dios, entonces tenemos que tomar toda la responsabilidad de nuestras propias necesidades y las necesidades de la obra. No debemos esperar secretamente ayuda de alguna fuente humana. Debemos

tener fe en Dios solo, no en Dios y los hombres. Si los hermanos muestran su amor, démosle gracias a Dios; pero si no lo muestran, démosle gracias a El de todas maneras. Es una cosa vergonzosa que un siervo de Dios tenga un ojo puesto en El y otro en el hombre o en las circunstancias. Es indigno de cualquier obrero cristiano afirmar que confía en Dios y, sin embargo, esperar ayuda de otras fuentes. Esto es incredulidad completa. He dicho constantemente y lo digo de nuevo, que tan pronto como nuestros ojos miren hacia los hermanos, traemos deshonra a nuestros colaboradores y al nombre del Señor. Nuestra vida por fe debe ser absolutamente real, y no debe deteriorarse en un “vivir por caridad”. Nos atrevemos a ser totalmente independientes de los hombres en asuntos financieros, porque nos atrevemos a creer completamente en Dios; osamos desechar toda esperanza en ellos porque tenemos plena confianza en El.

Si nuestra esperanza está en los hombres, entonces cuando se terminen sus recursos se acabarán los nuestros también. No tenemos a ninguna “junta” que nos respalde, pero sí tenemos una Roca sobre la cual estamos; y ninguno que se mantenga sobre esta Roca será avergonzado. Los hombres y las circunstancias pueden cambiar, pero mantendremos un curso constante si nuestra seguridad está en Dios. Toda la plata y el oro son Suyos, y el que ande en Su voluntad jamás padecerá necesidad. Somos muy propensos a confiar en los hijos del Señor que nos han enviado donativos en tiempos pasados, pero todos ellos han de pasar. Debemos mantener nuestros ojos fijos en el Dios inmutable cuya gracia y fidelidad continúan para siempre.

Los dos pasos iniciales en la obra de Dios son: primeramente, la oración de fe por los fondos necesarios, y luego el comienzo real de la obra. ¡Qué lástima que hay muchos siervos de Dios que no tienen fe; y aún así, buscan servirle! Empiezan la obra sin tener la calificación esencial para ella; así que, lo que ellos hacen no tiene valor espiritual. La fe es el primer requisito en cualquier obra para Dios y debería ser ejercitada en relación con las necesidades materiales y también con las demás necesidades. Si no hay fe para los fondos, entonces no importa cuán buena sea la obra, tarde o temprano fracasará. Cuando cese el dinero, cesará también la obra.

VIVIENDO DEL EVANGELIO

Nuestro Señor dijo: “El obrero es digno de su salario” (Lc. 10:7); y Pablo escribió a los corintios: “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio” (1 Co. 9:14). ¿Qué significa vivir del evangelio? No quiere decir que el siervo de Dios deba recibir de la iglesia una pensión definida, puesto que el sistema moderno de servicios pagados en la obra de Dios era desconocido en los días de Pablo. Lo que sí quiere decir es que los predicadores del evangelio pueden recibir donativos de los hermanos, pero no se hace

ninguna estipulación en conexión con tales donativos. No se nombra ningún periodo de tiempo definido, ninguna cantidad específica de dinero, ni ninguna responsabilidad definida; todo es cuestión de buena voluntad. En la medida en que Dios toca los corazones de los creyentes, ellos obsequian a Sus siervos, así que, mientras que estos siervos reciben donativos a través de los hombres, su confianza está todavía enteramente puesta en Dios. Sobre El tienen sus ojos fijos, a El le cuentan sus necesidades, y es El quien mueve los corazones de Sus hijos a dar. Eso es lo que Pablo quiso decir cuando habló de vivir del evangelio. Pablo mismo recibió el donativo de la iglesia en Filipos (Fil. 4:16), y cuando estaba en Corinto fue ayudado por los hermanos de Macedonia (2 Co. 11:9). Estos son ejemplos de vivir del evangelio. Pablo recibía donativos de vez en cuando de individuos y de iglesias, pero no recibía por su predicación remuneración definida.

Sí, “el obrero es digno de su salario”, y ciertamente debe vivir del evangelio. Sin embargo, haremos bien en preguntarnos: ¿De quién somos obreros? Si somos obreros de los hombres, busquemos de los hombres nuestro sostenimiento; pero si somos obreros de Dios, entonces no debemos esperar de ningún otro sino de El, aunque El puede satisfacer nuestras necesidades a través de nuestros semejantes. Todo el asunto se dilucida aquí: ¿Nos ha llamado Dios y nos ha enviado El? Si el llamamiento y la comisión vienen de El, entonces El deberá ser responsable por todo lo que involucre nuestra obediencia a El y con seguridad lo será. Cuando damos a conocer a Dios nuestras necesidades, El ciertamente escuchará, y moverá los corazones de los hombres para suministrarnos todo lo que necesitamos. Si sólo somos voluntarios en el servicio de Dios, entonces Dios no será responsable por las obligaciones en que incurramos, así que seremos incapaces de vivir del evangelio.

Cuando la señorita M. E. Barber pensó en venir a China a servir al Señor, ella previó las dificultades que encontraría una mujer que saliera por su cuenta y riesgo a un país extraño, de manera que le pidió consejo al señor Wilkinson de la Misión Mildmay a los judíos, quien le dijo: “Un país extranjero, ninguna promesa de sostenimiento, ningún respaldo de una sociedad; todo esto no presenta ningún problema. La cuestión es ésta: ¿Va usted por iniciativa propia, o la envía Dios?” “Dios me envía”, contestó ella. “Entonces no se necesitan más preguntas”, respondió él, “porque si Dios la envía a usted El deberá ser responsable”. Es cierto, si vamos por iniciativa propia, entonces la vergüenza y la angustia nos esperan, pero si vamos como enviados de Dios, toda responsabilidad será de El y nunca tenemos que inquirir cómo ha de cumplirla.

Pero en Corinto Pablo no vivió del evangelio; él hacía tiendas con sus propias manos. De manera que, evidentemente, hay dos formas en que pueden satisfacerse las necesidades de los siervos de Dios: esperar que Dios toque los

corazones de Sus hijos para que den lo que es menester, u obtener el sostenimiento ocupándose medio tiempo en un trabajo secular. Puede ser bueno que trabajemos con nuestras manos, pero debemos fijarnos en que Pablo no lo consideraba lo usual. Es algo excepcional, un curso al que debe recurrirse en circunstancias especiales.

“Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos de vosotros lo material? Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿cuánto más nosotros? Pero no hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo, por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo. ¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio. Pero yo de nada de esto me he aprovechado, ni tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo; porque prefiero morir, antes que nadie desvanezca esta mi gloria....¿Cuál, pues, es mi galardón? Que predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio de Cristo, para no abusar de mi derecho en el evangelio” (1 Co. 9:11-15, 18). Hay ciertos derechos que son privilegio de todos los predicadores del evangelio. Pablo no recibió nada de Corinto, porque estaba en unas circunstancias especiales en ese momento; pero, aunque no utilizó en esa ocasión sus privilegios como predicador del evangelio, está muy claro que sí lo hizo en otras ocasiones. “¿Pequé yo humillándome a mí mismo, para que vosotros fueseis enaltecidos, por cuanto os he predicado el evangelio de Dios de balde? He despojado a otras iglesias, recibiendo salario para servirlos a vosotros. Y cuando estaba entre vosotros y tuve necesidad, a ninguno fui carga, pues lo que me faltaba, lo suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia, y en todo me guardé y me guardaré de seros gravoso. Por la verdad de Cristo que está en mí, que no se me impedirá esta mi gloria en las regiones de Acaya” (2 Co. 11:7-10).

EL PRINCIPIO EN CUANTO A LA ACEPTACION DE DONATIVOS

No es lícito recibir un salario definido de una iglesia, y a veces ni aun un donativo indefinido. Pablo demostraba este principio en no recibir nada de la iglesia en Corinto. Si alguno nos da un donativo por lástima, entonces por causa del Señor no nos atrevemos aceptarlo; o si se ofrecen donativos, y la aceptación de los tales nos pondría bajo obligación a los donantes o bajo su control, debemos rechazarlos también. Todos los siervos de Dios no sólo deben confiar en El totalmente para el suministro de sus necesidades, sino que aun cuando se ofrecen donativos gratuitamente, deben tener la capacidad de discernir nítidamente si tales donativos pueden ser recibidos por Dios.

En el Antiguo Testamento los diezmos de los israelitas eran entregados a los levitas. Los israelitas hacían sus ofrendas a Dios, no a los levitas, pero éstos estaban en lugar de Dios para recibir las ofrendas. Hoy en día, estamos en el lugar de los levitas, y los donativos que se nos ofrecen son en realidad ofrecidos a Dios. No recibimos obsequios de ningún hombre; por tanto, no tenemos obligación con ninguno. Si alguno desea gratitud, debe buscarla de Dios, porque es Dios quien recibe las ofrendas. Por lo tanto, siempre que se nos dé un donativo es imprescindible que nosotros tengamos claridad si Dios podría recibirlo o no. Si Dios no puede aceptarlo, nosotros no nos atrevemos a hacerlo. No nos atrevemos a recibir donativos indiscriminadamente, no sea que hagamos que Dios quede en una posición falsa. (Digo esto con reverencia). Hay mucha gente cuya vida no es agradable a Dios; ¿cómo podría, entonces, recibir El sus ofrendas? Si El no puede, entonces nosotros no nos atrevemos a hacerlo en Su lugar. Sólo debemos recibir dinero cuando el hecho no involucre obligación alguna por parte nuestra, y por parte de Dios, ninguna impresión equivocada de Su naturaleza.

Puede suceder a veces que el donativo es correcto y asimismo la actitud del dador; pero en virtud de su donativo el dador puede considerarse con derecho a tener voz en la obra. Está perfectamente bien que el donante especifique en qué dirección ha de utilizarse su ofrenda, pero no es correcto que él decida cómo debe ejecutarse la obra. Ningún siervo de Dios debe sacrificar su libertad de seguir la dirección divina aceptando algún dinero que lo coloque bajo control humano. Un dador tiene perfecta libertad de estipular el uso que se deba dar a su donativo, pero tan pronto como lo haya dado, el dador debe soltar las riendas, y no procurar utilizar su donativo como un medio para ejercer control indirecto sobre la obra. Si él puede confiar en un siervo de Dios, que confíe; y si no, entonces no está obligado a darle su dinero.

En el trabajo secular la persona que proporciona los medios ejerce autoridad en la esfera hacia la cual sus bienes están dedicados, pero no es así en la obra espiritual. Toda la autoridad en la obra reposa en aquel que ha sido llamado por Dios para ejecutarla. En el ámbito espiritual el obrero es quien controla el dinero, no el dinero al obrero. Aquel que ha recibido el llamamiento, y a quien Dios ha encomendado la obra, es aquel a quien Dios revelará la forma en que deba realizarse la obra, y él no se atreverá a recibir dinero de alguien que usaría su donativo para interferir con la voluntad del Señor según El se la ha revelado en conexión con la obra. Si un dador es espiritual, con gusto buscaremos su consejo, pero se debe buscar su parecer solamente sobre la base de su espiritualidad, no sobre la base de su donativo. Si puede confiar en nosotros, y si él tiene la certeza de que el Señor le dirige a darnoslo, podemos entonces recibir su ofrenda; de otra manera, que conserve su dinero, y nosotros sigamos

adelante con la obra de Dios en la manera que El nos ha ordenado, acudiendo sólo a El para que provea a las necesidades de la obra y a las nuestras.

En todo nuestro servicio para Dios debemos mantener una actitud de dependencia total de El. Sea que haya fondos en abundancia, o que escaseen, nosotros debemos continuar nuestra obra con constancia, reconociéndola como un cargo encomendado a nosotros por Dios y como un asunto por el cual nosotros somos responsables ante El solamente. “¿Trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo” (Gá. 1:10). Debemos permanecer absolutamente independientes de los hombres en lo que se refiere al lado financiero de la obra, pero aun en nuestra independencia debemos conservar una actitud verdaderamente humilde y dispuesta, para aceptar los consejos de todo miembro del Cuerpo que esté en íntimo contacto con la Cabeza; y debemos esperar a través de ellos confirmación de la dirección que hemos recibido directamente de Dios. Pero al buscar y recibir consejos de otras personas, debemos hacerlo motivados por la espiritualidad de ellos, y no por su posición financiera. Estamos dispuestos a buscar el consejo del miembro más rico del Cuerpo, no debido a su dinero, ni a pesar de ello, y estamos igualmente dispuestos a buscar el consejo del miembro más pobre, no debido a su pobreza, ni a pesar de ella. En los asuntos de las finanzas debemos mantener este principio: es con Dios solamente con quien tenemos que tratar. ¡Que la gloria de Pablo sea también la nuestra!

ACTITUD HACIA LOS GENTILES

El principio es: “sin aceptar nada de los gentiles” (3 Jn. 7). No osamos recibir ningún sostenimiento para la obra de Dios de parte de aquellos que no le conocen. Si Dios no ha aceptado a un hombre, tampoco podrá aceptar su dinero, y sólo lo que Dios puede aceptar osen aceptar Sus siervos. Si alguna persona ocupada en el servicio de Dios acepta dinero de un hombre que no es salvo, para el avance de la obra, entonces virtualmente coloca a Dios en obligación para con los pecadores. Nunca recibamos dinero a nombre de Dios, de modo que le permita a un pecador, ante el gran trono blanco, acusar a Dios de haber sacado provecho de él. Sin embargo, esto no quiere decir que debemos rechazar aun la hospitalidad de los gentiles. Si en la providencia de Dios visitamos alguna Melita, haremos bien en aceptar la hospitalidad de un amistoso Publio. Pero esto debe hacerse definitivamente según el arreglo de Dios, no como caso usual. Nuestro principio debe ser siempre el de no tomar nada de los gentiles. Cuando comencemos a usar su dinero, nuestra obra habrá caído en un estado lamentable.

LAS IGLESIAS Y LOS OBREROS

¿Deben las iglesias suministrar lo necesario a los obreros? La Palabra de Dios nos da una contestación clara a nuestra pregunta. Vemos en ella que el dinero reunido por las iglesias es usado en tres formas distintas:

(1) Para los santos pobres. Las Escrituras dan mucha atención a los hijos de Dios que son menesterosos, y una gran parte de las ofrendas locales es usada para aliviar su aflicción.

(2) Para los ancianos de la iglesia local. Las circunstancias pueden hacer necesario que los ancianos renuncien a sus ocupaciones ordinarias a fin de entregarse de lleno a los intereses de la iglesia, en cuyo caso los hermanos locales deben reconocer su responsabilidad financiera hacia ellos y procurar, aunque sea en parte, suplirles lo que han sacrificado por causa de la iglesia (1 Ti. 5:17-18).

(3) Para los hermanos que laboran y para la obra. Esta debe ser tomada como una ofrenda a Dios, no como sueldo pagado a ellos.

“He despojado a otras iglesias, recibiendo salario para servirlos a vosotros. Y cuando estaba entre vosotros y tuve necesidad, a ninguno fui carga, pues lo que me faltaba, lo suplieron los hermanos que vinieron de Macedonia, y en todo me guardé y me guardaré de seros gravoso” (2 Co. 11:8-9). “Y sabéis también vosotros, oh filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros solos....Pero todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios” (Fil. 4:15, 18). Cuando los miembros de una iglesia son espirituales, no pueden evitar cuidar los intereses del Señor en sitios más allá de su propia localidad, y el amor del Señor les constreñirá a dar para los obreros así como para la obra. Si los miembros no son espirituales es probable que razonen que, puesto que la iglesia y la obra son entidades separadas, ellos no tienen obligaciones para la obra y que basta con responsabilizarse de la iglesia. Mas aquellos miembros que son espirituales siempre serán conscientes de su responsabilidad en cuanto a la obra y los obreros, y nunca tratarán de evadirla basados en que no tienen ninguna responsabilidad oficial. Ellos tendrán como un deber y también como un deleite hacer avanzar, por medio de sus donativos, lo que interesa al Señor.

Mientras que en las epístolas se alentaba a las iglesias a dar para los santos pobres y también para los ancianos y maestros locales, no se menciona estímulo alguno para dar a los apóstoles o a la obra en que ellos se ocupaban. La razón es obvia. Los escritores de las epístolas eran, ellos mismos, apóstoles; por tanto, no hubiera sido propio que ellos invitaran a que se dieran donativos a ellos o a su

obra, ni tenían ellos ninguna libertad del Señor para hacerlo. Era perfectamente adecuado que ellos animaran a los creyentes a que dieran a otras personas, pero para el suministro para sus propias necesidades y las necesidades de la obra, ellos sólo podían acudir a Dios. Al cuidar de las necesidades de otros, El no pasaba por alto las necesidades de ellos y El mismo conmovía los corazones de Sus santos para que proveyeran todo lo que se requiriera. Así que los obreros de hoy deben hacer lo que hacían los apóstoles de aquel entonces, sólo preocuparse de las necesidades de otros, y Dios tomará para Sí todas sus preocupaciones.

Fue una grande y noble declaración la que nuestro hermano Pablo hizo a los filipenses. Se atrevió a decirles a aquellos quienes eran casi su único sostén: “Todo lo he recibido, y tengo abundancia”. Pablo no da ninguna insinuación de necesidad, sino que tomó la posición de un hijo rico de un Padre opulento, y no tenía temor de que al hacerlo así se detendría el suministro de más abastecimientos. Estaba muy bien que los apóstoles dijieran a un incrédulo que también estaba en penuria: “No tengo plata ni oro”, pero nunca estaría bien que un apóstol necesitado dijera eso a creyentes que estuvieran dispuestos a responder a una solicitud de ayuda. Es una deshonra para el Señor si algún representante Suyo divulga necesidades que provocan lástima de parte de otros. Si tenemos una fe viva en Dios, siempre nos gloriaremos en El, y osaremos proclamar en toda circunstancia: “Todo lo he recibido, y tengo abundancia”. No hay nada mezquino ni bajo en los siervos verdaderos de Dios; son todos hombres de gran corazón. Las líneas siguientes fueron escritas por la señorita M. E. Barber sobre el Salmo 23:5 después de haber gastado su último dólar:

Siempre hay algo que
rebosa,
Al confiar en nuestro
Señor de gracia;
Cada copa que El
llena rebosa,
Todos Sus ríos
grandes son anchos.

Nada estrecho, nada
limitado,
Jamás salió de Su
provisión;
A los suyos El da
medida plena,
Por siempre
rebosando.

Siempre hay algo que
rebosa,
Al tomar de la mano
del Padre,
Nuestra porción con
acción de gracias,
Alabando por la senda
que planeó El.

Satisfacción plena y
ahondando,
Llena el alma y a los
ojos da la luz,
Cuando el corazón ha
confiado en Jesús
Para satisfacer todas
sus necesidades.

Siempre hay algo que
rebosa,
Al declarar todo Su
amor;
Profundidades
inexploradas aún
yacen a nuestros pies,
Alturas no escaladas
ascienden a lo alto.

Labios humanos
jamás podrán contar
Toda Su maravillosa
ternura.
Sólo podemos alabar y
admirarnos
Y Su nombre por
siempre bendecir.

Somos los representantes de Dios en este mundo, y estamos aquí para probar Su fidelidad; por lo tanto, en asuntos financieros debemos ser completamente independientes de los hombres y plenamente dependientes de Dios. Nuestra actitud, nuestras palabras y nuestras acciones, todas deben declarar que únicamente El es nuestra fuente de abastecimiento. Si hay alguna debilidad en esto, se le robará a El la gloria que merece. Como los siervos de Dios, debemos

exhibir los recursos abundantes de nuestro Dios. No debemos temer que parezcamos ricos ante la gente. No debemos ser falsos, pero tal actitud corresponde perfectamente con la honestidad. Mantengamos nuestras necesidades financieras en secreto, aun si nuestra discreción lleva a los hombres a concluir que tenemos suficiente, cuando en realidad no tengamos nada. Aquel que ve en lo secreto tomará nota de todas nuestras necesidades, y El las llenará, no en medida limitada sino “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19). Nos atrevemos a hacer las cosas difíciles para Dios, porque El no requiere ninguna ayuda de parte de nosotros para efectuar Sus milagros.

Del estudio de la Palabra de Dios notamos dos cosas con respecto a la actitud de Sus hijos en asuntos financieros. Por una parte, los obreros deben tener cuidado de no revelar sus necesidades a nadie sino sólo a Dios; por otra, las iglesias deben ser fieles para recordar las necesidades tanto de los obreros como de la obra, y deben enviar donativos, no solamente a aquellos que están trabajando en su cercanía, o a los que han sido llamados de en medio de ellos, sino que, como los filipenses y los macedonios, deben ministrar con frecuencia a un Pablo lejano. El horizonte de las iglesias debe ser más amplio de lo que es. El método actual de que una iglesia mantenga a su propio “ministro” o a su propio misionero, era una cosa desconocida en los días apostólicos. Si los hijos de Dios, con las facilidades de hoy en día para remitir dinero a partes lejanas, sólo ministran a las necesidades de aquellos en su propia localidad, ciertamente carecen de percepción espiritual y de un corazón ensanchado. De parte de los obreros, ellos no deben esperar recibir nada del hombre, y de parte de las iglesias, ellas deben recordar fielmente la obra y los obreros tanto en la localidad como en el extranjero. Es esencial en la vida espiritual de las iglesias que éstas tomen un interés práctico en la obra. Dios no tiene ningún uso para un obrero incrédulo, ni tiene uso alguno para una iglesia que carece de amor.

La distinción entre la iglesia y la obra debe estar bien definida en la mente del obrero, especialmente en lo tocante a los asuntos financieros. Si un obrero llega en una visita corta a cualquier lugar, a invitación de la iglesia, entonces es correcto que él acepte su hospitalidad. Pero si él se queda por un período indefinido, entonces debe tomar la carga él solo delante de Dios; si no, su fe en Dios menguará. Aun si un hermano ofreciera voluntariamente hospitalidad gratuita, debe ser rechazada, porque la vida de fe debe ser preservada cuidadosamente. Está bien que los hermanos den donativos a los obreros de vez en cuando, como los filipenses lo hacían con Pablo, pero no deben tomar la responsabilidad de ninguno. Las iglesias no tienen obligaciones oficiales con respecto a los obreros, y estos deben procurar que ellas no tomen tales responsabilidades. Dios nos permite aceptar donativos, pero no es Su voluntad que otros se responsabilicen de nosotros. Donativos de amor pueden ser mandados a los obreros de parte de sus hermanos en el Señor, pero ningún

creyente debe considerarse bajo ninguna obligación legal hacia ellos. Las iglesias no solamente no tienen responsabilidad oficial alguna para con los obreros; sino que ni siquiera son responsables de la alimentación, ni del alojamiento, ni de los viáticos de ellos. Toda la responsabilidad financiera de la obra reposa sobre aquellos a quien Dios la ha confiado.

“A nadie hemos agraviado, a nadie hemos corrompido, a nadie hemos engañado” (2 Co. 7:2). “No os seré gravoso” (2 Co. 12:14). “Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo” (1 Ts. 2:5). “Ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros” (2 Ts. 3:8). De estos pasajes vemos claramente la actitud del apóstol. El no estaba dispuesto a imponer ninguna carga sobre otros ni a aprovecharse de ellos en ninguna forma. Y ésta debe ser también nuestra actitud. No solamente no debemos recibir salario, sino que debemos tener cuidado de no tomar la más ligera ventaja sobre alguno de nuestros hermanos. Los apóstoles deben estar dispuestos a que se tome ventaja de ellos, pero por ningún motivo deben aprovecharse de otros. Es una cosa vergonzosa profesar confianza en Dios y, sin embargo, desempeñar el papel de un mendigo, dando a conocer las necesidades de uno y provocando a otros a compasión. Un siervo de Dios que realmente ve la gloria de Dios y su propia posición gloriosa como uno de Sus obreros, bien puede ser independiente de otros, y aun generoso. Es justo que disfrutamos de la hospitalidad de nuestros hermanos por un corto tiempo, pero debemos, con rigidez, guardarnos de aprovecharnos de ellos en pequeñeces como alojamiento por una noche, una comida esporádica o el uso de utensilios de la casa o hasta de un periódico. Nada revela pequeñez de carácter tan pronto como el aprovecharse de trivialidades. Si no somos cuidadosos en tales asuntos, sería mejor renunciar a nuestra tarea.

Todos los movimientos de los obreros afectan profundamente la obra, y, a menos que tengamos una confianza viva en Dios, nuestros movimientos estarán propensos a ser determinados por nuestra expectativa de ingresos. El dinero tiene un gran poder de influencia en los hombres, y, a menos que nosotros tengamos una fe verdadera en Dios y un corazón sincero para hacer Su voluntad, muy probablemente seremos afectados por el aumento y la disminución de los fondos. Si nuestros movimientos están gobernados por el suministro financiero, entonces somos meros empleados que trabajan por la paga, o mendigos que piden limosna, y somos una deshonra al nombre del Señor. Nunca debemos ir a un lugar debido a la perspectiva financiera prometedora de trabajar allí, ni debemos evitar ir porque el futuro financiero es oscuro. En todos nuestros movimientos debemos preguntarnos: ¿Estoy yo en la voluntad de Dios? o ¿soy afectado aun en lo más mínimo por las

consideraciones financieras? Estamos dedicados a servir al Señor, no a ganar una subsistencia.

LOS OBREROS Y SU OBRA

Tengamos en claro que no solamente debemos llevar la carga de nuestras propias necesidades, sino también de las necesidades de la obra. Si Dios nos ha llamado a una obra determinada, entonces todo desembolso financiero en conexión con ella es asunto nuestro. A dondequiera que vayamos, somos responsables de todos los gastos relacionados con tal obra, desde su iniciación hasta su terminación. Si somos llamados por Dios para laborar como pioneros, aunque los gastos por renta, muebles y viajes puedan ascender a una cantidad respetable, nosotros solos somos responsables de ellos. No es digno de ser llamado siervo de Dios quien no pueda responsabilizarse de sus propias necesidades ni de las necesidades de la obra a la cual Dios le ha llamado. No es la iglesia local, sino aquél a quien se le ha encomendado la obra, quien tiene que llevar todas las responsabilidades financieras en relación con ella.

Otro punto al que tenemos que prestarle atención es a la distinción nítida entre donativos para uso personal y donativos para la obra. Puede parecer superfluo mencionarlo, sin embargo, hay que recalcar que ninguna cantidad de dinero obsequiada para la obra debe ser utilizada por el obrero para satisfacer sus necesidades personales. Debe ser o bien, usada para cubrir gastos en relación con su propia obra, o ser enviada a otro obrero. Debemos aprender rectitud en cuanto a todo asunto financiero. Si hay una necesidad con relación a la obra, el obrero tiene que encargarse de tal necesidad, y si hay algo que sobra, no puede cambiarle de destino para satisfacer sus propias exigencias.

Cuando yo apenas empezaba a servir al Señor, leí de un incidente en la vida de Hudson Taylor que me fue de gran ayuda. Si lo recuerdo correctamente, esto es lo principal: el señor Taylor estaba en San Luis, Missouri, EE.UU., y tenía que estar en Springfield para unas reuniones. El carruaje que lo llevaba a la estación fue demorado, con el resultado de que cuando llegó ya el tren había salido, y parecía que no había manera posible para que él pudiera cumplir con el compromiso. Pero, dirigiéndose al Dr. J. H. Brookes, dijo: “Mi Padre se encarga de los trenes; yo estaré allí a tiempo”. Al preguntarle al empleado, encontraron que un tren salía de San Luis en otra dirección, que cruzaba la vía del que iba a Springfield; pero el otro tren siempre salía diez minutos antes de que este segundo tren llegara, puesto que eran vías opuestas. Sin titubear un momento, el señor Taylor dijo que tomaría ese tren, a pesar de que el empleado le había dicho que nunca hacían conexión allí. Todavía estaban esperando, cuando llegó a la estación un caballero y le dio al señor Taylor un dinero. Este volteó hacia el doctor Brookes con la declaración: “¡No se da cuenta de que mi Padre acaba de

enviarme el dinero para el boleto!”, queriendo decir que, aun cuando hubiera llegado a tiempo para el primer tren, no habría podido tomarlo. El doctor Brookes estaba asombrado. El sabía que el señor Taylor tenía una buena cantidad de dinero a mano que se le había dado para su obra en China, así que preguntó: “¿Qué quiere decir usted con eso de que no tenía dinero para su boleto?” El señor Taylor contestó: “Yo nunca uso nada para gastos personales que esté especificado para la obra. ¡El dinero señalado para mis gastos acaba de llegar!” Por casi la primera vez en la historia de ese ferrocarril, el tren de San Luis llegó antes que el otro, ¡y el señor Taylor pudo cumplir su compromiso en Springfield!

EXPONER NUESTRAS NECESIDADES

Como ya hemos dicho, un apóstol puede alentar al pueblo de Dios a recordar las necesidades de los santos y de los ancianos, pero él no puede mencionar nada de sus propias necesidades ni de las necesidades de la obra. Que él se concrete a llamar la atención de las iglesias a las necesidades de otros, y Dios llamará la atención de ellos a las necesidades de él. Que se ocupe de las necesidades de los santos y ancianos, y Dios usará a los santos y ancianos para atraer la atención de las iglesias a las necesidades de él.

Debemos evitar toda propaganda en relación con la obra. Con toda honradez de corazón debemos confiar en Dios y darle a conocer nuestras necesidades sólo a El. Si así nos guía el Señor, podremos decir para Su gloria lo que El ha hecho por medio nuestro (véase Hch. 14:27; 15:3-4). Pero nada debe hacerse en forma de propaganda con la esperanza de recibir ayuda material. Esto es desagradable a Dios y nos perjudica. Si en algún asunto financiero nuestra fe se debilita, encontraremos que ésta fallará cuando la pongan a prueba dificultades que surjan en relación con la obra. Además, si conocemos algo del poder de la cruz para tratar con la vida del yo, ¿cómo podemos recurrir a propaganda para la obra y así quitar las cosas de las manos de Dios y llevarlas a cabo por nuestros propios esfuerzos?

Conozco obras que, en sus comienzos, se basaban puramente en la fe, y la bendición del Señor reposaba sobre ellas. En corto tiempo los obreros sintieron la necesidad de extender la obra, y en realidad la extendieron más allá de sus ingresos acostumbrados. En consecuencia, tuvieron que recurrir a publicidad indirecta a fin de poder hacer frente a sus obligaciones. Cuidémonos de ampliar la obra nosotros mismos, porque si la extensión es del hombre, tendremos que usar métodos humanos para cumplir con las nuevas obligaciones. Si Dios ve que la obra necesita extenderse, El mismo la ampliará, y si El la extiende, El será responsable de hacer frente a las necesidades aumentadas. Es por emplear métodos humanos para extender una obra, que deben fabricarse medios

humanos para satisfacer las nuevas necesidades de la obra; así se recurre a la publicidad y a la propaganda para resolver el problema. A fin de aumentar los fondos para la obra, los obreros cristianos han utilizado mucho algunos medios como cartas circulares, informes, revistas, trabajos de delegación, agentes especiales y centros especiales de negocios. Los hombres no están dispuestos a permitir que Dios la amplíe a Su tiempo, y debido a que no pueden esperar pacientemente su desarrollo espontáneo, sino que fuerzan un crecimiento artificial, tienen que recurrir a la actividad natural para cumplir con las exigencias de ese crecimiento. Ellos han apresurado los acontecimientos, así que tienen que concebir medios y formas de procurarse un aumento de abastecimientos. El crecimiento espontáneo de la obra de Dios no hace necesaria ninguna actividad de la naturaleza humana, porque Dios cubre todas las exigencias que El crea.

La publicidad ha sido desarrollada hasta ser un arte fino en esta época, pero si tenemos que tomar ideas de los hombres de negocio y usar métodos modernos de publicidad para que nuestra obra sea un éxito, entonces renunciemos a nuestro ministerio y cambiemos de llamamiento. La sabiduría del mundo declara que “el fin justifica los medios”, pero no es así en la esfera espiritual. Nuestro fin debe ser espiritual, pero también nuestro medio debe ser espiritual. La cruz no es meramente un símbolo; es un hecho y un principio que debe gobernar toda la obra de Dios.

Debemos permitir que el Espíritu Santo nos impida donde El quiera, y no procurar apresurar las cosas tocando la obra divina con manos humanas. No es necesario que maquinemos medios para atraer la atención a nuestra obra. Dios en Su soberanía y providencia bien puede cargar con toda la responsabilidad. Si El mueve a los hombres a ayudarnos, entonces todo está bien, pero si nosotros mismos intentamos mover a los hombres, entonces nosotros sufriremos pérdida, y asimismo la obra. Si en verdad creemos en Dios dejaremos el asunto totalmente en Sus manos.

Todos nosotros confiamos en Dios en lo que a nuestra supervivencia se refiere, pero ¿hay acaso alguna necesidad de publicarlo? Me disgusta oír a los siervos de Dios recalcar el hecho de que ellos viven por fe. ¿Creemos de veras en la soberanía de Dios y en Su providencia? Si es así, ciertamente podremos confiar en que El dará a conocer nuestras necesidades a Sus santos, y de esta manera ordenará las cosas para que nuestras necesidades sean satisfechas sin que nosotros tratemos de darlas a conocer. Aun si la gente dedujera de nuestra manera de vivir que tenemos un ingreso privado, y por ende retuvieran sus donativos, no nos importa. Yo aconsejaría a mis hermanos más jóvenes en el ministerio, que no hablen de sus necesidades personales ni de su fe en Dios, de

modo que tengan mayor oportunidad de probarle. Cuanto más fe haya, menos palabrería habrá al respecto.

ENTRE LOS COLABORADORES

En el Antiguo Testamento leemos que, aun cuando los levitas estaban en el lugar de Dios para recibir diezmos de todo Su pueblo, ellos mismos ofrecían diezmos a El. El siervo del Señor debe aprender a dar, lo mismo que a recibir. Alabamos a Dios por la forma generosa en que los obreros en días pasados han dado a sus colaboradores, pero todavía necesitamos estar más atentos a las necesidades materiales de todos nuestros hermanos en la obra. Debemos recordar las palabras de Pablo: “Para lo que me ha sido necesario a mí, y a los que están conmigo, estas manos me han servido” (Hch. 20:34). No sólo debemos esperar tener suficiente para gastar en nosotros y en nuestra obra, sino que debemos confiar en Dios para que nos proporcione lo suficiente para dar también a otros. Si sólo pensamos en nuestras necesidades personales y las necesidades de nuestra obra, y olvidamos las necesidades de nuestros colaboradores, el nivel de nuestra vida espiritual está demasiado bajo. Como Pablo, debemos pensar continuamente en aquellos que están con nosotros, y ayudar a ministrar a sus necesidades. Si alguien entre nosotros es sólo uno que recibe y no uno que da, no es digno de Aquél que le envía ni de sus colaboradores.

El alcance de lo que pensamos con relación a las necesidades materiales siempre debe estar sobre la base de “lo que me ha sido necesario, y a los que están conmigo”. El dinero que Dios me envía no es sólo para mí sino también para los que están conmigo. Un hermano sugirió una vez que ciertamente Dios proveería a las necesidades de todos nuestros colaboradores, así que no necesitamos preocuparnos demasiado por ellos, especialmente en vista de que no somos una misión y no tenemos obligaciones financieras con ellos. Pero nuestro hermano olvidó que no sólo somos responsables por nuestras propias necesidades y las necesidades de nuestra obra, sino que en un sentido espiritual, somos, como Pablo, responsables también por los que están con nosotros. Si somos buenos colaboradores o no, se evidenciará por la medida de consideración para nuestros hermanos en la obra.

Puesto que no somos una misión y no tenemos una organización hecha por hombres, ni tenemos cuartel general, ni centralización de fondos, y consecuentemente ningún centro de distribución, ¿cómo pueden satisfacerse las necesidades de todos nuestros colaboradores? Algunos hermanos que han mostrado interés me han hecho esta pregunta muchas veces. La contestación es ésta: todas las necesidades pueden ser satisfechas si cada uno comprende su responsabilidad financiera triple: en primer lugar, en relación con sus

necesidades personales y las de su familia; en segundo lugar, en relación con las necesidades de su obra; y en tercer lugar, en relación con las necesidades de sus colaboradores. No sólo debemos acudir a Dios para la provisión de nuestras propias necesidades y las que se relacionan con nuestra obra, sino que debemos acudir a El con igual determinación para que nos mande fondos adicionales que nos permitan tener algo que enviar a nuestros asociados en la obra. Desde luego que no tenemos una obligación oficial hacia ellos, pero no podemos descuidar nuestra responsabilidad espiritual.

Las exigencias de los obreros varían y las exigencias de la obra varían también, además de lo cual el poder de oración es distinto en diferentes individuos, y la medida de fe varía también. Se entiende, por tanto, que nuestros ingresos no serán los mismos; pero cada uno de nosotros debería ejercitar definidamente su fe para el abastecimiento de fondos suficientes a fin de poder distribuir para las necesidades de otros. Las sumas que recibimos y damos pueden diferir, pero el mismo principio se aplica a todos nosotros. Si se labora basado en lo anterior, no será necesario un cuartel general porque cada uno de nosotros actúa como una especie de cuartel general y centro de distribución. Por supuesto esto no significa que debemos mandar una porción igual a todos los que están relacionados con nosotros; eso es un asunto de dirección individual. Confiamos en la soberanía y providencia de Dios, y dejemos que El regule la distribución de los donativos para que ninguno tenga exceso y para que ninguno tenga escasez. Si Dios nos guía a enviar dinero en una manera regular a un obrero en particular, sería mejor mandarlo con un hermano esta vez y con otro la próxima, para que el dador reciba menos atención de parte del receptor.

El principio del gobierno de Dios en relación con las cosas financieras es: “El que recogió mucho, no tuvo más; y el que poco, no tuvo menos” (2 Co. 8:15). Aquel que ha recogido mucho debe estar dispuesto a que nada le sobre, porque sólo entonces no le faltará a aquel que ha recogido poco. Algunos de nosotros hemos probado por experiencia que cuando tomamos la carga de aquellos que recogen poco, Dios se asegura de que nosotros recojamos mucho; pero si nosotros solamente pensamos en nuestras propias necesidades, lo más que podemos esperar es reunir poco y que no nos falte. Es un privilegio poder ayudar a nuestros hermanos en la obra y aun poder dar la proporción más grande de su ingreso. Los que sólo han aprendido a tomar, pocas veces reciben; mas los que han aprendido a dar, siempre están recibiendo y siempre tienen más para obsequiar. Cuanto más uno gaste para otros, tanto más se aumentará el ingreso de uno; cuanto más trate uno de ahorrar, tanto más será perturbado por el orín y los ladrones (Mt. 6:19-20).

No debemos limitar nuestro obsequio a aquellos que son nuestros asociados inmediatos, sino que debemos recordar a los obreros en otras partes y procurar

ministrar a sus necesidades. Debemos siempre tener presentes ante los hermanos entre quienes laboramos a los otros obreros y sus necesidades, y alentarlos a que les ayuden, nunca temiendo que Dios bendecirá a otros obreros más que a nosotros. No debemos dar lugar al miedo ni a la envidia. ¿Realmente creemos nosotros en la soberanía de Dios? Si es así, nunca temeremos que algo que Dios ha destinado para nosotros nos deje de llegar. Las necesidades de Pablo y sus colaboradores eran grandes, y aunque sólo presentaba las necesidades de los santos y ancianos a las iglesias, Dios proveía para sus necesidades y las de los que estaban con él.

Si nuestra obra ha de ser llevada por sendas agradables a Dios, entonces es absolutamente esencial que la soberanía de Dios sea un factor vivo en nuestra experiencia, y no simple teoría. Cuando conocemos la soberanía de Dios, entonces aun si los hombres parecen moverse al azar a nuestro alrededor y las circunstancias parecen girar a merced de la casualidad, seguiremos estando confiados en la seguridad de que Dios ordena cada detalle de nuestro camino para Su gloria y para nuestro bien. Las necesidades de otros tal vez sean conocidas de los hombres, mientras que quizás nadie sepa ni se preocupe de las nuestras, pero no tendremos ansiedad si la soberanía de Dios es una realidad para nosotros, porque entonces veremos todas esas circunstancias fortuitas y toda esa gente indiferente y aun las huestes de maldad que se oponen, siendo uncidas silenciosamente a Su voluntad, y todas esas fuerzas dispersas se relacionarán como una sola para servir a Su propósito y servir los propósitos de aquellos cuya voluntad es uno con la de El. Sí, “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas obran juntamente para bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8:28, gr.).

La cuestión no es, entonces, si nuestras necesidades son grandes o pequeñas o si son manifiestas u ocultas, sino simplemente: ¿estamos en la voluntad de Dios? Nuestra fe puede ser probada, y nuestra paciencia también, pero si estamos dispuestos a dejar las cosas en las manos de Dios y en quietud esperar en El, entonces no dejaremos de ver una sincronización cuidadosa de los eventos, y un acople exquisito de las circunstancias, y, emergiendo de un laberinto sin significado, una perfecta relación entre nuestra necesidad y el abastecimiento.

¿POR QUE NO UNA MISION DE FE?

Algunas personas han preguntado: “Puesto que ustedes creen que todos los siervos de Dios deben confiar en El para la provisión de sus necesidades diarias, y puesto que ustedes tienen un grupo tan grande de colaboradores, ¿por qué no se convierten en una misión de fe, organizada?”

Por dos razones: Primeramente, en la Palabra de Dios toda asociación de obreros está fundada sobre una base espiritual, no una oficial. Tan pronto como se tiene una organización oficial, se cambia la relación espiritual que existe entre los colaboradores por una relación oficial. En segundo lugar, depender exclusivamente de Dios para la provisión de todas las necesidades materiales no demanda una fe tan activa de parte de una organización oficial como la que demanda de parte de individuos que solamente están relacionados en una comunión espiritual. Es mucho más fácil como misión confiar en Dios que hacerlo como individuo. En las Escrituras vemos fe individual, mas no vemos cosa alguna que se asemeje a fe de organización. En una organización tiene que haber algo de ingresos, y todo miembro tiene la seguridad de recibir una parte, ya sea que ejercite la fe o no. Esto abre la puerta para que personas que no tienen una fe activa en Dios se unan a la misión. Y en el caso de aquellos que tienen fe cuando ingresan, existe la posibilidad de que la confianza personal en el Señor gradualmente se debilite por la falta de ejercicio, puesto que los suministros llegan con cierta regularidad, ya sea que los miembros individuales de la misión ejerciten su fe o no. Es muy fácil perder la fe en Dios y confiar simplemente en una organización. Aquellos que conocen la fragilidad de la carne están conscientes de cuán propensos estamos a fiarnos de cualquier cosa y cualquier persona, excepto de Dios. Es mucho más fácil poner nuestra esperanza en las remesas de la misión que en los cuervos del cielo. Amados, ¿acaso no es esto cierto? Si he dicho algo impropio, que Dios y los hombres me perdonen.

Debido a que somos tan propensos a mirar la vasija y olvidar el manantial, Dios frecuentemente ha tenido que cambiar Sus medios de abastecimiento para mantener nuestros ojos fijos en la fuente. De manera que los cielos que antes nos enviaban lluvias que gustosos recibimos serán de bronce, se permite que los arroyos que nos refrescaban se sequen, y los cuervos que nos traían el alimento diario ya no nos visitan; pero entonces Dios nos sorprende al proveer a nuestras necesidades por medio de una viuda pobre, y así probamos los recursos maravillosos de Dios. La fe de organización no estimula la confianza personal en Dios, y eso es precisamente lo que El desea desarrollar.

Yo sé que en un cuerpo organizado muchas dificultades se desvanecen automáticamente. Hablando humanamente, asegura un ingreso mucho más grande, debido a que muchos de los hijos de Dios prefieren donar a organizaciones más bien que a individuos. Además, la obra organizada atrae mucho más la atención de los hijos de Dios que la no organizada. Pero preguntas como éstas constantemente nos desafían: ¿cree usted realmente en Dios? ¿Deben sacrificarse los principios bíblicos a la conveniencia? ¿Verdaderamente desea usted lo mejor de Dios con todas las dificultades que acarrea? Nosotros sí, y por eso no tenemos otra alternativa que laborar

basándonos en el Cuerpo de Cristo en asociación espiritual con todos aquellos que se afirman en ese mismo principio.

Pero deseamos señalar que, aunque nosotros mismos no somos una misión, no nos oponemos a las misiones. Nuestro testimonio es positivo, no negativo. Nosotros creemos que en la Palabra de Dios los diferentes grupos de enviados que estuvieron asociados con la obra se basaron en el principio del Cuerpo, y que ninguno de tales grupos fue organizado en misión. Con todo, si nuestros hermanos se sienten guiados por Dios a formar una organización así, no tenemos nada que decir en contra. Solamente decimos: ¡Que Dios los bendiga! Que nosotros formáramos una misión porque otros hijos de Dios lo hacen, estaría mal, puesto que no vemos base bíblica para ello, y el Espíritu no nos ha guiado en esa dirección. Pero, sea que laboremos en una comunión cuyas relaciones son solamente espirituales, o en una organización cuyas relaciones son oficiales, que Dios nos haga absolutamente uno en esto: que no busquemos el incremento o la extensión de las sociedades en que trabajemos, sino que hagamos nuestra única meta laborar exclusivamente para la fundación y la edificación de las iglesias locales.

CAPITULO NUEVE

LA ORGANIZACION DE LAS IGLESIAS LOCALES

Ya que hemos observado la diferencia entre la obra y las iglesias, entre los apóstoles y los ancianos, entre la base de una iglesia bíblica y las sectas, ahora podemos proseguir a ver cómo se organiza una iglesia local.

De acuerdo con la concepción actual, tres cosas se consideran indispensables para la existencia de una iglesia, además del grupo de cristianos que son los miembros. Estas tres son: un “ministro”, un edificio, y “servicios eclesiásticos”. El mundo cristiano dudaría de la existencia de una iglesia si aun uno de estos tres faltase.

¿Qué pensaría uno hoy en día de una iglesia sin “ministro”? Llámelo pastor o llámelo como quiera, pero sin falta se debe tener a tal hombre. Por regla general, él está especialmente adiestrado para el trabajo eclesiástico, pero puede ser un hombre local o un obrero transferido de algún otro lugar. Cualesquiera que sean su trasfondo y sus títulos, él se dedica exclusivamente a los asuntos de la iglesia. Así, los que están en las iglesias están divididos en dos clases: los clérigos, quienes se ocupan de los asuntos espirituales, y los laicos, quienes se dedican a las cosas seculares. Además, por supuesto, debe haber servicios de la iglesia por los cuales el ministro es responsable, y el más importante de éstos es la reunión del domingo en la mañana. Ustedes pueden llamarle culto o reunión o lo que

escojan, pero tal reunión debe tenerse por lo menos cada domingo, cuando los miembros de la iglesia se sientan en sus bancas y escuchan el sermón que su ministro ha preparado. Y naturalmente debe haber un templo. Uno puede nombrarlo local, lugar de reunión, capilla, o iglesia; pero debe disponerse de tal lugar, llámese como se llame. De otro modo, ¿cómo podría uno “ir a la iglesia” los domingos? Pero lo que se considera indispensable para una iglesia hoy en día, era considerado totalmente innecesario en los primeros días de la historia de la Iglesia. Veamos lo que la Palabra de Dios tiene que decir sobre este asunto.

EL “MINISTRO” U OBRERO, EN EL GOBIERNO DE LA IGLESIA

“Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en filipos, con los obispos y diáconos” (Fil. 1:1). Ni siquiera en una sola iglesia bíblica encontramos mención alguna de un “ministro” que controlara los asuntos de ella; tal posición está ocupada siempre por un grupo de ancianos locales. Y en ninguna otra parte tenemos una presentación más clara o más comprensible del personal de una iglesia, que en el versículo que acabamos de citar de la carta a los filipenses. La iglesia está constituida de todos los santos los obispos y los diáconos. Los diáconos son los hombres designados para servir a las mesas (Hch. 6:2-6), es decir, aquellos que cuidan exclusivamente el aspecto práctico de las cosas. Los obispos son los ancianos, quienes se encargan del cuidado de todos los asuntos de la iglesia (Hechos 20:17, 28, y Tito 1:5, 7 ponen este asunto bien en claro). Y además de los obispos y diáconos están todos los santos. Estas tres clases constituyen la iglesia entera, y ninguna otra clase de persona puede ser introducida en ninguna iglesia sin hacerla una organización no bíblica.

Antes de considerar los ancianos miremos someramente los diáconos por un momento. Ellos no ocupan un puesto tan importante como los ancianos, los cuales gobiernan la iglesia; ellos son escogidos por la iglesia para servirla. Son los que ejecutan las decisiones del Espíritu Santo a través de los ancianos y la iglesia. Puesto que los diáconos tienen en realidad más que ver con la vida de la asamblea que con la obra del ministro, pensamos que es suficiente hacer sólo esta breve mención de ellos.

Hay dos puntos en relación los ancianos que merecen una atención especial. En primer lugar, ellos son escogidos de entre los hermanos comunes y corrientes. Ellos no son obreros que tienen un llamamiento especial de Dios para dedicarse exclusivamente a la obra espiritual. Como regla general ellos tienen sus familias y sus obligaciones en sus trabajos y son sólo creyentes ordinarios de buena reputación. En segundo lugar, los ancianos son escogidos de entre los hermanos locales. Ellos no son transferidos de otros lugares, sino que sencillamente son

apartados en el lugar en que viven, y no son llamados a abandonar sus ocupaciones ordinarias, sino simplemente a dedicar su tiempo libre a las responsabilidades de la iglesia. Los miembros de la iglesia son hombres locales, y puesto que los ancianos son tomados de entre los demás miembros, se deduce que son también hombres locales (Hch. 14:23; Tit. 1:5).

Y dado que todos los ancianos bíblicos son hermanos locales, si transferimos de algún otro lugar a un hombre para que controle una iglesia, estamos desviándonos de la base bíblica. Aquí vemos la diferencia entre las iglesias y la obra. Un hermano puede ser trasladado a otro lugar para encargarse de la obra allí, pero ningún hermano puede ser enviado fuera de su propia localidad para asumir las cargas de la iglesia en otro lugar. Todas las iglesias de Dios son gobernadas por ancianos, y todos los ancianos son escogidos de entre los hermanos locales.

Si en cierto lugar un grupo de hombres son salvos, y un obrero se queda encargado de ellos, entonces es inexacto referirse a ese grupo como una iglesia. Si los asuntos aún están en manos del obrero y no han pasado a manos de los hermanos locales, entonces todavía es la obra de él; no es una iglesia. Hagamos clara esta distinción: la obra siempre está en manos de los obreros, y la iglesia está siempre en manos de los hermanos locales. Cuando un obrero tiene el control de los asuntos, entonces es cuestión de obra, no de una iglesia.

Ha sido señalado antes que en la Palabra de Dios hay ancianos locales pero no apóstoles locales. Cuando Pablo dejó a Tito en Creta, no era su objeto que Tito manejara los asuntos de la iglesia allí, sino que él nombrara ancianos en cada lugar para que ellos, a su vez, pudieran encargarse de los asuntos. La ocupación del obrero es fundar iglesias y nombrar ancianos, jamás tomar responsabilidad directa en las iglesias. Si en algún lugar un apóstol se responsabiliza de los asuntos de la iglesia local, él cambia la naturaleza de su oficio o la naturaleza de la iglesia. Ningún apóstol que viene de otro lugar está capacitado para el oficio de anciano local; el cargo sólo puede ser ocupado por hombres locales.

Quienes hemos sido llamados por Dios a la obra, debemos entender claramente este punto, que nosotros nunca fuimos llamados a quedarnos para ser pastores en ningún lugar. Podemos volver a visitar las iglesias que hemos establecido y ayudar a los creyentes que en tiempos pasados llevamos al Señor, pero nunca podemos convertirnos en “ministro” de ellos y asumir las responsabilidades de sus asuntos espirituales en su lugar. Ellos deben estar conformes con los ancianos nombrados por los apóstoles y aprender a honrarlos y obedecerlos. Obviamente, someterse a otros de su propio número y rango requiere más gracia de parte de los creyentes que ceder al control de un hombre que viene de

otro lugar y tiene capacidades especiales para la obra espiritual. Pero Dios lo ha ordenado así, y nosotros nos postramos ante Su sabiduría.

La relación entre la obra y la iglesia es realmente muy sencilla. Un obrero predica el evangelio, las almas se salvan, y después de un corto lapso de tiempo unos cuantos de los comparativamente más avanzados son escogidos de entre ellos para responsabilizarse de los asuntos locales. ¡Así se establece una iglesia! El apóstol entonces sigue la dirección del Espíritu a otro lugar, y la historia se repite allí. Así que la vida espiritual y la actividad de la iglesia local se desarrollan porque los creyentes se encargan de su propia responsabilidad; y la obra se extiende continuamente porque los apóstoles tienen la libertad de moverse de lugar en lugar predicando el evangelio y fundando iglesias nuevas.

La primera pregunta que se hace generalmente en cuanto a una iglesia es: “¿Quién es el ministro?” El que pregunta está pensando: “¿Quién es el hombre responsable de ministrar y administrar las cosas espirituales en esta iglesia?” El sistema clerical de manejar la iglesia es extremadamente popular, pero el concepto en sí es ajeno a las Escrituras, donde encontramos la responsabilidad encomendada a los ancianos, no a los “ministros” como tales. Y los ancianos solamente vigilan la obra de la iglesia, ellos no la ejecutan en lugar de los hermanos. Si en una compañía de creyentes el ministro es activo y todos los miembros de la iglesia son pasivos, entonces ese grupo es una misión, no una iglesia. En una iglesia todos los miembros son activos. La diferencia entre los ancianos y los demás miembros es que éstos trabajan, mientras que aquéllos trabajan y también supervisan el trabajo de los demás. Puesto que hemos tratado con la cuestión de ancianos en otro lugar no haremos más referencia a ella aquí.

EL LUGAR DE REUNION

Otra cosa que se considera de vital importancia para la existencia de una iglesia es un edificio para la iglesia. El pensamiento de iglesia es tan frecuentemente asociado con un templo, que a menudo se hace referencia al edificio mismo como “la iglesia”. Pero en la Palabra de Dios es a los creyentes vivientes a quienes se les llama la iglesia, no a los ladrillos y el concreto (véase Hch. 5:11 y Mt. 18:17). Según las Escrituras ni siquiera es necesario que una iglesia tenga un lugar específicamente apartado para la comunión. Los judíos siempre tenían sus lugares especiales de reunión y a dondequiera que ellos iban se esmeraban a toda costa en construir una sinagoga en la que adoraban a Dios. Los primeros apóstoles eran judíos, y la tendencia judía de construir lugares especiales de reunión era natural en ellos. Si el cristianismo hubiera requerido que fueran apartados lugares con el propósito específico de adorar al Señor, los primeros apóstoles, con su cultura judía y tendencias naturales, hubieran estado lo

suficientemente dispuestos como para construirlos. Lo asombroso es que ellos no solamente no construyeron edificios especiales sino que parece que ellos ignoraron deliberadamente todo el asunto. Es el judaísmo, no el cristianismo, el que enseña que debe haber lugares santificados para la adoración divina. El templo del Nuevo Testamento no es un edificio material; consiste en personas vivas, todos creyentes en el Señor. Puesto que el templo del Nuevo Testamento es espiritual, la cuestión de los lugares de reunión para los creyentes, o lugares de adoración, es una de importancia menor. Vayamos al Nuevo Testamento para ver cómo se trata allí la cuestión de los lugares de reunión.

Cuando nuestro Señor estaba en la tierra, El se reunía con Sus discípulos a veces en las laderas de las colinas y a veces junto al mar. El los reunía a veces en una casa, otras veces en un barco, y hubo ocasiones cuando El se retiró aparte con ellos en un aposento alto. Pero no había un lugar consagrado donde habitualmente El se reuniera con los Suyos. En Pentecostés los discípulos estaban reunidos en un aposento alto y después de Pentecostés todos ellos se encontraban en el templo o separadamente en casas distintas (Hch. 2:46), o a veces en el pórtico de Salomón (Hch. 5:12). Se reunían para orar en varios hogares, siendo el de María uno de ellos (Hch. 12:12), y leemos que en una ocasión estaban reunidos en un cuarto en el tercer piso de un edificio (Hch. 20:8). A juzgar por estos pasajes, los creyentes se reunían en una gran variedad de lugares y no tenían lugar oficial de reunión. Ellos simplemente utilizaban cualquier edificio que satisficiera sus necesidades, ya fuera en una casa particular, o sólo en un cuarto de una casa, o si no en un gran edificio público como el templo, o aun en un espacio amplio como el pórtico de Salomón. No tenían edificios especialmente separados para el uso de la iglesia; no tenían nada que correspondería al “edificio de la iglesia” de hoy en día.

“El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan, Pablo les enseñaba...Y había muchas lámparas en el aposento alto donde estaban reunidos; y un joven llamado Eutico, que estaba sentado en la ventana...” (Hch. 20:7-9). En Troas encontramos a los creyentes reunidos en el tercer piso de un edificio. Hay una deliciosa informalidad en la atmósfera de esta reunión, que contrasta con los cultos convencionales de hoy en día, donde todos los miembros de la iglesia se sientan rígidos en sus bancas. Pero esta reunión de Troas era bíblica de verdad. En ella no había sello oficial; mostraba las marcas de la vida real en su perfecta naturalidad y pura simplicidad. Estaba muy bien que algunos de los santos se sentaran en el borde de la ventana, o que otros se sentaran en el piso, como María hizo antaño. En nuestras asambleas debemos regresar al principio del aposento alto. El piso principal es un lugar para los negocios, un lugar donde los hombres van y vienen; pero hay más atmósfera de hogar en el aposento alto, y las reuniones de los hijos de Dios son asuntos de familia. La Última Cena tuvo lugar en un aposento alto; también Pentecostés, y

asimismo la reunión mencionada aquí. Dios quiere que la intimidad del aposento alto caracterice las reuniones de Sus hijos, no la rígida formalidad de un imponente edificio público.

Es por eso que en la Palabra de Dios encontramos a Sus hijos reunidos en la atmósfera familiar de un hogar particular. Leemos de la iglesia en la casa de Priscila y Aquila (Ro. 16:5; 1 Co. 16:19), la iglesia en la casa de Ninfas (Col. 4:15), y la iglesia en la casa de Filemón (Flm. 2). El Nuevo Testamento menciona por lo menos estas tres diferentes iglesias que estaban en hogares de creyentes. ¿Cómo llegó a ser que las iglesias estuvieran en dichas casas? Si en un lugar determinado había unos pocos creyentes, y uno de ellos tenía una casa bastante grande para acomodar a todos, con toda naturalidad tenían su asamblea allí, y los cristianos en esa localidad eran llamados “la iglesia en casa de fulano de tal”.

Todo debe comenzar por el principio. Cuando una iglesia es fundada, los creyentes desde el inicio mismo deben aprender a reunirse por sí mismos en sus propios hogares o en algún otro edificio que ellos puedan obtener. Por supuesto, no toda iglesia es una iglesia en una casa, pero una iglesia en una casa debería ser estimulada en vez de ser considerada un inconveniente. Si el número de creyentes es grande y la esfera de la localidad ancha, quizás necesiten reunirse, como los santos en Jerusalén lo hacían, en distintas casas (lo cual puede significar hogares, salones o cualquier otro edificio) en lugar de en una sola casa. Había sólo una iglesia en Jerusalén, pero sus miembros se reunían en diferentes casas. El principio de las casas se aplica aún hoy. Esto no significa que la iglesia entera se reunirá siempre separadamente; de hecho, es importante, y de gran provecho, que todos los creyentes se reúnen a menudo en un lugar (1 Co. 14:23). Para hacer posibles tales reuniones, ellos podrían pedir prestado o arrendar un lugar público para la ocasión, o si ellos tuvieran los medios suficientes, podrían adquirir un local permanente para ese propósito. Sin embargo, el lugar de reunión de los creyentes podría estar, por lo general, en una casa particular. Si tal lugar no está disponible o si no es adecuado, por supuesto se podría adquirir otros edificios. Pero debemos tratar de estimular las reuniones en los hogares de los cristianos.

Los grandes edificios de hoy con sus elevadas torres expresan al mundo y a la carne antes que al Espíritu, y en muchos aspectos no están tan bien adecuados para el propósito de la asamblea cristiana como los hogares privados de los hijos de Dios. En primer lugar, la gente se siente más libre de hablar de cosas espirituales en la atmósfera informal de un hogar que en un espacioso templo donde todo se hace de un modo formal; además, no existe la misma posibilidad allí para el intercambio mutuo. Por alguna razón, tan pronto como entran las personas en estos edificios especiales, involuntariamente adoptan un estado de pasividad y esperan que se les predique. El ambiente de una familia debe

impregnar en todas las reuniones de los hijos de Dios, para que los hermanos incluso se sientan libres de hacer preguntas (1 Co. 14:35). Todo debe estar bajo el control del Espíritu, pero también debe encontrarse la libertad del Espíritu. Además, si las iglesias están en los hogares particulares de los hermanos, ellos naturalmente sienten que todos los intereses de la iglesia son los suyos propios. Hay un sentido de intimidad de relación entre ellos mismos y la iglesia. Muchos cristianos piensan que los asuntos de la iglesia son cosas más allá de su alcance. No tienen ningún interés íntimo en ellos porque, en primer lugar, tienen su “ministro” que es responsable específicamente por tales asuntos, y tienen un gran templo que les parece tan ajeno a sus hogares, y en el cual los asuntos se conducen tan sistemáticamente y con tanta precisión que uno se siente subyugado y atado en espíritu.

Aún más, las reuniones en las casas de los creyentes pueden ser un testimonio fructífero para los vecinos y proporcionan una oportunidad para testificar y para predicar el evangelio. Muchos que no están dispuestos a ir a un templo irán con gusto a una casa particular. Además, la influencia es de lo más provechosa para las familias de los cristianos. Desde temprana edad, los niños estarán rodeados de un ambiente espiritual y tendrán oportunidad constante de ver la realidad de las cosas eternas. De nuevo, si las reuniones están en los hogares de los cristianos, la iglesia se evita mucha pérdida material. Una razón por la cual los cristianos sobrevivieron la persecución romana durante los primeros tres siglos de la historia de la iglesia, fue que no tenían edificios especiales para la adoración, sino que se congregaban en bodegas y cuevas, y otros lugares discretos. Tales lugares de reunión no eran descubiertos fácilmente por sus perseguidores; pero los edificios grandes y costosos de hoy en día serían fácilmente localizados y destruidos, y las iglesias serían rápidamente aniquiladas. Las estructuras imponentes de nuestra época moderna imparten una impresión del mundo en vez de una impresión del Cristo cuyo nombre llevan. (Los locales y otros edificios requeridos por la obra son asunto aparte; estamos hablando aquí solamente en cuanto a las iglesias).

Así que el método bíblico de la organización de una iglesia es sumamente sencillo. Tan pronto como hay unos cuantos creyentes en un lugar, comienzan ellos a reunirse en uno de sus hogares. Si los miembros aumentan tanto que se vuelve impráctico reunirse en una casa, entonces pueden reunirse en varios hogares diferentes, pero la compañía entera de creyentes puede reunirse de vez en cuando en algún lugar público. Un local para tales propósitos se podría tomar prestado, alquilar o construir, según la condición financiera de la iglesia; pero debemos recordar que los lugares ideales de reunión de los santos son sus propios hogares.

Las reuniones conectadas con la obra están arregladas con perspectivas completamente distintas, y están enteramente bajo los auspicios de los obreros. Parten del principio de la casa alquilada por Pablo en Roma. Como hemos visto, cuando Pablo llegó a Roma ya existía una iglesia allí, y los creyentes tenían ya sus reuniones regulares. Pablo no usó el lugar de reunión de la iglesia para su obra, sino que alquiló un lugar separado, puesto que se quedó por un período prolongado en Roma. En Troas él se quedó únicamente una semana, de manera que allí no alquiló un lugar, sino que simplemente aceptó la hospitalidad de la iglesia. Cuando él se fue, las reuniones especiales que había estado dirigiendo allí cesaron, pero los hermanos en Troas aún continuaron sus propias reuniones. Si un obrero planea permanecer por un período considerable en un lugar, entonces debe procurarse un centro separado para su obra y no hacer uso del lugar de reunión de la iglesia. Frecuentemente tal centro necesitará una mayor capacidad que el lugar de reunión de la iglesia. Si el Señor llama a algunos de Sus siervos a mantener un testimonio permanente en un lugar determinado, entonces la necesidad de un edificio especial relacionado con la obra puede ser más grande que la de un local en relación con la iglesia. Es casi esencial tener un edificio, si la obra ha de llevarse adelante en algún lugar, mientras que los hogares de los hermanos casi siempre satisfacen las necesidades de las reuniones de la iglesia.

LA REUNION

Antes de considerar el asunto de la reunión, digamos primero unas pocas palabras en relación con la naturaleza de la Iglesia. Cristo es la Cabeza de la iglesia y “nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Ro. 12:5). Aparte de Cristo, la iglesia no tiene cabeza; todos los creyentes son sólo miembros y son “miembros los unos de los otros”. La mutualidad expresa la naturaleza de la iglesia, pues todas las relaciones entre los creyentes son de miembro a miembro, nunca de cabeza a miembro. Todos aquellos que componen una iglesia toman su puesto como miembros del Cuerpo, sin que ninguno ocupe la posición de la cabeza. La vida entera de la iglesia y todas sus actividades deben ser marcadas por esta característica de mutualidad.

Sin embargo, la naturaleza de la obra es bien distinta de la naturaleza de la iglesia. En la obra existen grupos activos y grupos pasivos. Los apóstoles son activos y aquellos entre los cuales laboran son pasivos, mientras que en la iglesia todos son activos. En la obra, la actividad es unilateral; en la iglesia la actividad está por todas partes.

Cuando reconozcamos la diferencia fundamental entre la naturaleza de la obra y la de la iglesia, entonces comprenderemos fácilmente la enseñanza bíblica

relativa a las reuniones que vamos a considerar. Hay dos clases diferentes de reuniones en las Escrituras: la reunión de la iglesia y la reunión apostólica. Si hemos de diferenciar claramente entre las dos, debemos primero entender las distintas naturalezas de la iglesia y de la obra. Al ver esto claramente, un vistazo a la naturaleza de cualquier reunión hará obvio a qué esfera pertenece; pero si no podemos entender esta distinción, confundiremos constantemente la iglesia con la obra. En la iglesia primitiva había reuniones que estaban definitivamente conectadas con las iglesias, y otras que estaban igual de definitivamente conectadas con la obra. En éstas solamente un hombre hablaba, y todos los otros constituían su audiencia. Uno se ponía de pie ante los demás, y por su predicación dirigía los pensamientos y los corazones de quienes estaban sentados escuchando en silencio. Este tipo de reunión puede ser reconocido al instante como una sesión relacionada con la obra apostólica, porque tiene el carácter de la obra, esto es, actividad por un lado y pasividad por el otro. No hay sello de mutualidad en ella. En las reuniones de la iglesia “cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación” (1 Co. 14:26). Aquí no tenemos el caso de que uno dirija y todos los demás sigan, sino que cada uno aporta su porción de ayuda espiritual. Es cierto que sólo unos pocos de aquellos presentes toman parte, pero todos pueden hacerlo; solamente unos pocos son contribuyentes reales de la reunión, pero todos son posibles contribuyentes. Las Escrituras muestran estas dos clases de reuniones: reuniones apostólicas, que son dirigidas por un sólo hombre, y reuniones de la iglesia, en las cuales todos los hermanos locales son libres de tomar parte.

Las reuniones apostólicas pueden dividirse en dos clases, a saber, para creyentes y para incrédulos. La reunión que se celebró inmediatamente después que la iglesia cobró existencia fue una reunión apostólica para incrédulos (Hch. 2:14). Las reuniones en el pórtico de Salomón (Hch. 3:11) y en la casa de Cornelio (Hch. 10) eran de la misma naturaleza, y hay aún más relatos de reuniones similares en el Libro de los Hechos. Ellas eran claramente reuniones apostólicas, no reuniones de la iglesia, porque un hombre hablaba y todos los demás escuchaban. La predicación de Pablo en Troas estaba dirigida a los hermanos (Hch. 20). Si era en la iglesia o no, de todos modos era apostólica en carácter, porque era unilateral, en que sólo el apóstol hablaba a toda la asamblea y los varios miembros no tomaban parte para su edificación mutua. Pablo predicó a los hermanos en Troas porque pasaba por aquel lugar, y cualquier apóstol que pasara por un lugar como él lo hizo, tendría la libertad de responder a una invitación de los hermanos para ayudarlos espiritualmente. Luego, cuando Pablo estaba en Roma, los creyentes venían a su cuarto alquilado para oírlo testificar (Hch. 28:23, 30, 31). De nuevo, esta obra es específicamente apostólica en naturaleza, porque un solo hombre es activo mientras que los otros son pasivos.

La segunda clase de reunión se menciona en la Primera epístola a los Corintios:

“Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?...¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación. Si habla alguno en lengua extraña, sea esto por dos, o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios. Asimismo, los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen. Y si algo le fuere revelado a otro que estuviere sentado, calle el primero. Porque podéis profetizar todos uno por uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados. Y los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; pues Dios no es Dios de confusión, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos” (1 Co. 14:23, 26-33).

Esta es obviamente una reunión de una iglesia, porque no vemos a un hombre dirigiendo mientras los demás lo siguen, sino a todo aquel que tiene dones contribuyendo a la reunión como el Espíritu los dirige. En las reuniones apostólicas hay una distinción definitiva entre el predicador y su audiencia, pero en esta clase de reunión cualquier miembro dotado puede ser predicador, y cualquiera puede ser la audiencia. Nada depende del hombre, y cada uno participa como el Espíritu dirige. No es un ministerio de “todos los hombres”, sino un ministerio del Espíritu Santo. Los profetas y maestros ministran la Palabra a medida que el Señor la da, mientras que otros ministran a la asamblea de otros modos. No todos pueden profetizar y enseñar, pero todos pueden procurar profetizar y enseñar (v. 1). Se da la oportunidad a cada miembro de la iglesia de ayudar a los otros y se da la oportunidad a cada uno de ser ayudado. Un hermano puede hablar en un período de la reunión y otro más tarde; usted puede ser escogido del Espíritu para ayudar a los hermanos esta vez, y yo la próxima vez. Todo en la reunión se gobierna desde el comienzo hasta el final por el principio de “dos o tres” (vs. 27, 29). Aun los mismos dos o tres profetas no tienen nombramiento permanente para ministrar en las reuniones, sino que en cada reunión el Espíritu escoge a cualesquiera dos o tres de entre todos los profetas presentes. Se ve de inmediato que tales asambleas son asambleas de la iglesia porque el sello de mutualidad es evidente en todos los procedimientos.

Hay solamente un versículo en el Nuevo Testamento que habla de la importancia de que los cristianos se congreguen; es Hebreos 10:25: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. Este versículo demuestra que el propósito de tal asamblea es exhortarnos unos a otros. Claramente ésta no es

una reunión apostólica porque no se ve a un hombre exhortando a la asamblea entera, sino a todos los miembros asumiendo igual responsabilidad para exhortarse unos a otros. La reunión de la iglesia tiene estampado el sello de “unos a otros”.

Según la crónica de las Escrituras hay varios propósitos para los cuales la iglesia se reúne. Primeramente, para la oración (Hch. 2:42; 4:24, 31; 12:5); en segundo lugar, para la lectura (Col. 4:16; 1 Ts. 5:27; Hch. 2:42; 15:21, 30-31); en tercer lugar, para partir el pan —las reuniones con este propósito no son reuniones presididas por un solo individuo el cual lleva toda la responsabilidad, puesto que se hace referencia a “la copa de bendición que bendecimos....El pan que partimos” (1 Co. 10:16-17; Hch. 2:42; 20:7)—; y en cuarto lugar, para el ejercicio de los dones espirituales (1 Co. 14). Esta última clase de reunión es una reunión de la iglesia, puesto que la frase “en la iglesia” es usada repetidas veces en el pasaje que la describe (vs. 28, 34-35). De esta reunión se dice que en ella todos pueden profetizar. ¡Cuán diferente es esto de tener un hombre que predica mientras todos los demás se sientan silenciosamente en la banca escuchando su sermón! Tal reunión no tiene lugar entre las diferentes reuniones de la iglesia porque su naturaleza muestra claramente que es una reunión apostólica, y siendo una reunión apostólica pertenece a la esfera de la obra, no a la de la iglesia. Las reuniones en las que la actividad es unilateral no caben dentro de la esfera de la iglesia, porque carecen del rasgo distintivo de todas las reuniones de la iglesia; y cuando se hace cualquier intento de colocarlas en el programa de la iglesia, sin duda resultarán muchos problemas.

¡Qué lástima que esta forma de reunión es la principal característica de las iglesias hoy! A ninguna otra reunión asiste la gente con tanta regularidad como a ésta. ¿Quién es considerado un buen cristiano realmente? ¿No es uno que va a la iglesia el domingo por la mañana cincuenta y dos veces al año para oír al ministro predicar? Pero esto es pasividad, y anuncia muerte. Aun el que ha asistido a “la iglesia” cincuenta y dos domingos al año, de hecho no ha estado en una reunión de la iglesia ni una sola vez. Ha ido solamente a reuniones relacionadas con la obra. No quiero dar a entender que nunca deberíamos tener esta clase de reunión, pero el punto es que tal reunión es parte de la obra y no de la iglesia. Si se tiene un obrero en la localidad, entonces se puede tener esta clase de reunión, y solamente entonces. La iglesia local, como iglesia, no tiene tales reuniones. Cuando las hallemos en conexión con una iglesia, debemos disuadirlas y ayudar a los creyentes a ver que las reuniones de la iglesia son conducidas por la iglesia. Si las reuniones apostólicas reemplazan a las reuniones de la iglesia, entonces los miembros de la iglesia se vuelven pasivos e indolentes, siempre esperando ser ayudados, en lugar de buscar, dependiendo del Espíritu, ser útiles a los otros hermanos. Esto es contrario a los principios neotestamentarios de ayuda y edificación mutuas. La razón por la cual las

iglesias en China todavía son tan débiles después de cien años de misiones cristianas, es porque los siervos de Dios han introducido en las iglesias locales un tipo de reunión que realmente pertenece a la obra, y naturalmente los miembros de la iglesia han concluido que si asisten a tales servicios y sólo reciben pasivamente todo lo que se les enseña allí, han cumplido con la parte principal de su deber cristiano. La responsabilidad individual se ha perdido de vista, y la pasividad ha impedido el desarrollo de la vida espiritual en todas las iglesias.

Además, para mantener la predicación del domingo por la mañana, se debe tener un buen predicador. Por tanto, se necesita un obrero no sólo para manejar los asuntos de la iglesia sino también para mantener las reuniones para dar ánimo espiritual. Es apenas natural, si todos los domingos se ha de dar un buen mensaje, que las iglesias esperen a alguien que esté mejor capacitado para predicar que los hermanos locales recientemente convertidos. ¿Cómo puede esperarse de ellos que salgan con un buen sermón una vez a la semana? ¿Y de quién puede esperarse que predique mejor que un siervo especialmente llamado por Dios? En consecuencia un apóstol se establece a pastorear la iglesia, y por ende, las iglesias tanto como la obra pierden sus características distintivas. El resultado es una seria pérdida en ambas direcciones. Por un lado, los hermanos se vuelven perezosos y egoístas porque su pensamiento se encierra solamente en ellos mismos y en la ayuda que puedan recibir, y por otro lado, los territorios que no han sido evangelizados se quedan sin obreros porque los apóstoles se han instalado y se han convertido en ancianos. Por falta de actividad el crecimiento espiritual de las iglesias se detiene, y por carencia de apóstoles se impide también la extensión de la obra.

Debido a que tanto estrago ha sido causado por la introducción de una característica de la obra en las iglesias, despojando así a ambas de su naturaleza verdadera, debemos diferenciar claramente entre las reuniones que pertenecen específicamente a la obra y aquellas que pertenecen específicamente a la iglesia. Cuando Dios bendice nuestros esfuerzos en cualquier lugar para la salvación de las almas, debemos asegurarnos de que los salvos comprendan, desde el principio, que las reuniones en las que se convirtieron pertenecen a la obra y no a la iglesia, que ellos son la iglesia y que en consecuencia deben tener sus propias reuniones de iglesia. Deben reunirse en sus hogares o en otros lugares para orar, estudiar la Palabra, partir el pan y ejercitar sus dones espirituales; y en tales reuniones su objeto debe ser ayuda y edificación mutuas. Cada individuo debe llevar su porción de responsabilidad y transmitir a los demás lo que él mismo ha recibido del Señor. La dirección de las reuniones no debe ser la carga de ningún individuo, sino que todos los miembros deberían llevar la carga juntos y deberían procurar ayudarse unos a otros dependiendo de la enseñanza y guía del Espíritu, y dependiendo también de que el Espíritu les dé poder. Tan

pronto como los creyentes sean salvos, deben empezar a reunirse de una manera regular. Tales reuniones de creyentes locales son verdaderas reuniones de la iglesia.

Las reuniones relacionadas con la obra son solamente una institución temporal (a menos que el objeto sea mantener un testimonio especial en un lugar especial). Pero la asamblea de los creyentes para la comunión y el estímulo mutuo es algo permanente. Aun cuando los creyentes fuesen muy inmaduros y sus reuniones pareciesen muy infantiles, deben aprender a contentarse con la ayuda que reciben los unos de los otros y no deben esperar siempre sentarse y escuchar un buen sermón. Deben buscar de Dios la revelación, los dones espirituales, y las palabras que necesitan; si su necesidad los arroja sobre El, el resultado será el enriquecimiento de toda la iglesia. Las reuniones de los recién convertidos naturalmente mostrarán el sello de inmadurez al principio, pero que el obrero tome la responsabilidad de tales reuniones detendrá su crecimiento, no lo favorecerá. Es la condición de las reuniones de la iglesia, no la de las reuniones conectadas con la obra, la que indica el estado espiritual de una iglesia en una localidad. Cuando un apóstol está predicando un gran sermón, y todos los creyentes están asintiendo y añadiendo sus frecuentes y fervientes “amenas”, ¡cuán profundamente espiritual parece la congregación! Pero es cuando ellos se reúnen por sí mismos que su verdadero estado espiritual sale a la luz.

La reunión apostólica no es una parte integral de la vida de la iglesia; es sólo parte de la obra, y cesa con la salida del obrero. Mas las reuniones de la iglesia siguen adelante sin interrupción, sea que el obrero esté presente o ausente. Es debido al desconocimiento de la diferencia entre las reuniones para la iglesia y las reuniones para la obra que siempre ha ocurrido que los hermanos cesan de reunirse cuando se va el obrero. Una de las fuentes prolíficas que llevan a los hijos de Dios a fracasar espiritualmente es el hecho de que ellos consideren a la iglesia como parte de la obra; así que cuando hay un sermón que oír se constituyen en oyentes receptivos, pero si no hay un predicador las reuniones terminan automáticamente y no se les ocurre reunirse simplemente para ayudar el uno al otro.

Pero, ¿cómo pueden los creyentes locales equiparse para ministrar el uno al otro? En los días apostólicos se daba por sentado que el Espíritu vendría sobre todos los creyentes tan pronto como ellos se dirigieran al Señor, y con la llegada del Espíritu, los dones espirituales se impartían, y por medio del ejercicio de éstos las iglesias se edificaban. El método usual que Dios ha ordenado para la edificación de las iglesias es las reuniones ordinarias de la iglesia, no las reuniones dirigidas por los obreros. La razón por la cual las iglesias están tan débiles hoy es porque los obreros procuran edificarlas por medio de las

reuniones bajo su cuidado, en lugar de dejar a la responsabilidad de ellos la edificación de unos a otros por medio de sus propias reuniones de iglesia. ¿Por qué llegó a darse que las reuniones de la iglesia según 1 Corintios 14 no son parte de la vida de la iglesia? Porque muchos de entre el pueblo de Dios carecen de la experiencia de la venida del Espíritu, sin la cual una reunión según los delineamientos de 1 Corintios 14 es una mera forma vacía. A menos que todos aquellos que llevamos al Señor tengan una experiencia definida de la venida del Espíritu Santo sobre ellos, será de poco provecho instruirlos sobre cómo dirigir sus reuniones de la iglesia, porque tales reuniones carecerán de poder y eficacia. Si el Espíritu Santo está sobre los creyentes, como en los días de la iglesia primitiva, El dará dones a los hombres, y tales hombres podrán fortalecer a los santos y edificar el Cuerpo de Cristo. Vemos en la primera epístola de Pablo a los Corintios que Dios había equipado de tal modo a los creyentes con dones espirituales que podían realizar la obra de edificar las iglesias muy independientemente de los apóstoles. (Esto no implica que ellos no necesitaban ayuda apostólica adicional. Decididamente sí la necesitaban). ¡Qué lástima que hoy en día muchos hijos de Dios le dan más importancia a los siervos de Dios que a Su Santo Espíritu! Ellos están contentos con ser atendidos por los dones de un siervo en lugar de buscar ellos mismos los dones del Espíritu; así que las verdaderas reuniones de la iglesia han cedido lugar a las reuniones bajo los auspicios de los obreros.

En 1 Corintios 14, donde lo que se enfoca es una reunión de la iglesia, se ha dejado fuera a los apóstoles enteramente! ¡No hay ningún lugar para ellos en las reuniones de una iglesia local! Cuando los miembros de una iglesia se reúnen y los dones espirituales están en uso, la profecía y otros dones son ejercitados, pero no se menciona a los apóstoles por la sencilla razón de que a los apóstoles no se les asigna ningún lugar en las reuniones de la iglesia local; son nombrados para la obra. Cuando la iglesia local se reúne, son los dones lo que se pone en efecto; los oficios no tienen lugar allí, ni siquiera el de apóstol. Pero esto no imposibilita que un apóstol visitante hable palabra alguna en una reunión de la iglesia. Esto se ve en el hecho de que Pablo participó en la reunión en Troas. Pero lo que se debe notar es que Pablo sólo estaba de paso por Troas, así que su charla allí era simplemente un arreglo temporal para que los santos locales pudieran beneficiarse de sus dones espirituales y de su conocimiento del Señor; no era una institución permanente.

Los apóstoles, como tales, representan un puesto en la obra y no un don particular; por tanto, aquí ellos son ignorados totalmente; no se hace mención de ellos en esta reunión de la iglesia local. De ningún modo caben en la organización de la iglesia, porque su ministerio como apóstoles no era para las iglesias, sino para la obra. Como ya hemos observado, los apóstoles no tenían voz en el manejo de la administración de los asuntos prácticos de ninguna

iglesia; pero el hecho de que ninguna parte es asignada a ellos, ni aun en las asambleas locales para la edificación mutua, pone en claro que Dios ni siquiera tenía el propósito de que ellos asumieran la responsabilidad del ministerio espiritual en las iglesias. Dios dio dones a los hermanos locales para que ellos pudieran ser profetas, evangelistas, pastores y maestros, y, así equipados, pudieran asumir la responsabilidad del ministerio espiritual en la localidad. Los apóstoles no llevan ninguna responsabilidad, ni por el lado espiritual ni por el material, de los asuntos de iglesia alguna; los ancianos son responsables de la administración local, y los profetas y otros ministros del ministerio local.

Entonces, ¿los apóstoles nada tienen que ver con la iglesia local? ¡Por supuesto que sí! Hay mucho campo todavía para que ellos ayuden a las iglesias, pero no en calidad de apóstoles. En el lado práctico de las cosas, ellos pueden ayudar indirectamente dando consejo a los ancianos, los cuales intervienen directamente en los asuntos de la iglesia; y por el lado espiritual, en las reuniones de la iglesia ellos pueden servir con cualquier don espiritual que posean, como profecía o enseñanza. Su cargo apostólico carece de importancia en una reunión de la iglesia para el ejercicio de los dones espirituales. Como apóstoles no pueden ellos ejercer ningún don apostólico, pero como hermanos, ellos pueden ministrar a los demás creyentes por medio del uso de cualquier don con el cual el Espíritu pueda haberlos dotado.

No sólo los apóstoles, sino aun los ancianos como tales no tienen parte en las reuniones. En este capítulo (1 Co. 14), los ancianos no tienen lugar en absoluto; ni siquiera se mencionan. Ya hemos señalado que los ancianos son tales para un puesto, no para el ministerio. Ellos son nombrados para el gobierno de la iglesia y no para el ministerio. Un cargo tiene que ver con el gobierno y los dones con el ministerio. En las reuniones para la ministración, son los que han recibido dones de Dios los que cuentan, no los que tienen un cargo; así que, en las reuniones de la iglesia son los profetas, maestros y evangelistas los que guían, no los ancianos. Ellos son los que tienen dones en la iglesia. (Hechos 20:28 dice: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor”. Según 1 Pedro 5:2 este apacentar se realiza por medio de ejercer cuidado sobre la grey: “Apacentad la grey de Dios...ejerciendo cuidado sobre ella”.)

Debemos diferenciar entre el trabajo de los ancianos y la labor de los profetas y maestros. Su trabajo es diferente pero no son necesariamente personas distintas. Es muy posible que una persona actúe en ambas capacidades. Los ancianos son los que tienen un cargo en una iglesia local; los profetas y los maestros son los ministros dotados en una iglesia local. Los ancianos siempre están ahí para gobernar la iglesia; los profetas y maestros están para ministrar en las reuniones de la iglesia. Siempre que hay una iglesia, el Señor no sólo

designa ancianos para su manejo, sino que también confiere dones a algunos hermanos para constituirlos ministros para las reuniones. Esto no significa que los ancianos no tienen nada que ver con las reuniones. Cuando se hace necesario el gobierno en la reunión, ellos pueden ejercer la autoridad allí. En cuanto al ministerio, aunque los ancianos no pueden ministrar como tales, si son también profetas o maestros, ellos pueden ministrar en esa capacidad. Es casi imprescindible que los ancianos sean profetas y maestros; de otro modo no pueden gobernar la iglesia con efectividad.

El punto que debe recordarse es que las reuniones de la iglesia son la esfera para el ministerio de la Palabra, no la esfera para el ejercicio de ningún cargo. Es para el ejercicio de los dones para edificación. Puesto que los cargos de apóstol y el de anciano son puestos, uno en la obra y otro en la iglesia, los poseedores de cada puesto, como apóstoles o ancianos, están enteramente fuera de las reuniones. Pero Dios será bondadoso para con Su iglesia dándole dones para su edificación. Las reuniones de la iglesia son el lugar para el uso de estos dones para ayuda mutua.

Todas las reuniones basadas en el principio de “mesa redonda” son reuniones de la iglesia, y todas las reuniones basadas en el principio del “púlpito y la banca” son reuniones que pertenecen a la obra. Las últimas pueden ser de una naturaleza provisional, y no necesariamente una institución permanente, mientras que las primeras son una característica regular de la vida de la iglesia. Una mesa redonda lo capacita a usted a pasarme algo, y a mí a pasarle algo a usted. Nos proporciona la oportunidad para la expresión de mutualidad, ese rasgo esencial en todas las relaciones de la iglesia. En las iglesias locales debemos disuadir todas las reuniones que se basen en el principio del “púlpito y la banca”, para que, por un lado, los obreros de Dios estén libres para viajar lejos proclamando las buenas nuevas a los pecadores y, para que, por otro lado, los nuevos convertidos se aferren al Señor para obtener todo el equipo necesario con el cual servirse el uno al otro. Entonces, las iglesias, al tener que tomar su propia responsabilidad, desarrollarán su propia vida espiritual y los dones espirituales mediante el ejercicio. Está bien tener una reunión apostólica cuando un obrero visita la localidad, pero cuando se va, las reuniones del “púlpito” deben ser descontinuadas. Los profetas, maestros y evangelistas en la iglesia local pueden adoptar reuniones de este tipo esporádicamente, pero deben ser vistas como excepcionales porque fomentan la pasividad y, por lo general, no contribuyen al desarrollo espiritual de las iglesias.

Vayamos al libro de Hechos para ver el ejemplo que Dios estableció desde el principio para Su iglesia. “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones...Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas,

comían juntos con alegría y sencillez de corazón” (Hch. 2:42, 46). Tales eran las condiciones en los primeros días de la historia de la iglesia. Los Apóstoles no establecieron un lugar central de reunión para los creyentes, sino que éstos “perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”. Ellos se movían de una casa a otra en comunión unos con otros.

Ahora podemos sacar nuestras propias conclusiones de los tres puntos que hemos considerado. (1) En cualquier lugar donde haya un grupo de creyentes, unos pocos de los más maduros se escogen de entre los miembros para encargarse de los otros, después de lo cual toda la responsabilidad local reposa en ellos. Desde el mismo principio debería aclarárseles a los nuevos convertidos que es por nombramiento divino que el manejo de la iglesia se confía a los ancianos locales y no a ningún obrero de otro lugar. (2) No se hace necesario ningún lugar de reunión para la iglesia. Los miembros se juntan en una o más casas, de acuerdo con las exigencias de su número, y si se vieran obligados a congregarse en varias casas, está correcto que toda la iglesia se reúna de vez en cuando en un solo lugar. Para tales reuniones debe procurarse un lugar especial para la ocasión, o un lugar permanente, según las condiciones existentes en la iglesia. (3) Las reuniones de la iglesia no son la responsabilidad de los obreros. Los creyentes locales deben aprender a usar los dones espirituales que Dios les ha confiado para ministrar a sus co-creyentes. El principio según el cual se llevan a cabo todas las reuniones de la iglesia es el de “la mesa redonda”, no el del “púlpito y la banca”. Cuando algún apóstol visita un lugar, puede dirigir una serie de reuniones para la iglesia local, pero tales reuniones son excepcionales. En las reuniones regulares de la iglesia los hermanos deben contribuir con sus aportes especiales en el poder y bajo la guía del Espíritu. Pero para hacer que tales reuniones tengan mérito definido, es esencial que los creyentes reciban dones espirituales, revelación y palabra; por tanto, los obreros deben hacer un asunto de real importancia que todos sus convertidos experimenten el poder del Espíritu derramado.

Si se siguen los ejemplos que Dios nos ha mostrado en Su Palabra, entonces en las iglesias nunca surgirán dudas relativas al auto-gobierno, auto-sostenimiento, y auto-propagación. Y las iglesias en las distintas localidades, en consecuencia, se evitarán mucho gasto innecesario, lo cual las capacitará para auxiliar libremente a los creyentes pobres, como hicieron los corintios, o a ayudar a los obreros, como los filipenses hicieron. Si las iglesias siguen las líneas que Dios mismo ha propuesto para ellas, la obra de Dios adelantará sin impedimento y Su reino se extenderá sobre la tierra.

EL MINISTERIO, LA OBRA Y LAS IGLESIAS

En los anteriores capítulos de este libro ya hemos visto lo que son el ministerio, la obra y las iglesias locales. En este capítulo hemos visto la conexión que existe entre el ministerio y la iglesia local, y también la diferencia entre la iglesia y la obra. Ahora podemos considerar de manera más minuciosa la relación entre el ministerio, la obra y las iglesias, a fin de ver claramente cuál es su posición, cómo funcionan, cuáles son sus esferas respectivas, y cómo se relacionan entre sí.

En Hechos 13 vimos que Dios había establecido una de Sus iglesias en cierta localidad; luego, El dio dones a unos cuantos individuos en esa iglesia para equiparlos a fin de que ministraran allí como profetas y maestros, con el propósito de que la iglesia fuera edificada. Estos profetas y maestros constituían el ministerio en esa iglesia. Cuando estos ministros alcanzaron cierto grado de madurez espiritual en vida y en dones, Dios envió a dos de ellos a laborar en otros lugares, y la historia se repitió en las iglesias establecidas por esos dos apóstoles.

¿No ve usted aquí la relación entre las iglesias, el ministerio y la obra? (1) Dios establece una iglesia en una localidad. (2) El levanta hombres dotados en la iglesia para el ministerio. (3) El envía a la obra a algunos de estos hombres especialmente equipados. (4) Estos hombres establecen iglesias en diferentes lugares. (5) Dios levanta otros hombres dotados de entre estas iglesias para el ministerio de edificarlas. (6) Algunos de éstos, a su vez, son lanzados a laborar en otros campos. De este modo, la obra produce directamente las iglesias, y las iglesias producen indirectamente la obra. Así que, las iglesias y la obra progresan, moviéndose en un ciclo continuo en el cual la obra siempre da por resultado directo la fundación de iglesias, y las iglesias siempre dan por resultado indirecto la extensión de la obra.

Tocante a los hombres dotados levantados por Dios para el ministerio, ellos laboran tanto en las iglesias como en la obra. Cuando están en su propia localidad, ellos procuran edificar a la iglesia. Cuando están en otros lugares, llevan la carga de la obra. Cuando están en la iglesia local, son profetas y maestros. Cuando son enviados a otros lugares, son apóstoles. Los hombres son los mismos, en el lugar de origen o en otras partes, pero sus ministerios cambian según la esfera de su servicio. Los profetas y los maestros (y los pastores y los evangelistas), cuya esfera es local, más los apóstoles, cuya esfera es extra-local, constituyen el ministerio. Aquéllos sirven a las iglesias y éstos a la obra, así que el ministerio ha sido diseñado por Dios para satisfacer la necesidad espiritual en ambas esferas. En esto vemos de nuevo la relación entre las iglesias, el ministerio y la obra. La obra es producida por las iglesias, las iglesias son fundadas como resultado de la obra, y el ministerio sirve tanto a las iglesias como a la obra.

En el capítulo cuatro de Efesios vemos que la esfera del ministerio es el Cuerpo de Cristo, el cual puede ser expresado localmente como una iglesia, o extra-localmente como la obra. También es por esta razón que los apóstoles, los profetas, los evangelistas y los maestros están ligados, aun cuando en realidad la esfera de la obra de un apóstol es muy diferente a la de los otros tres. Pero todos pertenecen al único ministerio, cuya esfera de servicio es el Cuerpo de Cristo. Estos dos grupos de hombres son responsables de la obra del ministerio, los de un grupo son dotados por el Espíritu para ser capacitados a fin de servir a la iglesia local, y los del otro, son llamados de entre aquellos dotados para servirle a El en lugares distintos y reciben un oficio además de sus dones. Aquellos que han sido dotados usan sus dones para servir a la iglesia por medio de servir a la iglesia en su localidad. Los que tienen tanto dones como comisión apostólica sirven a la iglesia por medio de servir a las iglesias en diferentes localidades.

Dios usa a estos hombres para impartir Su gracia a la iglesia. Sus diversos dones les capacitan para transmitir la gracia de la Cabeza al Cuerpo. El ministerio espiritual no es otra cosa que ministrar a Cristo a Su pueblo. La intención de Dios al dar estos hombres como dones a Su iglesia fue que el Cristo conocido y experimentado personalmente por ellos fuera ministrado a Su pueblo mediante los dones del Espíritu. Ellos fueron dados a la iglesia “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo”.

Por consiguiente, en el ministerio tenemos los profetas y otros ministros, quienes usan sus dones para servir a la iglesia local, mientras que los apóstoles, mediante su oficio y sus dones, sirven a todas las iglesias. El ministerio de estos dos grupos de hombres es de gran importancia, porque toda la obra de Dios — local y extra-local— está en manos de ellos. Esa es la razón por la cual la Palabra de Dios declara que la iglesia de Dios se edifica sobre el fundamento de los apóstoles y profetas.

En los oficios instituidos por Dios vemos que los ancianos ocupan el lugar principal en la iglesia local, mientras que los apóstoles no tienen ningún cargo allí. Los apóstoles, por otra parte, tienen el oficio principal en la obra, mientras que los ancianos no tienen lugar allí. Los apóstoles tienen la primacía en la iglesia universal y los ancianos ocupan el primer lugar en la iglesia local. Cuando veamos la diferencia entre los respectivos oficios de apóstol y anciano, entenderemos por qué los dos siempre se mencionan juntos (Hch. 15:2, 4, 6, 22-23). Los apóstoles y los ancianos son los más altos representantes de la iglesia y de las iglesias. Los apóstoles ocupan el oficio más alto en la obra, pero en la iglesia local ellos —como apóstoles— no ocupan ningún cargo en absoluto; los ancianos, por otra parte, ocupan el oficio principal en la iglesia local, pero como ancianos no tienen ningún lugar en la obra.

En la iglesia local hay dos departamentos de servicio, uno relacionado con el manejo administrativo, y el otro con el ministerio espiritual. Los cargos están relacionados con el manejo administrativo de la iglesia y son ocupados por los ancianos y los diáconos. Los dones están relacionados con el ministerio de la iglesia y son desempeñados por los profetas y los maestros (y los evangelistas). Los ancianos y los diáconos son responsables del manejo de la iglesia, mientras que los profetas y los maestros se encargan principalmente de las reuniones de la iglesia. Si los diáconos y los ancianos son también profetas y maestros, entonces ellos pueden manejar los asuntos de la iglesia y al mismo tiempo pueden ministrar a la iglesia en las reuniones. Debemos diferenciar entre los ancianos y los ministros. En la vida cotidiana, son los ancianos quienes gobiernan la iglesia, pero en las reuniones para la edificación, son los ministros los que han sido ordenados por Dios para servir a la iglesia. Debe repetirse aquí que los ancianos, como tales, son nombrados para el gobierno de la iglesia y no para las reuniones de edificación de la iglesia. En 1 Corintios 14, donde se trata de las reuniones, los ancianos no se mencionan para nada. Pero los ancianos, para ser eficientes, también deben tener el don para ser profeta, maestro, pastor o evangelista. Sin embargo, debe recordarse que cuando ministran en las reuniones, lo hacen, no en calidad de ancianos, sino como profetas, maestros u otros ministros. Es como profetas, maestros u otros ministros que los ancianos tienen parte en el ministerio. En 1 Timoteo 5:17 pone en claro que la esfera regular de su servicio es gobernar, pero algunos de ellos podrían (no necesariamente todos) también enseñar y ministrar.

Así que el ministerio, la obra y las iglesias son muy diferentes en función y en esfera, pero realmente están coordinados y relacionados entre sí. En el capítulo cuatro de Efesios se habla del Cuerpo de Cristo, pero no se hace distinción allí entre las iglesias, la obra y el ministerio. Los santos de las iglesias, los apóstoles de la obra y los diversos ministros del ministerio, son considerados a la luz del Cuerpo de Cristo y en relación con el mismo. Esto se debe a que, trátase de la iglesia local, del ministerio o de la obra, todos están en la iglesia. En realidad, son uno; de manera que, aunque es necesario distinguir entre ellos para entenderlos mejor, realmente no podemos separarlos. Aquellos que están en las diferentes esferas de la iglesia necesitan ver la realidad del Cuerpo de Cristo y actuar coordinadamente como un cuerpo. No deben, por las diferencias de sus responsabilidades, acomodarse en compartimientos herméticos. 'La iglesia, la cual es Su cuerpo', incluye las iglesias, el ministerio y la obra. Las iglesias son el Cuerpo expresado localmente, el ministerio es el Cuerpo en función, y la obra es el Cuerpo procurando crecer. Los tres son diferentes manifestaciones del único Cuerpo, así que todos son interdependientes y están relacionados entre sí. Ninguno puede moverse, ni siquiera existir, por sí solo. De hecho, su relación es tan íntima y vital que ninguno puede estar correcto en sí sin estar correctamente ajustado a los otros. La iglesia no puede avanzar sin recibir la ayuda del

ministerio y sin dar ayuda a la obra; la obra no puede existir sin la solidaridad del ministerio y el apoyo de la iglesia; y el ministerio puede funcionar sólo cuando existen la iglesia y la obra.

Esto es de suma importancia. En los capítulos anteriores hemos procurado mostrar las funciones y esferas respectivas del ministerio, de la obra y de las iglesias; ahora el peligro está en que, no habiendo entendido la naturaleza espiritual de las cosas de Dios, tratemos no sólo de distinguir entre ellos, sino de dividirlos en unidades separadas, perdiendo así la correlación del Cuerpo. Por muy claras que sean las distinciones entre ellos, debemos recordar que todos están en la iglesia. Por lo tanto, deben moverse y actuar como uno, porque no obstante sus funciones y esferas específicas, todos están en un solo Cuerpo.

De manera que por una parte diferenciamos entre ellos a fin de entenderlos, y por otra, debemos tener en cuenta que todos están relacionados como un cuerpo. No es que unos cuantos hombres dotados, reconociendo sus propias habilidades, se encarguen de ministrar con los dones que poseen, ni que algunas personas, conscientes del llamamiento, se unan como una asociación de trabajo, y tampoco que un grupo de personas que tengan la misma opinión se unan y digan que son una iglesia. Todo debe hacerse basado en el Cuerpo. La iglesia es la vida del Cuerpo en miniatura; el ministerio es el funcionamiento del Cuerpo en servicio; la obra es la extensión del Cuerpo en crecimiento. Ni la iglesia, ni el ministerio, ni la obra pueden existir como una entidad separada. Cada uno tiene que obtener su existencia del Cuerpo, encontrar su lugar en el Cuerpo, y laborar por el bien del Cuerpo. Los tres son del Cuerpo, están en el Cuerpo, y existen para el Cuerpo. Si este principio de relación con el Cuerpo y correlación entre sus miembros no es reconocido, no puede haber iglesia, ni ministerio, ni obra. La importancia de este principio no puede enfatizarse lo suficiente, porque sin él todo es obra de hombres, no creación de Dios. El principio básico del ministerio es el Cuerpo. El principio básico de la obra es el Cuerpo. El principio básico de las iglesias es el Cuerpo. Hoy en día, el Cuerpo es la ley que gobierna la vida y la obra de los hijos de Dios.